

BREVE HISTORIA de la...

PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Álvaro Lozano

Una visión global y completa del sangriento conflicto bélico que desencadenaría la Revolución Rusa, la desaparición del Imperio austro-húngaro, la Alemania imperial y el desmembramiento completo de Europa central. Una obra imprescindible para comprender el origen del mundo actual



Una visión global y completa del sangriento conflicto bélico que desencadenaría la Revolución rusa, la desaparición del Imperio austro-húngaro, la Alemania imperial y el desmembramiento completo de Europa central.



Álvaro Lozano Cutanda

Breve historia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)

ePUB v1.0

Anne 23.12.12

Título original: *Breve historia de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*
Álvaro Lozano, Noviembre 2011.

Editor original: Anne
ePub base v2.0

Para Guillermo

Mentí por tanto para complacer a la multitud. Ahora mis mentiras se han descubierto todas y debo enfrentarme a los hombres que maté. ¿Qué cuento podrá servirme aquí, en medio de mis jóvenes enfurecidos, defraudados?

Un estadista muerto

Rudyard Kipling

Prefacio

Lo más difícil de escribir una obra breve sobre la Primera Guerra Mundial es no caer en la tentación de convertirla en el doble de lo que el editor solicita. La guerra es siempre una materia compleja como para escribir sobre ella de forma concisa. En grandes líneas es aburrida, las unidades atacan o retroceden como flechas sobre un mapa de estrategas. Es en el detalle donde se encuentra la fascinación: ¿Qué pensaban los ciudadanos europeos cuando estalló el conflicto? ¿Qué sentían los soldados que tenían que salir de las trincheras para lanzarse al ataque? ¿Qué sentían los que debían disparar sus ametralladoras contra la línea de jóvenes que avanzaba hacia sus líneas? ¿Cómo se pudo abastecer a millones de soldados en el frente oriental con un transporte precario y un clima atroz?…

Un libro es comparable a un cuerpo, necesita un esqueleto para mantenerse erguido y, sin embargo, una estructura demasiado factual resulta poco interesante. Para evitar ese peligro, he creído conveniente utilizar en la medida de lo posible detalles y experiencias individuales que permitan una aproximación amena y humana al tema. El autor espera haber dejado suficiente «vida» como para reflejar la enorme tragedia humana de la guerra y para incitar al lector a que profundice en el apasionante estudio de la Primera Guerra Mundial.

Cuando Winston Churchill escribió una obra sobre el conflicto, la tituló *La Crisis Mundial*, evitando el término «primera guerra mundial». En realidad, la primera «primera guerra mundial» fue la guerra de los Siete Años de mediados del siglo XVIII cuyos campos de batalla se extendieron por Europa, América y el océano Índico. Sin embargo, en 1921 el coronel Charles Repington, antiguo corresponsal de guerra, publicó sus diarios bajo el título *La primera guerra mundial*. En 1918 un profesor de Harvard fue enviado a Europa para escribir una historia de la guerra. Al encontrarse con Repington discutieron sobre cómo denominar el conflicto. Repington señaló: «Le propuse llamarla *La Guerra*, pero era una denominación que no podía durar. *La Guerra Alemana* concedía demasiado a los alemanes. Sugerí *La Primera Guerra Mundial* para evitar que las generaciones posteriores olvidasen que la historia del mundo era la historia de la guerra». Apropiada o no, la denominación se consolidó y suplantó a la designación más certera: «La Gran Guerra», que fue como la denominaron los coetáneos.

1

El suicidio de las naciones

La guerra en 1914 era imposible pero probable.

Henri Bergson

ASESINATO EN SARAJEVO

El 28 de junio de 1914 nadie creía en la inminencia de una guerra. Europa entera se preparaba para disfrutar de un verano cálido y luminoso en un ambiente de confianza económica. Los gobernantes europeos y los militares se encontraban planificando cómo escapar del calor estival. Existían motivos que invitaban al optimismo. En 1914, Europa se encontraba en su apogeo material, cultural y político. A lo largo de los quince años precedentes, las grandes potencias habían conseguido preservar la paz a pesar de las numerosas crisis internacionales que habían estallado durante ese período.

Aquel junio de 1914 los campos del norte de Francia prometían una cosecha excelente. En un precioso día de verano se disputaba, en París, el Grand Prix, la prestigiosa carrera de caballos con destacada presencia de políticos y diplomáticos y la flor y nata de la sociedad francesa. En Londres, la mayoría de los miembros del gabinete británico, dirigido por el primer ministro, Herbert Henry Asquith, ultimaba los preparativos para dirigirse a Escocia donde practicarían la pesca y otros deportes. En Viena, el emperador Francisco José esperaba con ilusión el verano para dirigirse con su amada, Katharina Schratt, al balneario de Bad Ischl en el Tirol. Winston Churchill recordaría posteriormente que aquel verano de 1914 «se caracterizó en toda Europa por una tranquilidad excepcional».

El 28 de junio era un día muy especial para el pueblo serbio. En esa fecha se recordaba la trágica batalla de Kosovo de 1389 en la que el reino serbio había sido derrotado por los turcos, iniciando un largo período de sufrimiento bajo dominio otomano. En 1914 esa opresión estaba representada por el Imperio austro-húngaro, sucesor del Imperio otomano en los Balcanes. Ese fatídico día fue el elegido por el heredero de la casa de Habsburgo, el archiduque Francisco Fernando, para realizar una visita a la ciudad de Sarajevo acompañado por su mujer, Sofia Chotek. El archiduque estaba ilusionado con esa visita, ya que en Sarajevo ambos serían recibidos con alta formalidad, algo impensable en el estricto protocolo de Viena, pues su mujer no era de sangre real. Sofia, embarazada de su cuarto hijo, podría acompañar a su marido en el mismo automóvil en un acto oficial, algo que no le estaba permitido en Viena[1].

Para siete jóvenes serbo-bosnios, aquella visita era una provocación y ofrecía una oportunidad

única para llevar a cabo un atentado contra el heredero del odiado Imperio. En Serbia se habían formado sociedades ultranacionalistas como «La Mano Negra», cuyo objetivo era conseguir con métodos terroristas la anexión de Bosnia a Serbia. Las conexiones de «la Mano Negra» con el Ejército y la Administración serbias eran conocidas por casi todos los miembros del Gobierno, y cuando el primer ministro serbio, Nikola Pasic, tuvo noticias indirectas de lo que se tramaba, se encontró ante un dilema de difícil solución. Si dejaba actuar a «la Mano Negra» y esta atentaba con éxito, saldrían a relucir las numerosas conexiones de los terroristas serbios con el Gobierno serbio, lo que llevaría sin duda a un conflicto con Austria-Hungría. Por el contrario, si avisaba directamente al Gobierno austriaco, sus compatriotas lo considerarían un traidor y se convertiría en el siguiente objetivo de la organización terrorista. Finalmente, decidió avisar al Gobierno de Viena en términos vagos, de forma que no se inculpase directamente a «la Mano Negra». La advertencia a través del representante serbio no fue captada por su interlocutor austriaco.



Llegada del Archiduque y su mujer al ayuntamiento de Sarajevo.

Tal y como se había proyectado, el 28 de junio Francisco Fernando llegó con su mujer a Sarajevo tras participar en unas maniobras militares en la zona. Una multitud esperaba a lo largo de la ruta, aunque no todos los presentes deseaban dar la bienvenida a la pareja. Siete terroristas se encontraban apostados también en el trayecto. Al paso de la comitiva, uno de ellos lanzó contra el vehículo una bomba que rebotó en la parte trasera y fue a parar al suelo. Tras llegar al ayuntamiento, el archiduque y sus colaboradores se plantearon si debían de continuar con la visita. Francisco Fernando decidió proseguir, aunque modificando ligeramente el trayecto para poder visitar a los heridos en el atentado de la mañana y como medida prudente de seguridad, pues nadie los esperaba por la nueva ruta.



Gavrilo Princip (a la derecha de la imagen) antes de realizar los dos primeros disparos de la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, uno de los terroristas, Gavrilo Princip, se encontraba en la antigua ruta decepcionado por el fracaso del primer atentado. El conductor del archiduque giró para adentrarse en la calle que figuraba en la ruta original. El general que acompañaba al archiduque gritó al conductor para que rectificase, y este frenó justo delante de Princip. Pocas veces un error ha tenido unas consecuencias tan trágicas. Princip realizó dos certeros disparos que alcanzaron mortalmente al archiduque y a su mujer, que se convirtieron en las dos primeras víctimas de la guerra mundial.

En la capital francesa, aquel 28 de junio todo se desarrollaba con absoluta normalidad, cuando entre la tercera y la cuarta carrera del Grand Prix, un ayudante de campo se acercó al presidente francés, Raymond Poincaré. Tras pasarle un mensaje escrito, el ayudante observó que el presidente palidecía. Tras meditar durante unos segundos, Poincaré le entregó el mensaje al embajador del Imperio austrohúngaro, susurrando algunas palabras. Pronto la noticia se extendió como reguero de pólvora: «¡El heredero de la casa Habsburgo y su esposa acababan de ser asesinados en Sarajevo!». Sin embargo, tras la fuerte conmoción inicial, el público recobró su interés por la carrera y el presidente Poincaré permaneció allí para ver el final. Al cabo de unas horas, París recuperaba la normalidad.

De hecho, aquel verano toda Francia estaba mucho más interesada por el truculento caso Caillaux. El escándalo tenía todos los elementos para mantener la atención de los franceses: sexo, violencia, intrigas internacionales y amor. En marzo de ese año, Henriette Caillaux, la mujer del ministro de Finanzas, Joseph Caillaux, que había abandonado el Gobierno en 1911 por sus supuestas

tendencias pro alemanas, había ingresado en las oficinas de Gaston Calmette, editor del diario de derechas *Le Figaro*, y le había disparado con un revolver. La señora Caillaux había cometido el atentado para evitar que Calmette publicase sus cartas de amor con Caillaux, escritas cuando el ministro de Finanzas todavía estaba casado con su primera mujer. París entero era un caldo de cultivo de rumores que apuntaban a que el juicio revelaría que Caillaux había mantenido contactos secretos con Alemania. El resultado era esperado con enorme interés, en particular por los políticos de la derecha, siempre atentos a cualquier posible atisbo de traición a la patria. En las calles, izquierdistas y derechistas se peleaban a favor y en contra del ministro. No había tiempo que dedicar a la muerte de un aburrido archiduque austriaco en una lejana ciudad de los Balcanes.



Asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo.

En Viena, el escritor Stefan Zweig describió el histórico momento del atentado:

Hacía un tiempo espléndido; el cielo sin nubes se extendía sobre los grandes castaños y era un día para sentirse realmente feliz. Se acercaban las vacaciones para pequeños y mayores y, en aquella primera fiesta estival, los veraneantes, con el olvido de sus preocupaciones diarias, anticipaban en cierto modo la estación entera del aire radiante y el verdor intenso. De repente la música paró en mitad de un compás [...] Algo debía haber causado aquella brusca interrupción; mientras me acercaba, observé que la gente se agolpaba en agitados grupos ante el quiosco de música, alrededor de un comunicado que, evidentemente, acababan de colgar allí. Tal como supe al cabo de unos minutos, se trataba

de un telegrama anunciando que Su Alteza Imperial, el heredero del trono y su esposa, que habían ido a Bosnia para unas maniobras militares, habían caído víctimas de un vil atentado político [...] Al cabo de de dos horas ya no se observaba señal alguna de aflicción. La gente charlaba y reía, y por la noche la música volvió a sonar en todos los locales.

En el Mar del Norte, el káiser alemán, Guillermo II, se encontraba disputando una regata a bordo de su yate *Meteor*. En tierra, el jefe de su gabinete naval, el almirante Von Müller, había recibido un mensaje codificado del cónsul general alemán en Sarajevo que describía el asesinato. Se dirigió a toda velocidad en una lancha y abordó el *Meteor*, donde dio la sorprendente noticia. A bordo del yate del káiser – comenzaron unas deliberaciones angustiosas. Finalmente, Guillermo II decidió regresar a Berlín para, con sus palabras: «Controlar la situación y preservar la paz en Europa».

En todas las capitales de Europa, la reacción al asesinato del heredero de la Corona austriaca fue sosegada, hasta el punto de la indiferencia. La mayoría de los europeos nunca había oído hablar del archiduque y ni siquiera podía situar la ciudad de Sarajevo en un mapa. Ninguno de los principales mandos militares ni de las figuras políticas europeas consideraron que el asesinato fuera un acontecimiento lo bastante relevante como para asistir al funeral o cancelar sus ansiadas vacaciones estivales. El antihéroe creado por el escritor checo Jaroslav Hasek en su obra *El buen soldado Schweik*, reaccionaba ante la noticia del asesinato del archiduque señalando que él sólo conocía a dos Fernandos: uno que se había bebido por equivocación una botella de tinte para el pelo y otro que recogía estiércol, «ninguno de los dos supondría una gran pérdida», añadía.

Si el asesinato en Sarajevo se hubiera producido un siglo antes, habrían pasado semanas, o incluso meses, antes de que la noticia llegara a todos los rincones del planeta, lo que probablemente hubiera calmado los ánimos. Sin embargo, la tecnología había transformado el tiempo y el espacio. En la era del buque a vapor y, sobre todo, del telégrafo, las noticias viajaban a gran velocidad. Las agencias de noticias del mundo entero supieron casi inmediatamente del asesinato, y en cuestión de horas las condolencias comenzaron a llegar desde lugares tan lejanos como la Casa Blanca, en Washington. En las calles de Viena, una descripción de lo que había sucedido fue distribuida inmediatamente por la Agencia Oficial de Telegrafía austriaca.

Un mes más tarde, y de forma inesperada para los analistas políticos, el doble disparo de Sarajevo precipitaba a Europa a la más terrible de las guerras, ocasionando 13 millones de muertes, sufrimientos y convulsiones inimaginables. El conflicto provocaría en cadena la Revolución rusa, la desaparición del Imperio austrohúngaro, la Alemania imperial y el desmembramiento completo de Europa central. Sus consecuencias directas fueron el auge del nazismo en 1933, la Segunda Guerra Mundial, en definitiva, la desaparición de una forma de ser de la civilización europea y una ruptura general del mundo conocido hasta entonces. La guerra destruiría el sistema europeo que se basaba en monarquías europeas que habían adoptado medidas de representación democráticas, pero cuya legitimidad dinástica era un factor evidente de estabilidad.



Procesión funeral del archiduque y su mujer.

CAUSAS DE UNA GUERRA ANUNCIADA

El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo provocó una reacción diplomática en las Cancillerías europeas. Esa intensa actividad diplomática que terminó en el estallido de la guerra mundial es conocida como «Crisis de julio». El primer país en reaccionar fue Austria-Hungría. El Imperio austrohúngaro se encontraba en declive a imagen y semejanza de su emperador, que tenía ya ochenta y cuatro años. Había ocupado el trono desde los dieciocho, y durante su vida había sufrido varias tragedias. En 1898, su mujer, Elisabeth de Baviera, había sido apuñalada mortalmente en Ginebra por un anarquista. Más crucial para el destino de la monarquía fue el suicidio de su único hijo en 1889, un escándalo que había sacudido al Imperio, pues el archiduque Rodolfo se había suicidado con su amante en Mayerling. No había más varones en la línea hereditaria inmediata[2]. El legado del Imperio tenía que recaer en el primo de Rodolfo, Francisco Fernando, que pensaba renovar todo el sistema imperial atrayendo a los eslavos y reconciliando a las nacionalidades hostiles en una federación moderna. Temiendo que esas concesiones apaciguasen a los eslavos partidarios de la creación de una Gran Serbia, el archiduque se había convertido irónicamente en un enemigo para los partidarios de crear un gran Estado para los eslavos del sur.

Serbia había obtenido la independencia en 1878, y en 1912 se había enfrentado a los búlgaros por Macedonia. Los serbios habían resultado vencedores y, animados por los rusos, sus ambiciones aumentaron en consonancia. Los nacionalistas serbios comenzaron a soñar con reconstituir la Gran Serbia del siglo XIV, una ambición peligrosa, dado que los territorios que ansiaban pertenecían casi todos al Imperio austrohúngaro. El logro de tal objetivo estaba ligado así a una conflagración general

en la región. Las guerras balcánicas de 1912 y 1913 tan sólo habían exacerbado la tensión. Por otra parte, Rusia, derrotada por los japoneses en 1904, había perdido la posibilidad de expandirse en el Pacífico, por lo que se volvió hacia los Balcanes. Contaba con el apoyo de los «eslavos del sur» para destruir el Imperio otomano, apoderarse de los estrechos y obtener una salida al Mediterráneo para su flota del mar Negro. Sin embargo, Rusia se enfrentaba en la zona a dos rivales considerables: políticamente, al Imperio austrohúngaro, y económicamente, al Imperio alemán. En 1878, y posteriormente en 1908, Rusia se vio obligada a reconocer la soberanía de Austria sobre los antiguos territorios turcos de Bosnia-Herzegovina.

Para Austria-Hungría, el hecho de que el asesino del heredero se identificase con el más subversivo de sus enemigos, Serbia, era una afrenta imperdonable. Eliminar a ese país se había convertido en una necesidad vital, e incluso el emperador, que en muchas ocasiones había apoyado al sector moderado, se encontraba en esos momentos entre los partidarios de una acción de fuerza. No obstante, antes de iniciar una guerra contra Serbia, era preciso conocer la postura del Gobierno húngaro y la actitud de Alemania. El 2 de julio se conocía que los autores del atentado habían estado en contacto con los servicios secretos serbios. Los militares austriacos solicitaron que se declarase la guerra de inmediato, pero era necesario contar con la eventualidad de que Rusia no abandonase a Serbia, y por ello era fundamental conocer la posición de Alemania. Austria envió al conde Alexander Graf von Hoyos a Alemania para entrevistarse con los dirigentes alemanes y para recabar su apoyo.

El conde Hoyos mantuvo una reunión el 4 de julio con el káiser Guillermo II y el subsecretario de Exteriores alemán, Arthur Zimmermann. El káiser afirmó que Alemania apoyaría cualquier acción que iniciase Austria, pero debía conocer primero la opinión del canciller. Al día siguiente, Hoyos se reunió con el canciller Bethmann Hollweg y este reafirmó las palabras del káiser, indicándole que cualquier acción que iniciase Austria, debía ocurrir cuanto antes, puesto que lo que pretendía Bethmann era colocar a las otras potencias frente a un hecho consumado y lograr así la localización del conflicto. Esa actitud alemana ha sido considerada como un «cheque en blanco» para Austria.

Si Austria se hubiese lanzado a la acción sin retraso y sin buscar la ayuda alemana, es muy posible que los serbios se hubiesen encontrado aislados. Fue la tardanza en la actuación austriaca la que transformó una crisis local en una europea. Durante aquellos días cruciales de julio el presidente francés Poincaré y su primer ministro, René Viviani, se encontraban de visita en Rusia. Se ha especulado mucho sobre esas conversaciones; es posible que el Gobierno francés concediese allí también un «cheque en blanco» a Rusia. El Gobierno alemán no deseaba que los dos líderes estuvieran reunidos en plena crisis, pues sus planes dependían de una reacción lenta y no coordinada por parte de sus enemigos. La guerra tenía que esperar. En cualquier caso, muchos soldados austrohúngaros se encontraban de permiso debido a la cosecha y no regresarían a sus cuarteles hasta el día 15 de julio.

Al dejar pasar el tiempo, Rusia afirmó sin ambages que acudiría en defensa de Serbia. La solidaridad monárquica que había suscitado el asesinato del heredero a la Corona de Austria-Hungría fue desvaneciéndose, y empezó a cobrar fuerza la percepción de una gran potencia que amenazaba a un Estado pequeño. El 23 de julio, Austria enviaba a Serbia una lista de demandas

inaceptables pues, entre otras cosas, solicitaba que oficiales austriacos investigasen la conexión de los servicios secretos serbios con el atentado. Se daba a Serbia cuarenta y ocho horas para responder. Los colaboradores del káiser concluyeron que un rechazo «supondría prácticamente la guerra».

En un primer momento, los serbios se mostraron dispuestos a aceptar todos los puntos del ultimátum. Sin embargo, el apoyo ruso hizo cambiar de parecer al Gobierno serbio. La respuesta final serbia fue una obra maestra diplomática. Al aceptar gran parte de las demandas, los serbios mostraban a sus adversarios como poco razonables, en particular si Austria-Hungría decidía recurrir a la fuerza para obtenerlas. El Gobierno serbio aceptó con matices casi todos los puntos del ultimátum, salvo el referente a la intervención de fuerzas austriacas en la investigación, lo que habría supuesto renunciar de hecho a su soberanía. Según las autoridades serbias, «aceptar tal demanda sería una violación de la Constitución y del procedimiento penal»[3].

La respuesta serbia dejó a los políticos en Viena con la sensación de haber sido arrinconados. Se apoderó de ellos la sensación de que ya no quedaba más alternativa que la guerra. «Si debemos caer», dijo el emperador Francisco José, «hagámoslo con decencia». Serbia solicitó ayuda a Rusia, colaboración que esta le prestó comunicando a Austria que si iniciaba un ataque sobre Serbia, se vería obligada a responder a la agresión. Austria ordenó la movilización parcial contra Serbia el 28 de julio, convencida de que la postura alemana detendría la respuesta rusa. Alemania, por su parte, no quería precipitaciones que pudiesen hacerla aparecer como agresora, pues confiaba en conservar la neutralidad inglesa. Sin embargo, para los militares alemanes era necesario decretar la movilización, cuando menos parcial, para que su plan militar tuviera posibilidades de éxito.

A partir de ese momento, los acontecimientos militares se sucedieron incidiendo en la diplomacia. La maquinaria bélica se puso en marcha. Serbia movilizó a su ejército, Rusia llamó a los reservistas y el entusiasmo popular se desató en Viena ante el anuncio del Gobierno austriaco de que se había rechazado el documento serbio. Lo mismo sucedió en Berlín.

Entre los días 28 y 31 de julio, se produjeron movimientos diplomáticos decisivos. Por una parte, Rusia comunicó a Austria su deseo de entablar conversaciones que esta rechazó dado que Rusia no paralizaba antes su movilización. Gran Bretaña comunicó a Alemania que aceptaría la ocupación austriaca de Belgrado y solicitó que se celebrase un congreso europeo para zanjar el tema, cuestión a la que Alemania se negó. El 28 de julio, Rusia, que había decretado la movilización parcial en cuatro distritos, decretó la movilización general el 31 de julio. A Alemania no le quedaba más remedio que hacer lo mismo si quería tener posibilidades de lograr la victoria derrotando a Francia en primer lugar, para enfrentarse luego a Rusia. El 1 de agosto Alemania decretaba su movilización general; ese mismo día lo hacía Francia. A la vista del cariz que adoptaban los acontecimientos, el canciller Bethmann Hollweg le propuso al káiser su renuncia. «No», le contestó, «tú has cocinado esta bazofia, ahora te la vas a comer».

Si bien es cierto que cada una de las grandes potencias actuó en la crisis de julio de 1914 de acuerdo con sus intereses nacionales, su decisión de entrar en guerra estuvo también condicionada por los planes de operaciones existentes. La alianza franco-rusa obligaba a los alemanes a enfrentarse a las fuerzas francesas y rusas si se tenían que enfrentar con cualquiera de las dos

naciones. En consecuencia, los alemanes creían poder derrotar a Francia antes de que Rusia se movilizase. El Estado Mayor alemán estimaba que tanto Francia como Alemania necesitarían dos semanas para llevar a cabo una movilización completa, pero consideraba que Rusia tardaría seis semanas en movilizarse debido a sus deficientes comunicaciones.



Lectura pública de la declaración de guerra en Alemania.

Resulta difícil encontrar una guerra en la historia que pueda ser calificada como accidental o involuntaria, la Primera Guerra Mundial no fue ni lo uno ni lo otro. Los planes secretos de las principales potencias determinaron que cualquier crisis no resuelta llevaría a una guerra generalizada. Los planes alemanes para la guerra concluían que Alemania no sería capaz de mantener una guerra en dos frentes por mucho tiempo, de ahí la necesidad de derrotar a uno de los oponentes de forma rápida, para concentrar sus fuerzas en el otro sector.

Una cadena fatal de acontecimientos y de malas decisiones, cada una de las cuales no pretendía en sí la guerra, o al menos su generalización, dio lugar a la mayor tragedia vivida por el mundo hasta entonces. Aunque hoy nos resulte irónico después de lo sucedido en la ex Yugoslavia, la primera causa directa de la guerra radicó en el hecho de que los bosnios querían pertenecer al proyecto de la Gran Serbia.

Se conformaron dos bloques iniciales de la confrontación; de un lado las denominadas «Potencias Centrales», Alemania y Austria-Hungría, y del otro, la Triple Entente, «los Aliados», Francia, Gran Bretaña y Rusia, junto con Serbia y Montenegro, más la agredida Bélgica[4].

Para Alemania era indispensable atacar cuanto antes a Francia, antes de que finalizase la movilización rusa. Por ello, Alemania, pretextando un ataque aéreo francés sobre Nuremberg, declaró la guerra a Francia el 3 de agosto. El 4 de agosto, Alemania invadía Bélgica, lo que provocó la declaración de guerra inglesa a Alemania el 4 de agosto. El grado de fervor popular hizo que todos los beligerantes intentasen eliminar los nombres vinculados con el enemigo. Las familias británicas con nombres germanos adoptaron unos más anglosajones: los Battenberg pasaron a llamarse Mountbatten; la familia real, conocida como casa de Hanover, pasó a ser la casa de Windsor; los perros pastores alemanes se transformaron en «alsacianos», y hasta se prohibió la música del compositor Richard Wagner. En Francia se intentó sin éxito cambiar el nombre del «Agua de Colonia» por «Eau de Provence», y en Alemania se modificó el nombre de hoteles y restaurantes de procedencia francesa o británica, lo que generó una gran confusión.



Entusiasmo en Londres ante la declaración de guerra.

Es posible que una posición más firme por parte de Gran Bretaña hubiese tenido un efecto disuasivo en vistas de las dudas del káiser y de Bethmann Hollweg. La guerra fue un fracaso general de la disuasión, ya que Alemania fracasó en disuadir a Austria-Hungría y Gran Bretaña a Alemania. Al final, tal como había pronosticado el canciller Otto von Bismarck, la guerra había comenzado «por una estupidez en los Balcanes».

Desencadenado para vengar a un archiduque austriaco poco popular entre sus conciudadanos, el conflicto se amplió hasta abarcar gran parte del planeta. Todos los participantes pensaban que el conflicto sería breve. Finalmente, duraría cincuenta y un meses y ocasionaría cerca de trece millones de muertos. Nadie había previsto una guerra tan destructiva ni tan larga. Fue un error que los Estados europeos pagarían caro al descubrir horrorizados los gigantescos medios que las sociedades modernas e industrializadas podían poner a disposición de la guerra debido a la revolución

industrial.

La Primera Guerra Mundial fue un conflicto novedoso, no sólo por su magnitud, sino también desde un punto de vista militar: fue la primera guerra general entre Estados altamente organizados y con masivos recursos industriales y demográficos; la primera en que se aplicaron medios avanzados de destrucción. La población civil sufrió con los bombardeos y con el bloqueo naval; por ello, la moral de la población jugó un papel destacado en el conflicto; fue una guerra «psicológica» además de política y militar.

La importancia del conflicto no debe ser nunca desdeñada. Sin embargo, es preciso refutar algunas generalizaciones frecuentes. La guerra fue más breve y menos sangrienta que la Segunda Guerra Mundial, cobrándose una quinta parte de vidas humanas. Las áreas totalmente destruidas se limitaron a una franja relativamente estrecha entre Bélgica y Francia, y los territorios disputados de Rusia y Austria-Hungría sufrieron menos daños. Existía un curioso sentimiento de irrealidad en la guerra, los hombres podían partir hacia París o Londres, que la guerra había dejado prácticamente intactas, y luego regresar a morir en las trincheras (en la Segunda Guerra Mundial no habría escapatoria posible del conflicto). Debido a que el empate en el frente occidental se prolongó tanto tiempo, los ejércitos no tuvieron ocasión de saquear el territorio enemigo, y quemar y destruir ciudades. Las guerras de maniobra siempre dejan una estela de destrucción a su paso.



Soldados judíos en el ejército alemán.

La guerra pronto trascendió sus resultados militares y políticos. En el plano social e ideológico produjo el derrumbe de unas estructuras de poder clientelistas, jerárquicas y elitistas obrando una transformación en la fisonomía de muchos Estados europeos, donde irrumpieron violentamente las tendencias modernizadoras: el nacionalismo, el liberalismo y el socialismo, fuerzas soterradas en la Europa de las monarquías. La Europa de las monarquías convivía con las llamadas fuerzas de la modernidad: el nacionalismo, el liberalismo y el socialismo. La desaparición de estas estructuras

arcaicas hizo que el resultado de la Primera Guerra Mundial fuese más allá de sus resultados militares y políticos.

La guerra supuso el fin de un mundo caracterizado, entre otras cosas, por el predominio de la aristocracia. Las aristocracias feudales habían pasado la época de las revoluciones conservando intactos sus instrumentos de poder durante toda la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. Así, aunque las fuerzas del antiguo orden iban perdiendo poder frente a las del capitalismo industrial, todavía eran bastante rígidas y tenían el empuje suficiente como para resistirse a los cambios y frenarlo con el uso de la fuerza si era necesario. Por ello, la primera guerra fue la expresión de la decadencia y caída de un antiguo orden.

En 1961, aparecía la controvertida obra *Los objetivos de guerra de Alemania en la Primera Guerra Mundial*, de Fritz Fischer. En esencia, revelaba que las élites dirigentes alemanas habían optado por la guerra en 1914 porque la expansión en Europa oriental parecía el único medio de preservar el orden social frente a las presiones reformistas y democratizadoras procedentes de las clases populares. Esto suponía un cambio historiográfico fundamental al disminuir la tesis del «primado de la política exterior» en beneficio del «primado de la política interior». De hecho, la situación política alemana se encontraba en un callejón sin salida, por lo que, entre 1912 y 1914, muchos alemanes comenzaron a ver la guerra como un posible catalizador para obtener estabilidad en el interior.

Desde 1914 decenas de estudios han intentado ofrecer una explicación de los orígenes del conflicto. Sin embargo, cuanto más avanzan las investigaciones históricas, menos claras aparecen las causas de la guerra. Tras una vida entera dedicada al estudio del conflicto, el historiador Jean-Baptiste Duroselle concluía que el estallido del conflicto era «incomprensible» y François Furet lo definió como «enigmático». A principios del verano de 1914, Europa se encontraba en su apogeo. A lo largo de los quince años precedentes, las grandes potencias habían conseguido preservar la paz a pesar de haber tenido que enfrentarse a numerosas crisis.

El grado de desarrollo y progreso alcanzado por la civilización occidental parecía haber superado, entre otras cosas, las guerras, algo propio de los países incultos, incapaces de respetar un ordenamiento internacional. Muchos europeos consideraban que estaban viviendo una edad de oro. El crimen estaba bajo control, se producían avances médicos y con ellos un aumento de la esperanza de vida y la reducción de la mortalidad infantil. A principios del siglo XIX la población europea sumaba 50 millones, en 1914 había alcanzado ya 300 millones. Para la mayor parte de los ciudadanos de clase media y alta de Europa, se trataba de una «era dorada» de ley y orden, respeto y decencia. Los salarios habían aumentado un 50 % entre 1890 y 1913.

Alemania estaba mostrando al mundo el futuro del Estado del bienestar con seguros de salud y pensiones para la tercera edad. El emperador Guillermo II podía haber hablado en nombre de la mayoría de jefes de Estado europeos cuando prometió que llevaba a Alemania «hacia tiempos gloriosos». A pesar de su tendencia a las salidas de tono, parecía que la paz era el futuro: «Alemania se hace cada vez más fuerte con los años de paz. Tan sólo podemos ganar con el tiempo». Hugh Stinnes, uno de los empresarios alemanes más dinámicos del momento, opinaba que «tras tres o cuatro años de desarrollo pacífico, Alemania se convertirá en la potencia económica dominante en

Europa».

Sin embargo, bajo esa superficie tranquila, en Europa existían fuertes tensiones. El feminismo militante, el socialismo radical, el sectarismo religioso y el antagonismo entre clases sociales distorsionaban la armonía social en todos los Estados europeos. Existía al mismo tiempo un sentimiento de regocijo y de malestar. Este regocijo surgía de las emociones de la época: el relajamiento de las convenciones sociales, el sentimiento de cambio y la irresistible fuerza del progreso y la tecnología. El malestar provenía de la incertidumbre de hacia dónde llevaba ese cambio y qué modelo adoptaría la moderna nación industrial. «El modernismo», término muy debatido, provocaba a la vez, entusiasmo y aprensión.



Ataque británico con tanques en Cambrai, 1917.

En 1899, el banquero judío-polaco Ivan Stanislovitch Bloch diagnosticaba en *¿Es imposible la guerra hoy?* la superioridad de la defensa sobre el ataque, la paralización de los frentes y la guerra de trincheras tras un estudio de la destructiva Guerra de Secesión norteamericana. En Inglaterra, Norman Angeli escribía en 1910 *La gran ilusión*, en la que sugería que Europa debía adoptar el modelo del Imperio británico, con Estados independientes unidos por el libre comercio, y solucionar de ese modo «el problema internacional». En Alemania fue Kurt Riezler, consejero del canciller Bethmann Hollweg, quien en 1912 llegó mediante un escrito a la conclusión de que las guerras modernas eran ya demasiado temidas para ser combatidas y que, por tanto, se decidirían como una medición de fuerzas no militares según la potencia industrial.

Sería imposible describir en una obra de síntesis la enorme cantidad de teorías sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial. Se ha llegado incluso a sugerir que los orígenes del conflicto se remontan hasta el siglo IV de nuestra era. La decisión de dividir el Imperio romano entre un occidente que hablaba latín y un oriente que hablaba griego, tuvo consecuencias a largo plazo. La división cultural que desembocó en la existencia de dos ramas de la cristiandad, dos calendarios y dos alfabetos, persistió a lo largo de los siglos. Los austriacos católico-romanos y los serbios grecoortodoxos, cuya disputa proporcionó el desencadenante de la guerra de 1914, parecían estar así

destinados a ser enemigos. Se ha apuntado también al siglo VII, cuando pueblos eslavos se desplazaron a los Balcanes donde ya se habían establecido los teutones. El conflicto entre eslavos y pueblos germanos se convirtió en un tema recurrente de la historia de Europa, y en el siglo XX enfrentaba a alemanes y austriacos contra rusos y serbios, eslavos.

Sin embargo, es preciso conocer las coordenadas internacionales inmediatas que hicieron posible la guerra en 1914. Se ha calificado al período anterior previo al conflicto como de «anarquía internacional». Europa se encontraba en una fase de incertidumbre al no existir un concierto europeo propiamente dicho, sino una red confusa de precarias e imperfectas alianzas militares; un equilibrio inestable basado no en una auténtica comunidad internacional, sino en una sociedad embrionaria dominada por el secretismo de las decisiones políticas y militares de los Estados.

Diversos factores hicieron posible la guerra en 1914. En primer lugar, los contenciosos entre Estados europeos y las alianzas continentales. Francia, aislada por la política de Bismarck, trataba de romper el cerco a través de sus alianzas con Rusia y Gran Bretaña. Alemania y Austria-Hungría estrechaban sus lazos, mientras Italia se separaba progresivamente de la Triple Alianza (Alemania, Austria-Hungría e Italia). En cualquier caso, sería un error exagerar la rigidez del sistema de alianzas o considerar la guerra europea como inevitable. Ninguna guerra es inevitable hasta que estalla. Las alianzas existentes eran precarias. Italia, por ejemplo, ignoraría sus compromisos con Alemania formando parte de la coalición enemiga.

La cuestión colonial, como las crisis marroquíes, enconaba el enfrentamiento, pues dejaba un fuerte sentimiento de «envidia» imperialista en Alemania, mientras Rusia y Francia saldaban sus conflictos coloniales con Gran Bretaña: Afganistán, Persia y África respectivamente. Existían también las históricas reivindicaciones francesas sobre Alsacia y Lorena y el conflicto de Austria con sus vecinos del sur, principalmente con Serbia y Rusia por la expansión en los Balcanes, mientras alemanes y austriacos apoyaban al vacilante Imperio otomano en su intento de mantenerse íntegro. Por otro lado, se encontraba la competencia naval germano-británica que envenenaba las relaciones anglo-alemanas.

Como el crecimiento económico alemán no fue acompañado por el progreso social ni político, generó fuertes tensiones internas. Muchos historiadores han acusado a los dirigentes alemanes, especialmente a la aristocracia prusiana, los «Junker», y al propio káiser de conducir premeditadamente a su país a la guerra, para establecer la hegemonía alemana en Europa. La política exterior de Alemania, calificada como «diplomacia brutal», era otro elemento de desestabilización. La década de 1890 comenzó con la destitución de Bismarck como canciller de Alemania y, como consecuencia, con la desaparición de los llamados sistemas bismarckianos y la adopción de la llamada *Weltpolitik* (política global)[5]. Con ella, Alemania quería participar en la política mundial y alcanzar el «lugar en el sol» que según sus líderes le correspondía por su potencial económico y comercial, y que no poseía por satisfacción al deseo de prestigio del pueblo alemán. Pero el hecho de abandonar las bases sólidas en Europa por unas ilusorias fuera de ella, generaba tensiones con Gran Bretaña.



El mariscal de campo, Alfred Graf von Schlieffen.

La *Weltpolitik* supuso un cambio, tanto en la política exterior alemana como en las relaciones internacionales, e hizo que Alemania comenzase a participar de una forma mucho más activa en los problemas coloniales. Uno de los puntales de la *Weltpolitik* debía ser la flota de guerra. La flota había sido concebida por el agresivo y obsesivo almirante Alfred von Tirpitz (del que se decía que su bebida favorita era la «espuma del Mar del Norte») para conseguir que Alemania lograra un imperio colonial. Nunca había participado en un combate naval y sus batallas se libraron en los despachos de Berlín para lograr fondos para la Armada. En una discusión con el ministro de Asuntos Exteriores, afirmó: «La política es cosa vuestra. Yo construyo barcos». Tirpitz había elaborado una «Teoría del Riesgo», según la cual Alemania debía construir una flota de guerra poderosa para concentrarla en el Mar del Norte, lo que supondría que, en caso de guerra, Gran Bretaña se vería obligada a concentrar todos sus escuadrones en esa zona y, aunque venciese, sería vulnerable a las otras potencias, por lo que en lugar de combatir a Alemania le ayudaría en sus aspiraciones coloniales.

En 1898 Alemania inició la construcción de una poderosa flota. Debido a las nuevas construcciones, la Marina hubo de solicitar dinero y hombres, los suficientes como para organizar dos cuerpos del ejército de tierra. Pese a todo, la década de los noventa empezó con un acuerdo anglo-alemán, el Tratado de Heligoland-Zanzíbar por el cual Alemania renunciaba a este territorio

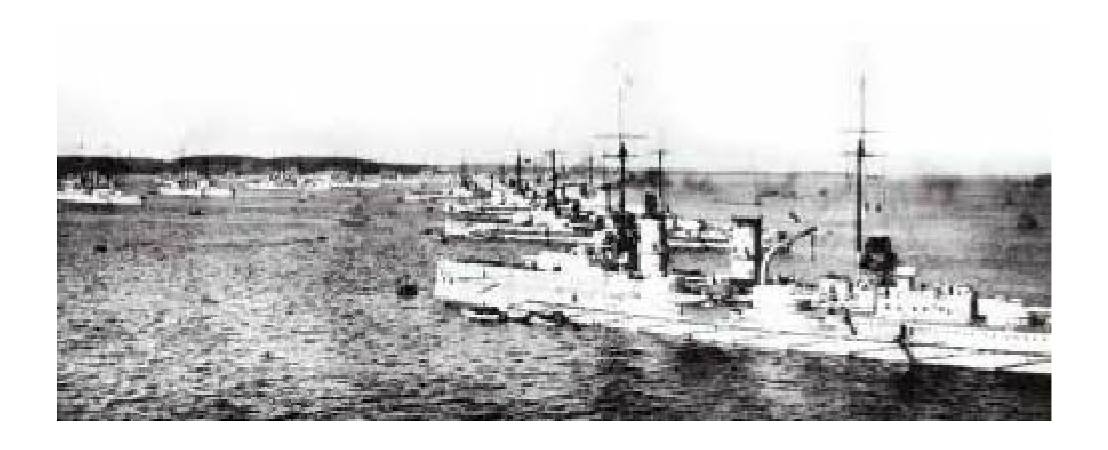
africano y a cambio recibía de Gran Bretaña la isla de Heligoland en el Mar del Norte.

Existieron también causas psicológicas para la guerra. El progreso económico contrastaba con una política centrada en objetivos nacionalistas: internacionalismo económico contra nacionalismo político. El nacionalismo era el más peligroso de los «ismos» del siglo XX. Inherente al ascenso de la burguesía europea durante el siglo XIX, había terminado por convertirse en una forma de chauvinismo xenófobo. Cada país encontraba en su historia motivos de resentimiento hacia los vecinos. A su vez, surgían corrientes de pensamiento que pretendían la unión de todos los habitantes de origen germánico o eslavo. Todos parecían dispuestos a valerse de la guerra para el logro de sus espurios objetivos.

También cobraba importancia el militarismo, doctrina vinculada a las formas extremas del nacionalismo para incrementar la carrera de armamentos, favorecer la intromisión de los militares en la vida civil y apoyar la política de agresividad hacia los adversarios. La propia psicosis de guerra suponía además un fuerte estímulo para la activación de los conflictos latentes. Finalmente, los movimientos nacionalistas afectaban a los Estados del este y centro de Europa, con epicentro en Serbia. Esta nación concentraba tres de los conflictos claves de la Primera Guerra Mundial: imperialismo dinástico contra nacionalismo insurgente, paneslavismo contra pangermanismo y tensión este-oeste.

La guerra debió su extensión y su carácter de guerra generalizada al hecho de que en ella convergieron tres conflictos muy definidos: un conflicto francoalemán latente desde 1871; un conflicto anglo-alemán basado en la competencia económica, colonial y sobre todo naval, y un conflicto austro-ruso debido a la competencia hegemónica en el área balcánica.

¿Qué país fue el culpable? Aunque no existe consenso sobre el tema, hoy resulta posible concluir que todos tuvieron parte de culpa. Alemania por el «cheque en blanco» a Austria-Hungría, los rusos por su movilización en ayuda del Gobierno serbio, cuya complicidad en el asesinato de Sarajevo resultaba bastante evidente. Los británicos porque perdieron una oportunidad única de enviar a Alemania un mensaje que aclarara que no permanecerían cruzados de brazos mientras Alemania atacaba a Francia. Francia, que fue tal vez la menos culpable, por su insistencia en que los rusos se movilizaran cuanto antes.



La Flota de Alta Mar alemana fondeada en Kiel.

Ignorando lo que les deparaba el destino, los soldados en las principales capitales europeas se alegraban de poder participar en aquella guerra ansiada y liberadora. El escritor Thomas Mann escribió que se sentía «cansado y enfermo» de la paz. Sigmund Freud comentó: «Toda mi libido está con Austria-Hungría». Las multitudes cantaban canciones patrióticas y los reservistas acudían en masa a sus cuarteles, las bandas tocaban y las mujeres arrojaban flores al paso de los soldados. Los soldados partían esperanzados escribiendo en los vagones de los trenes: «A París», «A Berlín».

La juventud recibió con entusiasmo aquella «guerra liberadora». Los jóvenes vivían preocupados porque la guerra pudiera finalizar antes de que ellos participaran, ya que existía la creencia generalizada de que sería breve. Los primeros en expresar esos sentimientos fueron los jóvenes cultos, los universitarios. El poeta Rupert Brooke escribió: «Venid a morir, será tan entretenido». Nadie podía imaginar cómo finalizaría aquella alegre tragedia. Los mayores eran mucho menos entusiastas, pues recordaban la guerra francoprusiana de 1870, la guerra de los bóeres de 1889 y la guerra ruso-japonesa de 1904. La reacción en las ciudades fue más entusiasta que en el campo, donde se temía por la cosecha y por la destrucción que causarían las tropas. Incluso en las ciudades, el entusiasmo inicial no fue universal y no sobreviviría al primer otoño.

Los motivos de esa beligerancia se remontaban a algunas cuestiones anteriores a 1914. Era el deseo de emociones, de aventuras, relacionado con la protesta contra una civilización monótona y materialista; el júbilo ante la cicatrización de la sociedad dividida, que superaba la brecha entre las clases con la unidad nacional y una especie de ánimo apocalíptico que vio en la catástrofe el preludio de un renacimiento. En algunos sectores de la sociedad europea, surgió la creencia, relacionada con el filósofo Friedrich Nietzsche, de que tan sólo un cataclismo (como la guerra) podría transformar la complacencia de la vida capitalista en un estado espiritual superior. Era la sensación de que la guerra ofrecía una renovación espiritual gracias a su ruptura con el pasado y al surgimiento de un idealismo desinteresado.

Existe otro aspecto del entusiasmo de la juventud hacia aquella guerra «que pondría fin a todas las guerras». El conflicto era percibido como una liberación. Para los combatientes, la guerra tenía por objetivo la salvaguardia de los intereses reales de la nación. Pero tenía también otro significado: al marchar a la guerra, los soldados de 1914 hallaban un ideal de recambio que, en cierta manera, sustituía las aspiraciones revolucionarias. Así ocurría con los menos favorecidos que, recluidos en el gueto de la sociedad, se reintegraban a ella gracias a la guerra, pero por ello mismo se desmovilizaban en el plano revolucionario.

Para el historiador Modris Ekstein, el conflicto fue una consecuencia del modernismo, en contra de la visión general de que el modernismo es hijo de la primera guerra. El modernismo había sido una reacción en contra del racionalismo y el materialismo del mundo moderno e industrializado, que llevó a un culto de lo irracional anterior a 1914, aunque la guerra no hizo sino reforzar esa tendencia, erosionando el orden y la moral de las sociedades industrializadas. La guerra era así un «choque cultural» entre Inglaterra, considerada tradicional en términos culturales, y Alemania, que se había convertido en el centro de la cultura de vanguardia. En general, el deseo de regresar a un primitivismo llevó a la comunidad artística a recibir la guerra como una liberación y una ruptura con

las convenciones artísticas. Sin embargo, también es posible afirmar que la guerra afianzó la utilización de formas tradicionales en la literatura, el arte y la música, y confirmó la persistencia de formas de movimientos previos, como el romanticismo y el clasicismo.

Algunos historiadores han apuntado a motivos económicos como causa del estallido de la guerra. Defienden que la civilización del siglo XIX se asentaba sobre cuatro instituciones: la primera era el sistema de equilibrio entre las grandes potencias. La segunda fue el patrón oro internacional como símbolo de una organización única de la economía mundial. La tercera, el mercado autorregulador que produjo un bienestar material, y la cuarta, el Estado liberal. El hundimiento del patrón oro habría provocado la catástrofe.



El Káiser Guillermo II y Winston Churchill en septiembre de 1909



En los últimos años se ha analizado el papel del káiser Guillermo II y su influencia en las decisiones en política exterior, centrándose no sólo en sus actuaciones, sino también en su personalidad. Uno de sus rasgos más marcados era que simultáneamente odiaba y envidaba a Gran Bretaña. Su madre era la hija de la reina Victoria que había contraído matrimonio con un príncipe alemán. Su animosidad era personal. Su brazo izquierdo estaba deformado debido a una complicación en el parto de la que culpaba al médico inglés de su madre, algo que le provocaba un enorme complejo de inferioridad en un ambiente familiar tan marcial. Su madre era una liberal pro británica y Guillermo la rechazó y se convirtió en un conservador antibritánico. A pesar de todo, se consideraba miembro de la familia real británica y a menudo se refería a ella como «la maldita familia». Guillermo se volcó en el romanticismo nacional alemán, cuyos defensores consideraban que los alemanes cultivaban las artes y la filosofía y que los británicos eran un pueblo materialista y de mercaderes.

Una de sus pasiones llevaría al enfriamiento definitivo de las relaciones con Gran Bretaña. Entre 1890 y 1914, la política naval alemana desafió el liderazgo marítimo de Gran Bretaña en gran parte por culpa de Guillermo II. Este había pasado los veranos de su infancia con parientes británicos en la isla de Wight, cerca del Royal Yacht Club, en Cowes, donde se convirtió en un entusiasta regatista. Aquel club se encontraba a tiro de piedra de la base naval británica de Portsmouth y las frecuentes visitas de Guillermo II a la zona le animaron a construir una gran Armada. En 1904, con ocasión de la visita del rey Eduardo VII a Alemania, el káiser confesó: «Cuando era sólo un muchacho y visité aquella base, se despertó en mí el deseo de poseer buques como aquellos y me dije que cuando fuese mayor debía contar con una Marina tan potente como la británica». El canciller alemán, Bernhard von Büllow, tuvo que alterar aquel discurso para la prensa, pues temía que si se daban a conocer esas anécdotas infantiles, se pondría en peligro el presupuesto de construcción naval.

La participación del káiser en la política alemana ha sido objeto de una larga controversia. Winston Churchill diría de él que «tan sólo se pavoneaba y hacia sonar la espada no desenvainada, pero detrás de tantas poses y atavíos había un hombre ordinario, vanidoso, aunque en general bien intencionado, que tenía la esperanza de que lo consideraran un Federico el Grande». Superaba su incapacidad física demostrando su destreza con armas y caballos, actividades muy difíciles con un solo brazo. Realizaba apariciones públicas en múltiples uniformes navales y militares. Cuando al embajador francés le enseñaron un retrato del káiser con su actitud agresiva, sus medallas, su enorme espada y su porte belicoso, exclamó: «Esto no es un retrato… ¡Esto es una declaración de guerra!». Otros historiadores estiman que su personalidad no difería demasiado de las pautas consideradas «normales» y que su papel estaba determinado por la constitución monárquica que elaboró Bismarck, que concedía un poder prácticamente absoluto al monarca.

La guerra, en realidad, fue hija de una larga evolución. Su origen se encuentra ligado a la Revolución francesa. Entonces se creó la «nación en armas», el servicio militar universal y las guerras nacionales. Simultáneamente se generó el nacionalismo agresivo, propagando el odio destructor derivado de esas pasiones por toda Europa. El estallido de la Primera Guerra Mundial mostró la violencia que se había ido generando en el viejo mundo.

El mundo que saldría de la guerra no tendría nada que ver con el anterior. Cayeron imperios y monarquías, el movimiento obrero alcanzó cimas de poder por medios revolucionarios y marcó el comienzo de la decadencia europea. La devastadora pérdida demográfica, la interrupción del comercio internacional, la destrucción del tejido industrial europeo, la quiebra del sistema monetario basado en el patrón oro y la inflación resultante de la financiación del esfuerzo de guerra, fueron algunos de los factores más destacados de la ruina económica que se cernió sobre Europa. En el orden moral, la guerra afectó a toda una generación que en adelante se definió como ex combatiente.



En su discurso en Bruselas el 29 de julio de 1914, cuarenta y ocho horas antes de su asesinato, el líder socialista francés, Jean Jaurès, había previsto de forma certera lo que sucedería si Europa iba a la guerra: «Cuando el tifus termine el trabajo que comenzaron las balas, los hombres desilusionados se volverán contra sus líderes y exigirán una explicación por todos esos cadáveres».

2

Los contendientes
1914-1917

Siempre sucede que el que no es tu amigo te pide la neutralidad, y el que lo es, solicita tu apoyo armado.

Maquiavelo, *El Príncipe*

LAS POTENCIAS CENTRALES

Alemania

Antes del conflicto, el circo «Barnum» recorría Alemania para alegría de pequeños y mayores. La gente se asombraba con la rapidez con la que el circo transportaba a todos sus actores y animales. El káiser pronto tuvo conocimiento de este hecho y envió a observadores militares a estudiarlo. En lugar de cargar separadamente cada vagón por un lateral, unían todos los vagones, lo que permitía cargar el tren por un extremo y de una sola vez. Por medio de este procedimiento, cargaban tres trenes de 22 vagones en una hora. Fue una técnica que los alemanes utilizaron para aumentar la velocidad de movilización, algo vital para Alemania. Los observadores también se fijaron en las cocinas rodantes que utilizaba el circo «Barnum» y las adoptaron. Todo en Alemania era analizado con ojos militares; la guerra era cada vez más probable y no se podían correr riesgos.



El Káiser Guillermo II en uniforme naval, con su hijo el príncipe Heinrich de Prusia a la izquierda (uno de sus seis hijos) y el archiduque Karl Stephan de Austria.

Con su enorme y bien entrenado ejército, su poderosa flota de alta mar, abundante artillería y potencial aéreo, Alemania se embarcó en la guerra con confianza y no se creyó necesario contar con las tropas coloniales. Su temible ejército estaba respaldado además por una agricultura productiva, una industria pujante, un desarrollado sistema de comunicaciones y una población en aumento. Esta había aumentado de 49 millones en 1890, a 66 millones en 1914, sólo por detrás de Rusia. Hacia 1914, Alemania había experimentado una espectacular revolución industrial y todo indicaba que estaba a punto de desbancar a Gran Bretaña como primera potencia industrial. Los cárteles como Siemens o AEG dominaban los mercados eléctricos europeos y los consorcios químicos producían la mayor parte de los ácidos industriales.

Esa fortaleza económica se había traducido en potencia militar. La Flota de Alta Mar poseía 13 acorazados *Dreadnoughts*, los más poderosos del momento. Aunque más reducida que la británica, la flota alemana era más moderna y contaba con mejores proyectiles y un entrenamiento nocturno superior. Su ejército era menor que el ruso e igualaba al de Francia en tamaño, pero Alemania podía movilizar a ocho millones de reservistas y, debido a su superior entrenamiento, podía desplegarlos de forma casi inmediata en el frente de batalla, algo que no podían igualar sus rivales. Asimismo, Alemania se beneficiaba de un excelente cuerpo de oficiales, de tecnología avanzada (en particular la artillería pesada) y de una extraordinaria red ferroviaria que permitía una rápida movilización. Su temible artillería se basaba en la mayor industria de armamentos de Europa, centrada en el complejo industrial Krupp, en Essen, formado por 60 fábricas y 41.000 trabajadores.

Producción de acero en toneladas métricas

	1880	1910
Gran Bretaña	3.730.000	7.613.000
Alemania	1.548.000	14.794.000

Todo esto hacía de Alemania un adversario formidable. Pero incluso en este Estado eficiente no existían planes para una guerra prolongada. No estaba claro que un Gobierno no democrático y burocrático como el alemán fuese capaz de abastecer a sus tropas, alimentar a la población y hacer frente a los pagos durante un largo período. Existían también graves deficiencias. Aunque Alemania poseía una extensa superficie agrícola y sus campesinos producían más cosechas por hectárea que el resto, debido a la demanda de la creciente población urbana, un tercio de los alimentos era importado, en particular el grano de EE.UU. y Rusia. Este dato demostraría ser una seria debilidad para Alemania, convirtiéndola en vulnerable a un bloqueo británico. El Gobierno aceptó las «garantías» de la Marina de que sería capaz de romper el bloqueo naval británico, presunción que resultaría nefasta. Alemania importaba también materias primas cruciales como petróleo, caucho y nitratos, sin las cuales sus industrias no podían sobrevivir en una guerra. Tampoco había garantías de que el patriotismo eufórico de 1914 camuflara por mucho tiempo las fuertes divisiones políticas, religiosas y regionales que existían en Alemania. Las esperanzas alemanas pasaban, por tanto, por una guerra breve y contundente.



Hindenburg y Ludendorff, líderes de la Alemania en guerra.

Una vez declarada la guerra, existió un amplio apoyo a los ambiciosos objetivos de guerra formulados en otoño por Bethmann Hollweg en su controvertido «Programa de septiembre». Exigía la formación de una unión económica y aduanera en el centro de Europa: *Mitteleuropa*. Esto supondría la anexión de Luxemburgo y parte de Francia, el control de Bélgica y de diversos puertos sobre el Canal de la Mancha y el cese de la influencia rusa sobre los Estados bálticos y Polonia, que caerían bajo influencia alemana. Un esquema equivalente se aplicaría en África: *Mittelafrika*. Los líderes militares tendían a exigir más que el canciller, pero todos se mostraban de acuerdo en que Alemania debía expandir su imperio y dominar Europa. Debido a que la discusión sobre los objetivos de guerra estaba prohibida, resulta complejo conocer el grado de apoyo popular a esos planes. En cualquier caso, los objetivos permanecieron inalterados durante el conflicto, endureciendo la resistencia aliada al «militarismo alemán» y prolongando el conflicto.

La Marina alemana se centraba en una futura guerra con Inglaterra, el Ejército estaba obsesionado con Francia, y los hombres de negocios deseaban la expansión en los Balcanes y Oriente Medio. El

resultado, como señaló certeramente el canciller Bethmann Hollweg, fue «desafiar a todo el mundo, interponerse en el camino de todos y en realidad no debilitar a nadie». No era, sin duda, la fórmula para el éxito.

El ferrocarril como indicador de fortaleza económica (1910)

Área	km. raíles (km.)	raíles/km
Alemania	61.000 km.	12
Gran Bretaña	38.000 km.	12
Francia	49.500 km.	10
Rusia	70.000 km.	1
El Imperio austrohúngaro		

A pesar de su larga historia y de su considerable tamaño, el Imperio era el aliado débil de Alemania. Era con mucho la más endeble de las grandes potencias y, de hecho, estaba saliendo de sus filas. El problema era que Austria-Hungría trataba de desempeñar el papel de gran potencia con los recursos de una de segunda fila. No se encontraba en posición de cuestionar los objetivos alemanes, aunque algunos chocaban con sus intereses. La «liberación» propuesta de la Rusia polaca podía causar disturbios entre los ocho millones de polacos del Imperio. Los otros grupos étnicos que conformaban el Imperio también eran causa de preocupación. Los eslavos constituían el 46 % de la población, y checos, rumanos e italianos intentaban reclamar sus derechos nacionales. El Gobierno no podía garantizar que el Ejército imperial, donde se tenían que impartir órdenes en 15 lenguas, mantuviese la lealtad en un conflicto prolongado. Con el aumento de las tensiones internacionales, la posición estratégica del Imperio era delicada. Sus divisiones internas amenazaban con fragmentar el país y complicaban las relaciones con la mayoría de sus vecinos.



La guerra de trincheras demandaría ingentes cantidades de proyectiles.

Su crecimiento económico, aunque notable, no podía alcanzar el de las otras potencias europeas. Gastaba menos en defensa por habitante que el resto, y la proporción de jóvenes aptos reclutados para el ejército era menor que la de las otras potencias continentales. La baja inversión en defensa antes de la guerra se tradujo en que el ejército estuviera pobremente equipado y que la Marina fuera la más reducida de Europa. Debido a la escasez de hierro y de acero, resultaba muy complicado incrementar el ejército o la Marina. Sin embargo, la artillería sobresalía gracias a la avanzada tecnología del complejo industrial Skoda. Hacia 1916 estas fuerzas insuficientes se enfrentaban a enemigos por todos los sectores: Serbia y Rumanía en el sudeste, Italia en el sudeste y Rusia en el nordeste. La mayor fortaleza del Imperio era la alianza alemana.

«Estábamos condenados a fallecer», se lamentaba el ministro de Asuntos Exteriores tras la guerra. Sin embargo, el objetivo del Imperio no era tan sólo sobrevivir, sino también expansionarse en los Balcanes. En enero de 1916, el Gobierno anunció planes para convertir a Albania en un protectorado, anexionarse la mitad de Serbia y tomar la costa de Montenegro.

Turquía

El Imperio otomano firmó un tratado secreto con Alemania el 2 de agosto de 1914. El káiser había cultivado esa amistad a pesar de que Turquía era conocida como «el hombre enfermo de Europa». Contaba con un ejército mal equipado y una Armada prácticamente inexistente. Nada ilustra mejor la ineptitud del régimen que la orden dada por el sultán Abdul Hamid de que los pocos buques

con los que contaba Turquía fueran desmantelados en caso de guerra por el riesgo de que cayeran en manos enemigas.

Sin embargo, en 1914, Abdul había sido depuesto y su hermano había sido obligado a compartir el poder con el movimiento revolucionario de los «Jóvenes Turcos», moderno en apariencia, aunque no menos autocrático. Durante ese período habían comenzado a llegar dinero y consejeros alemanes, lo que se tradujo en mejoras visibles en el ejército. Resulta difícil calcular con exactitud el tamaño del ejército otomano movilizado en octubre de 1914, pero es posible que no alcanzase la cifra deseada de 17.000 oficiales y un cuarto de millón de hombres. Se reclutó también a cristianos y judíos, aunque debido a la desconfianza hacia ellos, fueron destinados a batallones de trabajo.

Debido a su posición geográfica, la intervención de Turquía causaría serios problemas a los Aliados. Turquía obedeció los deseos alemanes de fortificar los Dardanelos para bloquear el comercio marítimo aliado. En cuanto se rompieron las hostilidades, Rusia comenzó a destinar tropas al Cáucaso, donde Turquía deseaba recuperar territorios perdidos en guerras anteriores. Ese era uno de los objetivos principales, al igual que el sueño de recapturar Egipto y Chipre de Gran Bretaña. El Gobierno turco anunció que la suya era una *Yihad*, una guerra santa, ya que alegaban de forma inaudita que el káiser era musulmán y que su familia descendía de la hermana de Mahoma. Turquía deseaba recuperar también el territorio de sus antiguas posesiones balcánicas. Sin embargo, esa aspiración se convirtió en frustración cuando en 1915 una de ellas, Bulgaria, fue animada a participar en la guerra con las Potencias Centrales con la promesa de mayor territorio.

LOS ALIADOS

Gran Bretaña y su Imperio

Tras los años de gloria imperial de mediados de siglo, Gran Bretaña se encontraba con una supremacía desafiada. El porcentaje británico en la producción mundial de manufacturas había disminuido desde cerca del 20 % en 1860, al 14 % en 1914. Su base industrial era cada vez menor y seguía basándose en textiles, carbón, hierro y en la construcción naval, que habían sido muy rentables en el siglo pasado, pero cuya tecnología ya no estaba al día. Para muchos productos industriales nuevos y esenciales (químicos, ópticos, magnetos, rodamientos a bolas y medicinas), Gran Bretaña dependía cada vez más de Alemania.

Porcentaje del comercio mundial

	1880	1913
Alemania	23	9
Gran Bretaña	17	12

Aunque consciente de su propio declive, el Gobierno británico poseía todavía enormes bazas. La competición alemana había estimulado la expansión de la Marina británica y contaba con una red incomparable de bases navales y estaciones de cable alrededor del mundo. Sin embargo, dada la extensión del Imperio, la Marina no podía proteger toda su geografía. Reveses inesperados durante la guerra de los bóeres habían inspirado reformas en el Ejército que, aunque seguía siendo reducido, era más eficiente y estaba mucho mejor equipado. El desafío de Alemania y EE.UU. no había supuesto una modernización industrial, excepto en construcción naval, pero Gran Bretaña seguía siendo una rica nación comerciante y Londres era la capital financiera del mundo, algo que demostraría un valor enorme en una guerra prolongada.

Una de las razones de esa riqueza era el Imperio británico que incluía a una cuarta parte de la población mundial. Servía de mercado para los productos manufacturados, daba salida a la inversión de capital y era fuente de recursos y de materias primas. Otra baza era la disponibilidad de tropas coloniales, muy útiles dada la reticencia británica a introducir el servicio militar obligatorio. Tan pronto como septiembre de 1914, llegarían cuatro divisiones indias que sufrirían enormemente en el invierno del frente occidental. Casi un millón y medio de tropas indias sirvieron en el ejército británico durante el conflicto.

Los dominios con autogobierno (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica) contribuyeron con más de un millón de tropas. Los regimientos sudafricanos incluyeron tropas negras que realizaron labores vitales en transporte y construcción de trincheras. El secretario de Guerra, Horatio Kitchener, reflejó los prejuicios existentes al afirmar que las tropas negras eran «sospechosas en el campo de batalla» y que daban la impresión de que Gran Bretaña recurría a la «escoria de la humanidad».

Como isla con un gran imperio que defender, Gran Bretaña siempre había dependido de la Marina para su protección y expansión. El papel del Ejército era subsidiario para intervenir en aquellas zonas del Imperio que no estaban al alcance de los cañones de sus buques de guerra. El compromiso de actuar en defensa de Francia había dejado obsoleto ese esquema. Sin embargo, el rechazo británico hacia un gran ejército en tiempo de paz había impedido su expansión. R. B. Haldane, secretario de Estado de la Guerra desde 1905 a 1913, había establecido un Estado Mayor del Ejército y una Fuerza Territorial, a la par que preparaba una Fuerza Expedicionaria Británica (BEF) para su despliegue inmediato en el continente. En 1914 el ejército estaba compuesto por 250.000 hombres repartidos por todo el mundo, con unas reservas adicionales de 213.000. No se invirtieron grandes sumas en el ejército, algo comprensible si se tiene en cuenta que Gran Bretaña importaba el 50 % de su carne, el 80 % de su trigo y el 65 % de sus productos lácteos para alimentar a una población de 45 millones, y la Marina podía garantizar esas importaciones en caso de guerra.

Los objetivos de guerra de Gran Bretaña no incluían conseguir más territorio. Los discursos políticos de 1914 se referían a los motivos que les habían llevado a entrar en guerra: mantener la superioridad naval, restaurar la independencia belga y destruir el militarismo prusiano. Durante los años siguientes, la dependencia de Gran Bretaña de sus dominios llevó a concluir acuerdos secretos. Se prometió a Australia y a Nueva Zelanda las posesiones alemanas del Pacífico, y a Sudáfrica, las de África oriental.

A Italia y Japón se les ofrecieron tierras alemanas y austriacas a cambio de su apoyo. En el acuerdo Sykes-Pickot de 1916, los diplomáticos británicos y franceses se repartieron secretamente las posesiones del Imperio otomano en Asia. Gran Bretaña debía controlar Mesopotamia, y Francia, Líbano y Siria.

Francia y su Imperio

Francia se había recuperado con celeridad de su derrota ante Alemania en 1871. Desde entonces había logrado aliados y colonias, invertido grandes sumas en el extranjero (en particular en el ferrocarril ruso para facilitar la movilización de sus tropas), construido un gran ejército y una flota muy útil. A diferencia de Austria-Hungría, Francia contaba con un solo enemigo contra el que podía concentrar todos sus recursos nacionales. A pesar de todo, tenía motivos para temer a Alemania. La industria francesa se había desarrollado con rapidez, pero era menos productiva que la alemana. Uno de los motivos era la escasez de materias primas como hierro y carbón, desventaja acentuada por la pérdida de Alsacia y Lorena y por la ocupación alemana de la zona industrial del norte del país durante la guerra.

Otro recurso escaso era la población. Por causas que siguen siendo objeto de debate (algunos estudios apuntan a las sangrientas guerras napoleónicas), su crecimiento demográfico era ampliamente superado por Alemania. Francia tenía 40 millones de habitantes y Alemania, 66. El Gobierno francés se vio obligado a reclutar al 80 % de los hombres del segmento necesario de la población (comparado con el 50 % en Alemania) y dependía en gran medida de las tropas coloniales.

Su ejército era de tamaño considerable y comparable al alemán, pero Francia contaba con sólo cinco millones de hombres para ser reclutados y 3,5 millones de reservistas entrenados, la mitad que Alemania. Además, el ejército estaba mal equipado. Tres semanas antes de que estallara el conflicto, el experto en defensa Charles Humbert anunció ante un estupefacto Senado que Francia no estaba preparada para la guerra: la artillería era de mala calidad, las municiones eran inadecuadas, los uniformes y las botas de los soldados eran inapropiados e insuficientes en número. El Ministerio de la Guerra prometió ante un enfurecido Senado que se llevarían a cabo mejoras para 1917.

Como otras potencias, Francia había realizado pocos preparativos para una guerra prolongada. En su plan de movilización, diseñado en 1917, el Estado Mayor estimaba que serían necesarios 13.5000 proyectiles al mes. Se creía que era posible hacer frente a esa demanda con la producción existente y, por tanto, no se llevaron a cabo planes para ampliar el número de trabajadores en las fábricas de municiones, que eran sólo 50.000 y, en gran parte, empleados en empresas estatales. De hecho, no existían planes para movilizar a la industria de forma especial con el fin de hacer frente a las demandas de una guerra futura.

De forma inevitable, cuando comenzó la guerra, el Gobierno se percató de su error. Durante agosto de 1914, la producción nacional de proyectiles era de 10.000 al día, pero algunas baterías individuales estaban disparando mil al día. La consecuencia fue una preocupante escasez de

proyectiles. Esta situación se vio agravada por la ocupación alemana del norte de Francia, la principal zona industrial del país. Como consecuencia, en los primeros meses de la guerra decayó la producción de las industrias clave para la guerra. El carbón descendió de 41 millones en 1913, a 27,5 millones en 1914. El hierro y el acero sufrieron caídas similares.

A pesar de todo, en 1914 Francia acudió a la guerra confiada y unida. Sin embargo, en una guerra prolongada, la escasez de recursos económicos y humanos se convertiría en una desventaja. Sus objetivos de guerra quedaron establecidos en diciembre de 1914 y no eran del agrado del Gobierno británico. Incluso la recuperación de Alsacia y Lorena no era apoyada del todo por Gran Bretaña debido a la incertidumbre sobre la voluntad de sus ciudadanos de ser franceses o alemanes. Los Aliados se mostraban unidos en la restauración de la independencia belga, pero Francia no apoyaba las promesas británicas a los belgas de que podían anexionarse Luxemburgo. Incluso en los primeros compases del conflicto, Francia vislumbraba la anexión o la creación de Estados tapón en las zonas del Rin, proyecto inaceptable para Gran Bretaña. Estas disputas seguían sin resolver al final de la guerra y serían el origen de agrias discusiones.

Rusia

Para sus enemigos, el avance del «oso ruso» o la «apisonadora rusa» era motivo de terror. Con un inmenso territorio, una población en crecimiento y un gigantesco ejército, era un enemigo a tener en cuenta. Es cierto que ninguna de esas características había salvado a Rusia de una humillante derrota ante Japón en 1905, pero desde entonces se habían acometido importantes reformas políticas y económicas, a la vez que se introducían mejoras suficientes en el ejército como para causar inquietud en Alemania. Sin embargo, las fortalezas rusas no eran tan impresionantes como parecían a los observadores extranjeros.

A diferencia de Alemania, al menos Rusia podía alimentarse a sí misma. No obstante, a pesar de las buenas cosechas, un bloqueo alemán suponía que Rusia perdiese sus mercados de exportaciones (Alemania era el principal mercado de grano ruso, donde destinaba el 65 % de todas las exportaciones), negando al Estado un ingreso muy necesario en un momento en que precisaba aumentarlos. La crisis financiera se agravó por la decisión del Gobierno de prohibir la venta de vodka. La medida, cuyo objetivo era aumentar la productividad de los trabajadores, hizo que estos y los campesinos comenzasen a producir su propio licor. Todo lo que se consiguió fue una reducción de los ingresos estatales de 650 millones de rublos al año ya que el Estado poseía el monopolio de la producción y venta de vodka.

El gran quebradero de cabeza del Gobierno ruso era el transporte. El mar Negro y el Báltico estaban bloqueados por turcos y alemanes respectivamente, y las únicas alternativas para el comercio exterior eran Vladivostok en el Pacífico (a 8.000 kilómetros del frente), Arcángel en el Norte, puerto cubierto por los hielos seis meses al año, y Murmansk, libre de hielos, pero que en 1914 no contaba con una línea férrea con Moscú ni Petrogrado. La red del ferrocarril estaba mal mantenida y era poco extensa, aunque gracias a las inversiones francesas, el sistema mejoró

sustancialmente en los meses anteriores al conflicto.

Como sus rivales, Rusia no había anticipado las demandas de un conflicto prolongado. Entre enero y julio de 1914, la mayor fábrica de rifles, las factorías Tula, había fabricado tan sólo 16 piezas debido a las numerosas huelgas. Cuando estalló el conflicto, el Estado movilizó a un millón y medio de hombres, logrando suministrarles armas y municiones. Sin embargo, la situación pronto se deterioraría. Los arsenales de 1914 contaban con tan sólo 40 cañones pesados con mil proyectiles para cada cañón. Una vez que estos fueran disparados, tenían que ser racionados a dos al día. Tan sólo se producían 290 millones de balas al año y se dispararían 200 millones al mes. Como resultado, los soldados rusos se encontrarían con escasez de balas y proyectiles a finales de 1914. Hacia 1915, Rusia produciría tan sólo el 25 % de lo que precisaba. Había 6,5 millones de soldados pero tan sólo 4,6 millones de rifles.

La nueva Duma (el Parlamento) ejercía poco poder efectivo y proporcionaba un frustrante sentido de democracia. El Imperio albergaba a muchas nacionalidades que no deseaban ser gobernadas por Rusia. La mayor parte del pueblo no compartía la creciente prosperidad del país y ese malestar seguía fomentando la proliferación de grupos revolucionarios. Los ejércitos de 1914 incluían a un gran número de campesinos analfabetos, minorías étnicas resentidas y comunistas que deseaban utilizar las fuerzas armadas como campo de reclutamiento. Existían además otras deficiencias en el ejército. La artillería solía emplazarse en las fortalezas más que en el campo de batalla, el ejército se dividía entre las fronteras alemana y austriaca y el nuevo sistema ferroviario estaba saturado de caballos para la caballería, arma en la cual se depositaban grandes esperanzas. Fue el sacrificio de las locomotoras por los caballos.

Como sus aliados, Rusia se mostraba segura de que la victoria daría sus frutos. Una esperanza era unir al pueblo polaco (dividido entre Alemania, Austria y Rusia) bajo el Imperio ruso. En noviembre de 1916, Francia y Gran Bretaña acordaron de forma reticente apoyar ese deseo para mantener a Rusia en la guerra. Otro objetivo era la anexión de Constantinopla y de las orillas asiática y europea de los Dardanelos, algo que apoyaron los Aliados en marzo de 1915.

Italia

Italia había desplegado una extraña diplomacia. Tras beneficiarse de la ayuda militar francesa para expulsar a Austria del norte de Italia durante la unificación de la década de 1869, posteriormente se unió a la alianza austro-alemana dirigida contra Francia. Pero en 1914 Italia se encontraba demasiado ocupada subyugando a Libia e inquieta por la expansión austriaca en los Balcanes, como para unirse a las Potencias Centrales.

Los italianos tenían que considerar dos cuestiones relevantes: si entraban o no en la guerra y en qué bando lucharían. El país se dividió en dos, por un lado, aquellos que consideraban que debía cumplir sus obligaciones con la Triple Alianza, y, en este sentido, el jefe del Estado Mayor llegó a prepararse para una guerra con Francia. Además, los vínculos religiosos hacían que los católicos sintiesen simpatía hacia la católica Austria. Por el contrario, otros consideraban imposible alinearse

con el tradicional enemigo austrohúngaro.

La izquierda favorecía la entrada en la guerra, considerando que esta generaría inestabilidad y crearía las circunstancias favorables para la revolución y la caída de la monarquía. Los liberales defendían que Italia debía permanecer neutral. Fueron los nacionalistas los que comenzaron a apoyar la necesidad de que Italia entrase en guerra en el bando de los Aliados. Pensaban que para lograr las tierras de la *Italia irredenta* (los territorios históricos donde habitaban italianos fuera de las fronteras) se debía lanzar una guerra sólo contra Austria. Los nacionalistas fueron gradualmente ganándose el apoyo popular. Al final, Italia se vio inmersa en un conflicto como resultado de una serie de pactos secretos que realizaron el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores a espaldas del Parlamento y de los que ni el Ejército ni, al parecer, el rey, tuvieron conocimiento.

Los Aliados prometieron a Italia las regiones de Trentino y el Tirol del Sur, el puerto de Trieste y la mitad de la costa Dálmata, lo que daría a Italia el control del Adriático. No existían dudas sobre sus objetivos y el Gobierno italiano se mostraba confiado. La economía italiana era la de más rápido crecimiento de Europa, y empresas de primer nivel como Fiat y Pirelli comenzaban a abastecer a las fuerzas con armamentos y vehículos más modernos. Sin embargo, su dependencia de las importaciones de carbón y su atrasada agricultura causarían problemas en un largo enfrentamiento. El ejército italiano era de tamaño considerable, pero estaba mal equipado y muchos soldados, en particular los de las regiones más atrasadas, no comprendían por qué tenían que luchar lejos de sus hogares. Esa falta de entusiasmo era agravada por el hecho de que la mayoría de los soldados provenía del sur del país, que nunca había sido integrado del todo en la nación italiana.

Japón

Japón se había convertido en una gran potencia como resultado de su vertiginoso crecimiento industrial desde 1890, pero la derrota que infligió a Rusia en 1904 tomó al mundo por sorpresa. En 1914 su bien entrenado ejército y su impresionante Armada lo convertían en un temible enemigo. Gran Bretaña temía que «el peligro amarillo» pudiese amenazar al Imperio británico tras la declaración de guerra japonesa a Alemania el 23 de agosto de 1914. Los temores británicos se confirmaron cuando Japón presentó sus «21 Demandas» a China tras un ataque japonés a la provincia alemana de Kiaochow, en la costa china. De haber sido aceptadas, las demandas hubiesen otorgado a Japón el control sobre la economía y la política china. Finalmente, se forzaría a Japón a modificar sus demandas y en 1917 los Aliados reconocieron las exigencias japonesas sobre las islas alemanas del Pacífico.

BALANCE

Resulta evidente que las Potencias Centrales (Alemania y Austria-Hungría) eran ampliamente superadas en fuerzas, buques y población, incluso sin tomar en consideración las colonias francesas y

británicas. La superioridad aliada se incrementaría con los restos del ejército belga y serbio, además del ingreso de Portugal y Rumanía del lado aliado en 1916, aunque ninguno de esos países destacaba por su capacidad militar. Económicamente, los Aliados eran también superiores y contaban con la ventaja extra de los préstamos y el abastecimiento del gigante norteamericano.

Sin embargo, las estadísticas no proporcionan toda la información. El resultado de la guerra no estaba determinado por el volumen comparativo de hombres y equipamiento militar. Existían otros factores menos tangibles que ayudarían a decidir el resultado. Las resentidas minorías étnicas austriacas, el descontento del Imperio otomano, los militantes comunistas en Rusia y los poco motivados reclutas italianos, amenazaban con socavar los esfuerzos de guerra de esos países. Los ejércitos que luchaban en el frente occidental u oriental podían venirse abajo debido al gran número de bajas y a las espantosas condiciones de las trincheras. La moral, civil o militar, no era un elemento que pudiese ser fácilmente calibrado por los coetáneos y no estaba claro cuál sería el primero en colapsar.

La participación norteamericana en 1917 añadiría enormes recursos a la causa aliada. Estados Unidos enviaría tropas frescas, una armada considerable y aportaría una capacidad industrial, demográfica y agrícola inmensa, acentuando la inferioridad de las Potencias Centrales. El presidente Wilson también anunciaría los famosos «14 Puntos» que defendían ideales como la democracia, la autodeterminación y la paz, por encima de los intereses nacionales. Aunque estos amenazarían con romper la compleja red de acuerdos secretos que habían tejido los Aliados, la guerra no transformó el conflicto en una guerra ideológica entre liberalismo y autocracia.

LOS PLANES

Todos los planes alemanes para la guerra que se avecinaba concluían que Alemania no sería capaz de mantener una guerra en dos frentes por mucho tiempo. De ahí la necesidad de derrotar a uno de los oponentes de forma rápida y decisiva, permitiéndoles concentrar sus fuerzas en el otro sector. El memorando que idearon fue la obra del conde Alfred von Schlieffen, jefe del Estado Mayor desde 1891 hasta 1906. Hombre parco en palabras, distante, sarcástico y sin ninguna afición fuera de los temas militares, Schlieffen se había educado, como todos los oficiales alemanes, en el precepto de Clausewitz: el corazón de Francia está situado entre Bruselas y París. Era un objetivo difícil de cumplir, pues la ruta estaba obstaculizada por la neutralidad belga, que Alemania, al igual que las grandes potencias europeas, había garantizado a perpetuidad. En la firme creencia de que la guerra era inevitable y de que Alemania debía lograr las mejores condiciones para asegurarse la victoria, Schlieffen decidió que el problema belga desapareciera para Alemania.

Desde 1870, la carrera de armamentos se inclinaba del lado aliado:

Año	Francia y Rusia (hombres)	Potencias Centrales	Superioridad aliada
1899	1.470.000	950.000	520.000
1907	1.813.000	1.011.000	820.000
1914	2.239.000	1.239.000	1.000.000

En 1899, Schlieffen había desarrollado un plan de ataque contra Francia en el que concluía que Alemania no podía atacar directamente debido a las fuertes fortificaciones que había construido a lo largo de Alsacia y Lorena tras la guerra franco-prusiana de 1870. Atacar por el sur, a través de Suiza, resultaba imposible. Por un lado, el ejército alemán tendría que enfrentarse con el bien entrenado y motivado ejército suizo, y por otro, una vez superado ese escollo, se tendría que enfrentar con los fuertes franceses de Besançon, Sangres y Dijon.

El general francés Raymond-Adolphe Serè de Rivières había concebido una verdadera muralla semienterrada, con espacios batidos por la artillería. Se trataba de reducir al máximo los llamados *trouées* ('agujeros') por donde Alemania pudiese introducir sus tropas hasta el corazón de Francia. Como todo, su sistema se basaba en la creencia (aunque Rivières nunca creyó en ella), de lo sagrado de la neutralidad belga y dado que el sistema francés tenía que engarzarse con el belga, la frontera belga no fue apenas fortificada. El objeto de estos «agujeros estratégicos» era canalizar el avance de las tropas alemanas, para que fueran aniquiladas con el fuego de artillería de los fuertes.

Schlieffen sabía que no podía introducir a sus tropas por el «camino de fuego» ideado por Rivières. Reflexionó sobre dos modelos de aniquilación histórica: la batalla de Cannas (216 a. C.), en la que Aníbal derrotó a los romanos, y la de Gaugamela (331 a. C.), en la que resultó vencedor Alejandro Magno contra los persas. Se trataba de elegir entre un movimiento clásico en tenaza o una maniobra asimétrica de cerco. Finalmente se inclinó por la de Gaugamela, en la que una gran ala de caballería macedonia envolvió y deshizo la izquierda persa, embistiendo y fragmentando el grueso del ejército de Darío y que, al reunirse con su ala izquierda, lo rodeó hasta obligarle a huir. Pero su objetivo era una batalla de aniquilación como la de Cannas. Schlieffen no pareció tener en cuenta que a pesar de lo espectacular de aquella batalla, fue Roma quien venció finalmente en las guerras púnicas.

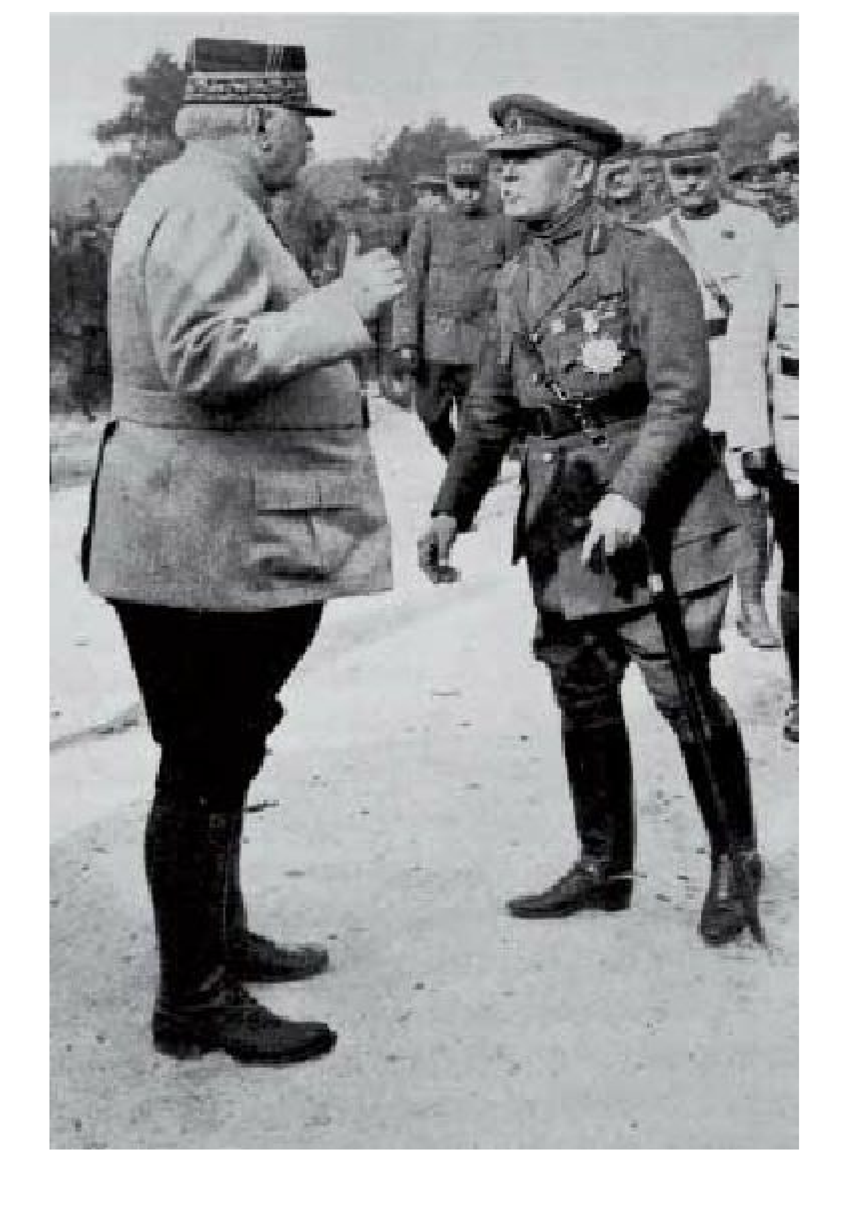
El núcleo duro del plan de Schlieffen pasaba por atacar a Francia a través de Bélgica. Dado que Bélgica había permanecido neutral desde 1839, era consideraba un objetivo sencillo que permitía un acceso a Francia desde el norte. Se consideraba además que Francia atacaría a través de Bélgica, lo que justificaba que Alemania lo hiciera primero. El Estado Mayor manifestó su opinión de que la invasión de Bélgica estaba justificada, puesto que se trataba de una guerra en la que estaba en juego «la defensa y la existencia misma de Alemania».

La primera oleada de ataque alemán debía ser un gran movimiento giratorio por toda Bélgica. Las fuerzas alemanas en Alsacia y Lorena atraerían al grueso de las fuerzas francesas, y todo el sistema funcionaría como una gigantesca puerta giratoria, cuanto más penetrasen las fuerzas aliadas siguiendo la última revisión de sus planes («Plan 17»), más fuerzas serían posteriormente atrapadas por el largo brazo del Primer Ejército alemán que rodearía París y caería sobre las espaldas del enemigo.

Los objetivos básicos eran conquistar París, y ahogar materialmente a las fuerzas francesas con unas pinzas gigantescas. La frase que Schlieffen no dejó de repetir hasta su fallecimiento era: «Cuando marchen a través de Francia, el último hombre a la derecha deber rozar el Canal». Antes de expirar recordó: «Reforzar el ala derecha». Después de haberse inclinado por la estrategia de la batalla decisiva, Schlieffen ligó el destino de Alemania al éxito de su plan.



La tregua de Navidad, las tropas confraternizan en la tierra de nadie.



El comandante en jefe francés, mariscal Joffre conversa amigablemente con el comandante de la BEF, *sir* John French.

Schlieffen pensaba derrotar a Francia en seis semanas, para lo cual destinó 7/8 de sus fuerzas, mientras 1/8 de sus fuerzas debían detener temporalmente a los rusos en Prusia Oriental. El «Plan Schlieffen» fue, sin duda, uno de los documentos gubernamentales más importantes del siglo XX y sus consecuencias se dejarían sentir durante décadas, incluso hasta la actualidad. Era un plan aquejado de incertidumbres: la incertidumbre de una victoria rápida y la incertidumbre aún mayor de qué sucedería si no se lograba el objetivo.

El sucesor de Schlieffen (fallecido en 1913), Helmut von Moltke, de 67 años, era la antítesis de su estajanovista antecesor. Hombre soñador, aficionado al cello e interesado en las religiones orientales y, por influencia de su mujer, en los médium y en la posibilidad de hablar con los muertos, no tenía la salud, ni la fuerza de voluntad, ni la visión para el puesto. Temiendo que un flanco izquierdo alemán débil permitiría a los franceses invadir su patria, cosa que Schlieffen estaba dispuesto a tolerar temporalmente, Moltke dispuso ocho de sus nueve divisiones nuevas en el flanco izquierdo y sólo una en el derecho, justo lo contrario de lo que había programado Schlieffen. De hecho, a partir de ese momento, se podría hablar de un «Plan Moltke».

El plan para la invasión de Bélgica era simple: destruir los fuertes de Lieja y Namur y seguir

rápidamente la marcha y capturar Amberes como un útil puerto adicional con acceso al Mar del Norte. No se estudió la posibilidad de que las seis divisiones del ejército belga pudiesen constituir una amenaza para el mejor ejército del mundo. Los ejércitos alemanes se moverían rápidamente para capturar París. Los alemanes tampoco creían que la BEF pudiera estar presente y que se situaría en el frente de Maubeuge a la izquierda del frente francés. De todas maneras, era imposible que los alemanes conociesen el despliegue, ya que incluso el Parlamento británico no lo supo hasta el último momento. De haberlo sabido, es poco probable que los alemanes se hubiesen preocupado en exceso. Cuatro divisiones de un ejército que había recibido una dura lección por parte de los bóeres no representaban en el esquema alemán un gran peligro, *Contemptibly small* ('despreciablemente pequeño'), lo llamaba el káiser. La inteligencia alemana cometía un error garrafal. La BEF era un ejército reducido, pero se trataba del mejor del mundo en relación con su tamaño. Sus soldados se autodenominaban «los viejos despreciables».

Algunos historiadores militares siguen pensando que el plan original de Schlieffen hubiese funcionado. Eso es algo imposible de saber. Moltke no corrigió las deficiencias básicas del plan original. Schlieffen no había proyectado bien, no había resuelto el problema de cómo neutralizar las fuertes defensas de París y la pesadilla logística de abastecer y mantener al poderoso Primer Ejército alemán, aquel que se alejaría más de las fronteras alemanas.

Por su parte, el Estado Mayor francés fue absolutamente incapaz de interpretar la situación estratégica. A causa de la derrota de Francia ante Alemania en la guerra de 1870 con la consecuente pérdida de Alsacia y Lorena, sus estrategas habían esbozado numerosos planes para enfrentarse a la eventualidad de otra guerra. Todos se basaban en las fortalezas recientemente reforzadas en la frontera oriental, y una estrategia de campaña defensiva inicial, seguida en el momento oportuno por un poderoso contragolpe. Pero en los años previos a la guerra, una nueva mentalidad militar había dominado los planes franceses, cuyo mayor exponente era el coronel Louis Loyzeau de Grandmaison, director de Operaciones Militares. Su «Plan 17» rechazaba cualquier forma de estrategia defensiva, reivindicando que el carácter nacional francés exigía atacar a la manera de Napoleón. Además, más de un tercio del mineral de hierro de los alemanes provenía de Alsacia y Lorena, por lo que la toma de las minas podría paralizar la producción bélica alemana.

Debía realizarse una «ofensiva a ultranza» hacia Lorena, por parte de los ejércitos Primero y Segundo, mientras que los ejércitos Tercero y Quinto, a su izquierda, tomarían la ofensiva al norte de Metz o, si los alemanes efectivamente venían desde Bélgica, golpearlos por el flanco. La idea era introducir una cuña entre los Estados alemanes menos beligerantes del sur, con Prusia y el resto de Alemania intentado alcanzar la paz con los primeros. El «Plan 17» ignoraba todas las pruebas históricas de lo militarmente posible, agravado además por el error de cálculo francés sobre la fuerza alemana. En la primera semana de conflicto, los franceses calcularon 45 divisiones de línea alemanas, mientras que en realidad estaban desplegadas 83. La experiencia enseñaba que un ataque sólo tenía ciertas expectativas de éxito con una superioridad de 3 a 1 y, en esa época, los alemanes superaban a los franceses por 3 a 2. Las fuerzas estaban equilibradas. El resultado sería un empate sangriento.

Principales beligerantes (1914-1917) Ventajas (+) y desventajas (-)		
Potencias centrales		
Alemania	Austria-Hungría	Turquía
(+) Ejército grande y bien entrenado	(+) Gran población	(+) Buena posición geográfica
Gran armada	Ejército potencialmente grande	Gran población
Buena artillería	Larga historia como gran potencia	Colaboración alemana
Industria eficiente	Alianza con Alemania	(-) Ejercito poco equipado
Gran población	(-) Enemigos numerosos	Armada reducida
Buenas comunicaciones	Malestar étnico	Peligro revueltas árabes
(-) Posición geográfica vulnerable	Pobre equipamiento militar	
Gobierno burocrático		

Aliados		
Gran Bretaña	**Francia**	**Rusia**
(+) Gran Armada	(+) Gran ejército y Armada	(+) Gran población
Gran Imperio	Unidad nacional	Gran ejército
Riqueza	Gran Imperio	Industria en crecimiento
Posición insular	Economía en crecimiento	(-) Pobre planificación
(-) Ejército reducido	(-) Población	Agricultura atrasada
Imperio difícil de defender	Falta de recursos	Población campesina
	Ocupación alemana del norte de Francia	Grupos opuestos

Italia	Japón
(+) Armada potencialmente grande	(+) Marina poderosa
Crecimiento industrial	Ejército motivado
(-) Escaso entusiasmo por la guerra	Crecimiento industrial
Falta de recursos	(-) Falta de recursos
Agricultura atrasada	Ambiciones poco realistas





La Primera Guerra Mundial

3

1914
El fracaso de los planes

Ningún plan de operaciones resiste el primer contacto con el enemigo.

Helmut von Moltke

El 2 de agosto, horas antes de que se declarase la guerra entre Francia y Alemania, el teniente alemán Albert Mayer, del 5.º Regimiento montado de Baden, lideraba una patrulla de siete hombres al sudeste de Belfort cuando, de pronto, apareció un grupo de soldados franceses del 44 Regimiento de infantería. Sin pensarlo dos veces, Mayer se lanzó al ataque golpeando a un soldado francés en la cabeza con su espada y uno de sus compañeros alcanzó al cabo Jules-André Peugeot, que se convirtió en la primera baja francesa de la guerra. A continuación, el resto de soldados franceses se pusieron rápidamente a cubierto en una zanja y abrieron fuego alcanzando a Mayer. De esa forma inesperada, el soldado Mayer, de veintidós años, se convertía en el primer soldado alemán fallecido en el conflicto.

LA BATALLA DE LAS FRONTERAS

Toda Europa estaba en movimiento en el verano de 1914. La sección de telegrafía del Estado Mayor alemán movilizó 3.822.450 hombres y 119.754 oficiales, así como 600.000 caballos. Esta gigantesca fuerza fue transportada al frente en 312 horas por 11.000 trenes. Más de 2.150 trenes cruzaron el Rin por el puente de Hohenzollern en Colonia, en intervalos de diez minutos entre el 2 y el 18 de agosto de 1914. El ejército del oeste, formado por 1.600.000 hombres organizados en 23 cuerpos y 11 de reserva, cruzó el Rin en 560 trenes diarios. La princesa Evelyn Blücher, nacida en Inglaterra y que no era admiradora de Alemania, señaló: «Los alemanes se lanzan a la guerra como patos al agua». Sin embargo, existirían fuertes limitaciones a la velocidad alemana, ya que Bélgica era el país mas densamente poblado del mundo.

Casi 600.000 hombres, sus caballos y su equipo tenían que atravesar Lieja justo al sur de la localidad, un área pequeña y populosa. Schlieffen llegó a pensar en invadir Holanda, lo que hubiese abierto la zona de maniobra alemana. Sin embargo, Von Moltke concluyó que si la campaña no terminaba como se había previsto, sería necesario contar con un acceso al Mar del Norte a través de un Estado neutral. Moltke estableció erróneamente su cuartel general en una escuela para niñas de

Luxemburgo, que al final resultó encontrarse demasiado alejado de sus ejércitos para establecer un control real, y demasiado lejos de Berlín como para conservar una visión global del conflicto. Las condiciones del cuartel dejaban además mucho que desear, sin luz y con un solo equipo de radio para dirigir uno de los mayores ejércitos de la historia. Uno de los oficiales describió las condiciones como «escandalosas».

De acuerdo con las previsiones del Plan Schlieffen, en los primeros días del conflicto, los alemanes enviaron a un millón y medio de soldados a través de la frontera occidental. En primer lugar, patrullas de caballería y una avanzada llegaron a Luxemburgo el 3 de agosto. Posteriormente, los ejércitos situados más al norte se lanzaron contra Bélgica el 4 de agosto, el Primer Ejército bajo el mando del irascible y agresivo general Alexander von Kluck y el Segundo a las órdenes del más sosegado general Karl von Bülow. Gran parte de la campaña dependía de la estrecha colaboración entre estos dos hombres. El Primer Ejército de Kluck con 320.000 hombres era el mayor de los siete ejércitos que atacaban en el oeste. Con la ventaja de la sorpresa, los alemanes tan sólo se veían retrasados por el tráfico y el abastecimiento.

Uno de los primeros países en sufrir la guerra sería Bélgica. Este país, cuya geografía ha sido calificada como «corazón de Europa», fue el primer estado cuya neutralidad fue violada al comienzo mismo de la guerra. Bélgica sufriría cincuenta meses de ocupación alemana. A diferencia de otros países europeos, no decidió entrar en guerra; fue invadida porque sus carreteras llevaban directamente a París. Según un diplomático alemán, la resistencia belga se limitaría a «alinearse en las carreteras tomadas por el ejército alemán».

Los belgas creyeron en un milagro hasta el último momento, confiando en el tratado que garantizaba su neutralidad y pensando que nada les sucedería, pues no tenían relación alguna con las tensiones europeas. Que un serbio hubiera asesinado a un archiduque austriaco no significaba nada para Bélgica, que no tenía contenciosos con Alemania ni Austria-Hungría, ni sentía tampoco una simpatía especial por los Aliados. Culturalmente, Bélgica estaba unida a Francia, pero sólo en el caso de los valones, que eran minoría en relación con sus compatriotas flamencos, y ambos grupos desconfiaban de los objetivos franceses. Gran Bretaña había actuado en ocasiones como garante de Bélgica, pero no como aliado, y a Bélgica le estaba prohibido unirse a alianzas internacionales.

Schlieffen proyectó que 34 divisiones tomasen las carreteras belgas, encargándose de las seis divisiones belgas en el caso de que estas decidiesen finalmente resistir. A pesar de todo, los alemanes esperaban que no lo hiciesen, ya que eso supondría la voladura de puentes y ferrocarriles, lo que retrasaría peligrosamente el plan. La aceptación belga del paso del ejército alemán evitaría también la necesidad de destacar divisiones para asediar las fortalezas belgas y la condena de la opinión pública mundial. Para persuadir a los belgas, Schlieffen proyectó que, antes de la invasión, se presentase al Gobierno belga un ultimátum que pidiese la cesión de «todas las fortalezas, vías de ferrocarril y las tropas», en caso contrario, tendría que sufrir el bombardeo de sus ciudades fortificadas.

Alemania presentó al Gobierno belga un ultimátum dándole doce horas para contestar. El rey de Bélgica afirmó que el ultimátum era inaceptable y todos los periódicos belgas lo anunciaron en ediciones especiales. La respuesta espontánea belga fue de indignación y patriotismo, las calles se

llenaron de enseñas tricolores y la movilización general se realizó entre escenas de gran entusiasmo popular.

La primera resistencia seria se produjo en la fortaleza belga de Lieja. Esta localidad era considerada como la posición fortificada más sólida del mundo. Henri Brialmont, el más brillante ingeniero militar de la época, se había encargado de construir sus fortificaciones a finales del siglo XIX. Bélgica contaba con los recursos suficientes dados su temprana revolución industrial y su brutal imperio colonial en el Congo. Los alemanes, que esperaban capturar Lieja en tres días, tuvieron que esperar hasta el décimo día de batalla para vencer la valerosa resistencia belga. La estrategia alemana consistía en una batalla de envolvimiento. El Décimo Cuerpo a las órdenes de Otto von Emmich capturaría los fuertes al norte, oeste y sur de la ciudad. La resistencia belga se centró en los fuertes bajo el mando del general Gérard Leman. Los belgas cometieron el error de no desplegar sus tropas frente a los fuertes, evitando que los alemanes situasen su artillería cerca de ellos.

El desprecio hacia las vidas humanas por parte de todos los beligerantes comenzó aquel segundo día de la guerra en Lieja. Mientras los soldados alemanes avanzaban contra los fuertes de Lieja, el general Erich Ludendorff escuchó «el peculiar ruido de las balas cuando chocan con los cuerpos humanos». Según un soldado belga, «los alemanes caían unos encima de otros formando una horrible barricada de muertos y heridos que amenazaba con bloquearnos la visión». Lieja sería la primera ciudad europea en ser bombardeada desde el aire. Las bombas arrojadas por el dirigible zepelín L-Z mataron a nueve civiles. Se iniciaba así una terrible práctica que se mantiene hasta la actualidad. Desesperados, los alemanes amenazaron con destruir Lieja completamente.

Ante la insólita resistencia, los alemanes hicieron uso de su armamento más pesado, el mortero austriaco de 305 mm e incluso los cañones Krupp de 420 mm, conocidos como «Gran Bertha» (por la corpulenta hija de Krupp que nunca se mostró muy entusiasmada por ese «honor»), para destruir los fuertes, que al final no resultaron ser lo suficientemente sólidos. Los cañones eran tan enormes que tuvieron que ser arrastrados por 36 caballos por las calles que temblaban bajo el peso. Uno a uno, los fuertes fueron reducidos a escombros y su guarnición o bien se rendía, o era aniquilada. Los soldados de las guarniciones belgas oían descender los obuses que producían un intenso silbido y escuchaban cómo las detonaciones se acercaban más y más a medida que los tiros eran corregidos, hasta que los obuses estallaban sobre ellos y destruían las fortificaciones de acero y cemento. Las galerías quedaban bloqueadas y el fuego, los gases y los ruidos llenaban las cámaras subterráneas, mientras los hombres enloquecían en espera del siguiente disparo. Al día siguiente de la capitulación del fuerte Loncin, el Segundo y Tercer Ejércitos iniciaron su avance. El grueso del ala derecha alemana comenzaba su movimiento a través de Bélgica. Los que los belgas ofrecieron con su valor a los aliados no fueron ni dos semanas ni dos días, sino una causa y un ejemplo.

De muchas maneras, 1914 fue el drama de lo inesperado. Las potencias extranjeras no esperaban la furia con la que Bélgica se defendería contra la invasión alemana. Bélgica no contaba con la ira con la que la opinión pública inglesa recibiría la noticia de la agresión alemana. Y el ejército alemán no esperaba la fuerte resistencia belga. Esta desilusión alemana fue uno de los motivos de la crueldad con la que reaccionó el ejército alemán, prendiendo fuego a edificios y asesinando a civiles como represalia por los supuestos ataques de los civiles. El káiser no esperaba tal resistencia de los

belgas y su cólera personal adoptó la forma de demanda. En agosto y septiembre de 1914 exigió que partes del territorio belga fueran incorporadas a Alemania y que la población belga allí residente fuese expulsada para dejar su lugar a los alemanes.

La resistencia belga desesperaba a los mandos alemanes que comenzaron a ver enemigos por doquier. El recuerdo de francotiradores de la guerra francoprusiana generaba temores entre los nerviosos soldados alemanes mentalizados para marchar sobre Bélgica sin contratiempos. El Primer Ejército alemán, que cubría el avance derecho, estaba obligado a avanzar 23 kilómetros por día. Los ferrocarriles estaban fuera de servicio por el sabotaje belga y, posteriormente, por el francés, y las carreteras estaban colapsadas de refugiados. El transporte en camiones estaba comenzando, así que el abastecimiento del ejército, una vez que se alejaba de las líneas de ferrocarril, tenía que ser realizado con caballos. El ejército de Kluck utilizaba 84.000 caballos y gran parte del abastecimiento estaba dedicado a los mismos caballos de transporte.



Civiles belgas huyen de las tropas alemanas.

De esta forma, los hombres exhaustos, tras marchar todo el día, y en muchos casos tras haber combatido, tenían que iniciar la búsqueda de comida antes de poder dormir. La población civil local, preocupada por su propio abastecimiento, no estaba dispuesta a cooperar. La disciplina comenzó a pender de un hilo. Sin embargo, el asesinato de civiles no fue simplemente el producto de reservistas nerviosos. Fue admitido y promovido por los superiores. Conscientes de la necesidad de velocidad y con el temor a una insurrección en la retaguardia, los comandantes comenzaron a admitir y promover la represión de la imaginaria resistencia civil.

La campaña alemana de represalias no fue, excepto en casos individuales, una respuesta espontánea a las provocaciones belgas. Había sido prevista para intimidar a los ciudadanos y salvar de esa forma tiempo y hombres. La velocidad era un factor vital. La guerra franco-prusiana dejó una

profunda impresión en el pensamiento alemán sobre cómo debían afrontar la próxima guerra. Un reglamento de 1899 autorizaba a los oficiales del ejército a ejecutar a cualquier persona sin uniforme que «asistiera al enemigo o causara daños a las fuerzas alemanas o aliadas». Los alemanes estaban obsesionados con las violaciones de las leyes internacionales y culpaban al Gobierno belga de aquellas traidoras luchas callejeras contrarias a las leyes internacionales. Sin embargo, no tenían en cuenta que ellos habían violado las leyes internacionales por su presencia en territorio belga.

La noche del 4 de agosto, soldados alemanes aterrorizados dispararon a unidades amigas. Creyendo que habían sido civiles belgas, los alemanes fusilaron a 10 personas incluyendo a una familia con cinco hijos escondidos en un sótano. En Dinant, 612 hombres, mujeres y niños fueron fusilados en la plaza principal.

El 20 de agosto, el Primer Ejército de Kluck pasó a través de Bruselas, que había sido declarada «ciudad abierta» para evitar su destrucción, y se dirigió en dirección sudoeste hacia Francia. El representante español en Bruselas, el marqués de Villalobar, escribía: «Estos soldados dicen que “van a París” y me parecen un torrente imposible de detener. ¡Si no tuvieran a Europa entera contra ellos, serían invencibles!». Aunque el único obstáculo de envergadura había sido Lieja, la vanguardia del ataque se ralentizó por la sencilla razón de que los hombres no podían marchar 40 kilómetros cada día. Al mismo tiempo, los belgas hacían estallar los túneles ferroviarios restringiendo el flujo del abastecimiento y los refuerzos. La respuesta no se hizo esperar. Al menos cinco mil civiles fueron ejecutados y más de dieciocho mil viviendas fueron destruidas.



Soldados belgas con ametralladoras tiradas por perros.

El 25 de agosto una «columna incendiaria» alemana llegó a la localidad de Lovaina. Usando fósforo, iniciaron un fuego en la estación y en la biblioteca de la universidad, con su invaluable colección de libros antiguos. La incomparable biblioteca había sido fundada en 1426, e incluía entre sus 230.000 volúmenes una colección de 750 manuscritos medievales. La comunidad universitaria alemana, asaltada por las acusaciones enfurecidas de profesores de todos los países, intentó sin éxito justificar la atrocidad cometida. Lovaina era uno de los santuarios del saber de Occidente y su

destrucción fue descrita como un ataque contra la civilización. Por motivos propagandísticos, los británicos exagerarían posteriormente las «atrocidades sobre Bélgica» de 1914, lo que llevó posteriormente a pensar que dichos abusos habían sido un «engaño». No lo fueron. Sucedieron y sentaron un precedente nefasto para el resto del siglo.

Uno de los fusilamientos que causó más impresión fue el de la enfermera británica Edith Cavell. Había colaborado en organizar una red de escape para soldados franceses y británicos atrapados tras las líneas alemanas. Tras ser descubierta, fue juzgada por espionaje y condenada a muerte, a pesar de los enormes esfuerzos que realizó nuestro representante en Bélgica. Su fusilamiento hizo un daño devastador a la imagen de Alemania en el mundo. El káiser comenzó a ser apodado «el Rey de los Vándalos» y «El nuevo Atila».

Mientras tanto, Moltke dudaba si debía cambiar el esfuerzo principal a Lorena. Desplazó algunas divisiones de reserva a esa zona y dio al Sexto Ejército, al mando del príncipe Rupprecht de Baviera, órdenes de defender a toda costa. Sin embargo, Rupprecht era un hombre de acción, contaba con habilidades de mando y decidió que las órdenes de defender no excluían el ataque. Hacia el 20 de agosto, sus tropas habían hecho retroceder a los franceses de Lorena. Por mero accidente, el grueso de las tropas francesas se estaba retirando a posiciones entre París y la mayor de las fortalezas francesas, Verdún.

El comandante en jefe francés, Joseph Joffre, ya sabía que los alemanes avanzaban con fuerza en Bélgica y que el eje de las fuerzas alemanas era robusto. La carrera militar de Joffre se había desarrollado en la ingeniería más que en el mando sobre el campo. Había sido el principal impulsor del Plan 17 y a él se comprometió durante aquellos días cruciales de 1914. Desdeñando las reservas alemanas, concluyó que la única forma de que los alemanes fueran tan fuertes en el norte y en el sur era siendo débiles en otros sectores. Cuando fracasó su avance en Lorena, decidió que el centro alemán tenía que ser más débil de lo que parecía. Allí envió a su Tercer y Cuarto Ejércitos. Cuando los resplandecientes soldados franceses con sus pantalones rojos y casacas azules, y sus oficiales en uniforme completo de campaña avanzaron, el resultado fue una masacre. Los franceses se vieron obligados a retroceder hacia el río Mosa, sufriendo 300.000 bajas. Los alemanes avanzaban imparables. Winston Churchill escribiría posteriormente: «La obsesión por la imbatibilidad alemana se había extendido y, en los instruidos círculos de los Aliados, nadie dudaba sobre cuál sería el desenlace».

El 5 de agosto, el primer ministro británico Asquith decidió con sus colaboradores que la BEF debía acudir al noroeste del frente francés. Los oficiales admitirían posteriormente que el único plan con el que contaban era con situarse en el flanco izquierdo francés y seguir el liderazgo francés, añadiendo las cuatro (posteriormente seis) divisiones británicas a las 70 francesas. El comandante británico era Sir John French, llamado «el pequeño mariscal de campo», hombre de caballería y con un gran historial, aunque su figura ha sido siempre controvertida. Ha sido descrito como un hombre vanidoso, ignorante y vengativo. Winston Churchill consideraba que era un «soldado natural» y es cierto que no le faltaba valor, aunque no le ayudó el hecho de ser un gran mujeriego, ya que se vio envuelto en varios escándalos. La mayoría de sus colegas creía que era un inepto para el puesto.

Antes de que las fuerzas británicas pudiesen atacar en apoyo de los franceses, el 23 de agosto

colisionaron con la apisonadora de Von Kluck, en la localidad de Mons, 200.000 alemanes contra 75.000 británicos. Los alemanes despreciaban al Ejército británico y no hicieron ningún esfuerzo por hundir los transportes que trasladaban a las tropas británicas al continente. Consideraron que era mejor vencerlos una vez que llegaran al frente. En realidad, el primer enfrentamiento entre británicos y alemanes se había producido en Sydney, Australia, cuando un barco mercante alemán había intentado zarpar y le advirtieron de que no lo hiciera.

Mons fue una de las primeras batallas de la historia que se libró en una ciudad industrial y la primera con una aportación significativa de la fuerza aérea, utilizada para calibrar el alcance de los cañones. Los soldados británicos cavaron rápidamente posiciones defensivas mientras los alemanes, impacientes por deshacerse de esa inesperada molestia, cayeron en el error de los ataques frontales. Los fusileros británicos, entrenados para disparar a un blanco cada cuatro segundos (se les proporcionaba toda la munición para prácticas que desearan), detuvieron a los alemanes durante todo un día.

El 23 de agosto, French supo que el Quinto Ejército francés, a las órdenes del general Charles Lanzerac, no sólo no había podido frenar el avance alemán, sino que se retiraba apresuradamente sin alertar a los británicos. Estos no tuvieron otra opción que acompañar a los franceses en su larga retirada hacia el sur ante el sunami germano que avanzaba inexorablemente. Cubrieron 321 kilómetros en dos semanas, una hazaña para la infantería que marchaba bajo un calor aplastante con uniformes de lana durante veinte horas al día. Uno de los batallones británicos retrocedió 88 kilómetros en treinta y seis horas.

Cientos de hombres de todos los ejércitos comenzaron a caer agotados, debido a golpes de calor, a las ampollas, al tifus, al hambre o a la sed. Otros colapsaban de gastroenteritis tras devorar las frutas aún sin madurar de los huertos por los que pasaban. Los alemanes podían al menos disfrutar de comidas calientes gracias a sus eficientes cocinas móviles. Los franceses tenían que cocinar en improvisadas fogatas. La última semana de agosto y la primera de septiembre fueron para ambos ejércitos una maratón ininterrumpida de marchas agotadoras que comenzaban al alba y se prolongaban hasta bien entrada la noche. Un oficial de Von Kluck describió lo duro que era ver los pies de sus hombres en carne viva. Los hombres se caían de sus caballos y los soldados se desplomaban en plena marcha. Un periodista norteamericano que observó el paso de «la maquinaria de muerte gris» alemana, informó de algo sobre lo que no había leído nunca nada: «El olor de medio millón de hombres sin asear. Era una pestilencia que permanecía durante días en cada ciudad por la que pasaban».

Conforme agosto dejaba paso a septiembre, el norte de Francia resonaba con los sonidos de la batalla. Largas columnas de infantería vestida de azul se dirigía al norte, hacia la guerra, o hacia el sur, alejándose de ella. El campo estaba repleto de restos de equipo militar que los hombres habían abandonado para marchar más rápido, caballos agonizando y camiones abandonados. Excepto en los lugares donde los ejércitos habían colisionado y donde yacían los muertos, no existía todavía demasiada destrucción. El tiempo seguía siendo caluroso y tan sólo en las proximidades de algunas ciudades había indicios de bombardeo.

En París los diarios se mostraban pesimistas conforme los nombres de las localidades tomadas

por los alemanes indicaban a los parisinos que los «boches», como denominaban despectivamente los franceses a los alemanes, se aproximaban a la capital. Los ancianos recordaban que la situación comenzaba a parecerse a la guerra franco-prusiana de 1870. En algunos edificios públicos había comenzado la quema de documentos y una nube de humo negra flotaba sobre la capital. Los grandes hoteles eran convertidos en hospitales y cientos de personas comenzaron a abandonar la capital. En las carreteras, los civiles competían por el espacio con heridos franceses y prisioneros alemanes.

EL FIN DEL PLAN SCHLIEFFEN

Sin embargo, no era 1870. El Estado Mayor alemán se alejaba paulatinamente del Plan Schlieffen por cuya integridad se había arriesgado a una guerra. Kluck no sólo estaba perdiendo hombres para poder asediar las bolsas de soldados belgas que se resistían a rendirse, sino que, al mismo tiempo, Moltke estaba fortaleciendo su ala izquierda en Lorena. El 25 de agosto, Moltke enviaba dos cuerpos del ejército a Prusia Oriental para hacer frente a la amenaza rusa. Fue un error grave, dado que ambos cuerpos invirtieron todo el final de agosto en trasladarse del oeste al este y, en consecuencia, no se pudo contar con ellos ni para la batalla del Marne, ni para la batalla que se estaba fraguando contra los rusos.

Esos desplazamientos y la necesidad de asediar Amberes supusieron una reducción de 270.000 hombres del ala derecha alemana. El «martillo» sobre el que Schlieffen había apostado todo se había reducido en un tercio. Cuantos menos hombres tenían el Primer y el Segundo Ejércitos alemanes, más tendían a alejarse el uno del otro cuando atravesaban territorio francés. El 27 de agosto, Moltke permitió libertad de movimientos a Kluck, que se movió con independencia del Segundo Ejército que le acompañaba. Convencido de que los británicos se retiraban hacia el oeste, hacia el Canal de la Mancha, Kluck deseaba moverse en dirección norte para cortarles la retirada.

Sin embargo, la BEF se retiraba hacia el sur, no hacia el oeste, y se encontraba mucho más próxima a Kluck de lo que este se imaginaba. El Segundo Cuerpo británico estaba demasiado exhausto para seguir marchando y decidió establecer posiciones defensivas en Le Cateau el 26 de agosto. Allí tendría lugar la batalla de mayor envergadura en la que había participado el Ejército británico desde Waterloo. Se trató de una acción de retirada contra 140.000 alemanes. Los británicos perdieron 8.000 hombres, una cifra reducida para la primera guerra mundial, pero enorme para un ejército de 100.000 hombres. La artillería y los disparos británicos demostraron de nuevo ser letales y los alemanes repitieron el error de lanzar cargas frontales. El Segundo Cuerpo resistió y finalmente se retiró en orden. El 31 de agosto un piloto alemán lanzó sobre París una bandera con la inscripción: «Los alemanes estarán en París dentro de tres días».



Obsesionado por dar caza a la BEF y al Quinto Ejército francés, Von Kluck perdió el contacto con el Segundo Ejército de Von Bülow. Creyendo que había aplastado a los británicos, decidió cambiar de estrategia y optó por no dirigirse hacia el norte y el este de París como había planeado originalmente Von Schlieffen, sino hacia el sur y el este de la capital. Se introducía así peligrosamente en las líneas enemigas, pues, a su izquierda, Von Bülow estaba muy retrasado. Cuanto más se aproximaban los ejércitos alemanes a París, más necesaria se hacía su coordinación. Sin embargo, nada de eso sucedió. Un desconcertante silenció descendió sobre el Alto Mando alemán. El cuartel general en Luxemburgo no recibió ni una sola comunicación del Primer o Segundo Ejércitos el 1 de septiembre. «¿Cuál es su situación?», preguntaba nervioso Moltke en un mensaje a ambos comandantes, «Responda urgentemente». No obtuvo ninguna respuesta. Todo lo que sabía es que los dos ejércitos habían cambiado de ruta, no hacia el sudoeste, sino hacia el sur. En ese momento de la campaña, con ejércitos de millones de hombres en retirada o en persecución, el papel de las unidades de inteligencia era crucial. ¿Dónde estaba el enemigo? ¿Cuáles eran sus fuerzas? El mando alemán se encontraba a ciegas.

Los británicos penetraron por la brecha que se abrió entre los dos ejércitos alemanes. Podían

haber aprovechado aquella ocasión para asestar un golpe devastador a los alemanes. Sin embargo, French perdió los nervios. Atemorizado, emitió órdenes para preparar la partida hacia Gran Bretaña con el fin de restablecerse. Hizo falta que el gabinete británico enviase precipitadamente al nuevo secretario de Guerra, el mariscal de campo Lord Kitchener, para impartir instrucciones de que la BEF debía adaptarse a los movimientos del ejército francés. Aunque Kitchener formaba parte del Gobierno civil, se presentó ataviado con su uniforme de mariscal de campo, a fin de dejar bien claro cuál era la cadena de mando. Aunque muy molesto por la presencia de Kitchener, French cambió finalmente de parecer y la BEF asumió posiciones defensivas al este de París.

El Primer Cuerpo francés a las órdenes de Franchet d'Esperey hizo retroceder a los alemanes en el río Oise en la última carga napoleónica de infantería de la historia. El plan de Kluck era arrinconar a los franceses hacia el sudeste. Para asegurarse de que la gran guarnición de París o la BEF no atacaran a Bülow desde la retaguardia, Moltke ordenó a Kluck permanecer entre Bülow y París. Kluck consideró que ese era un movimiento muy débil y el 2 de septiembre ordenaba a su ejército que siguiese hacia el sur cruzando el río Marne. De todas maneras, Kluck era un comandante veterano y no iba a ofrecer todo el flanco a los Aliados, por lo que desplazó un cuerpo para que adoptase posiciones defensivas frente a París.

EL MILAGRO DEL MARNE

El 2 de septiembre, en el 40 aniversario de la batalla de Sedán de 1870, con Kluck a tan sólo cincuenta kilómetros de París, el Gobierno francés se retiró a Burdeos. En su ausencia, los parisinos depositaron sus esperanzas en el gobernador miliar de París, el general de sesenta y cinco años Joseph-Simon Gallieni. No decepcionó. En su primer comunicado juró defender París «hasta el último extremo». Las defensas se habían descuidado debido a la obsesión por la estrategia ofensiva «a ultranza» del Alto Mando francés. Gallieni puso en alerta los departamentos de bomberos, se acumuló grano y carne para resistir un posible asedio. Las palomas fueron requisadas por si se venían abajo las comunicaciones y los hospitales y las penitenciarías fueron acondicionados para recibir heridos.

Si los alemanes tomaban París, no encontrarían nada de valor. Los puentes serían volados y hasta la torre Eiffel se convertiría en chatarra. Se cortó la maleza y los árboles que bloqueaban el campo de tiro de los artilleros, se cerraron carreteras y se volaron edificios que obstruían la visión de la artillería. Los alemanes habían asediado París durante la guerra franco-prusiana, pero no habían llegado a penetrar. Para los soldados alemanes la capital ejercía una enorme fascinación, algo similar a lo que sucedería con Moscú durante la Segunda Guerra Mundial. Un oficial escribió: «La palabra París los vuelve locos. Cuando vieron un cartel en el que ponía "París 37 kilómetros"y que no había sido borrado, se pusieron a bailar y a abrazar aquel poste». Su alegría habría sido menor si hubieran sabido que iban a dejar París a su derecha.

El 3 de septiembre un monoplano francés pilotado por el teniente Watteau se adentró en las líneas alemanas, a unos cuarenta kilómetros al noroeste de París. En tan sólo dos pasadas se percató de lo

que sucedía: el ejército alemán del general Kluck tenía su flanco derecho indefenso. Gracias al reconocimiento aéreo, Gallieni concluyó que los alemanes se dirigían hacia el río Marne al este de París. Ordenó al recién formado Sexto Ejército a las órdenes del general Michel-Joseph Maunory, que se preparase para atacar el flanco derecho alemán y convenció a Joffre de que confirmase el ataque para el día siguiente. A su vez, los británicos fueron persuadidos de hacer todo lo posible en la próxima ofensiva.



Taxis parisinos esperando para transportar tropas a la batalla del Marne.

En el lado alemán reinaba el nerviosismo, la victoria parecía estar al alcance de la mano (patrullas de caballería habían llegado a tan sólo diez kilómetros de París) sin embargo demasiadas cosas no estaban saliendo de acuerdo con las previsiones. Las malas comunicaciones estaban derribando el Plan Schlieffen. Tan sólo una semana antes, el ambiente en el cuartel general de Moltke había sido exultante, pero hacia el 5 de septiembre la victoria parecía escurrirse de las manos. El enemigo se movía libremente, un pésimo presagio que Moltke atribuía a la ausencia de cañones y hombres capturados. Para agravar aún más las cosas, el movimiento exagerado de Von Kluck había expuesto todo el flanco alemán a un ataque francés y había abierto una brecha con el Segundo Ejército a su izquierda.

El plan se desintegraba por su eslabón más débil: la logística. Los hombres del ala derecha alemana descubrieron que no podían mantener el ritmo para avanzar 480 kilómetros hacia el oeste de París en cuarenta días. En tan sólo cuarenta días, la artillería había consumido los mil proyectiles por cañón que se habían planificado. Cada grupo de ejército consumía cerca de 130 toneladas de comida y forraje por día, requiriendo 1.168 trenes para abastecerlo. Los 84.000 caballos del Primer Ejército de Kluck consumían 900 kg de forraje al día, lo que requería 400 vagones. Los caballos se convertían así en pieza fundamental para la rapidez de ejecución del plan. A mayor distancia, eran

necesarios más medios de transporte para llevar únicamente más alimentos para los caballos, no para los hombres que luchaban en el frente. El transporte por carretera estaba descartado: el 60 % de los 4.000 camiones alemanes se habían averiado antes de que el ejército alcanzara el Marne. En cualquier caso, hubiesen hecho falta 18.000 camiones para mover el ala derecha alemana, una cifra impensable en aquel momento. Los Aliados, por el contrario, se movían hacia sus líneas de abastecimiento y podían hacer uso del eficaz sistema ferroviario centralizado en la capital.

El 4 de septiembre, Moltke limitó el movimiento del Primer y Segundo Ejércitos alemán y los advirtió de que se defendiesen de un posible ataque francés desde París. Cuando la orden llegó a oídos de Kluck, este ya había movido la mayor parte de su ejército hacia el sur a través del río Marne. La batalla llegaba a su punto culminante. Para los alemanes, el tiempo se había agotado. Presintiendo el grave peligro que se cernía sobre sus ejércitos, Moltke, que no se encontraba en condiciones físicas de hacer el viaje, envió de forma sorprendente a Richard Hentsch, un teniente coronel, para dirigir a dos veteranos comandantes, además del inconveniente de ser sajón en un ejército dominado por los prusianos. A pesar de que su rango y origen no eran los más apropiados, era un hombre muy capaz y contaba al parecer con poderes absolutos para valorar la situación sobre el terreno. Hentsch fallecería en Bucarest en 1918, por lo que sus auténticas instrucciones, en gran parte verbales, no fueron nunca publicadas ni conocidas.

Al recorrer el frente, Hentsch se encontró a Bülow y a Kluck empeñados en culparse mutuamente por la brecha que se había abierto entre ellos. Llegó al cuartel general de Bülow a las 8 p. m. del 8 de septiembre y este confesó que no sabía nada de la situación del Primer Ejército de Kluck. Un día más tarde, Hentsch llegó al cuartel general de Kluck. De camino se había encontrado con grandes cantidades de equipo abandonado por los Aliados en retirada, o por los alemanes para agilizar la marcha. Supo que las fuerzas de la BEF se habían lanzado hacia la brecha que se abría amenazadora entre los dos ejércitos alemanes (que Moltke hubiera podido cubrir con los dos cuerpos que había enviado a Prusia Oriental).

El Sexto Ejército de Maunory se abalanzó sobre el cuerpo de reserva que Kluck había situado al norte del Marne, ataque que tuvo un efecto dominó sobre todo el frente alemán, llevando a ajustes desproporcionados con el ataque francés. Hentsch utilizó sus poderes para ordenar la retirada alemana mientras todo el ejército francés y las fuerzas británicas se lanzaban al ataque. No lograron romper el frente alemán y el empuje fue contrarrestado. Cuando Kluck hizo retroceder a sus dos cuerpos a través del Marne y los envió a contraatacar a Maunory, abrió otra brecha entre los dos ejércitos alemanes. A pesar de todo, los alemanes lograron rechazar al Quinto Ejército francés, ahora a las órdenes del enérgico Franchet d'Esperey (*Desperate Franky* le apodaron los ingleses) en vez del cauto Lanzerac, e hicieron retroceder al Noveno Ejército a las órdenes de Ferdinand Foch. Sin embargo, el pánico se apoderó de los comandantes alemanes.

El 9 de septiembre, Bülow ordenaba a su ejército la retirada. Kluck no tenía más opciones que seguir el mismo camino y ordenó la retirada en dirección a Soissons. Hacia el 11 de septiembre, todos los ejércitos alemanes se dirigían hacia el norte por órdenes locales, o por órdenes directas de Moltke. Toda la campaña alemana se encontraba al borde del desastre y un fracaso añadido a la hora de retroceder permitiría a los Aliados aislar y destruir los ejércitos alemanes de forma

independiente. En el peor de los casos podrían cercar a los sobreextendidos ejércitos desde la retaguardia. El príncipe heredero Guillermo, el mujeriego hijo del káiser al frente del Quinto Ejército alemán, tuvo que abandonar sus sueños de una marcha triunfal por los Campos Elíseos de París. Durante cinco días, a partir del 9 de septiembre, los alemanes retrocedieron tras los ríos Marne y Aisne a la línea Noyon-Verdún. El único motivo que impidió que la retirada alemana se convirtiera en una desbandada fue que los Aliados se encontraban demasiado agotados para darles alcance.

Los alemanes prepararon posiciones defensivas sólidas con la ventaja de poder elegir el terreno ocupando las regiones más elevadas. De esa forma, además de contar con mayor perspectiva para disparar sobre las posiciones enemigas, podían también cavar más antes de alcanzar el nivel freático, que en la zona de Flandes se encuentra muy cerca de la superficie, pues se trata de una región ganada al mar gracias a un drenaje medieval. Los Aliados se tenían que conformar con ocupar las zonas más bajas y, por tanto, más embarradas y húmedas del frente.

Así concluyó el famoso «milagro del Marne». No supuso, como se ha señalado en numerosas ocasiones, el fin del Plan Schlieffen, pues la indecisión de Moltke y la improvisación de Kluck ya habían destruido el plan antes del contraataque francés. Si algo desequilibró la frágil balanza fue la indecisión estratégica alemana. Si el Primer Ejército alemán hubiese destruido al Sexto Ejército al oste de París, si el Quinto Ejército francés se hubiese lanzado a la brecha entre los dos ejércitos alemanes y si los franceses se hubiesen lanzado con mayor decisión tras el río Marne, los resultados hubiesen sido ciertamente distintos. El Plan Schlieffen era suficiente para alterar los nervios de cualquier comandante. Moltke no pudo soportar la idea de que su enorme ejército se encontrase a tanta profundidad en territorio enemigo, dependiendo de una línea de comunicaciones larga y vulnerable, y esto pudo hacer que alterase el plan inicial. Nunca se contó la verdad del fracaso del Marne a los alemanes, fue entonces cuando germinó la idea de que en realidad Alemania nunca había sido vencida en un campo de batalla.

El verdadero problema del Plan Schlieffen era de carácter logístico. La solución que se dio al peligroso alejamiento de las líneas de aprovisionamiento y de los ferrocarriles alemanes fue pensar en la invasión de Bélgica. En el ala derecha, Schlieffen proyectaba desplegar 30 cuerpos de ejército, aproximadamente un millón de hombres más su equipo y sus caballos. Cada cuerpo de ejército alemán contaba con dos divisiones, cada una con 17.500 hombres aproximadamente. En circunstancias óptimas, un cuerpo de ejército no avanzaba en una sola columna, sino en múltiples columnas en paralelo. Si un cuerpo disponía de suficientes caminos paralelos, podía avanzar entre 29 y 32 kilómetros por día. Si el cuerpo iniciaba la marcha al amanecer, la parte final de la columna tendría tiempo suficiente para alcanzar la cabeza hacia el atardecer.

En Bélgica y Francia existían carreteras paralelas a uno o dos kilómetros de la siguiente, pero el frente tan sólo se extendía por 300 kilómetros. Esto dejaba tan sólo diez kilómetros a cada cuerpo de ejército. Suponiendo que existieran sólo entre cinco y diez carreteras paralelas, un cuerpo no podía avanzar 30 kilómetros al día y esperar que la cola alcanzase la cabeza. Por tanto, el plan hacía necesario en muchos casos que dos cuerpos de ejércitos usaran una única línea de comunicación, lo que tenía como consecuencia la congestión y el caos. Es cierto que Schlieffen nunca contó con los

hombres que pedía en su plan original. Sin embargo, es posible también que más hombres tan sólo hubiesen colapsado aún más las carreteras, creando una especie de bola de nieve en movimiento que se autodestruye mientras se mueve y se hace más grande. En realidad, el plan era una imposibilidad geográfica.

Además, el Plan Schlieffen surgió en el aislamiento. Ni el Ministerio de la Guerra alemán que tenía que suministrar las fuerzas necesarias, ni la Cancillería que tenía que llevar a cabo las preparaciones diplomáticas y políticas para el avance alemán a través de las neutrales Bélgica y Holanda, fueron informados de los detalles del plan hasta 1912. A la Marina alemana tampoco se la tuvo en cuenta en el proceso de planificación para que bloquease el cruce de tropas británicas. Ni siquiera se consultó a Austria-Hungría. Schlieffen despreciaba a los aliados de Alemania y nunca quiso saber nada de un mando unificado en la que sería una guerra de coalición. Schlieffen, que falleció en 1913, no vivió para ver la derrota de su plan ni las graves consecuencias que tendría para Alemania.

La batalla del Marne fue una derrota sin paliativos para los alemanes y un momento crucial de la historia europea. Guillermo II dijo sentirse «muy deprimido» y consideró aquella batalla como el «momento decisivo» de su vida. Lo más grave era que el Plan Schlieffen constituía la única receta alemana para la victoria; no existía un «plan B». La campaña de 1914 se basaba en una victoria contundente y decisiva en el oeste el día 40 desde la movilización, cuando esta no se materializó; la gran apuesta había fallado. En el bando alemán se culpó a Hentsch por ordenar la retirada y a Moltke por su falta de temple. Moltke había perdido la batalla, la guerra y también perdería su puesto. Como comandante, Moltke fue el principal responsable de la derrota. La batalla había demostrado que carecía de lo que Schlieffen describió como «ese fuego de voluntad de victoria, el salvaje impulso de avanzar y el infalible deseo de aniquilar al enemigo». Él mismo reconoció que era absolutamente incapaz de «jugárselo todo a una carta».

Resulta imposible concluir si Moltke perdió los nervios en aquellas jornadas cruciales. Sus memorias fueron «pulidas» por los censores patriotas de la década de los veinte y por la destrucción de los archivos del Estado Mayor durante el bombardeo de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. En mayo de 1915, Moltke rompió brevemente su silencio y admitió al general Hans von Plessen, Jefe del Cuartel General del Káiser: «Me puse nervioso durante aquellos críticos días de septiembre». Asimismo, reconoció que se había mostrado «pesimista» sobre la situación al este de París. No diría nada más.

La virtud del general Joffre fue su temple; dormía a pierna suelta incluso en los momentos álgidos de la batalla (sus oficiales tenían órdenes de no despertarle bajo ningún concepto). Sus colaboradores quisieron atribuirle el ataque sobre el flanco francés, sin embargo gran parte del mérito fue de Gallieni. Los alemanes se detuvieron y los franceses enviaron apresuradamente a tres mil soldados de la Séptima División de infantería en 600 taxis Renault parisinos, uno de los hitos patrióticos de la guerra. Lo realmente relevante no fue lo que sucedió en el campo de batalla, sino lo que Moltke pensó que sucedía. Sus temores no eran del todo infundados. Un firme ataque británico entre los dos ejércitos alemanes y uno francés contra el flanco alemán hubiesen podido acabar con los ejércitos alemanes a muchos kilómetros de sus bases en Alemania.

Moltke se percató del significado de la retirada alemana tal como escribió a su esposa: «La guerra que había empezado con tan buenas expectativas, al final se volverá contra nosotros. Seremos aplastados en nuestra lucha contra Oriente y Occidente. Nuestra campaña es una desilusión cruel. Y tendremos que pagar por toda la destrucción que hemos causado». Moltke fallecería en 1916 sin ver la derrota final de Alemania, en la que había jugado un papel tan decisivo en el cálido verano de 1914.

LA PRIMERA BATALLA DE YPRES

Con ser tan sólo un empate, la batalla del Marne supuso una victoria estratégica para Francia y Gran Bretaña. Los sueños alemanes de una victoria rápida se desvanecieron. Se había evitado la hegemonía alemana y Gran Bretaña había mantenido su cabeza de puente en el continente. Las consecuencias a largo plazo del Marne serían trágicas, pues facilitó cuatro años más de la monótona matanza mutua de las trincheras.

Mientras ambos bandos se recuperaban, los líderes pensaban en el siguiente asalto. Concluyeron que era mejor evitar los asaltos frontales. Lo mejor parecía ser flanquear al enemigo en el norte. Retrocediendo hacia el río Aisne, donde el Primer Ejército alemán había cavado las primeras trincheras de la guerra y rechazado un ataque francés, Kluck emprendió la que sería denominada como «carrera hacia el mar». La frase era equívoca, pues lo que se pretendía en realidad era flanquear al enemigo antes de que este alcanzara la costa.



Trincheras en Zillebeke (Ypres).

Tras el Marne, Joffre aceptó la petición británica de que la BEF se situara más cerca de su base en el Canal de la Mancha. Fue retirado del Aisne y enviado a Flandes. Hacia finales de octubre, los alemanes habían tomado finalmente Amberes. Eliminada esa amenaza en su retaguardia, decidieron utilizar cinco de sus cuerpos de reserva, que habían estado inmovilizados en Amberes, para romper la línea enemiga en Ypres. La ciudad formaba un saliente aliado que se introducía en las líneas alemanas.

Moltke fue sustituido por Erich von Falkenhayn, ministro de la Guerra. Para muchos era más político que soldado y su apariencia reflejaba el epítome del soldado prusiano. De apariencia dura, corte de pelo marcial y rasgos vigorosos, era un hombre frío e introvertido, una de las figuras militares más enigmáticas de la guerra. Era un auténtico «Junker» que sentía un enorme desprecio hacia la prensa, el liberalismo y las «masas», y no se mostraba conmovido por las cifras de bajas. Despreciaba también a la mayoría de sus colegas y no confiaba en ninguno. Forzaba a sus colaboradores y a sí mismo a trabajar sin fin y su visión estratégica era a menudo brillante. El plan para Ypres consistía en atacar frontalmente el saliente y penetrar hasta los puertos del Canal de la Mancha, Dunkerque, Calais y Bulogne. Este último era el principal puerto de abastecimiento de la BEF. El káiser se presentó en el frente esperando poder conducir a sus hombres dentro de Ypres.

Para reforzar el ataque, Falkenhayn utilizó divisiones de reserva formadas por estudiantes voluntarios. Hacia el fin de la batalla, cerca de cuarenta mil hombres y jóvenes habían muerto o sufrido terribles heridas. Uno de los supervivientes de aquella matanza fue el joven Adolf Hitler que, aunque era austriaco, había sido asignado al Regimiento de Bavaria número 16 y presenció la terrible *Kindermord*, «la matanza de inocentes», en la que cientos de miles de reclutas alemanes que habían recibido tan sólo dos meses de instrucción, la mayoría universitarios adolescentes, fueron aniquilados por los ya veteranos soldados ingleses. Hitler nunca olvidaría aquel momento. En el cementerio alemán de Langemarck, donde yacen los restos de sus compañeros, hay hoy 25.000 tumbas. Entre los británicos, un tercio de la BEF había fallecido, lo que obligó al Gobierno británico a recurrir a tropas indias.

Tanto británicos como alemanes lograron romper el frente, pero en ambos casos consiguieron reunir reservas suficientes para apuntalar las líneas antes de que el enemigo pudiese explotar sus ganancias. El momento culminante de la batalla, presenciado por el mismo káiser, llegó cuando los alemanes consiguieron romper el frente en Gheluvelt y los británicos, liderados por un puñado de hombres del segundo de Worcestershire, consiguieron hacer retroceder a los alemanes. Tras un ataque final por parte de la unidad de élite de los Guardias Prusianos, la batalla perdió intensidad. Al retener Ypres, los británicos lograron un saliente en el frente que se extendía desde el Canal de la Mancha hasta los Alpes.

Para Francia, el año finalizaba con la ocupación alemana de la mayor parte de la zona industrial del noroeste del país. La región incluía la décima parte de la población de Francia, el 70 % de sus yacimientos petrolíferos y el 90 % de sus minas de hierro; era un panorama desolador. Además, para poner fin a la ocupación, era preciso lanzarse a la ofensiva, algo que en los últimos meses se había

demostrado muy sangriento.

EL FRENTE DEL ESTE

Los combatientes

Una anécdota muy extendida entre las tropas rusas (y muy probablemente falsa) señalaba que en 1905, durante la guerra con Japón, los soldados rusos que esperaban en la estación de Mukden habían sido testigos de un espectáculo sorprendente. Dos de sus comandantes, Pavel Rennenkampf y Alexander Samsonov, discutían amargamente y parecían estar a punto de llegar a las manos. Nueve años después, a los dos rivales se les asignó el mando del Primer y Segundo Ejército ruso con el objetivo de invadir de Prusia Oriental. Los sucesos de la estación de Mukden no auguraban nada bueno para el esfuerzo de guerra ruso. A pesar de que no existían pruebas de tal incidente, la aversión mutua que se profesaban era lo bastante intensa como para que las personas que los conocían se lo creyeran.

Alemania, como ya se ha dicho, movilizó una fuerza formidable en 1914. Las tropas estaban motivadas, poseían armamento moderno y estaban dirigidas por oficiales altamente entrenados. Sin embargo, aunque el ejército alemán era enorme, también estaba sobreextendido. Siete de sus ocho ejércitos se encontraban en el oeste para derrotar a Francia antes de que Rusia pudiese reaccionar. Eso suponía que Austria-Hungría debía contener a los rusos durante seis semanas. Cualquier retraso en Francia dejaría expuesta la frontera oriental.

Austria-Hungría no estaba bien equipada para el papel de detener la marea rusa. Aunque contaba con una población de 50 millones, económicamente no podía mantener a un ejército de más de 480.000 hombres. El Imperio se había mostrado especialmente incompetente en reclutar un ejército: tres de cada cuatro reclutas potenciales lograron escapar de los planes del Estado. De los hombres reclutados, menos de un tercio recibieron lo que se podría denominar entrenamiento completo. El suministro de municiones y uniformes era muy deficiente.

Los problemas étnicos que aquejaban al Imperio también se dejaban sentir en su ejército. Una muestra aleatoria de 100 soldados en 1914 hubiese dado 44 descendientes de eslavos, 28 alemanes, 18 húngaros, ocho rumanos y dos italianos. Resultaba imposible construir una fuerza cohesionada entre tantas nacionalidades, muchas de los cuales se mostraban recelosas de las demás. En algunas unidades, la falta de un lenguaje común convirtió el hecho de impartir órdenes en algo muy complejo. La moral y la cohesión de las unidades eran bajas, pues los ascensos se decidían a menudo por consideraciones étnicas más que militares. En términos étnicos, los soldados a menudo tenían más en común con el enemigo que con el oficial que les ordenaba avanzar.





Entrada de las tropas alemanas en Bruselas.

Existía también un clima de sospecha entre Alemania y Austria-Hungría. Los alemanes

despreciaban el imperio multiétnico y a los austrohúngaros todavía les dolía la derrota que habían sufrido en 1866 contra Prusia. En términos operativos eso supuso que se dedicara muy poco tiempo a establecer una estructura de operaciones coordinada. Al Gobierno austro-húngaro tampoco le entusiasmaba la idea de ponerse en el camino del gigante ruso mientras Alemania llevaba a cabo sus designios en el oeste. El belicoso jefe de Estado Mayor, Franz Conrad von Hötzendorf, bombardeaba a Moltke con informes advirtiéndole de los riesgos de retrasar demasiado el refuerzo del frente del este.

En todo caso, Conrad no favorecía una guerra defensiva. La política oficial descrita en un informe de 1911 señalaba que la infantería podía, «sin el apoyo de las otras armas e incluso siendo inferior en número, lograr la victoria siempre y cuando sean fuertes y duros». La estrategia de Austria-Hungría giraba en torno al principio de que la supervivencia imperial requería una política de agresión continua contra todos los enemigos. Frente a tantas contingencias, Conrad fue a la guerra con la vana esperanza de destruir el saliente de la Polonia rusa con un ataque combinado de los austriacos y los alemanes.

Rusia contaba con una gran población y sobre el papel era capaz de mantener un ejército de un millón y medio de hombres. El ejército era un microcosmos de la sociedad; sufría las mismas tensiones sociales, pobreza, autocracia y un desarrollo tecnológico atrasado. Como el campesino, el recluta era visto como un subhumano, convirtiéndole en un blanco fácil para la agitación revolucionaria. Un gran porcentaje no sabía leer, un problema acuciante en una guerra progresivamente tecnológica. Sin embargo, el soldado ruso compensaba con valor y determinación lo que adolecía en entrenamiento. Debido a que el 80 % era campesinos, eran hombres habituados a la dureza y a la adversidad. Creían de forma apasionada en la «Madre Rusia», aunque despreciaban al zar y a su Gobierno. Sentían también un profundo odio hacia Austria y estaban decididos a vengar la crueldad que había mostrado con los eslavos.

Eran soldados que merecían mejores oficiales. Sin embargo, al más alto nivel, los comandantes más veteranos competían entre sí por ganarse el favor del zar. El estatus y el ascenso no se ganaban con eficacia, sino con lealtad al zar. Un comandante veterano capaz era tan sólo una coincidencia afortunada. Los jóvenes adinerados eran enviados al Estado Mayor y no pasaban por los regimientos. En un nivel inferior, los oficiales más jóvenes se caracterizaban por su corrupción y crueldad y había una preocupante falta de suboficiales. Tampoco existía un auténtico comando supremo o un Estado Mayor, lo que se traducía en que a menudo a las unidades en los diversos frentes se les daba libertad para perseguir sus fines. Los suministros se encontraban en un nivel paupérrimo y el transporte era rudimentario. Sin embargo, el fallo más grave de la maquinaria de guerra rusa era su industria, incapaz de responder a las enormes exigencias de un gran ejército y de una guerra larga y costosa.

A pesar de todo, los rusos habían realizado progresos desde su humillante derrota ante Japón en 1905. El sistema ferroviario había mejorado de tal manera que, entre 1909 y 1914, el número de trenes que podía enviar al frente por día había aumentado notablemente. Era un dato muy significativo, ya que los planes de Schlieffen dependían de un sistema ferroviario ruso mucho más lento. En vísperas del conflicto, el gasto militar excedía el de Alemania, aunque era frecuente que el dinero se invirtiera en los proyectos equivocados. Las fortificaciones permanentes contaban, por

ejemplo, con artillería pesada, mientras que las unidades móviles carecían de cañones. La diferencia entre la caballería y la infantería era excesiva. Las tropas podían llegar pronto al frente, pero una vez allí dependían de un sistema de transporte muy precario. Aunque ningún país podía predecir la naturaleza exacta de la guerra, Rusia se encontraba mal equipada para hacer frente a improvisaciones. En todo caso, como señala un proverbio ruso, Rusia nunca es tan fuerte como parece ni tan débil como deja entrever.

Los estrategas rusos se debatían entre el deber y el instinto. El flexible plan bélico ruso, el llamado «Plan 19», contenía dos variantes: la «A» contra Austria y la «G» contra Prusia Oriental. En teoría, ayudar a los franceses significaba atacar en Prusia Oriental. Sin embargo, Rusia no deseaba ese territorio y tampoco la enfrentaba con su odiado enemigo, Austria-Hungría. Se llegó a un precario equilibrio con cuatro ejércitos dedicados al frente sur y dos para la campaña de Prusia Oriental. Ninguna de las dos fuerzas era lo suficientemente grande como para lograr sus objetivos estratégicos.

El frente de batalla, 1914

La guerra en el frente del este fue una guerra racial, librada entre eslavos por un lado y pueblos germanos por el otro. El frente era enorme, combatido en un terreno brutal por ejércitos que se desplazaban a gran velocidad y que sobrevivían de la tierra. Muchos de los horrores de la guerra del siglo XX se iniciaron ahí: la utilización por vez primera del gas, expulsiones masivas de civiles y ataques contra los judíos. Sin embargo, y a diferencia de lo que sucedería en la Segunda Guerra Mundial, la política alemana de ocupación en el este no sería antisemita. Los judíos se verían favorecidos por su uso del yidis, una forma medieval de alemán que les permitió servir de intérpretes con las poblaciones locales[6].

A principios de agosto, el frente alemán en Prusia Oriental estaba defendido por una división de caballería y once de infantería, que juntas formaban el Octavo Ejército de 135.000 hombres a las órdenes del anciano y obeso general Maximilian von Prittwitz. Frente a ellos avanzaba un grupo de ejércitos ruso de 650.000 hombres al mando del general Yakov Zhilinsky y formado por dos ejércitos dirigidos por Rennenkampf (los apellidos alemanes eran comunes entre la aristocracia y los oficiales de alto rango rusos) y Samsonov.

Mientras los civiles belgas huían despavoridos de las localidades quemadas por las fuerzas alemanas en agosto de 1914, muchos alemanes se encontraban sin hogares por la invasión rusa de la zona de Prusia oriental. La imagen de refugiados con sus familias y posesiones que acudían a Berlín, puso al Gobierno alemán ante un complejo dilema: ¿debía concentrar todos sus esfuerzos en derrotar a Francia o debía poner en peligro el Plan Schlieffen enviando tropas para detener el avance ruso?

Esas dudas asaltaron a todos los principales beligerantes durante los tres años siguientes. Austria-Hungría dudaba entre acabar con Serbia e Italia en el sur o detener a Rusia en el nordeste. Rusia tenía que enviar ejércitos contra Alemania, Austria y Turquía. Gran Bretaña y Francia vacilaban entre las necesidades del frente occidental y las peticiones de ayuda por parte de sus

aliados. Cuando diversos países balcánicos entraron en guerra, se abrieron más frentes y los presionados líderes lucharon por mantener las diferentes áreas de guerra.

El 19 de agosto de 1914, el general Prittwitz, comandante alemán en Prusia Oriental, realizó una llamada telefónica desesperada a Berlín. Alertaba de que sería incapaz de resistir el embate del Primer Ejercito ruso que avanzaba hacia el oeste y el del Segundo Ejército que avanzaba desde el sur, y que se veía obligado a retroceder, de lo contrario el Segundo Ejército ruso le cortaría la retirada. Los franceses, que tenían que soportar el peso de la agresión alemana en el oeste, dependían del ataque ruso en el este para el fracaso del Plan Schlieffen. Para este fin, los militares alemanes y rusos habían concluido en 1910 que los rusos «lanzarían algún tipo de ofensiva el día 16 después de la movilización para fijar al menos cinco o seis cuerpos alemanes».



Franz Conrad von Hötzendorf, Jefe del Estado Mayor del Ejército austrohúngaro.

El plan ruso pasaba por atacar Prusia Oriental con dos ejércitos, uno hacia el norte desde el saliente que poseían en Polonia y otro directamente hacia el oeste, hacia el corazón de Prusia. La movilización rusa se llevó a cabo con celeridad pero, como consecuencia, la organización y la logística sufrieron. Para aumentar la velocidad de marcha, las tropas portaban lo imprescindible, lo

que suponía que se encontraban escasas de abastecimiento cuando alcanzaban sus puntos de destino. Las unidades eran enviadas de inmediato al combate, sin apenas tiempo para organizarse. La coordinación sufría también por el mal ambiente reinante entre ambos mandos.

El Primer Ejército se adentró en Prusia Oriental el 17 de agosto, seguido dos días más tarde por el Segundo. Cada uno era mayor que el Octavo Ejército alemán. El primer combate tuvo lugar en Gumbinnen el 20 de agosto y se inclinó a favor de los rusos. El asalto frontal del general August von Mackensen sobre las tropas de Rennenkampf fue fácilmente rechazado y los alemanes sufrieron 14.000 bajas. Prittwitz, alarmado por la aproximación de Samsonov por el sur, entró en pánico y propuso una retirada general tras el río Vístula. Esto enfureció a Moltke, que decidió deshacerse de su timorato comandante. Enseguida pensó en un recambio apropiado.

El general Paul von Beneckendorff und von Hindenburg de sesenta y siete años, que contaba con pasar la guerra en un plácido retiro, fue enviado de inmediato al frente oriental. Se había pasado gran parte de su jubilación en una finca que poseía en Prusia Oriental entretenido con los detalles de cómo frenar una posible invasión rusa. Llegó al frente en el mismo tren que el general Erich Ludendorff, el héroe de Lieja, que se convirtió en su jefe de Estado Mayor[7]. El resultado fue una unión formidable, una de las asociaciones militares más sólidas de la historia; los «gemelos terribles», como los apodaron los Aliados. Hindenburg proporcionó estabilidad, autoridad y nervios templados. Ludendorff aportó energía, ambición e imaginación. Era un hombre valiente e indiferente a lo que pensaran de él. Ambos compartían un descomunal ego y una gran ambición. Hindenburg admitió que «era un matrimonio feliz».

Antes de su llegada, el teniente coronel Max Hoffmann había esbozado un plan para hacer frente a los dos amenazadores ejércitos rusos. Hoffmann era uno de los expertos alemanes en el ejército ruso y había sido enviado como observador a la guerra ruso-japonesa donde supo de la enemistad manifiesta entre los dos comandantes rusos. Hindenburg y Ludendorff adoptaron el plan de Hoffmann y posteriormente se arrogaron el mérito de su éxito. Hindenburg, Ludendorff y Hoffmann eran conscientes de que eran superados en número: 485.000 rusos frente a 173.000 alemanes, por lo que su única esperanza era jugárselo todo a una carta que tenía que salir bien. Los alemanes conocían aquella zona como la palma de su mano ya que las maniobras anuales se celebraban allí. Una pequeña fuerza de caballería permaneció para guardar el avance de Rennenkampf, mientras que el grueso del Octavo Ejército se desplazó hacia el sur para enfrentarse a Samsonov. El riesgo era mortal.

Sin embargo, Rennenkampf se movía a paso de tortuga y tras la precipitada movilización, el Segundo ejército se encontraba en un estado deplorable. Extendido en un frente de 100 kilómetros avanzaba a ciegas, sin el reconocimiento apropiado. Debido a que los rusos carecían de personal entrenado en codificación, enviaban mensajes por cable en claro. Como resultado, Hindenburg probablemente tenía una mejor idea de la disposición de las fuerzas del Segundo Ejército que Samsonov. Continuando su avance en solitario, Samsonov estaba invitando a los alemanes a tenderles una trampa. Al moverse tan despacio, Rennenkampf garantizaba que no podría acudir en defensa de Samsonov. Para los alemanes resultaba inaudito que los rusos violaran una de las reglas fundamentales de la doctrina militar, nunca dividir las tropas en presencia de un enemigo inferior

pues, de lo contrario, este puede concentrar sus fuerzas para derrotar por separado a los ejércitos enemigos. Para los rusos se trataba de la receta para una catástrofe que no tardaría en llegar.

Los alemanes atrajeron a las fuerzas rusas hacia el norte; dejaron un frente en forma de «U» invertida, con un centro débil que animó a los rusos a seguir hacia el norte pensando que estaban ganando la batalla y dos flancos muy fuertes que se abalanzaron sobre las tropas rusas, cerrando así la retaguardia de Samsonov entre los lagos y los tupidos bosques de Prusia Oriental. Los hombres del Octavo Ejército habían sido reclutados en su mayoría en Prusia Oriental y estaban deseando aniquilar a los rusos (un oficial alemán se encontró disparando contra su propia casa, que los rusos la habían tomado unos días antes). Finalmente, se produjo un cerco clásico cerca de Grünfliess. Hacia el día 30, el descalabro ruso era total. Los soldados rusos, agotados tras marchar durante doce horas en una semana, rompieron filas y comenzaron a huir. Dos cuerpos enteros, un total de cerca de cien mil hombres fueron forzados a rendirse. Otros 50.000 fueron muertos o heridos y se perdieron 500 cañones. El balance para los alemanes no superó los 15.000 hombres. Tras conocer el destino de sus hombres, un humillado Samsonov se adentró en un bosque y se disparó un tiro no sin antes decirle a su Estado Mayor: «El zar confió en mí. ¿Cómo puedo mirarle a la cara después de semejante desastre?».

El plan demostró cierta genialidad y riesgo por parte de los alemanes, pero se debió en gran parte a la ineptitud rusa. De haber continuado Rennenkampf su victoria en Gumbinnen con una marcha firme hacia Samsonov, el plan alemán habría descarrilado. La derrota también supuso el fin de la carrera de Rennenkampf, que utilizó sus influencias para evitar la cárcel y llegó a ser gobernador de Petrogrado. Los bolcheviques le ofrecerían el mando de la Armada Roja, puesto que rechazó, lo que le costaría ser ejecutado por traidor.

Debido a que el nombre de Grünfliess carecía de resonancia heroica, a la batalla se le dio el nombre de Tannenberg, lugar donde los caballeros teutónicos habían sufrido una derrota a manos de polacos y lituanos en 1419. La batalla pasaba así a sugerir un sentimiento de venganza sobre los eslavos. No fue el único eco medieval durante la primera guerra. Como se ha apuntado, el asesinato de Francisco Fernando se produjo el día de la derrota serbia ante los turcos en 1389. Los británicos, por su parte, afirmaban que en Mons habían sido asistidos por los arqueros ingleses de Agincourt (1415); en otras versiones los arqueros eran, en realidad, ángeles.

Tannenberg fue rápidamente incorporada a la mitología bélica alemana. Los arquitectos Johannes y Walter Krüger construyeron un gigantesco monumento en la zona, ocho grandes torres unidas por una muralla en cuyo interior cabían 10.000 «adoradores». El monumento se encontraba cerca de donde se emplazaría el cuartel general de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. Ambos serían destruidos ante el avance del Ejército Rojo.

Hindenburg se convertía en el primer héroe de la guerra, un estatus que conservaría hasta el final de sus días. Las paredes de las ciudades alemanas se cubrieron con carteles y láminas con su imagen, y su retrato ocupaba las portadas de todos los diarios. Hasta los barberos copiaban su inconfundible bigote. La marina le dio su nombre a un crucero y Silesia cambió el nombre de la ciudad industrial de Zabrze en su honor. Hindenburg, y no el káiser, se convirtió en el centro de la voluntad de resistencia alemana. A medida que avanzaba la guerra y la población civil se desilusionaba con el

conflicto, era vital fomentar la creencia en su invencibilidad. El culto adoptaría las formas más estrafalarias. Se erigieron estatuas de madera en las que la gente clavaba clavos para convertir a Hindenburg en «el hombre de hierro» y pagaba por ese privilegio a favor de los fondos de guerra.

Hindenburg se dirigió posteriormente contra Rennenkampf. Reforzado por dos cuerpos adicionales enviados desde Francia, intentó repetir una maniobra de envolvimiento con mucho menos éxito. Los dos ejércitos chocaron cerca de los lagos Masurianos el 7 de septiembre. Tres días más tarde, otra catástrofe parecía inevitable en el campo ruso. Sin embargo, mostrando un gran temple y determinación, Rennenkampf contraatacó y posteriormente lideró una rápida retirada tras el río Nieven. Los alemanes los persiguieron, pero no pudieron acabar con el enemigo que preparó una defensa coordinada. De todas maneras, la batalla supuso una impresionante victoria alemana que costó a los rusos 70.000 bajas y 30.000 prisioneros. El día 13, Rennenkampf cruzaba la frontera rusa. Alemania se había salvado y su frontera oriental quedaba protegida temporalmente. Siguieron unas tablas que favorecían a los alemanes, pues sus bajas habían sido menores y no esperaban grandes triunfos en ese frente durante aquel año.

Uno de los principales culpables del pobre desempeño ruso fue Vladimir Sukhomilov, ministro de la Guerra, del que se decía que «había engordado de ineficiencia». Amigo del zar Nicolás y uno de los favoritos de la corte, mantuvo su posición mostrándose servil, halagando y divirtiendo en vez de concentrarse en sus tareas. Fue en parte responsable de la prematura entrada de su país en la guerra en 1914 y había asegurado al Gobierno ruso que el ejército se encontraba en perfectas condiciones. Desde el inicio, Sukhomilov se enfrentó al gran duque Nicolás que le culparía de las derrotas de 1914 llegando a sugerir que Sukhomilov estaba al servicio secreto de Alemania, algo que no era cierto. En el verano de 1915, una comisión de investigación le encontró culpable de incompetencia y fue cesado. Sería juzgado, condenado por corrupción y enviado a prisión.

Más al sur, las fuerzas austrohúngaras se enfrentaban a enemigos por doquier. En teoría, la guerra debía fortalecer al Imperio, permitiéndole dominar las naciones balcánicas, en particular, Serbia. Existía la tentación de atacar de forma agresiva en varios frentes. Sin embargo, desplazar grandes ejércitos en un área con comunicaciones primitivas era un impedimento para tal estrategia. Conrad propuso una ofensiva conjunta con los alemanes para destruir en unas semanas las fuerzas rusas en el saliente polaco. Conrad era un hombre de refinada educación, políglota y con una amplia visión política, pero no podía ignorar la necesidad de castigar a Serbia. La mitad de las fuerzas austrohúngaras (460.000 hombres) se concentraron en ese frente esperando una victoria completa en cuestión de días. A pesar de todo, el frente serbio bajo las órdenes del mariscal de campo, Radomir Putnik, aunque peor equipado y menor que el austriaco, tenía la ventaja de luchar en terreno conocido. Las tropas serbias contaban también con la experiencia de haber participado en las dos guerras balcánicas.

En este frente, el resultado fue pendular. Los serbios lograron hacer retroceder a los austrohúngaros a su propio territorio para, posteriormente, encontrarse a punto de perder Belgrado. Hacia finales de año, a pesar de la dura lucha, no se habían realizado progresos apreciables. Debido a las grandes esperanzas austrohúngaras, el resultado fue muy frustrante. Habían sufrido 200.000 bajas y habían perdido gran cantidad de material en el campo de batalla, algo que los serbios

supieron aprovechar.

Más al norte, las ambiciones austriacas tampoco se pudieron materializar. El 3 de agosto, Moltke informó a Conrad de que no podía apoyar con tropas alemanas la ofensiva contra el saliente polaco. Herido en su orgullo, Conrad decidió seguir adelante. Los rusos contaban con cuatro ejércitos en Galicia a las órdenes del general Nicolas Ivanov. Incluso tras desplazar hombres del frente serbio, Conrad no logró superioridad numérica, además de no contar con apoyo artillero suficiente. El resultado pudo haber sido catastrófico de no haber estado el ejército ruso en una situación tan lamentable. Las mismas malas comunicaciones y la falta de unidades de reconocimiento que habían socavado el avance en el norte, se repitieron con Ivanov. Todo lo que pudo hacer Conrad fue vencer a los rusos en la batalla de Krasnik y avanzar hacia Lublin.

Hacia la primera semana de septiembre, las fuerzas rusas comenzaron a aumentar su presión. Con dos ejércitos acercándose desde el este, otros dos desde el norte y liderados por uno de los mejores generales rusos del conflicto, Aleksei Brusilov, los rusos avanzaron hacia Lvov, forzando la retirada de Conrad. Hacia principios de octubre, las fuerzas austrohúngaras se habían retirado hasta el río Dunajec. Sus pérdidas habían sido devastadoras, con cerca de 400.000 bajas en tan sólo seis semanas de lucha. Los soldados que habían sobrevivido a la batalla tuvieron que enfrentarse además a un brote de cólera.

Los rusos demostraron ser incapaces de explotar su éxito y se concentraron en asediar la fortaleza de Przemsyl, que contaba con 100.000 defensores austriacos. Emplazada sobre colinas que se alzaban hasta los 420 metros, constituía un gran campamento cerrado, con muros de tierra reforzados con cúpulas blindadas. Przemsyl fue sitiada la tercera semana de septiembre de 1914, pero no cayó hasta el 22 de marzo de 1915, para ser reconquistada poco después.

El avance había sufrido a causa de la debilidad logística. Tal como quedó patente en el frente occidental, en cuanto un ejército perdía el impulso inicial, se alcanzaba un empate en el campo de batalla condicionado por los factores tecnológicos que impedían el avance. Aunque la movilidad de las fuerzas en el frente del este durante la guerra contrastaba con la situación en el oeste, la incapacidad de ambos bandos para lograr una superioridad permanente llevó a una situación de tablas con trincheras y fortificaciones fijas.

El enorme coste y la falta de éxito de la campaña tuvieron un efecto corrosivo sobre la moral del ejército austrohúngaro. Su inestabilidad inherente lo hacía muy susceptible al fracaso. Los soldados se sentían tentados de cambiar de bando debido a los vínculos étnicos con el enemigo. Debido a las enormes pérdidas entre oficiales y suboficiales, la labor de restablecer la moral no fue sencilla. Gran parte de la culpa fue de Conrad, de su ego desmesurado y de su falta de realismo. El frente en Galicia acabó finalmente por estabilizarse con ayuda alemana. Conrad no mostró reparos en recibir esa ayuda, pues los aliados alemanes debían ser culpados por poner a su ejército en una situación tan delicada: «¿Por qué –se preguntaba– debía Austria-Hungría desangrarse innecesariamente?».

El profundo resentimiento y la desconfianza hacia los alemanes que surgió en esos dos primeros meses de guerra envenenarían las futuras relaciones. Era previsible que la situación se agravase debido a que las pérdidas austrohúngaras hacían cada vez más necesaria la ayuda alemana. Al mismo tiempo, la dependencia de los Habsburgo atizaba el desprecio alemán hacia su incompetente aliado.


Alemania comenzó a pensar que se hallaba «esposada a un cadáver», mientras que Austria-Hungría comenzó a considerar a Alemania «su enemigo secreto».

4

1915
Los desastres mal planificados

Cuanto más alto asciende una civilización, más vil se convierte.

General Karl von Einem, 1915

En 1915, en un sector del frente oriental en medio de Polonia, un joven centinela alemán soñaba con el hogar. Hans Leip se imaginaba que dos amigas suyas, Lili y Marlene, se reunían con él bajo la lámpara de la puerta del cuartel. Ideó una melodía para animarse y escribió una letra sentimental. Veinte años más tarde se acordó de la melodía y añadió unos versos, mezclando los dos nombres de sus amigas en uno. Dada a conocer en 1937, la *Canción del centinela solitario* no tuvo éxito alguno a pesar del auge de la música y del cabaret durante esos años. En 1941, *Lili Marlene*, aquella canción surgida de la soledad de un soldado en el frente oriental, se convertiría en la canción favorita de las tropas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial.

LA RUSIA POLACA

Al comenzar el año 1915, la situación de la guerra se había estancado. Alemania no había logrado vencer con el Plan Schlieffen, pero mantenía la iniciativa estratégica tanto en el este como en el oeste. En particular, disfrutaba de la ventaja de sus reservas, que gracias a la posición central de Alemania, y a su excelente sistema de ferrocarril, podía desplegar donde lo considerara más oportuno.

El éxito de los rusos en septiembre hizo temer a Falkenhayn que Austria-Hungría era demasiado débil para enfrentarse sola a Rusia. Para ello, trasladó a su reserva del oeste al este, tras un ataque de gas sobre Ypres el 22 de abril que permitió camuflar la retirada de 11 divisiones. El gas venenoso había sido probado ya contra los rusos durante el invierno, pero el frío limitó su efectividad. Finalmente, fue lanzado en el frente occidental contra tropas argelinas y contra reservistas franceses que se vinieron abajo. Debido a que el gas se encontraba en fase experimental y a que los alemanes pensaban pasar a la defensiva en Francia, no estaban preparados para explotar ese éxito inicial. Los Aliados improvisaron máscaras (al principio se observó que un trapo cubierto de orina era un

remedio efectivo) y los ataques con gas se convirtieron en una características de la guerra. Se trataba de un arma limitada, pues dependía del viento y el terreno, pero formó parte de la deshumanización del conflicto y demostró ser letal con aquellos que no estaban preparados.

En el este, Falkenhayn planeó una ofensiva con dos brazos contra la Rusia polaca. El general August von Mackensen dirigía la ofensiva austrohúngara en el noroeste, en Galicia, y Hindenburg atacaba en el norte hacia Kovno. El jefe de Estado Mayor de Mackensen era Hans von Seeckt. Ambos eran innovadores y brillantes. Seeckt logró situar a sus divisiones en el frente sin alertar a los rusos del ataque.

El 2 de mayo de 1915 los alemanes desencadenaron la ofensiva entre las localidades de Gorlice y Tarnów, al este de Cracovia, con una descarga de artillería que duró cuatro horas. El intenso bombardeo preliminar confundió a las fuerzas rusas. Cuando la primera oleada alemana se lanzó al ataque, recibió instrucciones precisas de seguir avanzando en vez de enfrentarse a posiciones fijas. El Decimoprimer Ejército, integrado por una gran cantidad de tropas veteranas trasladadas desde el oeste, concentró sus ataques entre las dos ciudades y consiguió abrir una brecha en el endeble Décimo Cuerpo ruso. Uno de cada tres soldados rusos carecía de un rifle en condiciones. La debilidad de las trincheras rusas, comparadas con las del frente occidental, contribuyó al éxito alemán, ya que carecían de profundidad.

La caída del Décimo Cuerpo originó un colapso del frente ruso. La retirada, ordenada en algunas zonas devino en desbandada en otras. Los austrohúngaros recuperaron la fortaleza de Przemsyl el 3 de junio y Lemberg el 22. Falkenhayn ordenó entonces que Mackensen se dirigiera hacia el norte. Varsovia cayó el 4 de agosto y, posteriormente, la ciudad fortificada de Brest-Litovsk. Al norte, Hindenburg tomó Kovno. Los alemanes iniciaron una ofensiva general con ocho ejércitos a los largo de más de mil cien kilómetros del frente oriental.

Cuando Falkenhayn puso fin a la campaña, la retirada rusa desplazó las líneas casi ochocientos kilómetros hacia el este en beneficio de Alemania. Las fuerzas alemanas ocuparon gran parte de la Rusia polaca y habían tomado un millón de prisioneros infligiendo un millón de bajas a los rusos. Para los alemanes fue la campaña más exitosa de la guerra. La pérdida de prestigio fue devastadora para el zar, en particular tras cesar al gran duque Nicolás y tomar su lugar como comandante en jefe. Era una tarea muy por encima de sus posibilidades. El general Brusilov comentó que el zar «no sabía literalmente nada de cuestiones militares». El error era además garrafal, pues desde ese momento la derrota sería una cuestión personal que ponía en entredicho la supervivencia misma del régimen. Si el destino bélico no mejoraba con rapidez, no habría nadie más a quien culpar.

Sin embargo, Falkenhayn no tenía intención alguna de invadir Rusia. No deseaba repetir el error de Napoleón de perseguir a los rusos hacia el interior del país. Sabía que los rusos lucharían con más valor en suelo ruso del que habían hecho gala en Polonia y que el sistema de abastecimiento ruso se vería beneficiado por las distancias más cortas que tendría que cubrir. Su objetivo era infligirle una derrota de tal calibre que el zar se viese obligado a abandonar a Francia y a solicitar una paz separada. Sin embargo, la humillación tuvo el efecto contrario. El zar se mostró inflexible. Tampoco estaba solo. La pérdida de la Rusia polaca finalmente proporcionó a la sociedad rusa algo por lo que luchar y morir. Testigos de la incapacidad de la autocracia, las clases medias comenzaron a asumir el

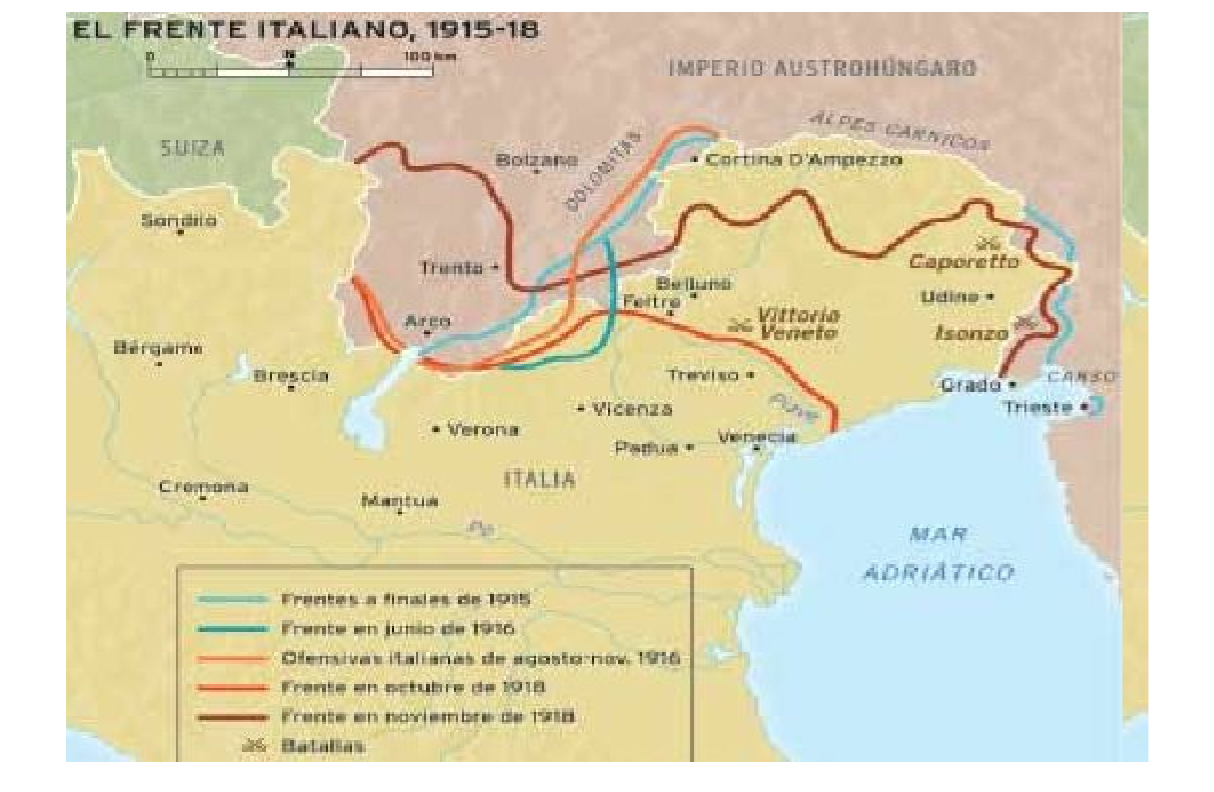
mando de la economía de guerra. Conforme aumentaba la producción, también lo hizo la inflación, convirtiendo los alimentos en una cuestión revolucionaria. Se estaban sembrando las bases de la caída del régimen.

EL «SAGRADO EGOÍSMO»: ITALIA

La mejor noticia que recibieron los Aliados en 1915 fue la entrada de Italia en la guerra. Sin embargo, su situación militar dejaba mucho que desear. De cada mil soldados italianos, 330 eran analfabetos, frente a 220 del Imperio austrohúngaro, 68 de Francia o uno en Alemania. Estaban además mal dirigidos por generales ineptos y poco imaginativos. El antimilitarismo de la sociedad italiana, la escasa formación del cuerpo de oficiales y la falta de asignaciones adecuadas para armamentos, generaban serias dudas sobre su capacidad militar. Antes de entrar en guerra, Italia creía estar en posición de obtener grandes beneficios y fue tentada por los Aliados en unos términos que se negociaron secretamente en el llamado Pacto de Londres de 1915. Bajo los términos del acuerdo, Italia recibiría inmediatamente el apoyo de las flotas británicas y francesas, y, una vez ganada la guerra, obtendría de Austria las tierras que eran parte de la «Italia irredenta», así como un gran préstamo por parte de Gran Bretaña.

Debido a que gran parte de los territorios que deseaban pertenecían al Imperio austrohúngaro, lo más razonable para el Gobierno italiano parecía unirse a los Aliados. Además, era preciso tener presente lo expuesta que se encontraba la costa italiana ante un posible ataque de la flota británica. Aunque se produjeron manifestaciones antibelicistas, los nacionalistas y los militaristas consiguieron el apoyo de la opinión pública. El ímpetu para entrar en guerra provino del primer ministro, Antonio Balandra, que describió abiertamente la política italiana como «sacro egoísmo».

Aunque Italia declaró la guerra a Austria-Hungría el 24 de mayo de 1915, las hostilidades con Alemania no se rompieron hasta mediados de 1916. Sin embargo, los italianos ignoraban que Conrad había solicitado al emperador que se llevase a cabo un ataque preventivo contra Italia. Sobre el papel, el ejército italiano contaba con notables ventajas. Podía concentrar una considerable fuerza de 900.000 hombres contra un solo enemigo: Austria-Hungría, mientras que esta tenía que luchar a la vez contra Serbia y Rusia. Por otro lado, las pérdidas sufridas en 1914 por el Imperio austrohúngaro en los Cárpatos habían quebrado el núcleo profesional de su ejército.



La neutralidad hubiese sido mucho más provechosa para Italia. Sin embargo, el comandante en jefe italiano, Luigi Cardona, con el apoyo de un grupo de políticos, consideró la guerra como una oportunidad única para obtener territorios «italianos». A diferencia de sus principales aliados, Italia no podía alegar motivos defensivos para entrar en guerra; se trataba de un acto abierto de agresión, una intervención para lograr territorio y estatus. Pocas veces un país ha entrado en guerra tan desorganizado y tan mal preparado como Italia en la Primera Guerra Mundial. Los oficiales, en su mayoría del norte del país, trataban con enorme brutalidad a los soldados que provenían, en su mayoría, del sur. La moral era muy baja. En una elección de uniformes, el rey Fernando II de Nápoles había afirmado con desprecio: «Vístelos de rojo o de verde, huirán de todas maneras».

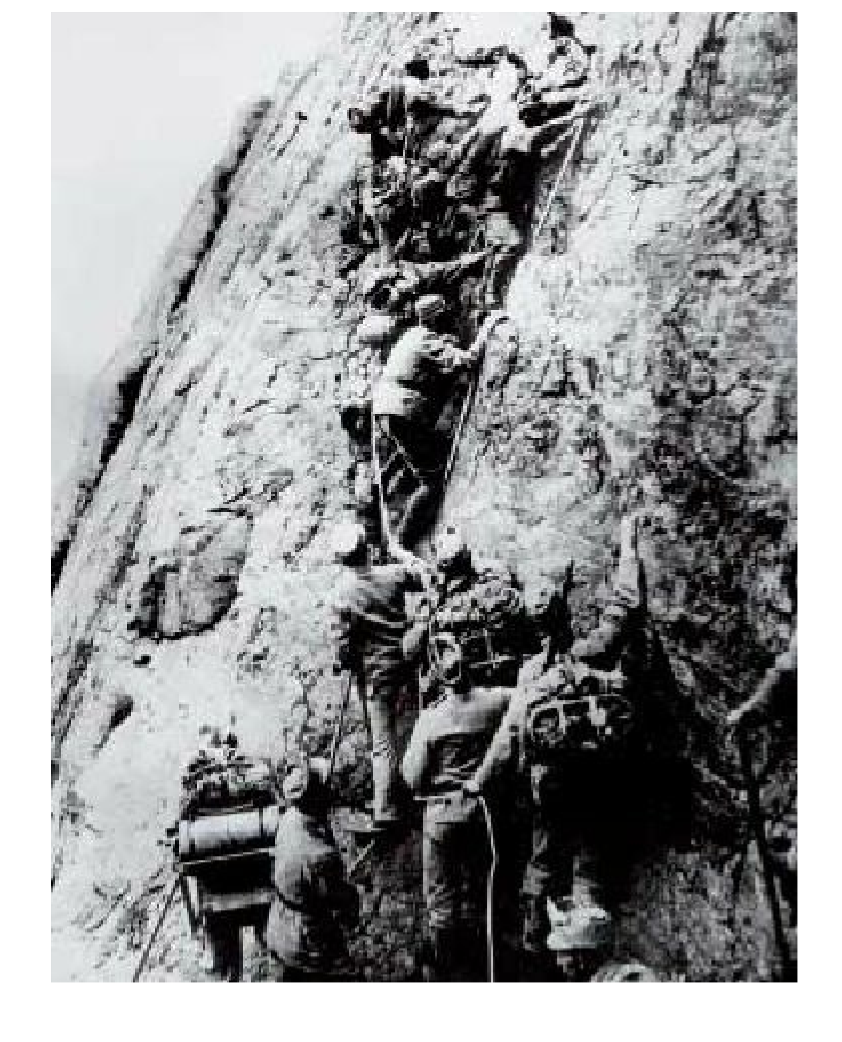
Cadorna predijo que en poco tiempo «se pasearía por Viena». Era una declaración frívola e insensata. El camino a Viena pasaba por el valle del río Isonzo y las escarpadas cumbres de los Alpes Julianos, terreno ideal para el defensor y una pesadilla para los atacantes. La frontera tenía 600 kilómetros, de los cuales tres quintas partes eran montañosos, con varios picos que se elevaban por encima de los tres mil metros y cubiertos de nieve durante el invierno. En verano sus rocas despedían punzantes fragmentos, lo que se tradujo en que una de las características de la campaña fuesen las heridas en los ojos y la frente. A diferencia de lo que sucedía con otros frentes, todos los grupos étnicos del Imperio austrohúngaro se unieron para combatir a los italianos. El mando de la defensa le fue otorgado a Svetozar Boroevic, un general croata muy capaz que ya había mostrado sus dotes de mando en los Cárpatos.

Al comienzo de la campaña, el general Cardona, con sus 35 divisiones, superaba ampliamente a los austriacos. Sin embargo, estos tenían la ventaja de ocupar las zonas más elevadas del terreno y de contar con una artillería superior. Cadorna no sabía lo que era disparar un tiro en combate y en las maniobras militares de antes de la guerra; había sido duramente criticado por la simpleza de sus tácticas. Arrogante y paranoico, tendría el dudoso honor de convertirse en uno de los peores

generales de la guerra. Como haría Stalin posteriormente, insistía en situar ametralladoras tras sus hombres para disparar sobre los que no avanzaban. Cadorna consideró que el terreno en torno al río Isonzo era el mejor para llevar a cabo una ofensiva, por lo que decidió realizar allí el esfuerzo principal. Aunque resultaba evidente que esa era la zona ideal, el Isonzo era también propenso a los desbordamientos y las lluvias durante la guerra fueron de una fuerza excepcional.

El frente se extendía por los Alpes y ambos bandos trataban de atravesar dichas barreras montañosas para alcanzar las llanuras. Entre 1915 y 1917 el conflicto entre italianos y austrohúngaros se limitó casi exclusivamente a una serie de sangrientas batallas libradas a lo largo del Isonzo. En junio de 1915, en la que fue denominada «primera batalla del Isonzo», Cadorna lanzó una ofensiva a gran escala a lo largo del frente antes de que las fuerzas austrohúngaras pudiesen consolidar las defensas. Sin embargo, su ejército carecía de instrumentos para cortar alambradas, de artillería pesada, de aviones de reconocimiento y hasta de cascos de acero. La ofensiva obtuvo ganancias, pero las fuerzas italianas perdieron 15.000 hombres y no consiguieron romper las líneas enemigas. Siguieron tres ofensivas más ese mismo año, que costaron a Italia 230.000 bajas, entre muertos y heridos.

Cuando los austriacos comenzaron a identificar las batallas del Isonzo por un número, los italianos enseguida copiaron el modelo sin imaginar que sería un arma de propaganda para los enemigos. Conforme Cadorna lanzaba ofensiva tras ofensiva desde las mismas posiciones, contra las mismas líneas, el número creciente de la misma batalla dejaba en evidencia el fracaso italiano en lograr la ruptura. La tercera batalla del Isonzo duró hasta noviembre sin apenas resultados. Desesperados por romper el frente antes de que el invierno pusiera fin a las operaciones, a partir del 10 de noviembre se lanzó la cuarta batalla del Isonzo que finalizó el 2 de diciembre. Finalmente, las nieves cubrieron toda la zona y los restos de la batalla. Acurrucados en agujeros y trincheras cavadas en la montaña a temperaturas bajo cero, los hombres de ambos ejércitos se dispusieron a pasar el invierno, hasta que la primavera permitiera la reanudación de la campaña.



Soldados austriacos escalando en el escarpado frente italiano.



Artilleros austriacos transportando un cañón en Los Alpes.

El soldado italiano, Virgilio Bonamore, describió una noche en la montaña:

Una noche terrible. Hacia las once se desata una espantosa tormenta. Mientras tanto, los primeros batallones del 23 llegan para ocupar nuestros puestos en las trincheras. Nos mantenemos de pie esperando, con el agua hasta nuestras rodillas esperando el momento de partir. La lluvia cae sin parar. Reina la oscuridad total, hace frío y estoy calado hasta los huesos. A las dos de la mañana nos ponemos en marcha. No podemos ver nada, así que nos agarramos todos de las capas. Tras unos cientos de metros, nos detenemos bajo la lluvia torrencial en un sendero embarrado de unos 20 cm de ancho. Estamos de pie y resulta imposible moverse pues nos encontramos al borde de un aterrador precipicio. Es una tortura indescriptible. Tiemblo de frío de forma convulsiva. Puedo sentir el agua deslizarse por mi piel, pero si damos un solo paso, nos precipitaremos y moriremos. Permanecemos así, de pie, bajo la lluvia, completamente inmóviles durante al menos tres horas.

La escasez de uniformes en el primer invierno fue letal para muchos, los uniformes grises los convertían en blancos perfectos. El alpinismo de invierno se ha convertido hoy en un deporte con muchos seguidores, pero antes de la Primera Guerra Mundial era prácticamente desconocido. Incluso

las tropas de montaña especializadas contaban con pocas tácticas para minimizar las incomodidades de la montaña y sus peligros: desde la ceguera de la nieve, hasta las avalanchas conocidas como la «muerte blanca». Para evitarlas hacía falta prudencia y experiencia, dos cualidades que no abundaban entre las tropas allí destinadas. Se estima que la muerte blanca mató a más soldados en el frente alpino que las balas enemigas. En tan sólo un día, el 13 de diciembre de 1916, conocido como «Viernes Blanco», unos 10 mil soldados fallecieron en avalanchas. En ocasiones, las tropas iniciaban barreras artilleras para desencadenarlas sobre las posiciones enemigas.

Cadorna se empeñó en utilizar las mismas tácticas una y otra vez. Su reacción ante la falta de resultados fue culpar a todos sus ayudantes, a los periodistas, a los suboficiales y a los «vagos» del sur. Instauró un brutal sistema disciplinario en el que recurrió incluso a la práctica del «diezmo» del Imperio romano, castigando de forma aleatoria a uno de cada diez hombres. Como resultado, los hombres comenzaron a odiar a sus oficiales tanto como a los enemigos, lo que se tradujo en una pérdida significativa de efectividad en combate. Los oficiales trataban a sus soldados de forma brutal. Si se negaban a enviar a sus hombres a matanzas sin sentido o criticaban las condiciones o el equipo, podían ser llevados ante una corte marcial o incluso ser ejecutados de forma sumaria. Entre los sádicos sobresalía el general Saporiti, que molesto porque se había derramado un caldero en una trinchera, llevó a siete hombres a una corte marcial «por causar daño al material del ejército». El más brutal era el general Andrea Graziani, que golpeó con tal saña a un soldado por dejar caer su rifle, que el hombre perdió el uso de la mano. Graziani señalaría que no le importó lo más mínimo. Uno de sus hombres fue fusilado por no quitarse la pipa de la boca al saludar.

La atención que recibieron las tropas italianas fue lamentable. Las unidades permanecían sin rotaciones durante meses en medio del barro y los excrementos de las trincheras. Las enfermedades mataron a casi el 30 % de los cerca de 500.000 hombres que fallecieron en la guerra. En el ejército alemán, a pesar de las privaciones ocasionadas por el bloqueo aliado, la tasa de mortalidad debida a las enfermedades se mantuvo por debajo del 10 %. Existía la percepción entre los soldados italianos de que los mandos valoraban menos a sus hombres que a los animales de carga: «Las mulas muertas —escribía un suboficial— cuestan dinero y, por tanto, requieren formularios y comités de investigación. Cuando un hombre muere, es mucho más sencillo: un tachón sobre su nombre en la lista de turnos y un número en el informe matutino».

Durante 1915 hubo cuatro batallas del Isonzo más que finalizaron sin vencedor. Se lanzaron cinco más en 1916, y 1917 se abrió con la décima y undécima batallas, en la última de las cuales los italianos lograron el éxito suficiente como para que los austriacos solicitaran ayuda a Alemania.

LA EPOPEYA SERBIA

Bulgaria fue uno más de los países europeos que esperaba el momento para lanzarse a la guerra en uno de los dos bandos. Finalmente, lo hizo al lado de las Potencias Centrales que le prometían la Macedonia serbia. Los búlgaros se comprometieron a lanzarse contra Serbia siempre y cuando los alemanes atacasen primero, ya que los búlgaros no se fiaban de la capacidad de los austriacos.

Finalmente se firmó un acuerdo militar el 6 de septiembre. Los alemanes consideraban que la rendición de Serbia obligaría a Rusia a buscar la paz y se abriría la ruta entre Berlín y Constantinopla.

Las fuerzas austriacas y alemanas cruzaron el Danubio entre el 7 y el 9 de octubre, momento en el que cayó también Belgrado. Las desbordadas fuerzas serbias tuvieron que tomar una decisión crucial: retroceder hacia Grecia o hacia Albania. La primera ruta estaba bloqueada por los búlgaros y la segunda por las escarpadas montañas. El 25 de noviembre, el ejército serbio se encontraba rodeado en Kosovo. Se decidió la retirada hacia la costa albanesa atravesando las montañas. Estas se elevaban hasta los mil metros y la temperatura descendió hasta los 20 grados negativos en medio de terribles ventiscas. A finales de 1915, hostigados por tribus locales y aviones enemigos, destrozados por el tifus y a merced del implacable terreno y el clima, 140.000 serbios alcanzaron la costa y fueron evacuados posteriormente por barcos aliados a la isla de Corfú.

De 420.000 hombres, 94.000 habían resultado heridos o muertos y otros 170.000 fueron capturados o desaparecidos. No se han podido calcular los miles de civiles que fallecieron, pero los serbios sufrieron las mayores pérdidas en relación con el tamaño de la población de todos los beligerantes. El heroísmo y la resistencia de los serbios en su retirada es una de las páginas más heroicas de la historia de la guerra.

LOS FRENTES PERIFÉRICOS

La Primera Guerra Mundial comenzó con un desacuerdo más bien secundario en los Balcanes. Gran Bretaña, Alemania, Francia y Rusia se unieron a la lucha porque estimaron que ese desacuerdo era crucial para el equilibrio de poder. Otros países se unieron al conflicto por las posibles ganancias territoriales. Una guerra europea se transformó en una mundial porque los beligerantes vieron la oportunidad de expandir sus respectivos imperios. Así, un asesinato en Sarajevo llevó a la lucha en Mesopotamia, China, las Malvinas y las islas Marshall. Los blancos luchaban en condiciones terribles en África, mientras los asiáticos y los africanos se hundían en el barro de Flandes.

Los frentes occidental y oriental ocasionaron la mayor parte de los muertos en la guerra, pero los frentes periféricos aportaron el drama. Con ejércitos improvisados, a menudo pobremente armados, los hombres lucharon con ferocidad y bravura. La tiranía de la tecnología que impuso un bloqueo en Francia era mucho menos relevante lejos del vórtice europeo. En Oriente Próximo y África, los ejércitos todavía avanzaban, la caballería todavía conquistaba. Las cuestiones que empujaban a estos hombres a luchar parecían minúsculas en comparación con la gigantesca lucha en la que estaba en juego la hegemonía europea, pero para los participantes eran igual de relevantes. En cualquier caso, una bala en Togo era tan mortífera como una en Verdún.

A pesar de llegar tarde al reparto colonial, hacia 1914 Alemania había logrado un imperio considerable. Contaba con grandes extensiones de tierra en África, aunque poco productivas, islas estratégicas en el Pacífico y el área comercial en torno a Kiaochow en la costa china. La falta de

poder naval se tradujo en que Alemania tuviese grandes dificultades para defender sus colonias. Por el contrario, Gran Bretaña y Francia podían depender de sus reclutas asiáticos y africanos y de sus recursos coloniales durante todo el conflicto. Otros beligerantes como Japón, Australia y Nueva Zelanda esperaban ganar territorios como recompensa por ayudar a los Aliados y las colonias alemanas se convirtieron en bazas negociadoras.

Poco después de declarar la guerra en agosto de 1914, Japón atacó las posesiones asiáticas de Alemania. Hacia octubre había ocupado la mayor parte de las islas en el Pacífico central y asediaba Kiaochow en China, donde tres mil infantes de Marina alemanes lucharon con tenacidad contra 50.000 japoneses antes de rendirse el 7 de noviembre. Mientras tanto, Alemania no había sido capaz de prevenir que una fuerza neozelandesa tomase Samoa y que un batallón australiano se hiciese con Nueva Guinea, defendida por algunos hombres que no contaban con ningún apoyo artillero a las órdenes de un capitán de la reserva y un agente de policía. Hacia finales de año, Alemania había perdido sus colonias asiáticas.

Estas campañas no habían afectado a los habitantes de las colonias. Sin embargo, los súbditos indios de Gran Bretaña se vieron muy involucrados en el conflicto, a pesar de que no afectó de forma directa a la India. De un millón y medio de tropas voluntarias, 113.743 fueron bajas y 12 obtuvieron la Cruz Victoria. Además, la India proporcionó materias primas vitales como yute para los sacos terreros. Durante la guerra, los alemanes intentaron provocar una rebelión en la India británica para lo cual enviaron a una pequeña expedición bajo el mando del oficial Oskar Niedermayer a Afganistán, donde esperaban poder recabar el apoyo del emir Habibullah y, desde allí, invadir la India. Finalmente, tras meses de vacilaciones, el emir rehusó a apoyar a los alemanes, temeroso de las posibles represalias británicas. Esa aventura, en gran parte olvidada, de Nierdermayer, le llevó a realizar un histórico viaje atravesando en dos ocasiones todo el territorio persa. Al mismo tiempo, los cónsules alemanes en EE.UU. adquirieron armas para enviarlas a los revolucionarios indios. Sin embargo, los musulmanes indios permanecieron leales a los británicos. El sueño alemán de una *yihad* contra el Imperio británico no pudo materializarse. En realidad, la fuerza de la religión, necesaria para una guerra santa, estaba en aquellos momentos en declive y la del nacionalismo no era tan fuerte fuera como dentro de Europa.

Turquía

El denominado «hombre enfermo de Europa» se negaba a morir y contaba todavía con las llaves de inmensas posesiones. Desde que la revolución de los «Jóvenes Turcos» derrocó al sultán Abdul el maldito, en 1908, y se formó un Gobierno presidido por el Comité de la Unión y el Progreso, Turquía había comenzado una necesaria regeneración nacionalista. Los Jóvenes Turcos, dirigidos por Enver Bey, estaban absolutamente decididos a reorganizar el país, mantener unido al imperio y resucitar la dominación islámica de los días gloriosos del Imperio otomano. Era un proceso seguido muy de cerca por las grandes potencias que tenían grandes ambiciones sobre aquella zona.

Alemania, que se había unido tardíamente a las ambiciones imperiales y que contaba con sueños

de unir por ferrocarril Berlín y Bagdad, decidió apoyar a los Jóvenes Turcos. En 1913 envió una misión militar para reorganizar en profundidad al ejército otomano, lo que provocó la ira de Rusia. Una misión alemana integrada por 70 oficiales, soldados y técnicos llegó a Turquía para modernizar su ejército. El general Otto Liman von Sanders estaba al mando de la misión y no tardó en asumir un papel decisivo en el desarrollo de la estrategia, las operaciones y las tácticas otomanas. Las excelentes relaciones entre ambas naciones quedaron reflejadas en un tratado secreto el 2 de agosto de 1914. El tratado garantizaba que ambas partes acudirían en ayuda recíproca si Rusia atacaba a alguno de los dos.

Cuando el destino del Imperio otomano estaba todavía en la balanza, un acontecimiento inesperado vino a impulsar el deseo turco de entrar en guerra del lado de las Potencias Centrales. El Gobierno inglés confiscó dos barcos de guerra turcos que estaban siendo construidos en astilleros ingleses. Se trataba de dos buques de primer nivel con los que Turquía esperaba mejorar de forma sustancial su marina. El Gobierno inglés, necesitado de buques para el bloqueo que planeaba realizar sobre las costas alemanas, requisó los navíos turcos el 28 de julio. Uno de los buques había sido terminado en mayo y ya se había efectuado el primer pago. Los navíos habían costado una verdadera fortuna a Turquía.

Para un imperio arruinado, esa suma era más de lo que podía pagar. La cantidad había sido conseguida por medio de suscripciones populares, en un momento en el que las derrotas sufridas en las guerras balcánicas habían despertado en la población turca la necesidad de proceder a una necesaria y urgente renovación de las fuerzas armadas. Los campesinos de Anatolia habían aportado su granito de arena para adquirir aquellos buques que debían convertirse en el orgullo de la marina otomana. Inglaterra había considerado a todo el Imperio otomano como de menor valía que dos navíos de guerra. Cuando las noticias definitivas de la requisición llegaron a Turquía, el Gobierno turco se vio impulsado a la guerra contra los Aliados.

A pesar de todo, siguieron meses frenéticos de intrigas. Los Aliados utilizaban las amenazas y las negociaciones mientras observaban alarmados el aumento de la influencia militar alemana en Constantinopla. El 1 de octubre Turquía cerraba los Dardanelos a la navegación internacional, medida que cortaba la única conexión por aguas calientes entre Rusia y los Aliados. A finales de octubre, los alemanes decidieron precipitar la decisión turca. El 28 de octubre, dos antiguos buques alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, puestos a disposición de los turcos, ingresaron en el mar Negro y bombardearon las localidades de Odesa, Sebastopol y Feodosia. El 5 de noviembre Turquía estaba en guerra con Gran Bretaña, Francia y Rusia.

Los alemanes depositaron su confianza en la «guerra santa» que había declarado el sultán-califa. Sin embargo, en general, aquel llamamiento no tuvo apenas efecto, pues esa «guerra santa» no tenía sentido si para combatir a un grupo de cristianos había que aliarse con otro grupo de cristianos. Los Jóvenes Turcos tampoco creían mucho en esa *yihad*; sus intereses eran mucho más pragmáticos: la unión de todos los pueblos turcos.

Mientras tanto, en Europa, la guerra de movimientos había sido sustituida por la acción de los picos y las palas. Con un enorme e intrincado laberinto de trincheras que se extendía desde el Canal de la Mancha hasta la frontera con Suiza, el mismo Lord Kitchener tuvo que reconocer: «No sé qué

hacer, esto no es una guerra». Había llegado el momento de diseñar un plan imaginativo que pusiese fin al callejón sin salida en que se había convertido la guerra. El lugar elegido sería una oscura península que poco o nada significaba para los ciudadanos europeos y que cambiaría la historia de varios países para siempre: Gallipoli.

Un rincón de una tierra extranjera: Gallipoli

El 12 de marzo de 1915 el general británico Sir Ian Hamilton tenía una cita con Lord Kitchener, secretario de Estado de Guerra, aunque desconocía de qué trataba aquella reunión. El general Hamilton era un hombre sensible que amaba la poesía, algo infrecuente en su profesión; Kitchener le llamaba el «maldito poeta». Era considerado un hombre bueno, tal vez demasiado para la tarea que le deparaba la historia. Valiente, encantador y querido por sus compañeros, había servido en Afganistán, en la India, en Sudán y en Sudáfrica. Había nacido en la isla de Corfú, por lo que conocía bien el Mediterráneo oriental.

Cuando Hamilton llegó a la oficina de Kitchener, este no pareció inmutarse al recibir a su invitado, y continuó escribiendo unos documentos. En un momento dado, Kitchener levantó la mirada y le dijo abruptamente: «Vamos a enviar una fuerza militar para apoyar la flota que se encuentra en los Dardanelos y usted estará al mando». Así comenzó una de las grandes épicas de la guerra que acabaría en un desastre absoluto para las fuerzas aliadas y que se convertirá en un momento decisivo de naciones hasta entonces ajenas a la guerra: el Imperio otomano, Australia y Nueva Zelanda.

Gallipoli es uno de los más antiguos campos de batalla. Los griegos habían colonizado la península y fundado una ciudad en el lugar donde se encuentra hoy la moderna Gallipoli. La llamaron Heliopolis. Los turcos la llamaban Gelibolu. La península de Gallipoli domina los Dardanelos, el estrecho brazo de mar que separa Europa de Asia. Antes, la antigua ciudad de Troya había guardado la entrada a los Dardanelos, controlando el comercio marítimo y creciendo rica y próspera en el proceso. Quinientos años antes del cristianismo, Jerjes había construido en la zona un puente para llevar a su ejército al otro lado del Helesponto y atravesar la península en una marcha que finalizaría con la famosa batalla de las Termópilas. Un siglo después, Alejandro Magno había cruzado la península en su ruta para conseguir un imperio.

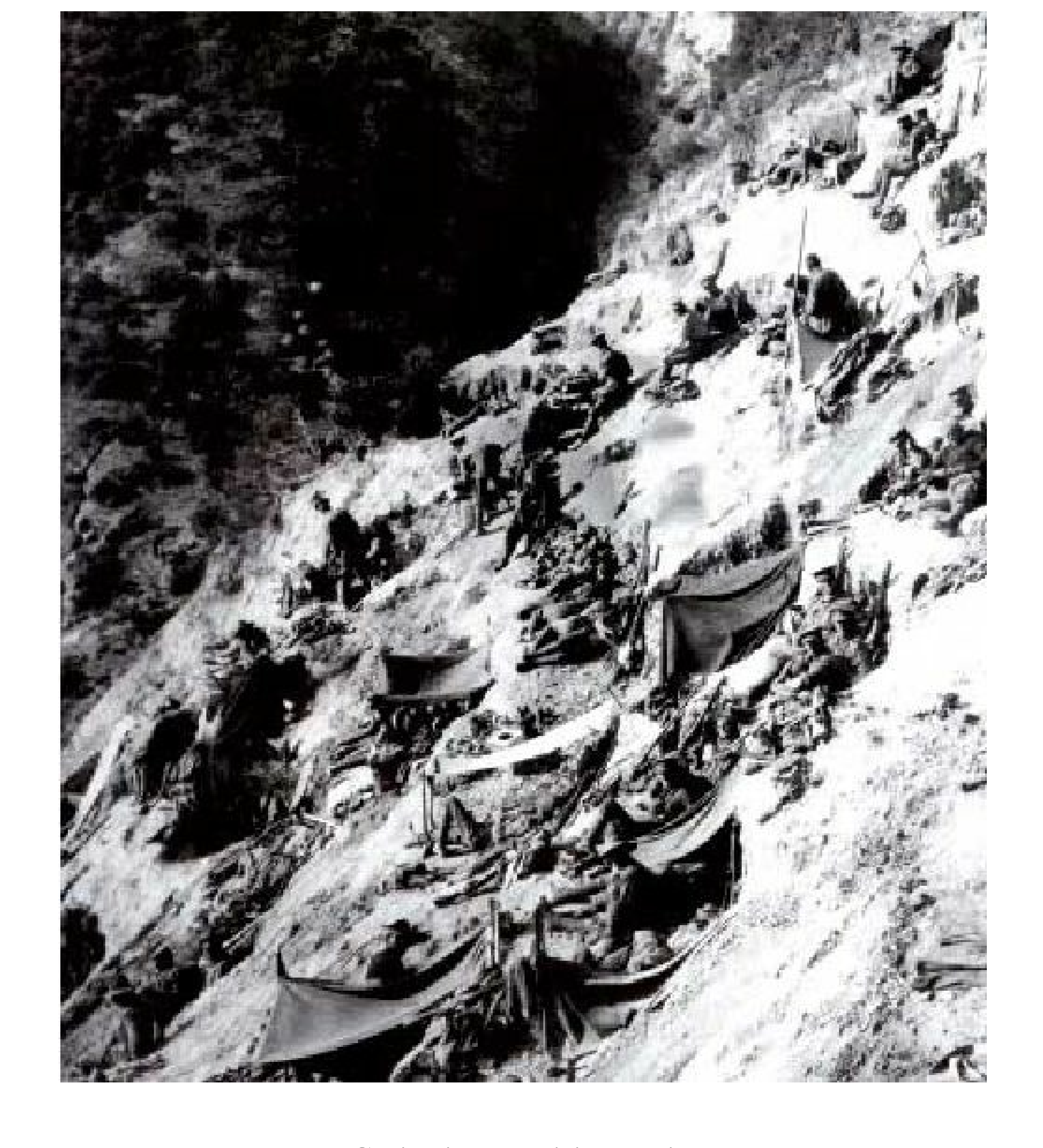
Los beneficios de la operación que Kitchener ordenaba a Hamilton eran evidentes para el Alto Mando aliado: tomar el control de los Dardanelos y abrir una ruta para ayudar a Rusia, lo que obligaría a los alemanes a retirar tropas del frente occidental. Abrir los Dardanelos les daría acceso a los enormes campos de trigo de Ucrania, una ventaja considerable en una guerra de desgaste. Derrotar a una potencia aliada de Alemania aumentaría la moral de los Aliados. Como señaló el político ingles Lloyd George, «el pueblo está ansioso por obtener resultados». Gran Bretaña haría uso de las fuerzas australianas y neozelandesas Anzac (Australian New Zeland Army Corps), que se estaban entrenando en Egipto para su despliegue en algún frente de batalla.

La guerra entre australianos y turcos no comenzó en Asia Menor. Al igual que el enfrentamiento entre ingleses y alemanes, se inició en Australia, cerca de Broken Hill, en Nueva Gales del Sur. En la

nochevieja de 1915 dos militantes turcos abrieron fuego sobre un grupo de australianos de *picnic*, matando a cuatro e hiriendo a siete. La policía llegó al lugar y comenzó una pequeña batalla que acabó con los dos asaltantes heridos, uno de ellos, mortalmente. Tras el incidente, una enfurecida masa, al no encontrar nada lo suficientemente turco, prendió fuego al club alemán local. Al día siguiente, el arzobispo de Sydney predicó el perdón de los enemigos, pero advertía de que el Imperio se hallaba en peligro. Era necesario que Australia acudiese al conflicto. Broken Hill sería vengado en el abrupto terreno de Gallipoli.

«Dejen que mis muchachos se enfrenten con los turcos en terreno abierto», escribió Hamilton, «venceremos una y otra vez porque los voluntarios británicos son superiores a los anatolios, sirios y árabes». Esta actitud, característica de la arrogancia de las grandes potencias sobre los pequeños Estados durante la guerra, los hizo asumir a menudo que podían triunfar sin demasiadas dificultades. De hecho, Turquía y las naciones balcánicas presentaron con frecuencia obstáculos inesperados tanto para los aliados como para las Potencias Centrales.

A pesar de una red de comunicaciones muy pobre y de problemas serios de reclutamiento, Turquía creó serias dificultades para los Aliados cuando decidió entrar en guerra en octubre de 1914. Al bloquear los Dardanelos, Turquía impedía que la ayuda aliada alcanzase Rusia. Al amenazar los intereses comerciales británicos alrededor del golfo Pérsico y el canal de Suez, forzó a Gran Bretaña a mantener guarniciones en Mesopotamia (Irak) y Egipto y, al atacar a Rusia en el Cáucaso, atrajo tropas rusas que podían haberse desplegado en Europa. La improvisada campaña turca en el Cáucaso, con tropas mal pertrechadas para el invierno, acabó con una estrepitosa derrota. En la batalla de Sarikamish sufrieron un 81 % de bajas (tradicional-mente se considera que un 10 % de bajas es sinónimo de desastre).



Gallipoli: las posiciones aliadas.

El Gobierno turco buscó enseguida chivos expiatorios. El fracaso propició el asesinato masivo de armenios a los que acusaban de ser deshonestos y potenciales aliados de sus enemigos. Entre abril de 1915 y diciembre de 1917, se masacró a los armenios de localidades como Trapisonda, y miles fueron conducidos de forma brutal por el desierto donde fallecieron de hambre y sed. Cerca de setecientos mil armenios desaparecieron en el primer caso de «limpieza étnica» del siglo XX. Hasta qué punto los turcos habían planeado exterminar y no trasladar a los armenios, sigue siendo hoy día objeto de un acalorado debate, aunque el resultado fuera el mismo.



Los Aliados decidieron acudir en ayuda de Rusia, en una campaña tan improvisada como la turca del Cáucaso. Para contar con alguna probabilidad de éxito, una operación requiere información fiable y unidades de inteligencia competentes. Nada de eso existió antes del desembarco en las costas de la península de Gallipoli.

Tras largas vacilaciones, el Gabinete de Guerra británico adoptó finalmente el plan de una ofensiva sobre los Dardanelos, impulsado por el primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill. Aunque la marina tan sólo podía prestar navíos antiguos (aparte del *superdreadnought Queen Elizabeth*), Churchill se mostraba confiado en que la marina se bastaría para tomar sola Constantinopla. El 3 de noviembre de 1914 Churchill cometió el primero de los errores que iban a ser la tónica de aquella trágica campaña. Ordenó el bombardeo de los fuertes externos de los Dardanelos en Sedd-el-Bahr y Kum para «tantear el alcance de los cañones enemigos», lo que alertó a los turcos de las intenciones aliadas y destruyó el elemento sorpresa. Tras un bombardeo de las defensas turcas en la costa, 16 acorazados británicos y franceses se adentraron en los Dardanelos el 18 de marzo. Al finalizar la jornada en la que tres navíos habían sido hundidos y otros tres fueron

puestos fuera de combate por minas turcas no detectadas, el comandante de la flota, el almirante de Robeck, abandonó la operación. Durante semanas Churchill defendió que se prosiguiese el plan naval, pero fue culpado del desastre y tuvo que retirarse del Almirantazgo. La Segunda Guerra Mundial le daría una nueva oportunidad de brillar.



Soldados australianos en Gallipoli observan las posiciones turcas.

Se improvisó entonces un plan para desembarcar tropas en la península de Gallipoli, al norte de los estrechos. Lord Kitchener, que despreciaba a los turcos, tan sólo permitió que una división abandonase el frente occidental; los 30.000 australianos y neozelandeses debían ser «suficientes». Hamilton llegó a Alejandría el 24 de marzo y, en una muestra de la improvisación con que estaba siendo organizada la expedición, trabajó en un primer momento desde un improvisado cuartel general situado en un antiguo burdel. Tuvo que hacerlo a la luz de las velas pues no había electricidad. Se había mostrado de acuerdo con un desembarco sin conocer el lugar ni los medios disponibles. Tenía que improvisar un complejísimo desembarco, sobre el que no había precedentes, en unas pocas semanas. En comparación histórica, los preparativos para el desembarco de Normandía el 6 de junio de 1944 comenzaron a principios de 1943.

Hamilton contaba para su Fuerza Expedicionaria del Mediterráneo con cinco divisiones: la 29 (17.649 hombres), el Cuerpo Anzac (30.638), el contingente francés (16.762 hombres) y la División Naval (10.007 hombres). En total, 75.056 hombres. No disponía de reservas ni de buenas barcazas

de desembarco, por lo que tenían que desembarcar desde los buques. También escaseaba la munición. No había morteros ni granadas de mano. A pesar de todo, en Londres se pensaba que los turcos no ofrecerían apenas resistencia.

Sin embargo, Hamilton se mostraba sumamente preocupado. Los estudios de inteligencia hablaban de entre 40.000 y 80.000 soldados turcos en la península. En realidad, eran 60.000 y se creía que podían llegar unos 30.000 más desde Anatolia y posiblemente unos 60.000 desde Constantinopla. Hamilton se enfrentaba así a una fuerza de entre 40.000 a 150.000 hombres. Los problemas de Hamilton eran numerosos. Se suponía que se trataba de una operación conjunta, sin embargo estaba a más de ochocientos kilómetros del comandante naval. Su personal administrativo llegó a Egipto el 1 de abril. Su Estado Mayor no podía dedicar demasiado tiempo a estudiar la estrategia, pues lo prioritario era la logística. Se envió a hombres a Egipto para comprar en los bazares todo aquello que fuese capaz de conservar agua: pieles, latas de cualquier tipo.

Los informes de inteligencia eran incompletos. Faltaba información sobre las reservas turcas de agua en la península, elemento vital para calcular la resistencia de los soldados turcos en esa zona tan árida, muy especialmente durante los meses más calurosos. El Gabinete de Guerra británico le envió un documento oficial que databa de 1905 y un informe de la marina que señalaba que no existía apenas agua en la península.

Una de las primeras bajas sería una de las más famosas de la campaña. Se trataba del poeta Rupert Brooke. Nacido en 1887, sus versos reflejaban una visión romántica de los soldados y una fe idealista en Inglaterra y en sus habitantes. Brooke había llegado a la isla griega de Skyros; la exploró, pues, supuestamente, allí se encuentra enterrado Teseo. Estaba entusiasmado por participar en esa campaña tan próxima al mundo clásico que tanto admiraba: «De repente me doy cuenta de que voy a conseguir mi ambición desde que tenía dos años, ir a una expedición militar contra Constantinopla». Posteriormente, escribió unos versos que se harían inmortales y que anticiparon lo que le sucedería:

> Y si muero piensa sólo esto de mí:
> que existe un rincón de una tierra extranjera
> que para siempre Inglaterra será.

Como Byron, Shelley y Keats, Brooke murió joven en el Mediterráneo. El 21 de abril Brooke se sintió mal y fue transferido a un buque hospital francés. Falleció como consecuencia de una septicemia derivada de la picadura de un insecto en vísperas de aquel ataque en el que tanto ansiaba participar.

Aunque improvisados y apresurados, los preparativos no estuvieron listos hasta el 25 de abril. Para entonces, los turcos estaban preparados. Al igual que los enemigos que los esperaban en la costa, los hombres del Anzac eran duros, resueltos y estaban ansiosos también por entrar en combate. Las tropas se mostraban confiadas. En uno de los buques se escribió con optimismo en grandes letras: «A Constantinopla y los harenes».



Una compañía de tropas otomanas en marcha.

Poco a poco los buques se fueron situando en sus posiciones de partida. Una oscuridad total reinaba sobre la zona. Los acorazados se dirigían a la costa con los buques de transporte pisándoles los talones. La tensión se palpaba entre los hombres, muchos de ellos adolescentes a punto de enfrentarse con la muerte. A las cuatro de la mañana, la costa se perfiló amenazadora entre la bruma matutina. Sin embargo, no parecía haber vida en las oscuras colinas frente a los buques de desembarco. Mientras las primeras barcas de desembarco enfilaban las playas, Hamilton exclamó en voz alta: «¡Dios omnipotente, Guardián de la Vía Láctea, Pastor de las estrellas de oro, ten piedad de nosotros!».

Aquella mañana, tras un bombardeo marítimo, varios grupos desembarcaron trabajosamente en la costa: un ataque de distracción francés en Kum Kale, en la costa asiática; regimientos británicos en la punta de la península (Cabo Helles), y los Anzacs, unos kilómetros más arriba en Gaba Tepe, o «bahía Anzac». Los turcos eran ampliamente superados en número, pero como controlaban la parte superior de las colinas que dominaban las playas, podían aniquilar al enemigo que desembarcaba. Al finalizar el día, habían caído cuatro mil de los 30.000 que habían desembarcado.

Muchas de las tropas inglesas no habían participado en ninguna batalla anteriormente. Por su parte, los australianos y los neozelandeses provenían de naciones sin ninguna experiencia bélica. Los soldados aliados se encontraban lejos de sus casas frente a lo absolutamente desconocido. Desconocían todo de la tierra en la que se encontraban jugándose la vida en un encuentro insólito entre jóvenes de Australia y Nueva Zelanda y turcos de Anatolia. Los Anzac demostraron un enorme valor aquel día lanzándose a la playa al grito de «*Imshi Yallah*», una frase que habían adoptado durante su estancia en Egipto. El comandante del cuarto batallón australiano les dijo a sus hombres, la víspera de la batalla, que debían «comportarse como caballeros y mantener bien en alto el nombre

de Australia» cuando llegaran a Constantinopla. En la playa se otorgaron cinco Cruces Victoria por actos de heroísmo.

En los meses siguientes, las tropas lucharon con determinación y arrojo para ganar poco más que una cabeza de puente. Los contraataques turcos impidieron que progresaran mucho más allá. En agosto, tras la llegada de refuerzos, se efectuó un segundo desembarco en la bahía de Suvla, más al norte. Pero el general Stopford, dubitativo, fracasó en sacar provecho de la sorpresa inicial turca. La situación igualaba la del frente occidental: un empate sangriento.

Las fuerzas turcas aumentaron progresivamente y ambos bandos se encontraron igualados. Los turcos se vieron favorecidos por la habilidad del general alemán Liman von Sanders y por un inspirado comandante turco, Mustapha Kemal, que animó a sus hombres a seguir luchando incluso cuando carecían de munición. Cuando uno de sus soldados se quejó de que no tenía fuerzas para atacar, Kemal le replicó: «No os ordeno que ataquéis, os ordeno que muráis. Para cuando nos hayan matado a todos, ya estarán aquí otras unidades y mandos que ocuparán nuestro lugar». Los británicos, los franceses y los Anzac se portaron también con inmensa bravura, pero el liderazgo de Hamilton desde su buque de mando fue mucho menos dinámico que el de Kemal.

Los hombres tuvieron que sufrir lo indecible en un abrasador verano con escasez de agua, lo que provocó una epidemia de disentería. Las condiciones de vida que se desarrollaron en la península fueron especialmente severas, incluso para los parámetros de la Primera Guerra Mundial. La lejanía del campo de batalla de las bases que habían establecido los Aliados se traducían en enormes dificultades para abastecer a las tropas incluso de las necesidades más elementales. Entre las playas y la principal base en Alejandría, había una distancia de más de mil kilómetros.

Una de las plagas más molestas, aparte de los piojos, eran las moscas. «Una de nuestras maldiciones», recordaba el soldado Harold Boughton:

> *[…] eran las moscas. Había millones y millones. Un sector entero de la trinchera era una enorme masa negra. Cualquier cosa que se te ocurriera abrir, una lata de carne, se llenaba inmediatamente de moscas. Si tenías un poco de suerte de obtener una lata de mermelada y la abrías, se abalanzaban sobre ella. Se arremolinaban alrededor de tu boca y cualquier herida que hubieses sufrido se infectaba irremediablemente. Era una maldición.*

La combinación de una pésima dieta, las moscas, las condiciones de las letrinas y los cuerpos en descomposición de los fallecidos, desataron temibles epidemias de disentería. «Muy a menudo tenías que correr sin llegar a las letrinas; debías bajarte los pantalones en cualquier sitio». En esas condiciones, las tropas no se encontraban en condiciones de luchar. «Te sentías incapaz de realizar ningún esfuerzo. Tan sólo decías: dejadme morir, ya no me importa nada». Se dieron también casos de malaria, especialmente entre los miembros de la 29.ª División que había servido en la India y habían contraído allí la enfermedad.

Lo que convertía a Gallipoli en un campo de batalla único es que no existía ningún lugar a salvo.

Bien se encontrara en la primera línea de frente o bañándose en el mar, siempre existía la posibilidad de que un soldado fuese alcanzado por el fuego enemigo. Una amenaza constante en todos los sectores eran los francotiradores turcos. Incluso cuando se establecieron las trincheras definitivas, los francotiradores eran una amenaza para todo aquel que se distrajese un momento. Dadas las circunstancias que rodearon el desembarco y las primeras ofensivas, los turcos se encontraban situados en la parte alta de la península que ofrecía unas posiciones inmejorables para los francotiradores. «Una mañana», recordaba un soldado británico, «escuché a dos personas conversando en la trinchera detrás de la nuestra. El sargento de la compañía se encontraba muy cerca de mí cuando de repente alzó su mano y cayó. Una bala que se dirigía hacia nosotros le había atravesado la cabeza».

A diferencia de los campos de batalla en Francia, donde un batallón podía servir un tiempo en primera línea y luego replegarse fuera del alcance de la artillería enemiga, en Gallipoli el estrés causado por la posibilidad de ser alcanzado no desaparecía nunca. El soldado Ernest Lye afirmó que la campaña fue «una terrible pesadilla que recordaré mientras viva». Los ataques sin sentido llegaron a tal punto que, en una ocasión, los turcos comenzaron a gritar a los aliados *Dur, Dur* (‘parad, parad’) para que su pusiera fin a las cargas de infantería sin sentido.

El soldado Harry Baker recordaba:

> *Había un terrible hedor en el aire y yo le pregunté a alguien que ya llevaba allí un tiempo: “¿Qué es ese horrible olor?”. Él me dijo: “Son hombres muertos en frente de nuestra trinchera”. Uno se encontraba tres kilómetros más lejos y todavía podía olerlo, ese terrible hedor en el aire. Si has olido alguna vez un ratón muerto, esto era como cientos de veces o miles de veces peor. Era el olor de la muerte, nunca conseguías sacártelo de encima. Todavía me acompaña, todavía puedo recordar exactamente cómo era.*

El general Hamilton dijo en una ocasión que «la mayor herejía de la guerra es creer que las batallas pueden ganarse sin grandes pérdidas». Resulta evidente que el mando aliado fue inferior al turco. El intelectual Hamilton demostró ser más un poeta frustrado que un comandante militar y, junto con sus oficiales, subestimó las cualidades de los soldados turcos. En octubre, Hamilton fue relevado de su mando y su sucesor, Charles Monro, recomendó la evacuación de la península «por motivos militares, dada la gran pérdida diaria de hombres y de oficiales».

El Gabinete de Guerra no decidió la evacuación hasta principios de diciembre, cuando un gélido invierno causó centenares de casos de congelación y de ahogados en riadas. Entre el 30 de diciembre y el 8 de enero, todos los supervivientes fueron evacuados. A diferencia del desembarco, la evacuación fue meticulosamente planificada. Poco a poco fueron abandonando el terreno con dispositivos que hacían que los rifles dispararan automáticamente mientras se embarcaba a los hombres. Atrás quedaban los restos de aquellos que habían fallecido: 28.000 británicos, 10.000 franceses, 7.500 australianos y 2.250 neozelandeses. Es cierto que los turcos habían sufrido la pérdida de 55.000 de sus mejores tropas, pero al menos podían cantar victoria. Para Australia,

Gallipoli marcó el nacimiento de la nación. Se dijo que los soldados fueron como representantes de seis Estados separados y regresaron como miembros de una sola nación. Las ondas de la derrota fueron amplias y estuvieron ligadas a la Revolución rusa debido a la incapacidad de los Aliados de abastecer a Rusia por mar, generando la hambruna y el descontento que llevaría a la caída del zar.

Las caballerosas palabras que pronunció Mustafá Kemal «Ataturk» sobre los fallecidos en la trágica campaña de Gallipoli tienen una validez eterna:

> *Esos héroes que derramaron su sangre y entregaron sus vidas… ahora yacen en la tierra de un país amigo. Por lo tanto, descansan en paz. Para nosotros no importa si se llamaban Johnny o Mehmet, porque yacen uno al lado del otro en este país nuestro. Ustedes, las madres que enviaron a sus hijos a naciones lejanas, limpien sus lágrimas. Sus hijos ahora están en nuestro seno y están en paz. Después de perder sus vidas en esta tierra, se han convertido también en nuestros hijos.*

«Los jardineros de Salónica»

Entre los Aliados existía la creencia de que tenía que existir una puerta trasera para derrotar a las Potencias Centrales. Tras el fracaso de Gallipoli, los Estados balcánicos que dudaban qué bando elegir comenzaron a sopesar las opciones. Como ya se ha dicho, Bulgaria finalmente decidió unirse a las Potencias Centrales por motivos pragmáticos: Alemania parecía estar a punto de vencer. Falkenhayn había impulsado a sus ejércitos a través del Danubio y el río Sava en octubre de 1915 con vistas a derrotar a Serbia. Ante el cariz que adoptaba el conflicto, los serbios solicitaron apoyo urgente a Gran Bretaña y Francia, que a su vez recurrieron a los griegos que se habían comprometido a ayudar a los serbios en caso de ataque.

El primer ministro griego, Eleutherios Venizelos, decidió negociar para sacar ventajas de su participación. Argumentó que dado que los Aliados no se podían permitir la caída de Serbia, debían proporcionar las tropas que Grecia estaba obligada a aportar de acuerdo con sus compromisos. A pesar de la oposición de sus compatriotas, Venizelos autorizó el desembarco de tropas británicas en Salónica, en preparación de una misión para salvar a Serbia. La misión tenía cierto sentido, sin embargo, los británicos tan sólo enviaron una división y los franceses, tres. Por su parte, los griegos no aportaron mucho más. En medio del despliegue, el 5 de octubre, Venizelos se vio obligado a dimitir.

El rey Constantino se negó a que su país participase en la guerra. Se había graduado en la Academia de la Guerra prusiana y estaba casado con la hermana del káiser. Confiaba en poder mantener la neutralidad y el desembarco aliado la vulneraba. Constantino obligó a dimitir a Venizelos y este se dirigió a Salónica, donde formó un Gobierno griego disidente que no tardó en ser reconocido por los Aliados. Las tropas aliadas permanecieron ociosas en aquel remoto lugar. Los griegos, que declararon una «neutralidad benevolente», no fueron buenos anfitriones. Un cuarto de

millón de tropas británicas, francesas, africanas, serbias y griegas pasaron tanto tiempo excavando posiciones defensivas que el primer ministro francés, Géorges Clemenceau, les dio el apodo de «los jardineros de Salónica».

Sin embargo, Salónica fue más que otro frente secundario de la guerra, un lugar adonde enviar a los generales que fracasaban en Francia. Salónica fue el lugar donde resurgió la nación serbia y la idea de la creación del Estado de Yugoslavia. Los franceses insistieron en permanecer en aquel lugar, por lo que el Gobierno británico comenzó a sospechar, de forma fundada, que aquella campaña tenía menos relación con derrotar a las Potencias Centrales que con establecer el predominio francés en la zona tras la guerra.

Temerosos de provocar a Alemania, los griegos hicieron lo posible por convertir la vida en Salónica en un lugar espantoso. Los alemanes nunca atacaron esgrimiendo que Salónica era «un enorme campo de concentración», un frente que inmovilizaba a las tropas aliadas y que ya era castigado con dureza por la malaria. Otro problema acuciante fueron las enfermedades de transmisión sexual. Para aquellos soldados ociosos, beber alcohol y pagar a prostitutas se convirtió en el pasatiempo favorito y las enfermedades venéreas que les transmitieron causaron estragos entre la soldadesca. Los oficiales tuvieron que recurrir a soluciones improvisadas como torneos de fútbol y de boxeo para ocupar y agotar a aquella masa de hombres.

En junio de 1916, los Aliados, hartos de la actitud griega, pasaron de la persuasión a la fuerza. Se estableció un bloqueo de los puertos griegos que sólo se levantaría si Grecia ingresaba en la guerra. Amenazaron con marchar sobre Atenas si Constantino no cesaba en sus actividades pro germanas. En junio se obligó a abdicar al rey que se exilió en Suiza, donde permanecería hasta el final de la guerra. Venizelos regresó a Atenas y ordenó la movilización general. Finalmente, las fuerzas en Salónica, bajo el mando de Franchet D'Esperey (que se había distinguido en la batalla del Marne), se lanzaron al ataque, lo que hizo que Grecia declarase la guerra a las Potencias Centrales el 23 de noviembre. La resistencia búlgara pronto se vino abajo. Se trataba de un país que llevaba combatiendo desde 1912 y que había perdido a 100.000 hombres desde 1915.

La guerra del desierto

«Cuando Alá creo el infierno», reza un antiguo proverbio árabe, «no lo consideró lo suficientemente malo, por ello creó Mesopotamia». Tras la retirada aliada de Gallipoli, los turcos transfirieron tropas a su provincia árabe de Mesopotamia (actual Irak). En 1914, una fuerza anglo-india había sido enviada a la zona para resguardar las instalaciones petrolíferas en el golfo Pérsico y bloquear la amenaza turca sobre el canal de Suez. Antes del conflicto, la marina británica había comenzado a sustituir sus acorazados propulsados con carbón por los de petróleo. La exploración petrolífera estaba en sus inicios en la península arábiga, pero resultaba evidente que lo había en grandes cantidades en Persia (Irán). El petróleo persa había comenzado a ser explotado por la Compañía Anglo-Persa de Petróleo, que había logrado una concesión del débil Gobierno persa. Por vez primera y no por última, el petróleo sería el imán de la región. Existían también motivos de

prestigio como la defensa de la India y el deseo de aplacar el creciente movimiento nacionalista indio.

La fuerza anglo-india desembarcó en la convergencia de los ríos Tigres y Éufrates, encontrando poca resistencia. Este hecho animó a su comandante, Charles Townshend, a proceder hacia el interior por vía fluvial siguiendo el río Tigres y tomar la localidad de Kut-al-Amara y, posteriormente, Bagdad. Ante la falta de abastecimiento y debido a la creciente resistencia turca, la ofensiva se frenó en seco y las tropas tuvieron que retirarse a Kut, donde vivirían una pesadilla.

Durante cinco terribles meses, desde noviembre de 1915 a abril de 1916, las fuerzas turcas dirigidas por el general alemán Kolmar von der Goltz asediaron a los hombres de Townshend. Con el río Tigris a sus espaldas, Townshend tenía a su mando a 11.600 soldados británicos, 3.300 no combatientes y 7.000 ciudadanos locales, con munición y comida para sesenta días (según sus cálculos). Durante el día las tropas sufrían el calor abrasador, pero por la noche la temperatura descendía bruscamente. A pesar de que se le habían prometido refuerzos, estos nunca llegaron. Hacia abril de 1916 los asediados se vieron obligados a comerse los caballos y a tomar pastillas de opio para reducir el hambre. En un intento desesperado por evitar la humillación de una rendición en masa, el Gobierno británico ofreció a los turcos dos millones de libras en oro a cambio de que dejaran salir a la guarnición. Asimismo, prometían que esos hombres no volverían a combatir. Los turcos rechazaron de plano esa oferta.

Al final del mes se rindieron a los turcos, que los trasladaron a campos de prisioneros en Anatolia. Durante esas marchas de la muerte, fallecieron 2.500 indios y 1.250 británicos. En cautividad, los hombres fueron maltratados, golpeados o asesinados. De los 13.000 británicos e indios capturados, cinco mil fallecieron como consecuencia de las malas condiciones de vida. Mientras tanto, Townshend fue tratado correctamente y vivió confortablemente en una villa en una isla en el mar Negro e incluso se le permitió salir de caza. Fue un mal general y se comportó de forma muy poco apropiada. Por su parte, Gotz no pudo saborear el éxito ya que falleció de tifus poco antes de la rendición británica. Setenta y cinco años después, las tropas británicas volverían a luchar en aquellas tierras que pasarían a llamarse Irak, aunque el resultado en esa ocasión sería bien distinto.

La combinación de la derrota, las condiciones climáticas adversas, el agotamiento y la falta de suministros, acabaron con la moral de las tropas aliadas que permanecían en Mesopotamia. Eso era especialmente visible entre las tropas indias, cuya moral se vino abajo. El mando británico mejoró el abastecimiento y, en febrero de 1917, los británicos recapturaban Kut y avanzaban para tomar Bagdad en marzo. Para lograr la superioridad necesaria, habían hecho falta 200.000 soldados del Imperio bien equipados.

Las derrotas aliadas en Gallipoli y Kut han eclipsado una importante victoria, la eficaz defensa del canal de Suez contra la ofensiva turca en febrero de 1915 y julio de 1916. Esto hizo posible que se conservarse la vital vía marítima navegable que unía el Imperio británico así como la posible amenaza de una revolución en Egipto.

Para evitar que los turcos volvieran a tomar Bagdad, los británicos enviaron al general Edmund Allenby a combatirlos en Palestina. Apodado «el toro», era un hombre de mal carácter que no tenía

paciencia alguna con los errores de los subordinados. Sus fracasos en el frente occidental le habían llevado a ese puesto que él consideró una degradación. Sin embargo, el Gobierno británico creía que una victoria en Tierra Santa aumentaría la moral aliada. La fuerza con la que contaba Allenby en junio de 1917 consistía en veteranas formaciones británicas y Anzac con una buena cobertura aérea. Asimismo, contaba con el apoyo guerrillero del movimiento árabe antiturco organizado por el célebre capitán T. E. Lawrence (conocido posteriormente como «Lawrence de Arabia») y Sharif Hussein de la Meca, al que se le habían hecho vagas promesas de independencia para los árabes.

El Alto Comisionado para Egipto, Sir Henry MacMahon, escribió a Hussein en octubre de 1915 prometiendo que los británicos «reconocerían y apoyarían la independencia de los árabes». Aunque la carta era cuidadosamente vaga, la mayoría de los árabes creyeron que se les había prometido la tierra anteriormente ocupada por los turcos, incluyendo Palestina. Al mismo tiempo, en abril de 1916 los británicos habían alcanzado con los franceses el denominado acuerdo Sykes-Picot, cuyas cláusulas contradecían las promesas de MacMahon, pues se repartían las tierras otomanas entre ambos países. Además, el acuerdo con los árabes fue puesto en peligro por la Declaración Balfour, que otorgaba el apoyo británico a que Palestina se convirtiera en un «hogar nacional» para los judíos. De acuerdo con su autor, la declaración era «propaganda muy útil» que impresionaría a los judíos rusos y norteamericanos. Mientras estos acuerdos contradictorios se mantuviesen en secreto, servirían a la causa. La coalición astutamente construida por Gran Bretaña demostró ser suficiente para derrotar a los turcos. Sin embargo, de sus intereses surgieron las traiciones y las amarguras del período de posguerra que continúan en nuestros días.

Antes de lanzar su ataque sobre Jerusalén, Allenby, que había aprendido la lección en Francia, se aseguró de que sus tropas contasen con suficiente agua y unidades médicas de apoyo. A pesar de todo, como describió el soldado H. P. Bonser, la campaña «supuso una pesadilla de marchas interminables, sed y cansancio». Las condiciones fueron aún peores para el ejército turco en Palestina, que se encontraba en inferioridad numérica y de equipamiento. Esas ventajas permitieron a la fuerza de Allenby lanzar una ofensiva hacia el norte y tomar Jerusalén en diciembre. Los turcos realizaron un gran esfuerzo por retomar la ciudad y, aunque fueron rechazados, demostraron que Turquía era todavía un enemigo a tener en cuenta.

No fue Allenby el más recordado por la historia de esa campaña, sino «Lawrence de Arabia», en parte gracias al cine y a su desarrollada capacidad de autopro-moción. Una campaña brillante como la de Palestina fue oscurecida por sus hazañas. Su compromiso con los árabes no finalizó con el armisticio en 1918. Vestido con el atuendo tradicional beduino, acompañó a la delegación árabe en la conferencia de paz donde luchó por su independencia. Cuando se confirmó la Declaración Balfour, Lawrence consideró que habían sido traicionados. A pesar de todo, había escrito: «Me arriesgué al fraude, con la convicción de que la ayuda árabe era necesaria para una rápida victoria en el este y que era mejor vencer y romper nuestra palabra que perder la guerra».

Tras la guerra, su leyenda oscureció la realidad. Desapareció en el anonimato adoptando el nombre de J. M. Ross y posteriormente el de T. E. Shaw hasta que su identidad fue descubierta. Se retiró en 1935 y falleció poco después un accidente de motocicleta. Tenía cuarenta y cinco años. Durante un tiempo se pensó que la noticia de su muerte era otro intento de desaparecer de la vida

pública. Escribió varios libros entre los que destaca *Los siete pilares de la sabiduría*, su relato de la revuelta árabe. La obra estaba dedicada a S. A., probablemente un árabe que había conocido en las excavaciones de la ciudad hitita de Karkemish: «Te amaba y por ello he moldeado a estas masas de hombres con mis manos y he escrito mi voluntad en el cielo, como estrellas».

África. La campaña olvidada

Los Aliados habían decidido desde el inicio del conflicto atacar las posesiones alemanas en África, puesto que contaban con importantes estaciones de radio y bases militares. Gran Bretaña contaba con todas las ventajas estratégicas: rutas marítimas bastante seguras que le permitían desplazar a hombres por todo el continente y las alianzas con Bélgica y Portugal que les aseguraban fronteras comunes, además de las colonias en Sudáfrica, Rodesia y Kenia. En agosto de 1914, las fuerzas alemanas en Togo se vieron obligadas a rendirse ante las tropas de la Fuerza de Fronteras Occidental africana dirigida por oficiales británicos y franceses.

En Camerún, mil alemanes y tres mil soldados africanos resistieron con más determinación, retirándose hacia el interior cuando los británicos capturaron los puertos, la capital y la estación de radio. Tras una ardua campaña, la última guarnición alemana se rindió en marzo de 1916. Para la conquista del África sudoccidental alemana, Gran Bretaña se apoyó en el ejército sudafricano compuesto en gran parte por bóeres contra los que había librado dos guerras a principios de siglo. Fue necesario enfrentarse a una rebelión bóer antes de que se pudiese iniciar la campaña en enero de 1915. Muchos bóeres habían creído que la guerra era el momento de ajustar cuentas con los británicos. La resistencia alemana fue derrotada en julio de ese mismo año. El primer ministro sudafricano, Louis Botha, confiaba en que la guerra pudiera servir para unir a los colonos blancos de Sudáfrica y asegurarse así la subyugación de la población negra de la región.

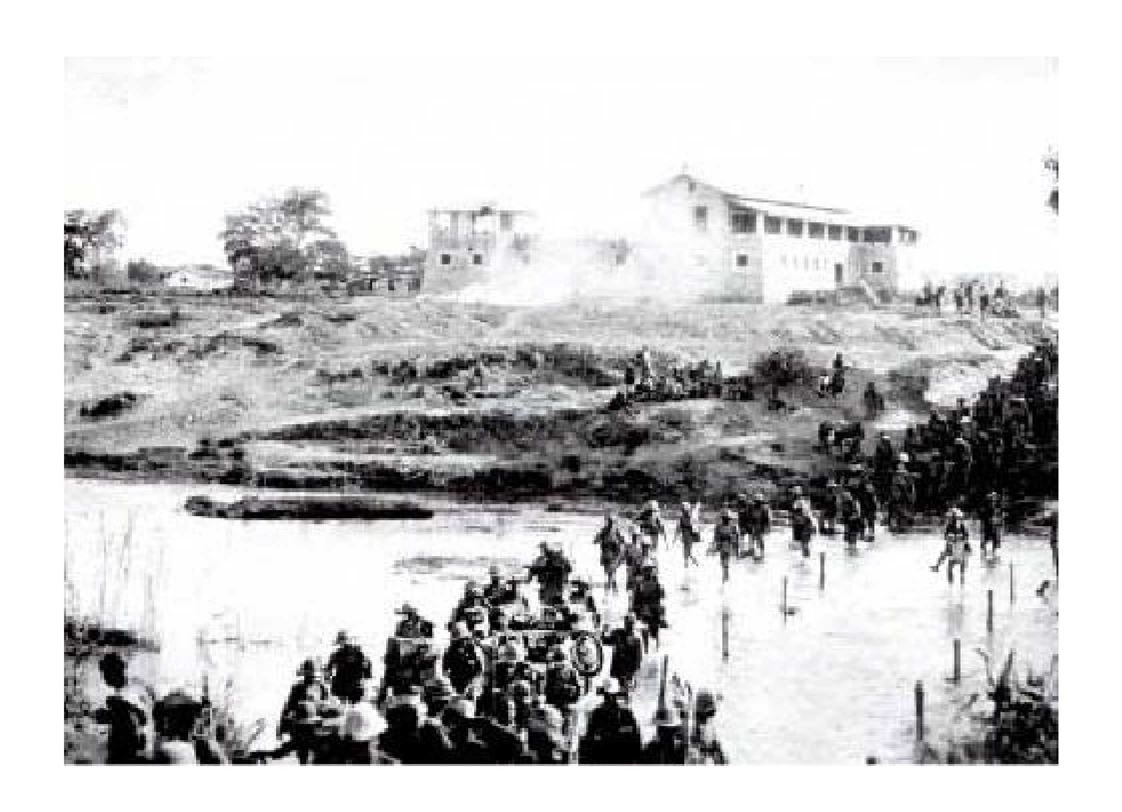
En el África oriental alemana, los acontecimientos se desarrollarían de forma diferente. El conflicto duraría desde el primer ataque británico el 8 de agosto de 1915 hasta el 23 de noviembre de 1918, después de haber sido firmado el armisticio en Europa. Esto se debió, en parte, a que eran las colonias más valiosas para Alemania y a la brillantez del comandante alemán en la zona, el coronel Lettow-Vorbeck. Hombre físicamente rudo y agresivo, fue, junto a Lawrence de Arabia, uno de los escasos líderes individualistas de la guerra, aunque sus operaciones en África superaron en duración y escala a las de Lawrence en el desierto.

Con cerca de 2.500 soldados locales (conocidos como askaris) y 200 oficiales blancos, derrotó a varias expediciones británicas e indias; capturó una gran cantidad de provisiones y municiones, y lideró de forma brillante una guerra de guerrillas, aunque como oficial prusiano no rechazaba el enfrentamiento. Al final, Gran Bretaña había reclutado a 30.000 tropas africanas para esta campaña, que se cobró una enorme cantidad de vidas debido a las enfermedades tropicales. Como esta parte de África estaba infectada de la temible mosca tse-tse, mortal para los animales de carga, y dada la escasez de carreteras, se tuvo que recurrir a un millón de porteadores para transportar armas, munición y alimentos. La guerra en África fue diferente y sorprendente para muchos occidentales. A

un oficial británico recién llegado se le dio el mando de una sección formada por hombres reclutados en 30 tribus diferentes que no se entendían entre sí. El oficial describió aquello como «una operación cómica».

Ningún bando tuvo demasiadas dificultades en reclutar a soldados africanos que recibían tres veces su salario habitual. Muchos se vincularon con las causas de sus señores coloniales. Un soldado senegalés señaló que «la victoria de Francia es nuestra victoria». Al apoyar a los blancos, muchos africanos esperaban lograr más derechos y el reconocimiento. Algunas tribus se alegraban de poder hacer uso de sus habilidades guerreras. Karen Blixen, danesa que vivía en África y que se haría célebre por su obra *Memorias de África*, escribió: «Los masái tenían grandes visiones de batallas y deseos de revivir la gloria de sus antepasados, pero el Gobierno británico no creyó oportuno organizarlos para la guerra, poniendo fin a sus sueños».

Sin embargo, cuando las potencias coloniales introdujeron el reclutamiento universal llamando a los africanos a servir en Europa como combatientes, como hicieron los franceses, o como porteadores, como hicieron todos los europeos, se produjo cierta resistencia y surgió el resentimiento. Después de todo, el mercado de esclavos no era algo demasiado lejano. La guerra asoló varias regiones de África y sembró las semillas de su autodeterminación.



La guerra en África, Tanganika.

El destino de Alemania nunca dependió de la campaña en África del este, sin embargo la campaña proporcionó oportunidades para demostrar un gran valor. Lettow-Vorbeck demostró que todavía existían frentes bélicos en los cuales las cualidades humanas seguían siendo decisivas y donde una buena dirección marcaba la diferencia. Su ejército nunca fue derrotado y las tropas que le perseguían no pudieron ser utilizadas en el frente occidental. Tras la guerra, Lettow-Vorbeck se interesó por la política y ejerció de diputado, pero aborrecía a los nazis y se retiró en 1930. Falleció

olvidado a la edad de noventa y cuatro años.



T. E. Lawrence

LA GUERRA DE LOS SOLDADOS EN EUROPA

Una batalla típica: Neuve Chapelle

La batalla de Neuve Chapelle, librada a principios de la primavera de 1915 por el Primer Ejército de Douglas Haig y el Quinto Ejército de Henry Rawlison, ilustraba la dificultad de ganar territorio en el frente occidental por medio de una ofensiva. De muchas maneras, se trató de una ofensiva innovadora en términos de reconocimiento aéreo de las trincheras alemanas y de la coordinación de la artillería para que se ajustara a la línea de avance proyectada. En la que sería la primera gran ofensiva lanzada desde un sistema de trincheras defensivas, Haig y Rawlison se

mostraron en profundo desacuerdo sobre el bombardeo preliminar. Finalmente se llegó al compromiso de que durase treinta y cinco minutos.

El 10 de marzo, tras un fuerte ataque artillero sobre las trincheras alemanas, las infanterías india y británica atacaron a lo largo de un frente de varios kilómetros. Se había planeado que la caballería siguiera a las tropas una vez que se hubiese logrado la ruptura del frente. Se logró capturar provisionalmente la destruida localidad de Neuve Chapelle en el centro y cuatro líneas alemanas. Sin embargo, en el sector norte, todas las tropas atacantes (casi mil hombres) fueron aniquiladas intentando cruzar la tierra de nadie o cortando las alambradas.

Haig, cómodamente instalado en su cuartel general a 60 kilómetros del frente, insistió en que la batalla debía continuar «a pesar de las pérdidas». Hacia el 13 de marzo, tras un contraataque alemán, se habían capturado mil metros con un coste de 13.000 bajas. Para los británicos, la batalla pasó de ser una «brillante victoria» a un «fiasco sangriento». La ofensiva había demostrado algo que sería habitual en el frente occidental: con unos preparativos cuidadosos se podían lograr ciertos avances, pero era también una advertencia sobre lo rápido que el éxito podía degenerar en fracaso. Otro problema recurrente durante la guerra se puso de manifiesto en Neuve Chapelle: lo complejo que resultaba reforzar una ruptura del frente. Muchos oficiales británicos culparon de esto al suministro de proyectiles. Sir John French expresó en la prensa su frustración hacia los políticos, a quienes culpaba de la escasez y la baja calidad de los proyectiles que había recibido la BEF. El diario *Times* acuñó la expresión «crisis de los proyectiles», la cual generó una gran desconfianza hacia el Gobierno británico.

Un soldado indio herido escribió una carta a su hogar: «Esto no es una guerra. Es el fin del mundo». Un oficial de Haig concluyó que «Inglaterra va a tener que acostumbrarse a mayores pérdidas que las de Neuve Chapelle antes de poder vencer al ejército alemán». Estaba en lo cierto, pues las batallas futuras serían aún más sangrientas y mortales. Pero como señaló el general Allenby cuando le advirtieron de que habría más bajas si atacaba Ypres un año después: «¿Y qué demonios importa eso? ¡Hay muchos más hombres en Inglaterra!».

Oficiales y soldados, mito y realidad

Los soldados de la primera guerra son a menudo representados como víctimas, carne de cañón enviada al frente por oficiales fríos, y abatidos sin piedad por armas mecánicas. La imagen es en gran parte certera, pero las conclusiones se han exagerado. Debido a que la guerra en Europa proporcionó pocos héroes, por el mero hecho de sobrevivir, el soldado corriente fue elevado a la categoría de héroe. Los británicos se inventaron la figura de «Tommy Atkins», el soldado de la clase trabajadora, decente, honesto y estoico. Era posible encontrar paralelismos en otras culturas. El soldado de la Primera Guerra Mundial luchó con gran valentía, pero no faltaron ocasiones en las que mintió, engañó, violó y se amotinó. Antes de la guerra, existía un fuerte prejuicio hacia los soldados y no faltaban motivos ya que, en la historia, los soldados habían sido sinónimo de brutalidad. En 1914 el soldado corriente provenía de una vida sin muchas oportunidades en la que la muerte súbita

era común. Los reclutas, que provenían en gran parte de las clases menos favorecidas, se encontraban en una institución que reforzaba las jerarquías sociales. Conocían su lugar y no eran proclives a protestar.

Cuando estalló la guerra, el servicio militar se hizo de repente muy popular. Los hombres acudían a los cuarteles motivados por el romanticismo y un sentimiento embriagador de que su país los necesitaba; muy pocos desertaron en agosto de 1914. En Gran Bretaña, donde el servicio militar seguía siendo voluntario, se presentaron más reclutas de los que precisaba en aquel momento el país.

De acuerdo con un mito persistente, la experiencia de las trincheras erradicó el antagonismo social al obligar a los oficiales de las clases privilegiadas a compartir el peligro y el malestar de los pobres y, en teoría, esto motivó la camaradería y el respeto mutuo. Sin embargo, resulta absurdo afirmar que las clases medias ignoraban a los trabajadores antes de la guerra. La naturaleza misma del capitalismo hacía que estos grupos interactuasen de forma constante, aunque con patrones definidos. Resulta aventurado concluir que esos patrones se rompieron en el ejército, donde la jerarquía era todavía más acusada.

Las distinciones de clase eran esenciales para el funcionamiento del ejército. La vida militar era tan sólo una forma más de la relación patrón-trabajador, algo particularmente visible durante la guerra en la que la brutal vida de trincheras tenía mucho en común con la deshumanización monótona de las fábricas. La mayoría de soldados no habría reconocido la desilusión que experimentaron aquellos con cierta sensibilidad literaria que se habían embarcado en la guerra con ilusión. Una de las explicaciones para el mantenimiento de la moral británica en el frente occidental fue que los hombres ya estaban acostumbrados a la subordinación y al tedio de la sociedad industrial.

Para muchos oficiales de clase media, los soldados pertenecían a otra estirpe; eran tan sólo medio humanos. Según los oficiales prusianos, la habilidad de dirigir no era algo que se aprendiera, sino que se trataba de una herencia genética. Las clases sociales determinaron que se establecieran cantinas, barracas y hasta burdeles separados. En las trincheras, los oficiales comían separados de sus hombres y recibían mejor comida con libre acceso a bebidas alcohólicas y cigarrillos. Cuando un soldado se venía abajo por el trauma de guerra, el tratamiento era también diferente. El teniente coronel Frank Maxwell escribió: «El sistema nervioso de las clases bajas es inferior al nuestro, los sonidos y las imágenes les afectan mucho más». Los oficiales que presentaban los mismos síntomas eran tratados de forma especial, en cómodos hospitales, mientras que a los soldados se les tachaba a menudo de cobardes.

La mayoría de los oficiales se esforzaba para que se mantuvieran las barreras que los separaban de los hombres, en particular en lo relativo a la apariencia. Muchos se resistían a la utilización de cascos pues, les hacían parecer soldados y proyectaban una imagen poco romántica. Más arriba en el escalafón, los comandantes cultivaban cierto misterio y pompa, pues si los hombres eran medio humanos, ellos se consideraban semidioses. Los símbolos visuales reforzaban la autoridad y cuanto más distantes parecían, más respetados eran. Tanto Haig como Ludendorff explotaron su estatus como héroes populistas en las ocasiones en que los políticos se interpusieron en su camino.

El comandante en jefe de los ejércitos británicos, Douglas Haig, ha sido una de las figuras más controvertidas del conflicto. Para algunos fue el responsable de matanzas sin sentido, un comandante

poco imaginativo. El primer ministro británico, Lloyd George, le despreciaba deplorando su fe ciega en los ataques frontales y su fracaso en explotar las oportunidades. Por su parte, Haig odiaba a los políticos e intentaba mantenerlos alejados de los asuntos militares. Otros historiadores le han defendido, apuntando que fue un hombre firme que supo soportar los rigores y las pérdidas de la guerra de trincheras.

La imagen que ha perdurado de la primera guerra es la de «leones» (los soldados) dirigidos por «burros» (los oficiales). Era preciso culpar a alguien del empate de la guerra de trincheras, y los generales británicos y franceses eran los candidatos más evidentes. Es indudable que frente al horror de las trincheras, hubo comportamientos de los mandos que no ayudaron a su imagen: las dos horas diarias del almuerzo de Foch, las diez horas de sueño de Hindenburg, las prácticas diarias de equitación de Haig entre senderos preparados con arena por si se caía, o el abundante champán y caviar en las comidas de los oficiales rusos.

En la guerra no existió un Napoleón o un Federico el Grande, pero es posible que ninguno de ellos hubiera sido capaz de hacer frente a las exigencias de la guerra en 1914. Los Estados eran ya capaces de movilizar ejércitos enormes y, sin embargo, los generales carecían de la capacidad de controlar y dirigir esas enormes forma-ciones. Tanto el teléfono como la radio, dos novedosos medios de comunicación, eran muy poco fiables y no proporcionaban un control efectivo de las tropas del frente en plena batalla tal como pudo comprobar Moltke al mando de las tropas alemanas durante la batalla del Marne. Los generales tenían que mantenerse alejados de la artillería, coordinando los movimientos de tropas. Además, los Estados más avanzados podían suministrar en cantidades gigantescas armas de un poder destructivo inimaginable anteriormente. Los generales de 1914-1918 no se podían basar en anteriores batallas entre las grandes potencias. Tenían percepciones de las tropas y las batallas que resultaban muy difíciles de cambiar.

Sin embargo, a pesar de la imagen de los generales que dirigían a los soldados desde elegantes castillos en la retaguardia, muchos combatieron y fallecieron con sus hombres: 81 generales alemanes, 55 franceses y 78 británicos perdieron la vida durante el conflicto. En realidad, hubo más generales buenos que malos, sin embargo todos concluían acertadamente que la guerra no se ganaría desde las trincheras; era preciso salir de ellas y atacar, por muchas vidas que se perdieran. Pocos generales podían confiar en conservar sus puestos por mucho tiempo si se empeñaban en apoyar una guerra defensiva. Los ciudadanos esperaban de sus oficiales que hallaran una solución a la paralización de los frentes y liberaran las regiones ocupadas. La guerra de trincheras obligó a los oficiales a enfrentarse a una situación que no les era nada familiar.

Abastecimiento

El soldado británico iba cargado con una pesada mochila y un equipo que variaba de acuerdo con la estación y dependiendo de si se encontraba o no en marcha. En general, tenía que portar un tercio de su peso, unos treinta y cinco kilos. Conforme progresó la guerra, se aumentó su carga con un casco de acero y una máscara de gas. Los británicos, tras la experiencia de la guerra de los bóeres, habían

diseñado un fusil estándar ligero que contenía el mayor número de cartuchos posibles y disparaba a un blanco preciso. El fusil Lee-Enfield tenía un cargador de 10 cartuchos y un cerrojo de acción rápida girado hacia abajo, lo que permitía una gran velocidad de disparo de 15 tiros por minuto.

Al comienzo del conflicto, un soldado francés vestía un capote azul oscuro, con pantalones rojos o un kepi rojo y azul. Ese colorido uniforme tenía grandes desventajas y fue cambiado a finales de 1914 por un uniforme gris azulado.

El rasgo más característico de los soldados alemanes fue su *pickelhaube* o casco con un pincho decorativo. Los coloridos uniformes de desfile habían dejado paso al gris que se integraba bien con el humo, el barro y el follaje otoñal. Durante 1916, el casco fue modificado a un *Stahlhelm* que daba protección extra para la parte posterior del cuello. Portaban el Rifle 98, un diseño Mauser, un arma fiable que serviría a las tropas alemanas durante medio siglo.

El soldado promedio en la guerra mundial era una bestia de carga, un hombre habituado al trabajo duro, a la miseria y a las oportunidades limitadas. Como tal, se había convertido en el soldado de infantería perfecto. Al final, los jóvenes murieron a millares debido a una cruel coincidencia de progreso económico y evolución social.

La guerra fue enorme, no sólo por las tropas involucradas, sino también por la complejidad de abastecer a grandes ejércitos. En un frente de tan sólo 1.800 metros, la 42 brigada de Lancashire utilizaba cinco mil sacos terreros de cemento, 20.000 de piedras y 10.000 de arena para construir una sola trinchera de reserva. El material pesaba 900 toneladas y tenía que ser transportado al frente por un terreno difícil y en el último tramo, sin transporte motorizado. Conforme se fueron sofisticando las defensas, se hizo precisa maquinaria más pesada para lograr el objetivo de romper el frente enemigo. Así, en 1914, una división británica necesitaba 27 vagones para sobrevivir una sola semana. Hacia 1916, esa misma división requería 20 vagones de alimentos y forraje y 27 vagones de material de combate. Una vez que los suministros eran descargados, era preciso además llevarlos al frente cargados por soldados.



El joven teniente y futuro mariscal, Erwin Rommel.

En la batalla de Verdún, una sola división de infantería alemana de 16.000 hombres y 7.000 caballos contaba con 17 piezas de artillería. Esos cañones requerían 36 trenes de munición. Cada tren transportaba 2.000 obuses pesados y 26.880 piezas de artillería ligera. La necesidad de vastas cantidades de armamento supuso que los planes estratégicos estuvieran condicionados por el transporte. La disponibilidad de trenes que tanto condicionó el inicio de la guerra también moldeó el carácter de la misma.

Con perspectiva histórica es fácil preguntarse por qué a los comandantes de la guerra no se les ocurrieron más ataques sorprendentes para romper el empate. Esa flexibilidad no sólo era imposible debido al problema de transportar grandes cantidades de municiones de un lado a otro, sino que el desplazamiento destruía de forma automática el elemento sorpresa. Montar un ataque masivo suponía construir carreteras, líneas férreas, campos, hospitales y depósitos de municiones. Era preciso encontrar fuentes de agua y purificarla. Había que acumular grandes cantidades de víveres y construir cocinas de campaña. Había que reunir millones de piezas de artillería de varios tipos cerca del

campo de batalla y transportarlos posteriormente a las diferentes baterías. Una vez que finalizaba el proceso, se eliminaba cualquier posibilidad de sorprender al enemigo, pero la sorpresa sin esos preparativos resultaba imposible.



El grano rumano es requisado por las victoriosas tropas alemanas.

La guerra de trincheras

En 1890, el banquero Ivan Bloch había escrito de forma profética: «Todo el mundo se tendrá que atrincherar en la próxima guerra. Será una guerra de trincheras y la pala será tan indispensable para el soldado como su rifle. Las batallas durarán días y, al final, es muy dudoso que se pueda alcanzar una victoria decisiva». Para comprender el frente occidental, lo mejor es imaginarse una enorme operación de asedio, con los alemanes en el papel de defensores de la fortaleza y los Aliados en el de asediadores.

La Primera Guerra Mundial evoca trincheras embarradas, un empate sangriento y una estrategia de desgaste. Las trincheras del frente occidental se tragaron los mitos de la guerra gloriosa que había inspirado a los jóvenes soldados en 1914 y ambos bandos desarrollaron una enorme capacidad para no llegar a nada. Para un soldado, cavar una trinchera es un procedimiento estándar de defensa, pero permanecer en una trinchera durante años fue una característica del conflicto que requirió considerable adaptación, tanto física como mental.

Al principio, las trincheras eran tan sólo enfangados cortes en el terreno. El sistema de trincheras fue haciéndose más sofisticado conforme progresaba la guerra. Al final era auténticos laberintos que requerían de guías para que las unidades no se perdieran. Se construyeron trincheras comunicantes en la retaguardia y se dispusieron miles de kilómetros de alambradas para proteger todo el sistema. En

general, las trincheras eran construidas en zigzag para evitar que un impacto directo sembrase metralla en toda su longitud y para crear zonas de fuego entrelazadas mediante las cuales se pudiera cubrir cualquier punto dado del terreno. Se erigieron además baluartes para otorgar protección extra. También contaban con barracas para dormir, aunque en general estas estaban reservadas para los oficiales, y los soldados debían conformarse con cualquier esquina.

Teniendo en cuenta todo el sistema de apoyo, comunicaciones y trincheras en primera línea, los franceses ocupaban 10.000 kilómetros de trincheras en el momento álgido de la guerra, los alemanes, 19.000. Para mantener el sistema en buenas condiciones, cada semana se transportaban 7.112 toneladas de alambre de púas desde Alemania. El empate generó las trincheras y las trincheras reforzaron el empate. Conforme mejoró la construcción, se convirtieron en casi inexpugnables. Debido a que los alemanes ocupaban territorio enemigo, no estaban obligados a avanzar para lograr la supremacía y enseguida supieron que una inversión en material podía superar la escasez de hombres. Cuando las tropas británicas avanzaron en el Somme, se encontraron con fortificaciones de 9 metros de profundidad con un espectacular uso del hormigón. Los suelos estaban a menudo enmaderados y descubrieron lujos inesperados para unas trincheras: luz eléctrica, cocinas, muebles y hasta paredes empapeladas.

Dado que los aliados estaban decididos a echar a los alemanes de Francia, no tenían ningún interés en construir trincheras demasiado «confortables». Los Aliados eran también mucho más reticentes a ceder terreno para lograr líneas más fácilmente defendibles. En 1917, por ejemplo, los alemanes retrocedieron estratégicamente a la denominada «Línea Hindenburg», cuidadosamente planificada para acortar el frente y liberar a 10 divisiones para utilizarlas en otros sectores. En claro contraste, los aliados defendían cada metro de terreno; rendir un pedazo de Francia era un golpe a la moral, actitud que supuso un enorme sacrificio de vidas para defender en ocasiones áreas sin ningún valor estratégico.

Un soldado británico describió las tensas horas antes de un ataque desde una trinchera:

Las horas se deslizan lentas, pero inexorables. Nadie puede tragar nada porque tenemos un nudo en la garganta. Siempre la idea angustiosa de si dentro de unas horas estaré aún en este mundo o no seré ya más que un cadáver horrible despedazado por los obuses. Sin embargo, se aproxima la hora H. No quedan más que treinta minutos, veinte, diez, las agujas del reloj avanzan constantemente sin que nada pueda pararlas; no separo de ellas los ojos y cuento… Con el bolsillo abarrotado de cartuchos y el fusil de un muerto en la mano, me levanto lentamente sobre las rodillas. Las 17.58…, las 18, abro la boca para gritar: «¡Adelante!», cuando me ciega un fogonazo rojo que me tira al suelo. Tengo atravesada la rodilla derecha, una herida en el vientre y otra en la mejilla. A mi lado, otros caen, heridos, muertos…

Los hombres compartían las trincheras con las ratas, los piojos y los restos de los camaradas muertos; los vivos estaban enterrados en las trincheras y los muertos yacían en la superficie. Un soldado francés señaló: «El pan que comíamos y el agua estancada que bebíamos, todo tenía un olor a podrido». Las ratas, símbolo de la miseria del frente, eran especialmente odiadas. Le seguían los piojos que convertían la vida en un infierno, pues se sabía que provocaban el tifus y en 1918 se descubrió que también provocaban la fiebre de las trincheras. Permanecer en el barro frío y húmedo

favorecía el llamado pie de trinchera y la congelación. Sin embargo, como afirmó un soldado alemán, la vida en las trincheras era «más agradable que una larga marcha; uno se acostumbra a esa existencia, siempre y cuando los cuerpos de los hombres y de los caballos no huelan demasiado mal». En realidad, la guerra de trincheras causó menos bajas que la guerra de movimientos. Así, las ofensivas sobre Verdún de 1916 fueron muy costosas y los franceses perdieron más hombres en la guerra en campo abierto de 1914 y 1918.

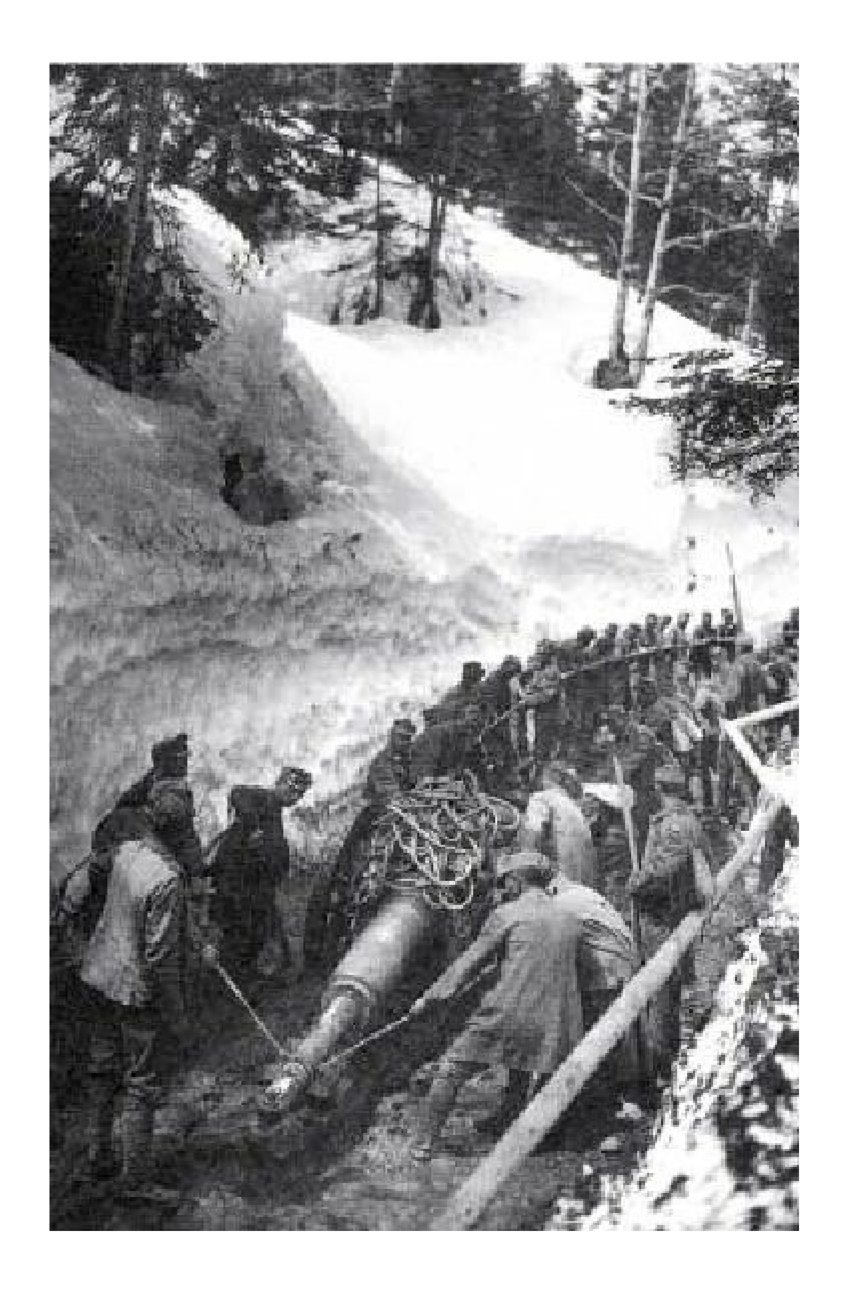
Normalmente, los batallones de infantería que defendían las trincheras rotaban entre el frente y la retaguardia en períodos de dos semanas. Pasaban cinco días en la línea de frente, cinco en las trincheras de apoyo y cinco en las de reserva, pero incluso cuando se encontraban alejados de la primera línea, se ordenaba a los soldados que se dirigiesen a ella para transportar suministros y para trabajar excavando, en especial durante la noche. La comida caliente llegaba en contenedores, aunque en momentos de calma se cocinaba en primera línea. Las comunicaciones entre el frente y la retaguardia se realizaban por cable telefónico, que a mediados del conflicto se encontraba enterrado para protegerlo de la artillería.



La artillería fue una de las armas decisivas de la guerra.

Los soldados sentían a menudo una especie de vínculo de mártires con el enemigo y las miserias compartidas inspiraban un sentimiento común de humanidad. La Nochebuena de 1914, en varios sectores de Francia del norte y Bélgica, las voces de hombres que no se veían comenzaron a cantar villancicos en diferentes idiomas. Desde un bando se podían escuchar los ritmos suaves del *Stille Nacht* ('Noche de Paz'), desde el otro llegaban los acordes de *O come all ye faithful* o *Minuit crétiens*. La mañana de Navidad, alemanes y británicos y, en menor medida, belgas y franceses, treparon con precaución las paredes de las trincheras desde las que habían partido los villancicos y se estrecharon las manos en la llamada «tierra de nadie».

Conforme avanzaba el día, grupos de hombres jugaban al fútbol, tomaban fotografías e intentaban superar la barrera del lenguaje mientras organizaban entierros para los camaradas muertos. Un soldado británico señaló que nunca olvidaría la imagen de los soldados enemigos estrechando la mano de los soldados indios. Una posible explicación para este extraño suceso es que el papa había propuesto a principios de año una tregua de Navidad y muchos de los soldados alemanes que la siguieron procedían de Baviera, la región más católica de Alemania. Poco después, los soldados regresaron a sus trincheras y la matanza continuó. Los comandantes impartieron órdenes de que aquel acto de confraternización no debía volver a producirse.



Tropas austrohúngaras empujan un obús de 243 mm hacia una cima en los Alpes.

Algunos soldados encontraron la guerra excitante, describiéndola posteriormente como la mayor aventura de sus vidas. En muchos frentes se impuso también una actitud de «vive y deja vivir», una mentalidad que hacía la vida más fácil. En algunas áreas, por ejemplo, se declaraban treguas oficiosas durante el desayuno o tras fuertes lluvias. En algunos lugares se produjo un acuerdo oficioso que permitía a los soldados hacer sus necesidades en la tierra de nadie sin ser disparados.

Ningún bando deseaba la alternativa: trincheras repletas de heces y orina. No todo era combatir, como demuestra el hecho de que, de promedio, los soldados británicos pasaban cien días al año en el frente. Como describió un joven oficial, en las trincheras era posible ver «tanto el barro, como las estrellas».

La tecnología moldeó la guerra y la guerra moldeó la tecnología. El inaudito empate inspiró el desarrollo de nuevas armas aumentado el alcance de los cañones. Conforme mejoró la puntería de la artillería, se pudieron sincronizar las barreras artilleras con los avances de la infantería a través de la denominada «tierra de nadie», término que hundía sus raíces en la Edad Media británica y se aplicaba para el terreno disputado entre dos jurisdicciones. Los rifles eran indispensables antes de la guerra, pero en pocos conflictos modernos tuvieron tan poca relevancia. Era muy difícil ver al enemigo y, cuando aparecía, solía estar ya demasiado cerca para que se le pudiese disparar de forma efectiva. Las granadas demostraron ser mucho más efectivas. Los alemanes llevaron la delantera en su diseño y producción, pero fueron los británicos los que consiguieron fabricarlas de forma masiva. La ametralladora fue el arma más efectiva en defensa y más tarde demostraría su valía para el ataque. Las ametralladoras contribuyeron al empate, no sólo por poder eliminar a tantas tropas atacantes, sino porque su propia naturaleza y diseño las hacían poco apropiadas para el ataque. Debido a su gran consumo de munición, generó sus propios problemas de abastecimiento.

El lanzallamas fue utilizado en primer lugar por los alemanes. Al principio, los *Flammenwerfers* eran primitivos, usaban gasolina y eran poco fiables. Las botellas estallaban con frecuencia y causaban que el portador ardiese con su propia arma. Los lanzallamas eran tan odiados que cualquier soldado enemigo que fuese atrapado con uno de ellos era susceptible de ser fusilado en el acto. La mayoría de unidades de lanzallamas estaban formadas, irónicamente, por hombres que habían sido bomberos en la vida civil. A las unidades alemanas de lanzallamas se les dio una insignia con una calavera, el futuro símbolo de las temidas unidades de SS durante el Tercer Reich.

El arma más impactante fue el gas. Biólogos, físicos y químicos de las mejores universidades europeas se lanzaron con ilusión a la búsqueda de armas químicas que rompieran el empate. Los alemanes tomaron la delantera utilizando gas a principios de 1915, aunque el éxito fue relativo ya que se dependía de la dirección del viento. Los Aliados denunciaron el gas como una violación de las leyes de guerra, pero pronto introdujeron sus propios programas de producción. El principio fundamental del gas era que, al ser este más pesado que el aire, se asentaría en las zonas más bajas del terreno forzando a los enemigos a abandonar las trincheras. Una vez que lo hicieran, serían aniquilados por la artillería. Con el tiempo, el gas fue lanzado en proyectiles y se desarrollaron tipos más dañinos como el gas fosgeno y el gas mostaza. Los efectos de este último eran terribles, pues las víctimas fallecían tras una terrible agonía.



Tropas alemanas intentan olvidar el frente de batalla.

Cuando se perfeccionaron las máscaras de gas, anularon el poder de esta arma. Los alemanes serían los que más recurrirían al gas (68.000 toneladas) seguidos de franceses (36.000) y británicos (25.000). Aunque cientos de miles se verían afectados por el uso del gas, los fallecidos supondrían tan sólo el 3 % de las víctimas totales. El horror causado por los ataques con gas llevó a una efectiva prohibición tras la guerra que ha sido en general respetada desde 1925[8].

La Primera Guerra Mundial fue, sin duda, una guerra de máquinas, líneas de ensamblaje, contables, ingenieros, científicos y administradores. Como átomos en un proceso químico, el soldado era relevante pero no individualmente significativo. La muerte se medía en cientos o miles, no en la destrucción de almas individuales. En esa guerra sin rostro, existieron numerosos actos de valor pero pocos héroes reconocibles. «La caballerosidad ha desaparecido para siempre», escribió Ernst Junger, «como todos los sentimientos personales, ha cedido su lugar al dominio de la máquina».

Las bajas

El soldado se enfrentaba a una gran cantidad de riesgos. Podía ser alcanzado por un francotirador, despedazado por una ametralladora, ahogarse en el gas, ser disparado por aviones o mutilado por morteros o granadas. Las balas y proyectiles perdidos de los compañeros mataron a muchos soldados. La artillería fue la forma más letal y desmoralizadora de la guerra. Muy pocos hombres murieron por una simple bala alojada en el corazón, la mayoría voló por los aires o fue aplastada por la onda expansiva del estallido. Los afortunados se vaporizaron dejando de existir en una fracción de segundo, mientras que los menos afortunados agonizaban con piernas o brazos arrancados.

La supervivencia de los artilleros era mayor que la de las tropas, por lo que muchos de sus miembros lograron ascender a posiciones de mando durante la Segunda Guerra Mundial. Basta con mencionar tres: el jefe de Estado Mayor Imperial británico, el mariscal Alan Brooke, y en el bando alemán, el jefe del Alto Mando de la Wehrmacht, el mariscal Wilhelm Keitel y el jefe del Estado Mayor del Ejército, el general Franz Halder, que como consecuencia de su pasado artillero, sería

acusado repetidamente por Hitler durante la segunda guerra de no saber nada de la experiencia de los soldados de primera línea (como él).

Con la mejora de la artillería, los bombardeos pasaron a ser más pesados y duraderos. Tras un bombardeo no era inusual encontrarse pedazos de cuerpos que colgaban de los árboles o soldados que morían como consecuencia de ser alcanzados por un miembro arrancado de un compañero. Los que no morían o eran heridos tenían que soportar el inmenso trauma del bombardeo.

Una enfermera rusa, Lidia Zakharova, describió su experiencia cuando siguió a un grupo de soldados rusos que habían tomado una trinchera alemana. Lo que vio le recordó una de las fuerzas más poderosas de la naturaleza:

Fue un espectáculo dantesco. Una ciudad de los muertos, con sus habitantes paralizados en las posiciones más extrañas como si un brutal huracán hubiese barrido la zona. Algunos yacían sobre sus espaldas, otros se encontraban boca abajo. Estaban todos entrelazados y resultaba imposible saber de quién eran las piernas o los brazos. Muchos estaban sentados en posiciones que les hacían parecer vivos, apoyados en el parapeto o sobre la pared trasera de la trinchera. Lo más terrible era ver a aquellos que no habían caído, sino que permanecían erguidos agarrando sus fusiles, con los ojos abiertos y con la mirada tranquila de la muerte, como si estuvieran escuchando a los cuervos que revoloteaban por encima. Existe un límite a lo que un ser humano puede presenciar, más allá del cual no se pueden percibir más horrores, una esponja saturada no puede absorber más agua.

Muchas enfermeras tuvieron que recurrir al alcohol y a drogas como la morfina para resistir la experiencia del conflicto.

El clima era el enemigo común de todos los soldados. En el frente occidental, los bombardeos incesantes y las lluvias torrenciales convertían los campos en fétidos pantanos. En el este, el frío era cruel. Los soldados eran enterrados o se hundían en la nieve. Las tropas se morían de hambre porque era imposible llevarles alimentos. «La humanidad ha enloquecido» escribió un teniente francés, «¡Qué masacre! ¡Qué escenas de horror! No puedo encontrar las palabras para traducir mis impresiones. El infierno no puede ser tan terrible».

La guerra fue espantosa, pero no era un horror constante. En el frente occidental, las grandes ofensivas se llevaron a cabo en sectores relativamente pequeños del frente. En el este, los soldados pasaban la mayor parte del tiempo maniobrando para la batalla o buscando al enemigo. Las batallas fueron relativamente cortas. En Salónica, 200.000 soldados se pasaron la gran parte del conflicto esperando que sus comandantes decidieran qué hacer. En muchos frentes, el aburrimiento era tan enorme que algunos hombres esperaban un ataque para romper la monotonía.

La guerra inspiró una pequeña revolución médica. Se iniciaron transfusiones de sangre al comprenderse el papel de los tipos sanguíneos. Se potenció el uso de rayos X y las técnicas de cirugía del cerebro. Los cirujanos plásticos tuvieron que reconstruir muchos rostros y los psiquiatras se ocuparon de la hasta entonces no reconocida «neurosis de guerra». Aunque muchos seguían insistiendo en que los que la padecían eran cobardes, finalmente se reconoció que no todas las heridas de guerra eran físicas. El psiquiatra británico W. H. Rivers demostró que los soldados traumatizados mostraban síntomas de enfermedad mental porque reprimían sus experiencias negativas. Se comprobó que discutir sobre esas experiencias, ayudaba a su recuperación. Aunque

normalmente se atribuye su desarrollo al período de la Segunda Guerra Mundial, la cirugía plástica fue establecida por el cirujano Harold Gillies durante la primera guerra. Asimismo, se desarrolló de forma significativa la producción de prótesis.

Aunque resulte paradójico, para muchos hombres la vida en el ejército supuso recibir una dieta más equilibrada, mejor alojamiento y ropa (en particular botas) y un mayor acceso a tratamientos médicos que en la vida civil. No es coincidencia que muchos reclutas ganaran peso tras enrolarse. Los niveles de salud mejoraron como consecuencia de la mala salud con la que se incorporaban y de un mayor control público sobre la misma. El soldado se habían convertido en algo valioso y su salud era vital para la supervivencia de la nación.



En guerras anteriores se habían producido cinco muertos por enfermedad por cada uno en el campo de batalla. Sin embargo, entre 1914 y 1918, si se excluyen los efectos de la epidemia de influenza, el promedio era una muerte por enfermedad por cada 15 en el campo de batalla. Al mismo tiempo, fue el primer conflicto en el que los heridos tenían mayores probabilidades de vivir que de fallecer a causa de sus heridas. Así, mientras el 44 % de los heridos en la Guerra de Secesión norteamericana fallecieron posteriormente, en la primera guerra tan sólo murieron el 8 % de los heridos.

A pesar de los enormes esfuerzos, muchos hombres fallecían de heridas tratables. La dificultad de llegar hasta los heridos y de tratarlos en el campo de batalla o en hospitales cercanos se tradujo

en que incluso heridas menores resultaran letales. Esto hizo que miles de hombres sufrieran una muerte lenta y dolorosa. Los soldados de todos los países beligerantes coincidían en que una de las peores experiencias era escuchar los gritos de sus camaradas mientras agonizaban en la tierra de nadie. Este fenómeno era descrito de forma sarcástica en una de las canciones más populares de la guerra:

> Si quieres encontrar al viejo batallón,
> yo sé dónde está, yo sé dónde está…
> En el viejo alambre de espino, colgando está…

5

1916
Los desastres bien planificados

La guerra es el reino de la incertidumbre.

Carl von Clausewitz

Los días 6 a 8 de diciembre de 1915, Joffre convocó una reunión crucial en su cuartel general de Chantilly a la que asistieron los máximos responsables de los Ejércitos y de los Gobiernos de Francia, Rusia, Italia, Gran Bretaña y Serbia. El objetivo de la conferencia era que a mediados de ese año los Aliados estuvieran en condiciones de lanzar ofensivas simultáneas contra los diversos frentes de las Potencias Centrales. Eso impediría que los enemigos trasladaran fuerzas de un frente al otro merced a su eficaz sistema ferroviario. Aquel año, pensaba Joffre, se darían una serie de circunstancias muy favorables para poder desplegar esa estrategia: el ejército francés había recibido por fin suficientes piezas de artillería pesada y el ejército británico era ya capaz de participar en una ofensiva a gran escala. Por otra parte, el abandono de la campaña de Gallipoli podría proporcionar más hombres para las ofensivas previstas.



Verdún, posiciones francesas.

La conferencia marcó el comienzo de la coordinación militar en la guerra por parte de los Aliados, sin embargo no logró crear una estructura de mando unificado. Rusia aceptaba lanzar una gran ofensiva siempre y cuando los demás aliados presionaran también a Alemania. Por otro lado, la ofensiva alemana sobre Verdún iba a poner la conferencia en entredicho. La desesperada situación que atravesaría Francia haría imposible poner en práctica lo acordado en Chantilly. A partir de ese momento, las ofensivas tendrían que intentar alejar los recursos alemanes de la fatídica ofensiva sobre Verdún. No sería sencillo y los intentos se cobrarían una enorme cantidad de vidas humanas.



Ferdinand Foch y el general John J. Pershing.

«NO PASARÁN». VERDÚN

Mientras los Aliados se reunían en Chantilly, el general Falkenhayn pasó las Navidades de 1915 trabajando intensamente en un estudio para el káiser sobre los problemas estratégicos a los que se enfrentaba Alemania en 1916. En su informe llegaba a la conclusión de que Rusia podía ceder grandes extensiones de territorio sin necesidad de rendirse, Gran Bretaña era el gran adversario, pero resultaba casi imposible acabar con ella debido a su enorme poderío naval. ¿Qué se podía hacer? Mientras tuviese tropas suficientes, Alemania debía lanzar una ofensiva que desangrase a Francia y la obligase a capitular, hundiendo así la alianza. Para que se cumplieran esas condiciones, el objetivo tenía que ser vital para la integridad del frente, o emocionalmente sagrado para los franceses. Falkenhayn dudó entre dos objetivos que cumplían esos requisitos: Belfort y Verdún, inclinándose finalmente por este último porque se encontraba a 20 kilómetros de la principal vía de ferrocarril alemana hacia el frente. Verdún, cuyo nombre en gaélico significa 'poderosa fortaleza' , se encuentra sobre el río Mosa, estratégicamente situada en el camino entre las localidades de Reims y Metz. Ciudad fortaleza y destacada base militar rodeada por una serie de impresionante bastiones fortificados, era el eje del sistema defensivo francés y la única fortaleza que había resistido durante la guerra franco-prusiana.

Falkenhayn sabía que la captura de la ciudad sería un golpe devastador para la moral francesa y que la defenderían sin tomar en consideración el coste. Estimaba que la caída de la ciudad desencadenaría una crisis política y la dimisión del Gobierno francés. Su objetivo inmediato era asediar la ciudad durante el máximo tiempo posible y acabar con la mayor cantidad posible de soldados franceses, «desangrar a Francia». Sus instrucciones eran cuidadosamente vagas, «una ofensiva en dirección a Verdún». Sin embargo, del estudio del plan de Falkenhayn es posible deducir que este contara al final con una ruptura del frente y comenzara a hablar de desgaste cuando vio que la ruptura resultaba inviable.

El nombre en código elegido por Falkenhayn para la ofensiva era *Gericht*, 'juicio'. Para ganarse el apoyo al plan del káiser, propuso astutamente que el ataque principal se pusiera bajo las órdenes del hijo de este, el príncipe heredero Guillermo. Como Falkenhayn no deseaba contarle a Guillermo su siniestro plan de guerra de desgaste, se le indujo a creer que su tarea consistiría en conquistar el objetivo principal: Verdún. El príncipe heredero se hizo una idea totalmente errónea de lo que Falkenhayn estaba tramando.

Verdún se encontraba en el punto en el que la línea de frente cruzaba el río Mosa y las autoridades francesas defendían que una ciudad rodeada de tantas fortalezas era inexpugnable. La realidad era diferente. Los alemanes desconocían que el Estado Mayor francés había llegado a despreciar las defensas fijas y las fortalezas, ya que, tras la experiencia de Lieja en 1914, asumieron que no podían aguantar los cañones pesados alemanes. Muchas de las fortalezas que rodeaban Verdún se encontraban descuidadas, los sistemas de trincheras eran inadecuados y la artillería pesada había sido desplazada a otros lugares. Algunos oficiales franceses sospechaban de la inminente ofensiva, pero el Alto Mando francés tachó esos informes de alarmistas y siguió debilitando el frente en Verdún.

El estricto secreto con el que los alemanes cubrieron sus preparativos reforzó la idea de Joffre, que consideraba imposible una ofensiva alemana de tal envergadura en esa zona. Por vez primera durante la guerra, los alemanes hicieron uso de aviones para proporcionar cobertura aérea sobre un frente entero. El reconocimiento aéreo francés se vio mermado por el mal tiempo y los días más cortos de enero. Los franceses ignoraban las decenas de kilómetros de nuevas vías férreas que los alemanes habían construido para llevar municiones y refuerzos para los 140.000 hombres del Quinto Ejército que se preparaban para el ataque. En total, los alemanes desplegaron 850 cañones, incluyendo 13 de los que habían aplastado Lieja, cañones navales de larga distancia, 17 morteros austriacos de 305 mm, 306 cañones de campaña y una nueva arma que añadir a los horrores de la guerra: el lanzallamas. Todo este poder de fuego se enfrentaba a tan sólo 270 cañones franceses. Los 72 batallones alemanes de la primera oleada del ataque serían confrontados por 34 franceses.

Tras un retraso debido al mal tiempo, la ofensiva alemana comenzó la mañana del 21 de febrero de 1916. Antes del amanecer de ese mismo día, cuando la nieve en polvo iluminaba las líneas de trincheras que se extendía por el horizonte francés, un cañón naval Krupp de 380 mm alemán disparaba el primer proyectil de la batalla de Verdún. El cañón vomitó con gran estruendo un enorme proyectil a 32 kilómetros que cayó en la ciudad fortificada, en el Palacio del Obispo, derribando una esquina de la histórica catedral. Así se iniciaba una de las batallas más sangrientas de la historia, en

la que es probable que murieran más soldados por metro cuadrado que en ningún otro conflicto, anterior o posterior.

La máquina trituradora de Falkenhayn se puso en marcha. Antes de que las tropas de Falkenhayn pudiesen avanzar, las posiciones francesas fueron sometidas a un intenso bombardeo de nueve horas. El equivalente a 2.400 proyectiles pesados cayó sobre un área del tamaño de un campo de fútbol, destrozando y haciendo añicos las defensas francesas. El estruendo del bombardeo pudo escucharse a 160 kilómetros de Verdún. A pesar de su intensidad, el primer intento alemán de romper las líneas de fortalezas fracasó y las tropas lograron pocos progresos contra la desesperada resistencia francesa. Durante los días siguientes tan sólo lograron éxitos parciales, hasta que el 25 de febrero cayó el fuerte Douamont, el más importante de las defensas francesas. La historia de su captura fue una mezcla de falta de visión por parte de los franceses y de gran fortuna por parte de los alemanes.

Con 200 metros de largo y 100 metros de ancho, la masa del fuerte Douamont estaba protegida con alambre de púas y una zanja, mientras que las fortificaciones que lo rodeaban contaban con ametralladoras y torretas. Sin embargo, y a pesar de las impresionantes defensas, cayó víctima de la astucia de un sargento alemán y sus nueve hombres. El sargento Kunze y sus soldados se aprovecharon de que la fortaleza estaba pobremente defendida y alcanzaron uno de los muros; formaron posteriormente una pirámide humana para escalar la fortaleza e introducirse por una pequeña apertura. Se adentraron en el fuerte sin encontrar a nadie. Finalmente logró sorprender a un gran grupo de soldados franceses. Otros grupos alemanes los siguieron y, al finalizar el día, el fuerte Douamont se encontraba en manos alemanas. En cuarenta y cinco minutos, el considerado fuerte más poderoso del mundo había caído sin disparar un solo tiro.

La suerte que corrió el fuerte no era sorprendente. Joffre había reducido la guarnición del fuerte a 56 viejos artilleros, y cuando oficiales franceses pensaron que era preciso reforzar el lugar, todos pensaron que otros se estaban ocupando del tema. Falkenhayn se encontró de pronto en una situación paradójica. Si los alemanes tomaban de verdad Verdún, los franceses tal vez renunciarían a retomarlo y, por tanto, no caerían en la trampa de dejarse arrastrar a una guerra de desgaste.

Sin embargo, Joffre mordió el anzuelo, algo que costaría la vida a millares de jóvenes de ambos bandos. Mientras en Alemania las campanas repicaban en signo de victoria, los franceses nombraban a un nuevo comandante para liderar los ejércitos que defendían Verdún, el mariscal Henri Philippe Benoni Omer Pétain. No fue sencillo dar con él; finalmente lo encontrarían en un hotel en París acompañado por una jovencita. Su tarea inmediata era restablecer la moral de sus hombres, pronunciando el famoso «no pasarán» (que reviviría en el Madrid de la Guerra Civil) y ordenando contraataques desesperados. El príncipe heredero ya se había percatado de que no tomaría Verdún y de que la batalla era un desgaste sangriento. Su frustración fue en aumento y, al ver que se alejaba su objetivo de entrar en Verdún, se dedicó a perseguir jovencitas francesas mientras sus hombres morían a millares en un holocausto de sangre y fuego.

Resulta imposible encapsular todo el horror de Verdún. Un relato de un soldado puede servir de muestra:

No podías describir el diluvio de fuego que caía sobre nosotros. Tenía la impresión de

que mi cerebro saltaba en mi cráneo debido a los cañones. Estaba k. o. por la severidad del ruido. Tras quince días regresamos del frente. Tuvimos una noche tranquila de sueño, sólo una, hasta que nos comunicaron que el batallón que nos había reemplazado había sido aniquilado [...] Fuimos enviados de nuevo para enfrentar otro bombardeo más atroz. Los proyectiles de 210 mm caían de cuatro en cuatro y nos enterraban con cada salva. Hacían falta palas para desenterrarlos. Esto duró todo un día en preparación del ataque alemán. Mi momento llegó a las siete en punto. Me tocó ser enterrado y sufrí enormemente porque no podía mover ninguna parte de mi cuerpo. «Bueno, el momento ha llegado» me dije, y perdí la conciencia. Estaba muerto. Y de pronto fui desenterrado con picos y palas y me sacaron totalmente exhausto. Mi capitán me dijo «Túmbate aquí» y luego me envió a un puesto de socorro dos kilómetros más atrás. En el primer puesto de socorro había un comandante mirando la herida en la pierna de un alemán. El comandante le puso un vendaje y el alemán gritó: «Mátame». El comandante me gritó: «No tengo tiempo de verte ahora, ponte por allí» y me alejé. No habían pasado cinco minutos cuando un proyectil impactó sobre el alemán y el comandante. Ese es el destino. Estás marcado por el destino.

Durante días se sucedieron los ataques y contraataques bajo una lluvia de proyectiles; los alemanes intentaban tomar la cota 304 y la siniestramente llamada «Le Mort Homme» (‘el hombre muerto’), sobre la que podían amenazar la línea de suministros francesa. Eran puntos intrascendentes que costarían miles de vidas. Todo el campo de batalla se convirtió en un gigantesco cementerio. «Comías con los muertos», señaló un soldado francés, «bebías con los muertos. Hacías tus necesidades con los muertos. Dormías junto a los muertos». En Verdún participarían dos hombres llamados a hacerse famosos en la segunda guerra. Uno de ellos era un joven teniente alemán, Friedrich Paulus, cuyo trágico destino le llevaría a rendirse ante el Ejército Rojo en Stalingrado durante la Segunda Guerra Mundial. El segundo era el futuro dirigente francés, Charles de Gaulle, herido y hecho prisionero en Verdún.

La habilidad de los franceses para defender Verdún dependía de los refuerzos y abastecimientos que llegaban a la ciudad por un estrecho camino, *La Voie Sacrée* o ‘vía sagrada’ (que podría ser interpretado también como ‘vía del sacrificio’). Bajo el fuego constante alemán, durante una semana crítica de febrero, más de 25.000 toneladas de abastecimiento y 190.000 hombres alcanzaron Verdún por esa carretera. Posteriormente se calcularía que un vehículo pasaba por la carretera cada catorce segundos. Aunque las bajas de ambos bandos eran horribles, la carretera aseguró la supervivencia de la guarnición francesa. Al lado de la carretera circulaba un ferrocarril de vía única y estrecha, *Le Meusien*, que podía transportar 1.800 toneladas de suministros al día. Llevaba a Verdún la mayor parte de la comida para el ejército y transportaba de regreso a muchos de los heridos en el frente.

Los alemanes se lanzaron entonces contra el fuerte Vaux, pero sus esfuerzos fueron en vano. Durante la encarnizada lucha, el comandante francés perdió contacto con su cuartel general y tuvo que enviar la solicitud de refuerzos con una paloma mensajera que llevó el mensaje, pero que falleció de agotamiento. A la paloma le fue otorgada la Legión de Honor, la más alta condecoración francesa. A pesar de la bravura y la tenacidad mostrada por los defensores franceses, el fuerte Vaux

cayó finalmente en manos alemanas. En un intento por acabar con la resistencia francesa, Falkenhayn amplió el frente de batalla, pero los franceses siguieron defendiendo cada pulgada de terreno. Era una lucha a muerte entre ambas naciones.

Verdún se erigió en símbolo de la épica nacional, algo similar a lo que sucedería con la batalla de Inglaterra en 1940 y sirvió para aglutinar a toda la población francesa. Ambos bandos dispararon 24 millones de proyectiles en los primeros cuatro meses del conflicto, lo que supone un promedio de 200.000 proyectiles por día. Un piloto que sobrevoló la zona apuntó que «cualquier signo de humanidad ha sido barrido, los bosques y las carreteras se han desvanecido como tiza borrada sobre una pizarra». Concluyó que la escena parecía una escena del «Infierno» de Dante.

Cuando Falkenhayn se percató de la futilidad de la batalla, intentó poner fin a la ofensiva, pero sus superiores insistieron en que continuara. Sin embargo, otro intento alemán de romper el frente fracasó y el 1 de julio los británicos lanzaban una ofensiva al norte, cerca del río Somme. Durante los seis primeros meses de la batalla de Verdún, Falkenhayn había fracasado en tomar la ciudad fortaleza. Había perdido 280.000 hombres y las cosas no harían más que empeorar. En octubre, un contraataque francés tomó a los alemanes por sorpresa y avanzaron 5 kilómetros, retomando Douamont y Vaux y capturando 9.000 prisioneros. Falkenhayn, que se había fijado martillar y destruir al ejército francés en «el yunque de Verdún», había sido testigo de la masacre de miles de sus hombres.

Al final, el salvajismo de batalla que duró diez meses acabó con 542.000 bajas francesas y 434.000 alemanas. Verdún se convirtió en la batalla más larga y en una de las más inútiles. ¿Para qué? En principio, Falkenhayn no deseaba tomar Verdún, quería que los franceses la defendiesen. Pétain no deseaba conservarlo, pero lo hizo cuando se dio cuenta de su simbolismo. Verdún suponía la grandeza de Francia, su historia y su orgullosa independencia. Miles murieron intentando tomar puntos en torno a Verdún, no porque fueran la clave de la ciudad, sino porque pensaban que cada punto era la clave para otra posición, a su vez vital para otra posición, en un sinsentido sin final.

Falkenhayn fue cesado y reemplazado por Hindenburg y Ludendorff. Un colaborador de Falkenhayn comentó que su pelo se había puesto completamente gris después de la batalla. Tendría todavía su momento de gloria. Rechazando ser embajador en Constantinopla, se le otorgó el mando del Noveno Ejército que brillaría en la conquista de Rumanía. Tras la guerra se dedicó a dar conferencias sobre esa campaña y a escribir sus memorias en tercera persona como Julio César. Nunca dejó entrever sus auténticas emociones. Hasta el final de sus días afirmó que las bajas alemanas en Verdún «no habían sido ni un tercio de las del enemigo». Sin embargo, antes de fallecer en 1922, confesó a un pariente que cinco años después de Verdún aún le resultaba imposible dormir de noche. En el bando francés, el comandante en jefe, el mariscal Joffre, dio paso a Robert Nivelle, elección que demostraría ser fatal.



La guerra en Los Alpes.

Las consecuencias de la batalla no finalizarían en 1918. Una de las ironías de la historia hizo que Verdún llevase a la derrota francesa en 1940. La victoria defensiva influyó decisivamente en la teoría militar francesa de entreguerras. No fue una coincidencia que el hombre que daría nombre a la supuestamente impermeable línea defensiva francesa durante la Segunda Guerra Mundial fuera un sargento que había combatido y había sido herido en Verdún: André Maginot.

Gran parte del veneno que la guerra inyectó a la historia llegó tras la batalla de Verdún ante la imposibilidad de ganar la guerra: la propaganda insidiosa, la diplomacia de doble filo dedicada en gran parte a fomentar la revolución en las naciones enemigas, armas y tácticas cada vez más brutales, ejércitos de millones de hombres que se dirigían a ninguna parte formados por hombres cada vez más jóvenes y menos preparados. En cierto modo, Verdún marcó el canto de cisne de Francia como gran potencia. La caída del país en 1940 se explica, en parte, por la reticencia de la población a sufrir otro Verdún.

La batalla de Verdún se cobraría su última vida veinte años más tarde. Cuando fracasó el intento de asesinato de Adolf Hitler en julio de 1944, el general Heinrich von Stülpnagel, gobernador militar alemán de París, se convirtió en uno de los principales sospechosos. Fue llamado a Alemania donde se enfrentaría a un juicio sumarísimo y a la muerte segura. En el camino le pidió al guardia que le acompañaba si podían regresar a Alemania pasando por el campo de batalla de Verdún. Al aproximarse al Mort Homme donde había dirigido un batallón en 1916, detuvo el vehículo y se bajó. Unos instantes más tarde, el conductor escuchó un disparo y encontró a Von Stülpnagel flotando en las aguas del canal del Mosa. Sin embargo, el general tan sólo había sido capaz de quitarse la vista con el disparo. Ciego y aterrorizado, sería estrangulado por la Gestapo.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la impronta de Verdún fue borrada en el imaginario colectivo

alemán, otras tragedias como la de Stalingrado ocuparon su lugar. Si uno se acerca conduciendo a Verdún desde Bar-Le-Duc, si no fuera por los cascos con laureles en los mojones de carretera, sería difícil imaginar que esa carretera secundaria fue un día la *Voie Sacrée* por la cual pasó la arteria vital de Francia. Las laderas del Mort Homme se encuentran hoy cubiertas por un bosque tupido de abetos plantados en la década de los treinta tras fracasar los intentos de introducir otras especies en aquel suelo tan castigado. El viento silba a través de los árboles y tan sólo los pájaros rompen el silencio. Es lo más parecido a un desierto en Europa. En una de las paredes del fuerte Vaux, existe una placa escrita por una madre francesa cuyas palabras resumen el desgarrador dolor de la batalla:

> «A mi hijo. Desde que tus ojos se cerraron, los míos no han cesado de llorar».

UNA GLORIA TEMPORAL. LA OFENSIVA BRUSILOV

El baño de sangre de Verdún tuvo importantes repercusiones en el este. Los aliados de Rusia le exigieron que lanzase una ofensiva para disminuir la presión sobre los franceses. Los rusos se mostraron de acuerdo y fijaron su vista en un área al este de Vilna, donde contaban con superioridad numérica. La resultante batalla del lago Narocz acabó de forma desastrosa con 100.000 bajas rusas y sin quitar presión al frente occidental. Para los oficiales rusos resultaba muy complejo motivar a suboficiales y a soldados para combatir contra un enemigo que parecía invencible. La única excepción era el general Brusilov, de sesenta y tres años, que demostraba una capacidad y un entusiasmo muy superiores a los de sus colegas. De inteligencia aguda, hizo cuanto pudo por mejorar la situación de las tropas. Era un innovador en un ejército inmovilista. Se mostraba confiado en que Austria-Hungría era vulnerable y que un ataque bien coordinado lograría tener éxito.

Brusilov decidió atacar en dos frentes principales. Cerca de 660.000 tropas se concentrarían en un frente de 300 kilómetros. Tras estudiar con detenimiento la situación, concluyó que la clave del éxito era camuflar las intenciones y la velocidad. Un breve bombardeo evitaría que el enemigo previese el esfuerzo principal del ataque. Se construyeron trincheras a menos de 200 metros de las líneas austriacas para evitar la exposición al fuego enemigo. Las unidades debían buscar los puntos débiles y lanzarse luego al ataque con todas las fuerzas disponibles. Se concentraron reservas, pero se escondieron del enemigo en trincheras profundas. Todo esto requería una meticulosa preparación, algo que había faltado hasta ese momento en las líneas rusas.

El ataque que se inició el 4 de junio justificó la confianza de Brusilov y demostró que las tropas rusas bien dirigidas podían ser excelentes. Debido a que Brusilov no había realizado sondeos tácticos y a la poca intensidad del bombardeo, los austriacos desconocían sus intenciones. Las tropas austriacas creían que sus líneas eran impenetrables, lo que los llevó a relajarse y a llevar una existencia cómoda. En sus líneas había panaderías, fábricas de salchichas y hasta se empleaba a grandes cantidades de hombres que cultivaban verduras y cereales para el ejército tras las trincheras.

Esos campos caerían pronto en poder de los rusos.

Las tropas austriacas se desintegraron y, a finales del día, los rusos habían logrado una brecha de 30 kilómetros de ancho y 8 de profundidad. A fin de mes, habían avanzado de forma considerable, tomando 200.000 prisioneros. Aunque no se debe menospreciar la ejecución de la ofensiva rusa, resulta evidente el mal papel jugado por las fuerzas austrohúngaras. El mando era ineficiente y los infortunados soldados tenían que sufrir los efectos de un desorganizado sistema logístico.

Ante el cariz que tomaban los acontecimientos, Conrad se vio obligado a lo que menos deseaba en el mundo: solicitar ayuda a los alemanes. El 8 de junio viajaba a Berlín y con una enorme falta de tacto solicitó que algunas de las fuerzas que estaban siendo utilizadas en Verdún, y que estaban fracasando, fueran puestas bajo mando austriaco para la contraofensiva en el frente oriental. Falkenhayn le dio tal reprimenda que Conrad les diría a sus oficiales que prefería «diez bofetadas» antes que volver a solicitar ayuda los alemanes. A pesar de todo, Falkenhayn se dio cuenta de la gravedad de la situación y trasladó cuatro divisiones desde Francia. La ofensiva puso de manifiesto lo que ya era aparente antes del conflicto: los alemanes dependían de su aliado porque necesitaban un aliado. Sin embargo, en términos militares, la dependencia fue al revés. Austria-Hungría no podía sobrevivir sin la protección alemana. Así, el aliado más débil supuso una gran carga para la estrategia alemana.

A pesar de todo, Brusilov pronto fue víctima de su propio éxito. Para lograr el mayor impacto posible, todas sus fuerzas fueron lanzadas en el ataque inicial, lo que supuso que no existiesen suficientes reservas para mantener el ataque. Esta ofensiva bien pudo haber sido el punto culminante de la guerra, de no haber mediado la estupidez del Alto Mando ruso que no envió refuerzos suficientes. En algunos sectores, sus tropas avanzaron más rápido de lo que se había anticipado, y crearon enormes problemas logísticos. Como sucedió en otras ocasiones, el mando ruso proponía y el sistema ferroviario decidía. Las fuerzas habían sobrepasado ampliamente sus líneas de abastecimiento y habían generado un saliente que no estaba protegido. Por su parte, bajo supervisión alemana, los austriacos habían conseguido establecer unas líneas defensivas sólidas.

En octubre, la ofensiva comenzaba a perder fuelle. Se habían capturado cerca de 400.000 tropas austrohúngaras y más de 500 cañones. Las bajas alcanzaron los 750.000 hombres. Este enorme éxito disminuyó sin duda la presión sobre el frente occidental y destruyó la credibilidad de Conrad. El desastre de la ofensiva supuso el fin de su mando. El emperador sentía gran aprecio por Conrad, pero Francisco José falleció en diciembre de 1916 a los ochenta y seis años y una de las primeras decisiones de su sucesor, el emperador Carlos, fue destituir a Conrad, al que envió a dirigir a los ejércitos del Tirol meridional, donde jugó un papel secundario.



Tropas británicas toman la segunda línea alemana en Cambrai, 1917.

Sin embargo, se trató de un éxito poco decisivo para Rusia. Debido en parte a las enormes bajas sufridas en años anteriores, los rusos fueron incapaces de acumular la fuerza suficiente para explotar sus victorias. Descubrieron que tenían la capacidad de infligir enormes daños al ejército austrohúngaro, pero que no podían lanzar el golpe mortal que lo eliminase del conflicto. Aunque eran los claros vencedores, las pérdidas rusas eran también cuantiosas. Esta situación estratégica no auguraba futuros éxitos y tampoco se contaba con muchas más tropas. Con ese panorama, la moral rusa se vino abajo. A principios del invierno, un millón de tropas había desertado. Para Rusia se trató de una victoria pírrica.

A pesar de todo, la ofensiva tuvo efectos profundos. Ayudó a salvar Verdún y obligó a los alemanes a reforzar el frente del este, contribuyó a la decisión rumana de entrar en la guerra en el lado aliado y llevó al ejército austrohúngaro al borde del colapso. Brusilov se convirtió en un héroe en Europa, aunque su reputación en Rusia no era tan firme. Confesó que recibía cartas anónimas de sus propios soldados advirtiéndole de que «no deseaban más lucha y que si no se alcanzaba pronto la paz, sería asesinado». El sacrificio de la ofensiva resultó un golpe mortal para Rusia. Unas pérdidas humanas enormes sin un premio significativo duradero, estaba más allá de los soportable y sentó las bases para el colapso que hundiría a Rusia en la confusión, la anarquía y, casi inmediatamente, en la revolución.

¿UN ENCUENTRO DECISIVO? JUTLANDIA

Para Alemania, la marina tenía un carácter simbólico y emocional; representaba su posibilidad de expansión y de demostrar su gran avance tecnológico; asimismo era un símbolo de unidad nacional y, por añadidura, era el pasatiempo favorito del káiser. Su actitud con relación a la flota formaba parte de su relación de amor-odio con el país de su madre. Quería una armada porque los ingleses tenían una, porque tenerla era característico de las potencias mundiales, porque era una forma de obligar a los ingleses a que le prestaran atención. Para Gran Bretaña, la Marina no era un capricho, ya que significaba el símbolo de su poder mundial y la garantía de evitar una invasión de su suelo, así como mantener la primacía mundial en el comercio.

El despliegue naval alemán comenzó a preocupar al Almirantazgo inglés; ello iba unido a la situación europea en 1906. Gran Bretaña no debía preocuparse de la Marina rusa, puesto que esta había sido destruida en la guerra ruso-japonesa, ni de la francesa, ya que había firmado la entente con Francia. Por el contrario, Alemania debía contar en caso de guerra, no sólo con dos frentes terrestres, sino con la posibilidad de una guerra naval con Gran Bretaña, lo que aumentó en Alemania el deseo por construir una flota de guerra importante.

Las batallas navales de la guerra ruso-japonesa habían generado reflexiones entre los navalistas sobre la necesidad de construir un buque con cañones de gran calibre, debido a que los combates ya no se realizarían a corta distancia. Estas teorías fueron expuestas fundamentalmente por el capitán de navío italiano, Cunileto, quien señalaba la necesidad de construir un buque con 12 cañones de 305 mm de calibre y con una velocidad superior, para poder concentrar sobre un buque todo el fuego de sus cañones y ponerse fuera del alcance del enemigo gracias a su velocidad.

En Gran Bretaña estas teorías tuvieron amplia aceptación, en particular en la figura del almirante John Fisher, que desde 1904 era el primer *Lord* del Almirantazgo y propuso la construcción del *Dreadnought* ('sin miedo'); buque con 10 cañones de 305 mm e impulsado por turbinas. Alemania reaccionó a la introducción de los *Dreadnoughts* con una nueva ley naval en 1906. Después de la guerra, Fisher afirmó que fue un error de Inglaterra introducir ese acorazado, pues liquidó de golpe la primacía inglesa y brindó a sus competidores la oportunidad de comenzar de nuevo. Sin embargo, la introducción del *Dreadnought* fue un duro golpe para los planes de Tirpitz, pues Fisher había añadido un elemento cuantitativo muy costoso a la carrera armamentista cuantitativa. Con la construcción de los *Dreadnoughts* por parte de Alemania, quedaba claro que el objetivo primordial de la flota alemana era la inglesa. Esto se ajustaba a los planes de Tirpitz compartidos por el káiser, según los cuales la construcción de una importante flota haría que Gran Bretaña se sintiese inclinada a apoyar las demandas coloniales alemanas.

Los cambios en la situación europea hicieron ver a Gran Bretaña que la única potencia que intentaba amenazar su supremacía mundial era Alemania; lo que le hizo estrechar aún más sus lazos con Francia, y como esta estaba deseosa de que Gran Bretaña y Rusia mejorasen sus relaciones, desplegó un gran esfuerzo diplomático para conseguirlo. Por el privilegio de formar una Marina que en toda la guerra mundial sólo tuvo un encuentro no decisivo con la flota británica, Alemania añadió a Gran Bretaña a su creciente lista de adversarios. El Gobierno británico no podía permitir que un país continental que ya poseía el ejército más fuerte de Europa empezara a rivalizar con Gran

Bretaña en los mares.

Resulta irónico que el tipo de acorazado *Dreadnought*, foco de una encarnizada rivalidad antes de 1914, resultara poco relevante en el resultado de la guerra. Por el contrario, un desarrollo naval mucho menos espectacular tuvo un efecto profundo sobre la naturaleza de la guerra: la amenaza submarina que a punto estuvo de infligir la derrota al Imperio británico.

Fuerzas navales, 1914

	Gran Bretaña	Alemania
Acorazados *Dreadnought*	20	13
Cruceros de batalla	8	5
Cruceros	102	41
Destructores	301	144
Submarinos	78	30

Los expertos navales esperaban que la Flota de Alta Mar alemana y la Gran Flota británica se enfrentaran en una batalla dramática, tal vez la más grande de la historia. Sin embargo, el cauteloso e hipocondríaco almirante británico, Sir John Jellicoe, comandante de la Gran Flota, se mostró muy prudente. Consideraba que la flota británica era un arma disuasoria (algo similar al arsenal nuclear durante la Guerra Fría) que no tenía que ser utilizada para ser efectiva. En otras palabras, asumía que Gran Bretaña vencería si no perdía. Evitaría encuentros dramáticos y no presentaría batalla a no ser que la victoria estuviera asegurada, por «más que esto repugne a los sentimientos de todos los hombres y oficiales de la marina británica», confinando a la armada alemana en el Mar del Norte. El sentido común le enseñaba que Alemania tenía que pasar a la ofensiva si deseaba romper el bloqueo.

Cuando se produjo una escaramuza naval en el Dogger Bank en enero de 1915, la situación era similar a la del frente occidental, la proximidad de dos bandos fuertemente armados en un espacio limitado llevó al empate. Los británicos hundieron el crucero *Blücher* y a 950 hombres de su tripulación, un buque cuyo nombre recordaba irónicamente al mariscal prusiano que había combatido en Waterloo al lado de los británicos. Su pérdida convenció a los alemanes de que la calidad era esencial en las batallas navales. Los *Dreadnoughts* británicos resultaron tan devastadores que los alemanes apodaron a sus acorazados de clases anteriores como «buques de cinco minutos» en referencia a su previsible período de supervivencia en combate. Después de esa batalla, los alemanes no volvieron a hacerse a la mar en más de un año.

La cauta estrategia de Jellicoe ponía a los alemanes en un dilema. Sólo podían romper el bloqueo naval si se enfrentaban a él en una batalla decisiva al estilo Trafalgar. Sin embargo, esa batalla en aguas alejadas de los puertos alemanes y contra un enemigo superior acarreaba enormes riesgos. El almirante Tirpitz era partidario de jugárselo todo a una carta aunque no contaba con muchos apoyos.

En realidad, Tirpitz había creado una flota para que actuase de elemento disuasorio, para respaldar las pretensiones de Alemania y para persuadir a los británicos de que se tomaran en serio a Alemania.

El káiser consideraba que el objetivo último de la armada era lograr influencia en la mesa de negociaciones. Favorecía una *Kleinkrieg*, una larga guerra de guerrillas con ataques con torpedos y minas que fueran socavando la fuerza de la Royal Navy. Se trataba de una estrategia poco realista, pues el bloqueo británico a gran distancia la hacía invulnerable a ese tipo de estrategia. Los alemanes pensaban atacar la costa británica para incitar a los británicos a responder, permitiendo erosionar paulatinamente la armada británica. El 6 de diciembre de 1914, una escuadra bombardeaba las localidades de Hartlepool y Scarborough matando a más de 100 civiles. Los alemanes esperaban que los británicos los persiguieran por los campos de minas que habían dispuesto.

La inactividad de la flota alemana comenzó a disgustar a la población alemana. En las bases navales de Wilhelmshaven y Kiel aparecían pintadas que acusaban a la armada de no hacer nada mientras el ejército se batía valerosamente. Resultaba muy difícil justificar los grandes gastos que había ocasionado la construcción de la flota.

La guerra naval comenzó bien para Alemania con la brillante huída de dos cruceros alemanes, el *Goeben* y el *Breslau*, por el Mediterráneo seguido por la flota británica que demostró una preocupante falta de iniciativa. Los dos cruceros alcanzaron Constantinopla, donde su presencia contribuyó a la entrada de Turquía en el conflicto. Una de las epopeyas navales de la guerra la protagonizó el crucero corsario alemán *Emden* a las órdenes de un brillante y caballeroso capitán, Karl von Muller. Basado en Tsingtao, China se dirigió primero al océano Índico, donde hundió seis mercantes, y bombardeó Rangún. Posteriormente hundió otros cinco barcos y en Malasia hundió dos buques de guerra que le perseguían. Las incursiones del *Emden* ponían en peligro los envíos de tropas australianas a Europa por lo que el Almirantazgo británico tomó cartas en el asunto. Tres cruceros británicos y tres japoneses fueron enviados para darle caza.

El 9 de noviembre, la estación de radio de la isla de Direction consiguió transmitir un mensaje antes de ser destruida por el *Emden*. El crucero australiano *Sydney* logró finalmente destruir al intrépido corsario alemán. Von Muller sería hecho prisionero, pero parte de la tripulación logró escapar y llegar a Alemania donde se los recibió con honores. Von Müller no sólo había librado una acción espectacular, sino que había observado escrupulosamente las reglas humanitarias con las tripulaciones de los buques hundidos.

Otro desastre para los británicos sucedió también en aguas distantes. El 1 de noviembre de 1914, el Escuadrón de las Indias Occidentales bajo el mando del contraalmirante *sir* Christopher Craddock, se enfrentó al escuadrón asiático de Maximilian Graf von Spee frente a la costa chilena. Spee había sido enviado para causar la mayor destrucción posible y el Gobierno británico temía que cortara el vital vínculo comercial con Argentina. Los buques alemanes contaban con cañones de mayor alcance y los dos buques británicos fueron hundidos junto con sus comandantes en la denominada batalla de Coronel. Se trató de una humillación para los británicos que creían que su flota era invencible, la mayor derrota sufrida por la marina en doscientos cincuenta años.

Enfurecido, el Gobierno británico envió una flota para acabar con Spee, que llegó a las islas

Malvinas el 7 de diciembre. Los barcos británicos estaban mejor armados y eran más rápidos que los dos buques principales alemanes, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau* que fueron hundidos con 2.000 de sus hombres incluidos Spee y sus dos hijos. Los británicos habían recuperado el control de los mares y la mayor parte de los mercantes alemanes en puertos extranjeros tuvieron que permanecer allí durante el resto del conflicto. Para la Royal Navy no había sido una victoria espectacular, pero si fue significativa y restableció el orgullo de la armada.

Por otra parte, los británicos se habían hecho con los códigos navales alemanes. A lo largo de la costa se instalaron estaciones de radioescucha para fijar la posición de los buques emisores. Las señales eran analizadas en un departamento nuevo, la denominada «Habitación 40», al mando del director de la inteligencia naval, Reginald Blinker, un profesional del espionaje del que el embajador norteamericano diría que «a su lado, el resto de hombres del servicio secreto son unos aficionados». Su trabajo se vio simplificado porque los alemanes creían que la radio podía compensar su inferioridad numérica, pues posibilitaba la comunicación en tiempo real, facilitando la concentración de fuerzas. El efecto fue que tanta comunicación confirió al enemigo importantes ventajas.

A principios de 1916, el nuevo comandante de la Flota de Alta Mar alemana, el almirante Reinhard Scheer, hombre decidido e impetuoso, convenció finalmente al Alto Mando de que había llegado la hora de enfrentarse a los británicos en una batalla decisiva. Urdió un ambicioso plan para derrotar a la Royal Navy mediante la disgregación de los elementos que la constituían. Su esquema pasaba por enfrentarse a la flota de cruceros del almirante David Beatty fondeada en Rosyth, antes de que la Gran Flota en Scapa Flow pudiese intervenir. Se trataba de que Beatty cayera en una trampa haciéndole creer que perseguía a una fuerza alemana menor. Von Hipper, el comandante del escuadrón alemán, se retiraría atrayendo a Beatty hacia la flota principal alemana comandada por Scheer y que esperaría a 80 kilómetros en el horizonte y hacia una fuerza de *U-Booten*. Estos últimos se situarían por delante de la escuadra de superficie e impedirían cualquier intento de los buques principales de la flota británica de acudir al rescate de los cruceros de combate. Los británicos serían entonces aplastados por la superioridad alemana.

Los alemanes desconocían que los británicos, que tenían acceso a sus códigos secretos, conocían su plan de antemano y estaban preparando también una trampa utilizando un plan idéntico. Von Hipper ignoraba que la Gran Flota británica se había hecho a la mar al mismo tiempo que Beatty y no se encontraba alejada de su escuadrón. Los criptógrafos británicos habían localizado a los submarinos alemanes fijando sus localizaciones aproximadas. Los cruceros británicos simularon caer en la trampa, pero eludieron la red de submarinos y los acorazados que los seguían. El elemento vital de la estrategia de Scheer había fallado. El esperado encuentro entre las dos orgullosas flotas enemigas tuvo lugar en Jutlandia el 31 de mayo de 1916[9]. Era la culminación de una carísima carrera naval entre ambas naciones. Sin embargo, el encuentro de esas dos poderosas armadas no resultó la batalla decisiva que ansiaban ambas partes.

A grandes líneas, la batalla de Jutlandia es relativamente sencilla y se puede dividir en cinco fases: en la primera, la flota de cruceros de Beatty se lanzó hacia el sur al encontrarse con la más débil fuerza de cruceros de batalla alemanes. Posteriormente, viró hacia el norte al toparse con los *Dreadnoughts* alemanes, intentando atraerlos hacia la Gran Flota de Jellicoe. Se produjeron entonces

dos encuentros entre los *Dreadnoughts*, que fueron interrumpidos al huir los alemanes ante la superior capacidad de fuego británica. Finalmente, una vez que los *Dreadnoughts* alemanes buscaron escapar de la destrucción, se produjo una acción nocturna en la que las fuerzas ligeras de ambos bandos intentaron infligir el mayor daño posible por medio de ataques de torpedos.

Las pérdidas británicas totalizaron 112.000 toneladas o tres cruceros de batalla, tres cruceros acorazados y ocho destructores. Los alemanes perdieron 63.000 toneladas, un acorazado pre *Dreadnought*, un crucero de batalla, cuatro cruceros ligeros y cinco destructores hundidos. Los británicos perdieron 6.097 hombres, los alemanes, 2.551. En la batalla destacó un muchacho de dieciséis años, John Cornwell, a bordo del HMS *Chester*. Su buque recibió varios disparos que acabaron con gran parte de la tripulación, pero Cornwell permaneció en su puesto, herido de muerte y rodeado por las llamas, disparando un cañón. Se le concedió la Cruz Victoria a título póstumo.

Los historiadores navales han discutido desde entonces quién resultó vencedor en la batalla, algo ilustrativo de lo poco concluyente que fue. Las pérdidas alemanas fueron menos severas, pero abandonaron el campo de batalla cuando se iba a dejar sentir la supremacía británica. Los escasos resultados fueron en parte la consecuencia de la precaución exagerada de los británicos. El miedo al desastre era superior al atractivo de una victoria dramática. Así, Jellicoe no fue en busca de los alemanes cuando estos huyeron del campo de batalla, pues temía que los alemanes estuvieran preparando una trampa. Aunque su exceso de prudencia desilusionó a los británicos que esperaban un nuevo Trafalgar, la estrategia de Jellicoe tenía sentido. Como reconoció Churchill, Jellicoe era el único hombre en Gran Bretaña que podía perder la guerra en una tarde. Sin embargo, una derrota decisiva de los alemanes podía haber acortado la guerra. Resulta sencillo culpar a Jellicoe, sin embargo era el producto de un sistema que valoraba la estabilidad y la precaución por encima de la creatividad y la iniciativa.

El káiser afirmó que «el hechizo de Trafalgar se ha roto» y concedió a Scheer la más alta condecoración alemana, la Orden del Mérito, de inspiración francesa. Con todo, como señaló gráficamente un periodista británico, «la flota alemana había atacado a su carcelero y se encontraba de nuevo en la cárcel». Allí permanecería durante el resto del conflicto. Así, la supremacía británica naval quedaría demostrada por defecto. En todo caso, los alemanes se podían mostrar satisfechos con el desempeño de sus buques. Habían absorbido una gran cantidad de daño sin hundirse y sus proyectiles demostraron ser más fiables que los británicos. «Algo marcha mal en nuestros buques», sentenció el almirante Beatty. Tres de sus buques fueron destruidos cuando estallaron las santabárbaras que presentaban defectos de diseño. El fallo más doloroso fue que los proyectiles británicos fueron incapaces en muchas ocasiones de atravesar el blindaje alemán.

Reflexionando sobre la batalla, Winston Churchill valoraba los efectos de una posible derrota contundente de uno de los dos bandos:

> *El efecto psicológico para la nación alemana habría sido profundo. Asimismo, una victoria británica hubiese permitido a los buques británicos ingresar en el mar Báltico con impunidad y abastecer a los rusos. [...] De todas maneras, la destrucción de la Flota de Alta Mar no habría sido letal de forma inmediata, Alemania era en esencia una potencia*

terrestre. Para Gran Bretaña, sin embargo, la derrota habría cambiado el curso de la guerra más pronto que tarde. El comercio y el abastecimiento de alimentos se habrían paralizado. Nuestros ejércitos en el continente se habrían encontrado aislados de sus bases. Todo el transporte de los Aliados habría sido afectado. EE.UU. no habría podido intervenir en la guerra. El hambre y la invasión habrían sido la consecuencia para los británicos.

Tras invertir en ella el equivalente al armamento para equipar a varios cuerpos de ejércitos, la flota alemana se convirtió en una bomba de tiempo con marineros desocupados y resentidos que esperaban su oportunidad para amotinarse. A pesar de que la flota alemana no volvió a desear enfrentarse a la británica, bajo las aguas sería diferente, pues los alemanes no tenían más alternativa que intensificar su campaña submarina contra los Aliados. Sería un arma de doble filo que empujaría a EE.UU. a entrar en el conflicto del lado aliado. «Es absolutamente necesario», señalaba el capitán británico Herbert Richmond, «mirar la guerra en conjunto, evitar dirigir nuestras miradas sólo hacia la flota alemana. Lo que tenemos que hacer es mutilar y matar de inanición a Alemania».

LA GUERRA SUBMARINA

Para los Aliados resultaba relativamente sencillo realizar un bloqueo de Alemania y Austria-Hungría. Con potencias hostiles que rodeaban a ambas, los Aliados tan sólo tenían que completar el bloqueo cerrando el Mar del Norte y el Mediterráneo. Para eso, se dispusieron campos de minas en la entrada del paso de Calais, frente a la costa belga ocupada por los alemanes, y en el Mar del Norte, entre las costas escocesa y Noruega. La decisión de interceptar y abordar buques neutrales llevó a dificultades con EE.UU. A pesar de todo, el bloqueo aliado fue un éxito y, conforme avanzaba la guerra, el pueblo alemán comenzó a sentir sus efectos que desencadenaron disturbios por alimentos. Los alemanes, por su parte, reconocieron enseguida la vulnerabilidad de Gran Bretaña a un bloqueo submarino.

Los primeros submarinos en servicio activo fueron los *K-boats* británicos, pero presentaban numerosos problemas mecánicos y sufrieron muchas pérdidas. Sin embargo, los *U-Booten* alemanes impulsados por motores diésel estaban mucho mejor diseñados. Aunque tanto los *K-boats* como los *U-Booten* portaban torpedos, su principal armamento era un cañón en la cubierta. Eso significaba que los submarinos tenían que salir a la superficie para poder atacar al enemigo. El problema de los torpedos era su tendencia a salirse de su trayectoria o a no estallar una vez que alcanzaban el blanco. Los *K-boats* británicos pronto fueron reemplazados por submarinos de la clase E, más modernos y mejor equipados.

Aunque al comenzar la guerra, la marina alemana contaba con tan sólo 30 *U-Booten*, tenían una gran abundancia de blancos. La primera acción submarina tuvo lugar en agosto de 1914, cuando el HMS *Birmingham* hundió el U15, acción vengada poco después por el U-21 que hundió el buque

británico HMS *Pathfinder*. En octubre se inició una nueva fase de la campaña submarina cuando el U-17 hundió un mercante británico. En ese estadio de la guerra, los submarinos alemanes salían a la superficie y se permitía que las tripulaciones abordasen los botes salvavidas.

Los alemanes iniciaron después una guerra submarina indiscriminada, pues declaraban que las aguas en torno a Gran Bretaña eran «zona de guerra» y advertían que cualquier buque que ingresara en ellas era susceptible de ser hundido. Debido a la situación de las islas británicas y a su poder naval, el bloqueo británico podía ejecutarse sin actos de violencia contra los neutrales; el bloqueo alemán, no. Los británicos y los franceses podían continuar su lucrativo comercio con EE.UU., Alemania no podía. De esa forma, la geografía alemana determinó en qué bando lucharía EE.UU.; los sentimientos pro Aliados no hubiesen sido suficientes como para que participase en el conflicto. El 7 de mayo, el U-20 hundía el *Lusitania*, el más lujoso de los trasatlánticos de la línea Cunard, causando la muerte a 1.098 pasajeros de los cuales 128 eran norteamericanos. La embajada alemana en EE.UU. había advertido que podía ser hundido. Irónicamente, los diarios norteamericanos dieron la noticia al lado de anuncios y detalles del crucero.

En EE.UU. el impacto fue enorme, mientras que en Alemania la prensa hablaba de éxito y con enorme falta de sensibilidad se acuñó una medalla en su honor. Su hundimiento originó también una larga polémica: ¿por qué se había hundido tan rápido? ¿Por qué fallecieron tantas personas si no se hallaba lejos de la costa? El capitán afirmaría que fue alcanzado por dos torpedos, algo que negó el comandante del *U-Boot* señalando que la segunda explosión se produjo en el cargamento del buque. ¿Portaba el *Lusitania* armas y explosivos? Sea cual fuere la verdad, su hundimiento aumentó el sentimiento aliadófilo en EE.UU.

Durante 1915, los submarinos alemanes hundieron un total de 1.328.985 toneladas aliadas y el total mensual nunca disminuyó de 300.000 toneladas. Aunque el káiser albergaba dudas sobre ese tipo de guerra y el canciller Bethmann-Hollweg era contrario, en 1917, los alemanes intensificaron la guerra submarina. Para Ludendorff resultaba chocante que mientras los soldados alemanes sufrían en el frente, miles de toneladas de mercancías estuviesen llegando a puertos británicos. Con 111 submarinos a su disposición, los alemanes lograron mayores éxitos contra los buques británicos. Durante febrero de 1917 se hundieron 584.671 toneladas, cifra que alcanzó su máximo en abril, con 894.147 toneladas. La situación llegó a tal extremo que puso en serios aprietos a los Aliados.

La entrada de EE.UU. en el conflicto alteró de forma significativa la situación. Se introdujo el sistema de convoyes protegidos por buques de guerra. Otras tácticas incluyeron la utilización del hidrófono que detectaba sonidos bajo el agua, y la introducción de los buques «Q». En apariencia eran mercantes desarmados, pero cuando se aproximaba un submarino alemán, desplegaban sus cañones ocultos. La respuesta alemana fue permanecer bajo el agua y lanzar torpedos sin prevenir. El sistema de convoyes fue un éxito inmediato. Desprovistos de blancos fáciles, los hundimientos se redujeron de forma dramática.

Al principio, ante la amenaza inesperada de los submarinos, se idearon esquemas que rozaban el absurdo, como entrenar a cormoranes con explosivos para lanzarse contra los submarinos alemanes. Posteriormente, se elaboró un sistema para mejorar la precisión de las cargas que sería conocido como Asdic por los británicos (Anti-Submarine Detection Investigation Committee) y como sónar por

los norteamericanos. El sistema comenzó a funcionar demasiado tarde como para influir en la Primera Guerra Mundial, pero jugaría un papel destacadísimo en la segunda. También se introdujeron novedades técnicas muy valiosas como las cargas de profundidad. Los destructores podían lanzar varias a la vez preparadas para estallar a diversas profundidades. Estas cargas lograron destruir 28 submarinos alemanes, más que los hundidos por otras causas entre 1916 y 1918. La presencia de destructores hacía huir a menudo a los submarinos alemanes.

El Alto Mando británico planificó una medida aún más audaz. En abril de 1918 se produjo uno de los ataques más intrépidos de la guerra. Una fuerza naval británica se dirigió al puerto belga de Zeebruge con la intención de bloquear el canal de Brujas y reducir así la presencia de *U-Booten* en el Mar del Norte. Una vez en Zeebruge, los infantes de marina desembarcaron para enfrentarse a las defensas alemanas y buques británicos fueron varados para impedir la salida de submarinos alemanes. La incursión no supuso una disminución significativa de submarinos alemanes en la zona, pero en Gran Bretaña la acción subió la moral. Churchill habló de «un episodio no superado en la historia de la Royal Navy».

En la primavera de 1918, por vez primera desde 1915, la construcción naval superaba ampliamente las pérdidas. Desde que se pusieron en marcha el primer convoy y el final de la guerra, los buques aliados escoltaron a 88.000 buques a través del Atlántico. Tan sólo perdieron 436 navíos y lo que resultaba más importante, de 1.100.000 soldados norteamericanos enviados a Europa, tan sólo fallecieron 400 a causa de los submarinos.

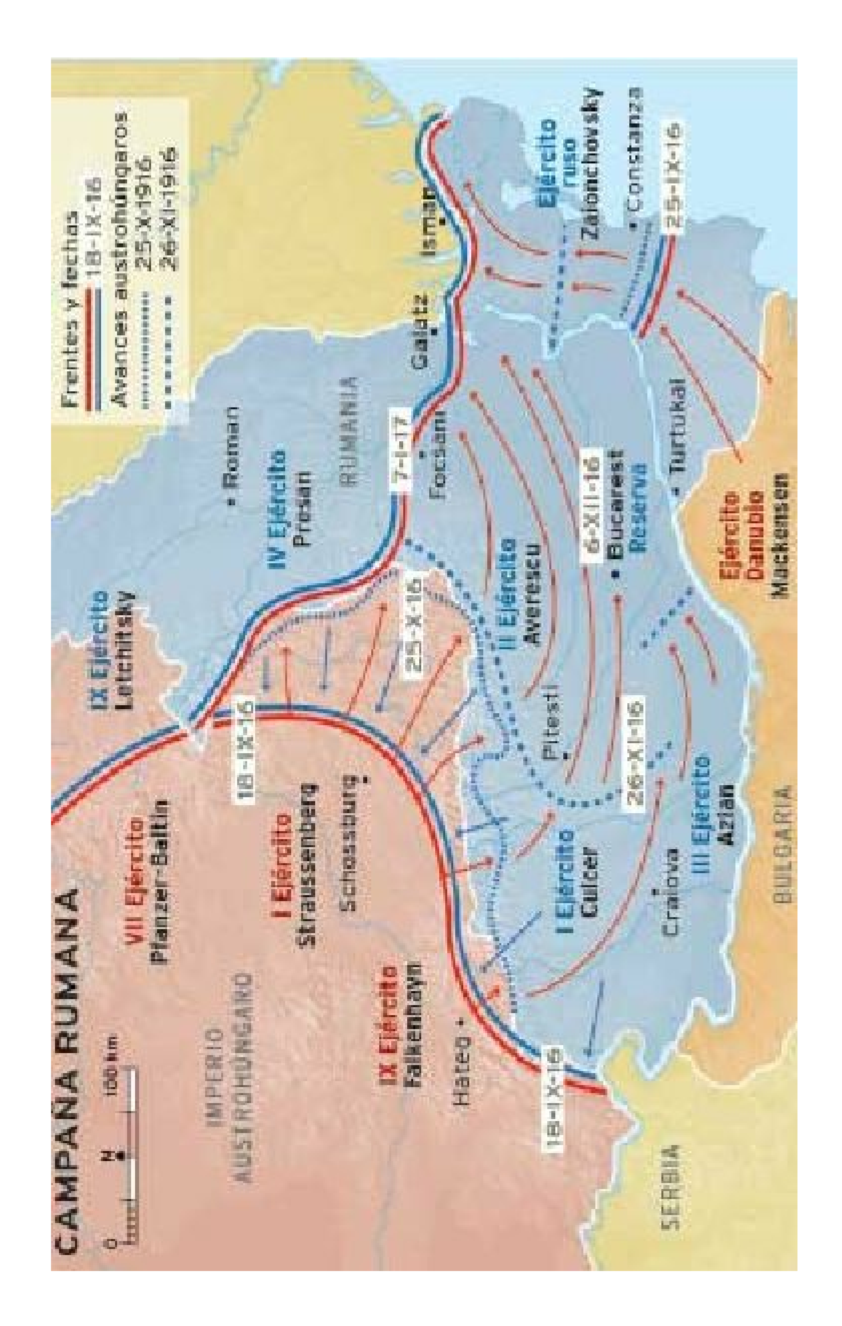
EL DESASTRE RUMANO

Rumanía se encontraba vinculada a las Potencias Centrales por un tratado firmado con Austria-Hungría en 1883. El mismo era tan secreto, que tan sólo unos pocos altos cargos rumanos conocían todas sus cláusulas. El Gobierno, temeroso de turcos y rusos, había decidido renovar el tratado en 1913 y, al estallar el conflicto, se habían intensificado los lazos con Alemania. Además, su familia reinante estaba emparentada con la dinastía alemana. Sin embargo, el Gobierno sabía que las ambiciones territoriales de Rumanía (Transilvania, Bucovina, el Banato) pasaban por la destrucción de Austria-Hungría. Alemania prometió la Besarabia rusa, pero la clave era la región de Transilvania.

Cuando falleció el rey Carol, su sucesor, el rey Fernando, mostró mayor simpatía hacia los Aliados influido por las tendencias de su esposa, nieta de la reina Victoria y de Alejando II de Rusia. A principios de 1915 los británicos lograron un compromiso rumano para entrar en guerra a cambio de Transilvania. Cuando la ofensiva Brusilov parecía imparable, Rumanía entró en la guerra. Había esperado dos años para decidir a qué bando unirse. El ejército rumano estaba formado por 700.000 hombres y, debido a la inexistencia de una amenaza directa y a la falta de presupuesto, apenas se había modernizado . Además, la red de comunicaciones rumana era pésima, lo que dificultaba enormemente los movimientos.

En un acto incomprensible, Rumanía se lanzó al ataque en Transilvania. Fue un error monumental.

El Alto Mando alemán había previsto la jugada rumana y había reunido dos ejércitos para contrarrestar esa acción. El Primer Ejército austriaco, bajo el mando de Falkenhayn, atacó el ala izquierda rumana mientras un segundo cuerpo de ejército, a las órdenes de August von Mackensen, invadió desde Bulgaria la provincia de Dobrudja. Falkenhayn aplicó a Rumanía las terribles lecciones aprendidas con sangre en Verdún y lanzó a sus aguerridas tropas contra los inexpertos rumanos que tan sólo habían combatido de forma irregular en las guerras balcánicas.



Atrapados por el movimiento de tenaza, los rumanos fueron expulsados de Transilvania. Rumanía no tardó en desmoronase. Durante noviembre, el desastre rumano se había consumado. Las Potencias Centrales ocuparon Rumanía y el 6 de diciembre cayó su capital, Bucarest. En tan sólo tres meses se habían frustrado los designios expansionistas rumanos y su territorio había sido ocupado. Por el Tratado de Bucarest de abril de 1918, Rumanía se convirtió en poco más que una colonia para las Potencias Centrales. El káiser se mostró vengativo por la traición de sus parientes y no tuvo compasión. Lo más relevante para el esfuerzo de guerra alemán fueron las enormes reservas de trigo y de petróleo rumanas y el acceso directo a sus aliados búlgaros y turcos. Con los recursos rumanos,

las Potencias Centrales pudieron continuar la guerra. En dieciocho meses los alemanes se apoderaron de un millón de toneladas de petróleo y dos millones de toneladas de grano.

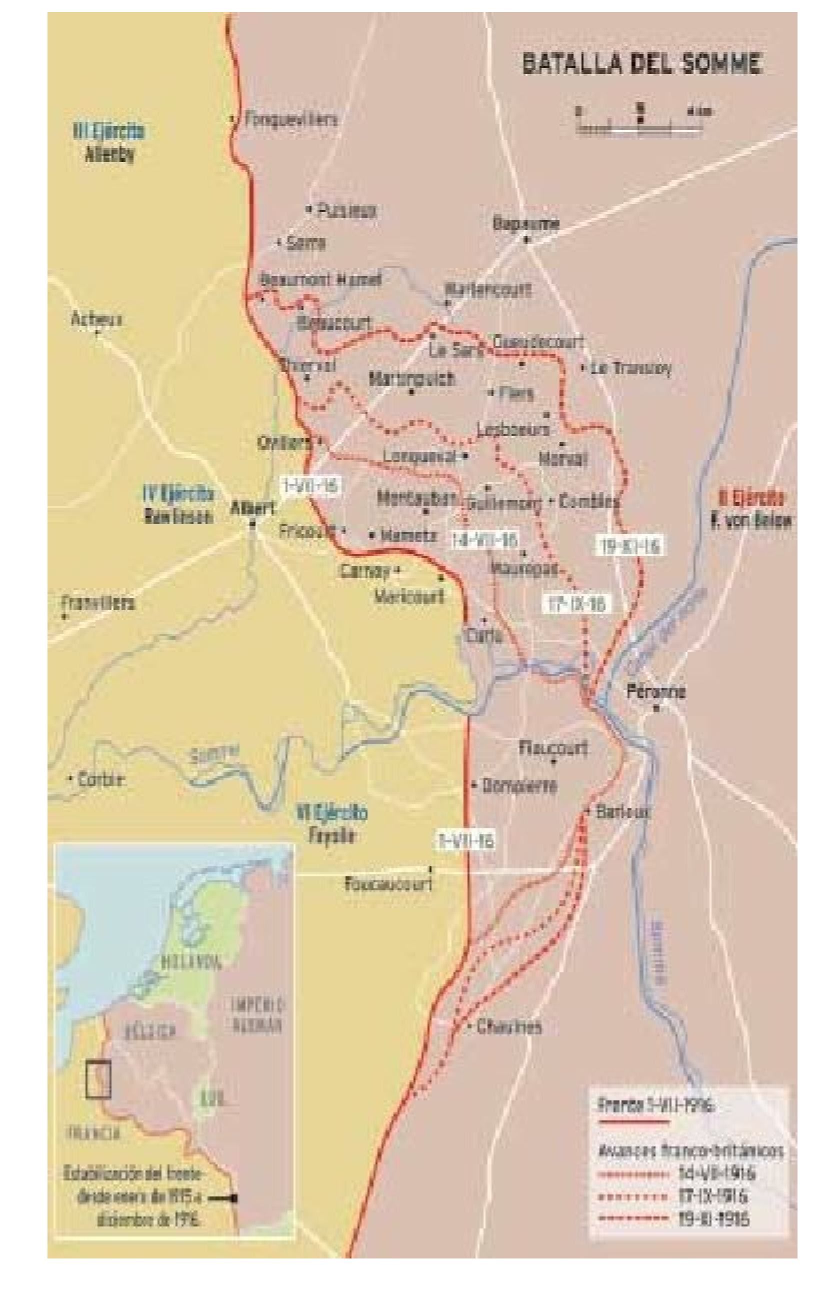
EL SOMME, MUERTE DE UN EJÉRCITO

Mientras contenían a duras penas las ofensivas de Brusilov, los alemanes tuvieron que enfrentarse a una nueva crisis. Desde marzo de 1916, los Aliados habían planificado un ataque conjunto en el área del Somme. El llamado «Nuevo Ejército» británico había llegado al frente occidental y Haig estaba deseoso de hacer sentir la nueva fuerza británica. Todavía soñaba con la ruptura del frente y, debido a la presión de los alemanes sobre Verdún, adelantó la fecha del ataque. En realidad, un ataque en el frente del Somme no revestía una especial importancia estratégica.

La orografía del Somme era muy poco apropiada para ofensivas. Los alemanes ocupaban el terreno elevado desde 1914 y habían logrado convertir los pueblos de la región en reductos defensivos formidables, además de colocar una gran cantidad de ametralladoras en las zonas boscosas. El tipo de terreno calcáreo permitía también la construcción de refugios profundos y el emplazamiento de nidos de ametralladoras. Los alemanes llevaban dos años en esas posiciones y no tenían ninguna intención de rendirlas sin luchar. Un periodista británico que las visitó observó que los alemanes se habían acomodado como si fueran a vivir allí para siempre: había muros revestidos de madera, electricidad, muebles y hasta un piano.

Hacía tiempo que el comandante del Segundo Ejército alemán, Fritz von Below, esperaba un ataque en su sector y suponía que los británicos y los franceses intentarían aliviar allí la presión sobre Verdún. Su instinto le decía que los británicos intentarían romper el frente por su sector y las misiones aéreas de reconocimiento confirmaban sus sospechas. Sin embargo, el Alto Mando alemán no compartía sus temores y no se enviaron los refuerzos ni los suministros que Below solicitaba con urgencia.

A pesar de todo, no se desanimó y reforzó sus posiciones creando siete líneas defensivas superpuestas con refugios subterráneos e independientes, comunicados por líneas telefónicas enterradas. Se desplegaron miles de metros de alambre de espino que, en algunos lugares, alcanzaban casi un metro de espesor. Eran unas defensas imponentes que se extendían desde el frente, hasta 8 kilómetros en la retaguardia. Below situó a seis divisiones en vanguardia y cinco en reserva para tapar posibles brechas o contraatacar si la situación lo permitía. No era, desde luego, un lugar ideal para realizar una ofensiva. Winston Churchill comentaría que el Somme era la «posición más sólida y mejor defendida del mundo».



La principal localidad tras las líneas británicas era Albert. Siempre rebosante de militares, fue duramente bombardeada y numerosos proyectiles alcanzaron la basílica que estaba coronada por una estatua de la Virgen María y el Niño. La estatua no cayó, sino que se mantuvo tambaleándose hasta que ingenieros británicos la sujetaron. Se decía que la guerra no finalizaría hasta que la estatua cayese. La mayor parte del frente estaba cubierta por el Cuarto Ejército británico a las órdenes del general Sir Henry Rawlinson. El Sexto Ejército francés cubría el resto.

Aunque Haig era el comandante en jefe, este dejó en manos de Rawlinson el detalle de la planificación de la operación. A pesar de todo, existían fuertes desacuerdos entre ambos: Haig deseaba una ofensiva total que desembocase en una ruptura decisiva; Rawlinson, por el contrario, favorecía un planteamiento gradual, una serie de pequeñas ofensivas con objetivos limitados. El plan consistía en un brutal bombardeo artillero. Posteriormente, las tropas debían avanzar en líneas sucesivas a lo largo de un frente de 28 kilómetros, caminar al ritmo más conveniente para las inexpertas tropas y en línea para evitar confusiones, ocupar las trincheras enemigas y romper el frente hacia sus líneas de reservas. La caballería les seguiría.

Durante una semana, los alemanes fueron bombardeados con una fuerte cortina artillera, la mayor

utilizada hasta la fecha: cerca de millón y medio de proyectiles. El estruendo hizo temblar las ventanas en Londres, a 250 kilómetros de allí. Se suponía que destruirían alambradas, trincheras, cañones y comunicaciones y harían imposible que los soldados alemanes salieran de sus refugios. Algunas unidades alemanas, aturdidas y medio enloquecidas, tuvieron que vivir durante una semana bajo tierra sin recibir suministros ni agua.

En realidad, el bombardeo no destruyó todas las alambradas alemanas y mucho menos sus trincheras y emplazamientos. Una cuarta parte de los proyectiles británicos no habían estallado por defectos de fabricación. Lo que sí logró fue crear enormes cráteres en la tierra de nadie y cortar todas las líneas de comunicación británicas. El general Rawlinson supo que la artillería no había logrado su objetivo, pero no se lo comunicó a su jefe porque odiaba las críticas a sus planes. La confianza de Haig era exultante: el 30 de junio escribió en su diario que los hombres «están en un estado de ánimo espléndido».

Los zapadores habían construido túneles bajo las posiciones alemanas para explotar varias minas. La artillería se detuvo justo antes del ataque de la infantería, lo que dio tiempo suficiente a los alemanes para salir de sus refugios y tomar posiciones. A las 7:30 de la mañana del 1 de julio de 1916, 14 divisiones de infantería británicas escalaron sus trincheras y marcharon despacio hacia delante. Cada hombre portaba 30 kilos de equipo, en oleada tras oleada. Esperaban encontrar el alambre de púas enemigo, los sistemas de trincheras, la artillería y los defensores pulverizados por el bombardeo preliminar. Por el contrario, fueron masacrados por la artillería alemana y por las ametralladoras, primero mientras atravesaban la tierra de nadie, y posteriormente mientras intentaban franquear la alambrada alemana.

Los sobrecargados soldados británicos tuvieron que avanzar sobre una tierra de nadie perforada por proyectiles que en muchos sitios ascendía en pendiente doscientos o cuatrocientos metros. Algunos batallones fueron aniquilados en minutos, aunque otros alcanzaron sus objetivos. Al finalizar la jornada, no menos de 57.000 hombres habían caído, 19.000 de ellos muertos sin lograr un punto firme en las defensas alemanas, excepto en el sector derecho del frente donde los franceses tomaban parte en la ofensiva.

Catástrofe sin paralelo en la historia británica, el primer día en el Somme provocó críticas feroces hacia Sir Douglas Haig y sus subordinados. Haig escribió el 2 de julio que las cifras de bajas (que le dijeron que sumaban 40.000 hombres) no podían ser consideradas «severas en comparación con los hombres que participaron y el tamaño del frente». Haig permitió que la batalla siguiese durante cuatro meses y medio. En sus últimas etapas se utilizaron por vez primera tanques que aterrorizaron a los alemanes, pero que eran demasiado escasos como para tener un impacto decisivo. Un superviviente describió que el sentimiento de pérdida personal era «casi insoportable».

¿Se había logrado algo con esa catástrofe humana? Cerca de once kilómetros de territorio, aunque obviamente no se había producido la ruptura del frente. Las bajas totalizaban 614.105, de las cuales 419.654 eran británicas y del Imperio. El costo para los alemanes fue de cerca de 650.000 bajas y un oficial de Estado Mayor describió la batalla como «la tumba embarrada del ejército de campaña alemán». ¿Se trató de una victoria aliada? Lo fue, aunque una pírrica, y Haig se tuvo que preguntar cuántas victorias más de ese tipo podía permitirse. La ganancia más visible fue eliminar presión

sobre Verdún, pues los alemanes se vieron obligados a enviar varios batallones al Somme. Los soldados alemanes y británicos fueron llevados hasta el límite de sus fuerzas. Se ha defendido en ocasiones que las pérdidas combinadas de Verdún y el Somme contribuyeron de forma significativa a la derrota final de Alemania, aunque resulta muy difícil cuantificar sus efectos a largo plazo.

Un resultado de la batalla fue la tendencia progresiva por parte de los soldados a cuestionarse la guerra y la forma en la que estaba siendo dirigida, aunque esto sólo se hacía en privado y no se admitió hasta más tarde. Unos días antes de su muerte, un soldado alemán expresaba «el deseo de que de alguna forma exista la posibilidad de salir de esta miserable situación». Un soldado británico confesó tras la guerra que le parecía «criminal lanzar a los hombres, a plena luz del día, hacia las ametralladoras, sin cobertura alguna». Otro comentó que las ametralladoras parecían guadañas sobre los soldados británicos. Un prisionero alemán afirmó: «Europa está siendo desangrada hasta la muerte y quedará empobrecida durante años. Esta es una guerra contra la religión y contra la civilización y no le veo fin». El poeta y soldado Edmund Blunden resumió bien lo que había sucedido: «Ningún bando había ganado ni podía ganar la Guerra. La Guerra había ganado».



Tanque británico Mark I en El Somme.

Uno de los supervivientes del Somme fue el escritor J. R. R. Tolkien, que tras el conflicto quiso crear un mundo mitológico que reflejara el mundo que había vivido en las trincheras «en chozas repletas de obscenidades y en refugios castigados por el fuego de artillería». Su obra *El señor de los anillos*, con su descripción de la «tierra media» inspirada en la «tierra de nadie», se convertiría en un enorme éxito de ventas.

¿UNA SOLUCIÓN TECNOLÓGICA? AVIONES Y TANQUES

La legendaria guerra aérea

Un arma en la que no se habían puesto en principio muchas esperanzas fue el avión. La guerra aérea tenía el potencial de llevar directamente la guerra a la población civil; el bloqueo naval o la guerra submarina tan sólo lo podían hacer de forma indirecta. Antes de la guerra muchos mandos despreciaban su potencial ofensivo. El general Foch afirmó que «volar es un buen deporte, pero para el ejército es inútil». Ya se habían utilizado aviones en la guerra italo-turca (1911-12) y de forma limitada en las guerras balcánicas (1912-1913).

Al estallar la Primera Guerra Mundial ambos bandos consideraban que el avión era tan sólo adecuado para el reconocimiento. La fascinación colectiva con las batallas aéreas de la primera guerra oscurece la misión más prosaica pero importante de los aviadores. Durante los primeros compases de la guerra se los utilizó únicamente como exploradores y observadores de artillería. Su utilidad en ese sentido fue inmediata. Aviones de reconocimiento británicos avisaron del movimiento de tropas alemán antes de la batalla de Mons y más tarde del cambio de dirección de Von Kluck cuando giró al norte de París.

Los aviones de caza evolucionaron como forma de denegar al otro bando la perspectiva aérea. Inicialmente los pilotos portaban armas para disparar a sus enemigos. Las ametralladoras eran mejores, pero resultaba complejo encontrar una apropiada para unos aviones tan ligeros y no existía un lugar donde montarlas sin perder el campo de tiro.

Los aviadores se enfrentaron al problema reformando los aviones. El 1 de abril de 1915, el aviador francés Roland Garros utilizó una ametralladora que disparaba hacia delante para destruir un avión de reconocimiento alemán. Para evitar el problema de que las balas pudiesen destruir las hélices, Garros las blindó y pudo así dominar el aire durante dos semanas, hasta que la lógica de la guerra industrial se impuso. Ambos bandos estaban igualados tecnológicamente. Cuando Garros se estrelló tras las líneas alemanas, Anthony Fokker descubrió el secreto de su éxito. Fokker era un holandés cuyos diseños habían interesado a los alemanes incluso antes del conflicto. Le enviaron el aparato de Garros y le pidieron que lo mejorara. No se mostró impresionado por el rudimentario aparato de Garros, que podía hacer que las balas rebotaran sobre el piloto. Desarrolló un interruptor para su aparato, el Eindecker, que permitía disparar hacia delante de forma sincronizada con las hélices.

El piloto alemán más destacado de 1915, Oswald Boelcke, fue el primero en derribar un avión con el nuevo sistema. Hacia 1916, los aliados habían copiado el sistema de interruptor y acabaron con la superioridad de los Fokker. Aunque los alemanes lograron la superioridad aérea sobre Verdún, los Aliados lo hicieron sobre el Somme. Sin embargo, a diferencia de los alemanes, el denominado Royal Flying Corps deseaba lograr la superioridad aérea permanente sobre las líneas alemanas para elevar la moral.

La estrategia alemana reflejaba la postura defensiva en tierra. Concentraron su poder aéreo en

unidades móviles conocidas como «circos volantes» que podían ser desplazados rápidamente a sectores atacados y asistir en los contraataques. A principios de 1917, esa ventaja se inclinó del lado alemán con la serie Albatros, culminando en el «abril sangriento» cuando las pérdidas británicas llegaron a los 30 % mensuales. Con la introducción del SE5, el Bristol, los Camels y los Snipes, los Aliados reconquistaron los cielos. Se mejoraron los sistemas de entrenamiento, aunque según los datos oficiales británicos, de los 14.166 pilotos que fallecieron, 8.000 lo hicieron en el entrenamiento. La aviación era un cuerpo apto sólo para los más audaces.

La mayoría de los combates aéreos eran duelos desiguales entre veteranos y noveles, o entre ágiles cazas y aviones de reconocimiento. Los pilotos reconocían a los más brillantes que también incluía los del enemigo. La noción de «as» comenzó en junio de 1915 cuando un diario parisino apodó a Adolph Pegoud como «el as de nuestra aviación», en referencia a la primera carta de la baraja, término que se consolidaría y pasaría a denominar al mejor combatiente aéreo.

Los ases de la primera guerra siguen siendo objeto de fascinación. Seguimos observando con admiración las guerras románticas en las que las proezas heroicas se podían lograr con un coste humano relativamente bajo. Resulta imposible idealizar la matanza deshumanizada de las trincheras, las confusas guerras coloniales del siglo XX o incluso la Segunda Guerra Mundial que muchos siguen considerando «la guerra buena». Por el contrario, podemos borrar los aspectos menos agradables de la primera guerra aérea e imaginarnos las hazañas de los ases que volaban en aquellos frágiles aeroplanos, que disparaban con sus ametralladoras dobles a un rival caballeroso, imaginándonos a nosotros mismos con el viento en nuestras caras, nuestras bufandas blancas meciéndose en el aire y el penetrante olor a gasolina. La guerra en el aire dejaría una enorme fascinación que sería aprovechada por Hollywood, en particular durante los años veinte y treinta.



El célebre Barón Rojo y su escuadrón.

Hacia 1917, los primeros ases, Oswald Boelke (40 derribos), Max Immelmann (15), Albert Ball de Gran Bretaña (44 victorias) y Georges Guynemer de Francia (54 victorias), estaban muertos. Tras ellos llegaron figuras legendarias como el alemán Manfred von Richtofen, *el Barón Rojo* debido al color de su Fokker triplano (84 victorias), el británico Edgard Mannock (73 victorias), el canadiense Billy Bishop (72 victorias) y el norteamericano Eddy Rickenbacker (27 victorias).

Von Richtofen sigue siendo una de las figuras más recordadas de la Primera Guerra Mundial. En el Barón Rojo se concentran varios elementos del mito: la contraposición entre la modernidad (el avión) y el pasado (la aristocracia), el inconfundible perfil de su triplano rojo (para subrayar su bravura y arrojo) y el hecho de ser un «héroe enemigo» con un acusado sentido del honor. El Barón Rojo mantuvo viva la ilusión de que la guerra era un gran juego en el que se moría joven y querido por los dioses y, una vez muerto, se convertía en leyenda. Cuando falleció, un caza inglés dejó caer un mensaje sobre las líneas alemanas: «El caballero barón Manfred von Richtofen ha muerto en combate el 21 de abril de 1918 y ha sido enterrado con todos los honores militares». Quizá por un disparo desde las trincheras o por ráfagas del piloto canadiense Arthur R. Brown, el Barón Rojo salió de la historia para entrar en la leyenda. Al morir Von Richtofen, el liderazgo de su escuadrón pasó a Hermann Goering que, con el tiempo, se convertiría en el excéntrico comandante de la fuerza aérea durante la segunda guerra mundial, la temida *Luftwaffe*.

Enseñar nuevas técnicas no era tarea sencilla cuando el error se pagaba con la muerte. A pesar de todo, los pilotos aprendieron nuevas tácticas de combate aéreo. Contraria a la visión popular sobre los combates aéreos, la clave del éxito no era girar y evadirse, sino la rapidez. La mejor técnica era lanzarse a gran velocidad desde arriba, derribar al enemigo y desaparecer. Los franceses fueron los primeros en alejarse del individualismo y organizar cazas en formaciones aéreas de seis aviones, los *Cigognes*. Los alemanes replicaron con los *Jagdstaffeln* o *Jastas* y los británicos con grandes formaciones llamadas *Flights*. Hacia 1918, cada bando podía enviar formaciones de hasta cien aparatos, organizados según tipo y función.

Aplicar el poder aéreo directamente al campo de batalla, surgió de manera natural. Ningún bando se sintió obligado por la Convención de la Haya de 1899 que prohibía bombardear a civiles. Los alemanes utilizaron sus famosos dirigibles de los que, a comienzos de la guerra, disponían de 30. Entre 150 y 250 metros de largo y portando hasta 56.000 metros cúbicos de hidrógeno inflamable, parecían muy vulnerables, pero eran relativamente seguros debido a la altura que alcanzaban. Para sus tripulaciones, el mayor enemigo al principio de la guerra era el clima adverso. En 1917, 11 zepelines fueron atrapados por una violenta tormenta y desaparecieron.

Una de las grandes hazañas de la aviación en la guerra fue la del zepelín L. 59. En la primavera de 1917 se aumentó su tamaño y se cargó con suministros médicos y militares. En mayo fue enviado a través del Egeo y el Mediterráneo con la misión de volar sobre Egipto y Sudán para continuar hacia el sur y abastecer a las tropas alemanas en África oriental. El zepelín voló hasta el centro de Sudán, pero antes de que alcanzara Jartum se le ordenó regresar hasta Bulgaria, adonde llegó en noviembre de ese año.

La primera incursión con dirigibles contra Londres se produjo el 31 de mayo de 1915, causando la muerte a siete civiles. El daño fue leve, pero la incursión causó gran consternación entre el pueblo británico. Sin embargo, era poco lo que se podía hacer ya que los británicos todavía no contaban con cazas nocturnos. La mayor incursión se produjo la noche del 2 al 3 de septiembre de 1916, cuando 14 dirigibles consiguieron cruzar el canal de la Mancha. Cuando se constató su debilidad y su poca efectividad, se recurrió a bombarderos pesados. La campaña de los denominados bombarderos «Gotha» comenzó en mayo de 1917 causando 3.000 muertos, lo que llevó al Gobierno británico a comisionar al mariscal Jan Smuts para que investigase el futuro del poder aéreo. De ese informe surgió la Royal Air Force (RAF) bajo Hugh Trenchard, que organizó el bombardeo de Alemania. Un nuevo bombardero británico, el Handley Page, con un alcance de 2.000 kilómetros, consiguió tener a Berlín en su radio de acción, aunque la guerra finalizó antes de que estuviese plenamente operativo. Los resultados de la campaña de bombardeo fueron mediocres, sin embargo, había comenzado un camino sombrío que conduciría hasta Hiroshima.

Aunque el poder aéreo estratégico siguió siendo una idea sin demasiada aplicación práctica hasta la siguiente guerra mundial, el poder aéreo táctico se convirtió en una realidad en 1918. A pesar de su escaso resultado, el arma aérea estratégica captó el interés de Gran Bretaña y de EE.UU. tras la guerra. Aunque el arma aérea táctica había funcionado a los británicos, fueron los alemanes lo que la desarrollarían. Lo mismo sucedió con los tanques.

Los tanques

El 15 de septiembre de 1916, en el frente del Somme, las divisiones británicas atacaron las líneas alemanas. En ese momento hizo su primera aparición el tanque: 50 unidades del modelo Mark I. Si la aviación era un ejemplo de una competición que aceleró los cambios, el tanque demostró que la competencia forzó el cambio por diferentes caminos. Sin embargo, los alemanes concentraron sus escasos recursos en otras armas, en particular los proyectiles con gas, debido a la superioridad de la industria química alemana sobre el resto. La necesidad de un vehículo que pudiese atravesar la tierra de nadie y que combinase movimiento y potencia de fuego era evidente desde el inicio del conflicto. Su máximo defensor fue el coronel Ernest Swinton. Hacia febrero de 1915 Churchill se había interesado lo suficiente sobre el tema como para formar un comité que concluyó que las orugas eran superiores a las ruedas.

La idea cristalizó en máquinas equipadas con orugas y blindaje para la tripulación. El nuevo ingenio fue bautizado «tanque», un camuflaje verbal, ya que parecían tanques de agua cuando fueron transportados al frente. La desconfianza entre británicos y franceses llevó a la creación de modelos diferentes, de forma independiente y sin compartir los avances tecnológicos. El «Mark I», británico utilizado por vez primera en el Somme, pesaba 28 toneladas y contaba con una tripulación de ocho hombres. Tenía una velocidad máxima de 6 kilómetros por hora sobre terreno plano y duro que no abundaba en el frente occidental. En el bando francés, el coronel Jean Estienne persuadió al Alto Mando de comenzar un programa de tanques. Por su parte, los alemanes, que se convertirían en los líderes de la guerra acorazada dos décadas después, construyeron tan sólo 20 tanques durante la primera guerra.

Aunque los ingenieros desarrollaron vehículos similares, los oficiales mantenían diferencias sobre cómo debían ser utilizados. Swinton deseaba tanques que apoyasen a la infantería, proponía concentrarlos todos y utilizarlos por sorpresa para romper el frente tras el cual se infiltraría la infantería y la artillería. Por su parte, el coronel Hugh Elles, que se convertiría en comandante del Cuerpo de Tanques, defendía que los tanques debían tener un papel independiente del de la infantería. De hecho, consideraba que todo el ejército debía estar mecanizado.

El primer ataque concentrado de tanques llegó en Cambrai el 20 de noviembre de 1917. Tras una cortina artillera sorpresiva y otra de 3.000 aviones, los británicos enviaron 378 tanques con ocho divisiones de infantería. El resultado fue un avance de 8 kilómetros a lo largo de un frente de 11, con tan sólo 1.500 bajas. La mitad de los tanques cayeron bajo la artillería alemana, se averiaron o quedaron atrapados en el fango. Utilizando tropas especiales y poder aéreo táctico, los alemanes recuperaron el terreno perdido.

A pesar de un inicio tan poco prometedor, los tanques jugaron un papel destacado en el avance final de los Aliados. Los australianos perfeccionaron la coordinación con la infantería. Sin embargo, los tanques de la primera guerra eran demasiado lentos y frágiles como para ser más que un mero apoyo para la infantería. Era una idea que precisaba aún de mayor desarrollo. No fueron la solución para el empate de las trincheras. Su momento llegaría durante la Segunda Guerra Mundial.

6

1917
El año del «sufrimiento indescriptible»

Si la guerra fue antaño un duelo caballeroso,
ahora es una vil carnicería.

General Arthur von Bolfras

En 1914, al comenzar la guerra mundial, el célebre explorador Ernest Shackleton inició una intrépida exploración de la Antártida. Sin embargo, esta llegó a su fin cuando su barco quedo atrapado por el hielo y Shackleton perdió el contacto con el mundo. Tras un viaje épico, logró alcanzar la civilización año y medio después. Shackleton preguntó al primer hombre que encontró en una estación ballenera: «¿Cuándo finalizó la guerra?». «La guerra no ha acabado», contestó el hombre sorprendido, «millones han muerto. Europa se ha vuelto loca, el mundo se ha vuelto loco».

El 7 de noviembre de 1916, el presidente norteamericano Woodrow Wilson fue reelegido presidente de EE.UU. Doce días después, el 19 de noviembre, enviaba una nota a todos los beligerantes proponiendo encontrar una forma de poner fin al conflicto. Un día antes, el emperador Francisco José había expresado su satisfacción porque por fin se hablaba de paz. El 20 de noviembre, a pesar de un episodio de bronquitis, se puso a trabajar intensamente en contra de la opinión de los doctores que le habían aconsejado que guardara reposo. Seis horas más tarde había fallecido. Era el fin de una era.



Soldados alemanes en el Tirol.

NIVELLE Y LOS MOTINES FRANCESES

La imagen de la guerra a principios de 1917 no era muy diferente de la de 1915, cuando las líneas de trincheras habían dividido Europa en dos campos. En el este, la línea de trincheras se había movido 480 kilómetros y se apoyaba en el sur, en el mar Negro, en vez de en los Cárpatos, pero en el norte seguía sobre el Báltico. Existía un nuevo frente de trincheras en la frontera italiana con Austria y en la frontera griega con Bulgaria, mientras que los frentes de Gallipoli y Kut habían surgido y desaparecido.

En 1917 continuó la lucha en el frente occidental. Como resultado de sus bajas en el Somme, los alemanes acortaron sus líneas de trincheras, retirándose unos 40 kilómetros en la parte central del frente hasta la línea defensiva «Sigfrido», que los Aliados denominaban «Hindenburg». En el bando aliado se produjeron destacados cambios en el Alto Mando. En Gran Bretaña, David Lloyd George había tomado las riendas del Gobierno. En Francia, el general Robert Nivelle ocupó el lugar de Joffre como comandante en jefe. Haig permaneció al mando del Ejército británico a pesar de que Lloyd George le despreciaba. Debido a los lazos de Haig con la familia real y con los conservadores, no tenía el apoyo suficiente como para cesarlo. Creía que Haig era un «burro» cuyas insensatas estrategias estaban ocasionando pérdidas inútiles de vidas humanas. Los primeros meses del año eran cruciales para los aliados, pues Rusia se encontraba al borde de la revolución y EE.UU. no se había sumado todavía al conflicto. Incluso tras la entrada de EE.UU. en la guerra, pasarían meses antes de su entrada en acción.

Antes de la guerra, Nivelle había tenido una carrera aceptable sin llegar a ser brillante. Había ascendido a coronel en 1914 y se habría retirado de no haberse iniciado el conflicto. A lo largo de sus años de servicio, se había ganado más de una enemistad por sus supuestos prejuicios anticatólicos (él era protestante). Destacó por sus habilidades ecuestres, aunque pronto se percató de que aquellas ya no eran necesarias en los modernos campos de batalla. Sin embargo, demostró buenas dotes de mando en los primeros meses del conflicto y eso impulsó su carrera. Su momento llegaría en Verdún, donde, con unas bajas aceptables, logró recuperar posiciones destacadas. Muchos creyeron erróneamente que Nivelle había logrado captar la esencia de la guerra moderna y que era el hombre apropiado para aplicar técnicas novedosas en el campo de batalla. Nivelle era un hombre de una arrogante seguridad que se jactaba de poder ganar la guerra con rapidez y a un bajo coste. Era todo lo que el Alto Mando quería oír.

Además, Nivelle parecía ser el hombre indicado para mejorar las complejas relaciones con los aliados británicos. Su madre era británica y presumía de poder comprender mejor a los británicos que sus colegas. Poco después de tomar posesión de su cargo, Nivelle aseguró a Lloyd George que los Aliados entrarían «pronto en Berlín». Este le consideraba el mejor general francés: «¡He aquí por fin un general cuyos planteamientos puedo comprender!». No tardaría mucho en desengañarse.

Nivelle enseguida tomó medidas que parecían encaminadas en la buena dirección. Abandonó el castillo de Chantilly donde trabajaba Joffre por un cuartel más sobrio y más próximo al frente. Asimismo, se percató de la importancia de los signos y cambió el nombre del GAR (en francés, Grupo de Ejércitos de Reserva) por el de Grupo de Ejércitos de Ruptura.

Nivelle ideó un plan para lanzar una fuerte ofensiva en la región de Champagne en abril de 1917. Su plan consistía en lanzar 44 divisiones francesas contra nueve alemanas, algo que, en un principio, parecía sensato. Se trataba de destruir todo el saliente de 100 kilómetros de longitud que se introducía en las líneas aliadas desde la localidad de Arras a Craonne. Cuando finalmente se distribuyeron los planes entre los suboficiales franceses, algunos de ellos cayeron en posesión de los alemanes. En dos incursiones contra las trincheras francesas, los alemanes habían conseguido apoderarse de varias copias íntegras del plan que de forma inexplicable habían sido entregadas a los oficiales de los refugios de primera línea. La seguridad del plan fue lamentable y en París muchos oficiales conocían la fecha y elementos del plan a los que normalmente no hubiesen tenido acceso.

A finales de febrero, las tropas británicas próximas a la localidad de Arras presenciaron algo sorprendente. Las líneas alemanas estaban siendo bombardeadas por los propios alemanes. Tras enviar patrullas de reconocimiento, descubrieron que los soldados alemanes habían abandonado aquellas trincheras. En marzo, tras el análisis del plan francés, los alemanes se retiraron ordenadamente de la posición vulnerable que mantenían y se atrincheraron detrás de la «Línea Hindenburg». El objetivo del bombardeo era destruir lo que los soldados alemanes habían dejado atrás. Conforme se retiraban, los alemanes destruyeron todo a su paso, arrasando campos y pueblos, colocando bombas trampas y envenenando los pozos de agua.

A pesar de los consejos y las súplicas de que desistiera de una ofensiva que ya no tenía sentido, Nivelle insistió en lanzarla contra la nueva posición alemana sin alterar apenas el plan inicial. «¡Tengo un secreto!», presumía en alusión a la barrera artillera que acompañaría a las tropas en su avance. El nuevo ministro de la Guerra, Huber Lyautey, pensaba que el plan era un auténtico disparate, pero se topó con el firme apoyo a Nivelle por parte del Parlamento francés.

El ministro dimitió y el plan siguió adelante. Nivelle era un entusiasta de la estrategia ofensiva y pensaba que con un gran apoyo artillero podía alcanzar la victoria en el frente del oeste en cuarenta y ocho horas. La clave, estimaba, era una sierra entre los ríos Aisne y Ailette por donde discurría un camino rural conocido como *Chemin des Dames* (el 'camino de las damas', llamado así en honor de las hijas de Luis XV que disfrutaban paseando por la zona). Debido a que el frente había estado tranquilo durante mucho tiempo, Nivelle estaba seguro de que los alemanes no estaban tan preparados como en otros sectores. Sin embargo, la sierra de 600 metros de altitud proporcionaba un excelente campo de observación sobre las líneas aliadas.

Cuando finalmente se lanzó el ataque, el 16 de abril de 1917, el resultado fue catastrófico con 120.000 bajas francesas entre muertos y heridos. Nivelle no se arredró y modificó el célebre grito de Verdún: «*On les aura*» ('serán nuestros') por «*On les a*» ('Ya los tenemos'). En realidad no tenía nada. A pesar de las tácticas mejoradas, del enorme heroísmo y de unas terribles bajas, tan sólo se pudieron tomar las primeras líneas de trincheras. Como Nivelle había situado a los mejores soldados en primera línea, las pérdidas afectaron a las vitales unidades de élite. Sabiendo que su carrera

estaba en juego, Nivelle mantuvo el ataque y culpó a sus oficiales de todo. Las enormes ambiciones de Nivelle, unidas a las condiciones miserables de vida en las trincheras, colmaron el vaso de la paciencia de los soldados franceses. La consecuencia directa de esta desgraciada ofensiva fueron los motines que se extendieron por el ejército francés durante 1917 contra unos oficiales que no tenían en cuenta las pérdidas innecesarias de vidas humanas.

Una canción popular entre los amotinados decía:

Adiós a la vida, adiós al amor.
Adiós, oh mujeres, adiós.
En esta guerra infame
ya todo se acabó.
En la meseta de Craonne
quedará nuestra piel.
Como estamos todos condenados
somos los sacrificados.

Hasta hoy se sabe menos de los motines franceses de 1917 que de cualquier otro episodio de la historia francesa moderna. El Ejército ocultó un tema que consideraba humillante. Sin embargo, de los informes fragmentarios que quedaron se puede concluir que los motines fueron un acto espontáneo de sentido común, una huelga masiva contra la insensible forma de dirigir el conflicto. Miles de soldados simplemente abandonaron las trincheras o se negaron a acatar las órdenes de regresar a sus puestos. Ninguna unidad del frente se amotinó, fueron las unidades de primera línea de la retaguardia las que se rebelaron. Los hombres comprendían que en la guerra mueren muchos hombres, pero no entendían tantas muertes en operaciones insensatas. Los amotinados se cuidaron de no revelar lo que sucedía a los alemanes ni darles la oportunidad de explotar aquella situación. Uno de los soldados lo expresó de forma clara: «Los soldados están molestos, pero los alemanes siguen ahí y no podemos dejarlos pasar».

Durante dos semanas, se produjo un gran desconcierto en el sector francés. Surgieron banderas rojas y cánticos revolucionarios. Hacia finales de mayo, ocho divisiones de las que habían participado en la ofensiva se habían rebelado. A principios de junio, la mitad del ejército francés se encontraba afectado. A pesar de algunos eslóganes revolucionarios y ciertos símbolos, la ideología radical no estaba en el origen de los motines, en contra de lo que pensaban los generales franceses. De forma increíble, los alemanes no se percataron de lo que estaba sucediendo en las líneas francesas, un fallo inaudito de inteligencia. Ludendorff diría posteriormente que le habían llegado algunos ecos de lo que sucedía. No existen pruebas de que así fuera.

Nivelle tuvo que ser reemplazado. El nuevo comandante en jefe, Pétain, controló el motín respondiendo a algunas de las peticiones de sus hombres, al mismo tiempo que imponía una estricta disciplina: 629 hombres fueron sentenciados a muerte (aunque sólo se fusiló a 43) y se mejoró la paga, los permisos y la dieta de las tropas francesas. Ordenó la instalación de retretes, duchas y lugares para dormir. Se aseguró de que los cocineros conocieran su oficio y aumentó la ración de

vino al tiempo que combatía las borracheras que habían seguido al motín.

Haig se mostró en desacuerdo con esas concesiones y afirmó que «Pétain tenía que haber fusilado a dos mil». En cualquier caso, el motín había llegado a su fin, aunque quedó claro que el ejército francés no estaba en condiciones de llevar a cabo nuevas ofensivas. Pétain declaró que esperaría la llegada de refuerzos norteamericanos y tanques. Hasta el final de sus días, Pétain recordaría que la forma en la que había manejado el motín era el mayor logro de su vida. Llegó incluso a tranquilizar personalmente a los soldados aduciendo que no habría más ofensivas costosas. Era una política razonable y humana, pero no era conveniente para librar una guerra.

Sentencias de muerte, 1914-1918

	Fuerzas armadas	Condenados Ejecutados
Belgas	220	18
Británicas	3.080	346
Francesas	2.000	700
Alemanas	150	48
Italianas	4.028	750

EL INFIERNO DE PASSCHENDAELE

Tras el fracaso de la ofensiva Nivelle, el peso de ganar la guerra pasó a los británicos. Haig recurrió a un plan que había estado desarrollando desde el final de la ofensiva del Somme. Su atención se giró hacia el saliente de Ypres, el más cercano a los puertos por donde recibían los suministros los británicos. Debido a la inactividad de los alemanes en la zona, Haig concluyó que serían vulnerables a una ofensiva. Uno de los motivos de la ofensiva fue la intensificación de la campaña submarina. Se pretendía tomar los vitales puertos de Zeebruge y Ostende. En una primera fase, las fuerzas británicas abrirían una brecha en Ypres; en la segunda, la marina británica desembarcaría al Sexto Ejército tras las líneas alemanas y posteriormente ambas fuerzas se dirigirían a Gante, lo que permitiría a los británicos el control de las vitales bases navales en Bélgica.



Batería australiana en Ypres.

El 1 de mayo, Haig escribió al Gabinete de Guerra proponiendo una ruptura masiva del frente en Ypres. Un mes más tarde, Pétain le comunicó a Haig que la disciplina se había venido abajo y le describió los motines. Haig consideró que se trataba de una información confidencial y no se lo comunicó a Lloyd George. Sin embargo, el primer ministro sentía que algo sucedía y comenzó a rechazar la idea de un ataque conjunto franco-británico. Aparte de sus dudas sobre la fiabilidad del ejército francés, estaba alarmado por las noticias que llegaban de Italia, donde deseaba enviar a 12 divisiones desde el frente occidental. En Londres también preocupaba la idea de Haig de ganar la guerra de un solo golpe y el jefe del Estado Mayor Imperial, William Robertson, prefería proseguir con ataques limitados.

Haig lanzó la batalla de Passchendaele (o tercera batalla de Ypres) porque estaba seguro de que Alemania sufría una escasez de reservas y estaba a punto del colapso. Esta no sería otra batalla de desgaste, sino la primera que se beneficiaría del desgaste. La batalla no estaba perdida de antemano. Lo que la convirtió en un episodio tan trágico, aparte de las espantosas condiciones sobre el terreno, fue la destrucción de la esperanza.

La tragedia de Passchendaele se desarrolló en tres actos con uno preliminar. El preliminar y el segundo acabarían en éxito; el primero y el tercero fueron desastres sin paliativos. El acto preliminar fue la captura de la cresta de Messines por el Segundo Ejército de Herbert Plumer. Este había concebido la idea de hacer volar la cresta por los aires. Se horadaron túneles bajo la misma, y hacia la primavera de 1917 se habían colocado 19 enormes minas bajo el terreno. Se las hizo estallar el 7 de junio. Estallaron todas menos dos y la explosión no sólo redujo la cresta a escombros y mató o dejó desconcertados a los alemanes que la defendían, sino que hizo que el terreno del saliente se moviera como un océano. El sonido de la explosión fue escuchado en Londres. Por una vez los soldados obtenían la ventaja decisiva que deseaban. El Segundo Ejército tan sólo perdió un tercio de los hombres que había calculado Plumer. Sin embargo, los hombres se atuvieron al plan y se detuvieron al conquistar la cresta. El papel principal pasó a uno de los mariscales de campo

británicos más jóvenes, Hubert Gough y su Quinto Ejército. Fue el primer error.

Una vez que pasó el efecto del estallido inicial, se dejaron pasar cincuenta y tres días antes de volver a atacar. El Gabinete de Guerra mostraba dudas sobre la campaña de Flandes y deseaba enviar tropas a Italia. Haig no consiguió que su plan fuera aprobado hasta el 25 de julio. El plan consistía en que el Quinto Ejército, a las órdenes de Rawlinson, tomara en ocho días un enlace ferroviario situado a 8 kilómetros tras las líneas alemanas. El Cuarto Ejército unido a los franceses atacaría por la costa, y el Segundo Ejército se movería hacia el nordeste desde el saliente para tomar la cresta que se extendía desde Passchendaele hasta Staden.

El primer objetivo del Primer Ejército era la cresta de Pilcken, situada a poca distancia de las líneas británicas. Cuando se inició el ataque el 31 de julio, llovía a cántaros y el bombardeo de dos semanas había destruido el sistema de drenaje. El campo de batalla era ya un inmenso pantano y los alemanes habían aprendido la lección. El coronel Fritz von Lossberg, uno de los especialistas alemanes en defensa, estableció un nuevo sistema defensivo en profundidad. Incluía búnkeres de concreto y unidades especiales de contraataque que golpearon cuando los atacantes británicos se encontraban más débiles. El Quinto Ejército finalmente tomó la cresta de Pilcken tras tres días de lucha encarnizada y tras sufrir 31.000 bajas. El resultado fue lo bastante positivo como para que Haig deseara proseguir, a pesar de los consejos en contra. El Quinto Ejército finalmente se detuvo en la elevación de Gheluvelt y Langemarck. Al finalizar el primer acto, los británicos habían perdido 64.000 hombres y 3.000 oficiales en el barro sin alcanzar los objetivos del primer día.

El segundo acto lo protagonizó el Segundo Ejército con los Anzacs en vanguardia. El principal objetivo era una serie de crestas a lo largo del nordeste del saliente. Haig y los oficiales británicos habían preparado meticulosamente el ataque con una devastadora barrera artillera de 1.300 cañones y obuses. El tiempo era seco y cálido y fue posible trasladar los cañones al frente. Los ataques debían limitarse a un corto frente y a una penetración poco profunda. Cuando alcanzasen sus objetivos, debían detenerse y construir trincheras para evitar contraataques y esperar que los cañones alcanzasen la zona. La cresta Passchendaele-Staden fue tomada en el asalto. Los pilotos británicos señalaban los objetivos a las baterías artilleras. Ludendorff se vio obligado a reconocer: «La ofensiva enemiga ha tenido éxito, lo que prueba la superioridad del ataque sobre la defensa».

El segundo golpe británico se produjo en la parte sur del saliente el 26 de septiembre. Haig creyó que había llegado el momento, y dos días más tarde escribió que el enemigo estaba a punto de venirse abajo. El tercer ataque se produjo el 4 de octubre en Broodseinde, una gran victoria para los británicos y una derrota para los alemanes. Pero no se había producido un colapso alemán y las tropas del Segundo Ejército tan sólo tenían un pie a tierra en la cresta de Passchendaele. Haig mantuvo una conferencia con sus oficiales. El consenso era detener la ofensiva. El plan para llevar a cabo un desembarco se había descartado. Sin embargo, Haig decidió seguir. Las condiciones atmosféricas eran favorables y tenía la posibilidad de que se produjera un colapso alemán. Además, deseaba el terreno elevado para el invierno.

Así comenzó el acto tercero, uno de los más terribles de la historia militar. Ludendorff supo captar su esencia: «Ya no era vida. Era un sufrimiento indescriptible». Toda la ofensiva se centró en la localidad de Passchendaele. La lluvia regresó con fuerza al campo de batalla y convirtió el terreno

en un cenagal intransitable. Los británicos y los alemanes, hundiéndose en el lodo, luchaban sin saber muy bien por qué. Un soldado británico afirmó que se había convertido en «un zombi». Un veterano describió el campo de batalla: «Era como un inmenso cenagal de desaliento, en el que un sinfín de batallones, brigadas y divisiones de infantería luchaban por no hundirse, para terminar saltando por los aires hechos pedazos o morir ahogados, hasta que al final, después de una matanza inconmensurable, habíamos ganado unos pocos kilómetros de barro líquido». Algunos hombres comentaban con sarcasmo que habían visto submarinos alemanes en las trincheras.

Las tres batallas del acto tercero, Poelcapelle el 9 de octubre, la primera de Passchendaele del 12 al 26 de octubre y la toma final de esta localidad por los canadienses el 6 de noviembre, apenas pueden ser distinguidas unas de las otras. Todo se hundió en el barro. Cuando la ofensiva finalmente se detuvo, el saliente de Ypres se había agrandado en beneficio de los alemanes y su punta en Passchendaele se encontraba a tan sólo a 9 kilómetros de Ypres. En Londres, un desesperado Lloyd George exclamaba: «Barro y sangre, barro y sangre. No pueden pensar en nada mejor».

La historia oficial británica cifra el número de muertos y heridos en 245.000. Las pérdidas alemanas se estiman entre 175.000 y 200.000 hombres. Incluso valorándola únicamente como batalla de desgaste, Passchendaele fue un fracaso, pues Haig perdió tres hombres por cada dos alemanes. El acto final costó a los británicos algo más que vidas humanas. Cuando el pueblo asumió que los generales eran demasiado estúpidos para analizar los pronósticos del tiempo o cuando las mujeres comprendieron que sus maridos e hijos fallecían en la degradación y el anonimato, se estaban refiriendo a menudo a Passchendaele.

ESTADOS UNIDOS ENTRA EN LIZA

En enero de 1917, en una comunicación secreta enviada por el ministro de Asuntos Exteriores, Arthur Zimmermann, al embajador alemán en México, Heinrich von Eckart, se instruía a este para que se acercara al Gobierno mexicano con una propuesta para formar una alianza contra EE.UU. y apoyo para recuperar los estados perdidos de Nuevo México y Arizona. El Gobierno británico, que quería exponer el contenido del telegrama, se encontraba ante un dilema: si publicaba el telegrama, los alemanes supondrían que su código había sido roto; si no publicaban el telegrama, perderían una oportunidad de oro para que los estadounidenses se unieran a la guerra e inclinaran la balanza del lado aliado. El mensaje fue enviado durante un período en que los sentimientos antialemanes se vivían con particular intensidad: los alemanes habían torpedeado el buque *Lusitania*, con la pérdida de los estadounidenses que viajaban a bordo.

El embajador alemán en EE.UU., el conde Johan von Bernstoff, proclamó que el telegrama era falso, un burdo complot británico para que EE.UU. ingresase en la guerra. Sin embargo, su reputación se había visto empañada por su estilo de vida libertino. Las fotos en las que aparecía rodeado de mujeres se filtraron a la prensa y eso socavó su influencia tanto en EE.UU. como en Alemania. En un giro imprevisto, Zimmermann confirmó la autenticidad de su telegrama el 3 de marzo, y lo repitió en un discurso el 29 de marzo. El 6 de abril de 1917, EE.UU. declaraba la guerra a Alemania. El káiser

se mostró muy molesto con la labor de Bernstoff, quien fue llamado de inmediato a Berlín. Para el presidente Wilson, una cosa era que los alemanes hundieran buques civiles y otra muy distinta que incitaran a México a invadir EE.UU. El Gobierno mexicano, sumido en una revolución, no deseaba añadir más problemas a un país aquejado de graves deficiencias sociales y económicas. Alemania había perdido la guerra diplomática.

CAPORETTO, EL DESASTRE POR ANTONOMASIA

En febrero de 1917 el joven Benito Mussolini, que se convertiría en el líder del movimiento fascista italiano, operaba en el frente un mortero que hizo explosión matando a cinco soldados y dejándole herido, momento al que luego se referiría como el más feliz de su vida. Posteriormente se diría que la metralla no le había alcanzado el corazón gracias a un libro que llevaba.

La entrada en la guerra de EE.UU. en abril de 1917 elevó la moral de los aliados en general, aunque la salida de Rusia de la guerra permitió que un gran número de tropas alemanas y austriacas pudiesen ser desplegadas en otros lugares. Por otro lado, la entrada en la guerra de EE.UU. creó una situación delicada para el Gobierno italiano, pues la política italiana de «sacro egoísmo» casaba mal con la «nueva diplomacia» del presidente estadounidense Wilson. En octubre de ese año, se produjo una ofensiva austriaco-alemana que acabaría en una humillación completa para las tropas italianas: la batalla de Caporetto.

En la primavera de 1917, los italianos se lanzaron de nuevo al ataque en el Isonzo. Semanas de lucha encarnizada dejaron a los austrohúngaros en una buena posición en junio. En respuesta a este peligro, el comandante italiano Luigi Cadorna cambió sus ofensivas en el Isonzo por las montañas de Trentino, un lugar totalmente inapropiado para librar una batalla. Las tropas tenían que enfrentarse a un terreno escarpado y a la falta de oxígeno. A mediados de agosto, tras un enorme sufrimiento con muy pocos resultados, Cadorna se centró de nuevo en el río Isonzo. La ofensiva, mayor que las anteriores, cosechó cierto éxito logrando que los austriacos se retiraran 8 kilómetros. Sin embargo, un mes de lucha y 165.000 bajas acabaron con la moral de los italianos.



Caporetto, soldados italianos marchan hacia el cautiverio.

Conrad insistió en que se llevase a cabo una ofensiva conjunta con los alemanes, algo que estos no deseaban. Sin embargo, la situación de Austria-Hungría hacía muy necesaria una victoria para apuntalar su alicaída moral. Se aportó artillería pesada y apoyo aéreo con la condición de que la siguiente ofensiva estuviera dirigida por un oficial alemán, el general Otto von Below, que decidió atacar el 24 de octubre.

El ataque no sorprendió a los italianos, pero sí lo hizo su intensidad. Cadorna conocía los preparativos enemigos, pero se mostró confiado en poder resistir. Tranquilizó a los británicos indicando que podría resistir una ofensiva de cinco semanas. Sin embargo, no tuvo en cuenta la diferencia que marcarían las nuevas tropas alemanas y un comandante capaz. Los alemanes desplegaron en secreto un enorme arsenal y las tropas se situaron en sus puestos por la noche. Un bombardeo masivo tras un ataque con gas precedió el feroz ataque. Entre las tropas del Cuerpo Alpino alemán estaba el Batallón Württemberg, bajo el mando del joven capitán Erwin Rommel, que se haría famoso en la Segunda Guerra Mundial por sus campañas en el desierto y que le valdrían el apodo de «el zorro del desierto».



Caporetto, epicentro del ataque, fue añadido a la lista de lugares de infausta memoria en la iconografía bélica. La asombrosa rapidez con que se desmoronó el ejército italiano ha empañado para siempre el honor de sus fuerzas armadas. En algunos lugares, el avance penetró más de veinte kilómetros el primer día. La resistencia italiana se derritió como la nieve. Cadorna tardó en reaccionar fijando nuevas líneas defensivas poco realistas. En poco tiempo la retirada se convirtió en un caos. Las tropas huían despavoridas uniéndose a los civiles en retirada, dificultando el reestablecimiento del orden.

Dos tercios de la infantería italiana eran campesinos que sufrieron el 90 % de sus bajas en la que denominaban la «guerra de los *signori*», la cual libraron, en el mejor de los casos, con resignación. La resignación fue todo lo que el Alto Mando italiano podía pedir dada su desconfianza hacia la iniciativa. El pánico en las filas italianas se extendió y pronto se convirtió en una bacanal de embriaguez, amotinamientos y saqueos. Las tropas alabaron al papa, quien había descrito la guerra como «una matanza sin sentido», y en algunos casos aplaudían incluso el avance de las tropas alemanas ya que ello los libraría de la guerra.

El desmoronamiento del ejército italiano ha permanecido siempre en el imaginario colectivo como muestra de la falta de espíritu guerrero de las fuerzas del país. Las estadísticas de la derrota eran demoledoras. Los italianos perdieron cerca de 12.000 hombres, 30.000 heridos y 294.000 prisioneros. Además, 350.000 desertaron y vagaron por el norte de Italia o regresaron a sus hogares. Tan sólo la mitad de las 65 divisiones del ejército sobrevivieron intactas, la mitad de la artillería se había perdido, más de tres mil cañones, así como 300.000 rifles, 3.000 ametralladoras y 1.600 vehículos de motor. Territorialmente, los italianos perdieron 14.000 kilómetros cuadrados con un millón de habitantes.

El episodio fue descrito con maestría por un conductor de ambulancias voluntario, Ernest Hemingway, en su obra *Adiós a las armas*. Aunque no estuvo personalmente en el lugar de los hechos, eso no resta veracidad a su narración, sin duda una de las grandes evocaciones literarias de un desastre militar[10]. Caporetto es más que un telón de fondo para una historia de amor, es una alegoría de la desilusión que en el mundo de Hemingway todos deben afrontar antes o después. La deserción del protagonista se convierte en un desencanto tan absoluto, que lo siente como romántico, como un ideal negativo que parece más real que el patriotismo.

Caporetto hizo un daño enorme a la imagen de los italianos como combatientes, algo injusto ya que hasta ese momento se habían batido con gran valor en condiciones atroces. En Italia, la batalla se convirtió desde entonces en una metáfora. Los escándalos de corrupción son denominados «Caporetto moral», los políticos amenazan a sus contrincantes con un «Caporetto electoral», las derrotas contundentes en el fútbol han sido en ocasiones denominadas «Caporetto». Cuando los pequeños negocios se ven atrapados por la burocracia del Estado, se habla de un «Caporetto administrativo». Se trata de algo más que de una simple derrota, involucra un sentimiento profundo de podredumbre[11].

Cadorna culpó a los soldados de cobardía aunque el verdadero culpable era él, al negarse a reconocer el lamentable estado del ejército italiano. Cadorna culpó también al derrotismo en la retaguardia (se habían producido numerosas huelgas en Italia) y se refería a Caporetto como «huelga militar». Ofensivas sin sentido, oficiales crueles, mandos absurdos y suministros erráticos habían socavado la moral italiana. Miles de soldados decidieron que la guerra había llegado a su fin y se marcharon a sus hogares. A pesar de todo, los alemanes y austrohúngaros no habían logrado una victoria definitiva. Aunque existía el temor generalizado de que el ejército italiano se hubiese desintegrado, finalmente se logró restablecer el orden en el río Piave.



Decapitando la estatua del Zar Alejando III en Moscú, 1918.

El 9 de noviembre, Cadorna comunicó a sus tropas que había llegado la hora de morir y no de retroceder. No cederían más terreno. Al defender su propio país, la moral aumentó, así como el espíritu combativo de las tropas. Los alemanes podían haber ampliado aún más la victoria de no haber sufrido problemas de abastecimiento, pues al no imaginarse un éxito de tales proporciones, no habían previsto los camiones necesarios para el avance.

El Gobierno italiano finalmente se hartó de Cadorna que fue reemplazado por el general Armando Diaz, mucho más sensible hacia sus soldados. Diaz mejoró las condiciones de la tropa, elevando su moral. Ofreció una amnistía a los soldados que «se hubieran separado de sus unidades», una forma brillante de que los hombres regresaran a ellas con honor en lugar de tener que enfrentarse al castigo por deserción. Se aumentaron las raciones de cantina con comida más variada, se incrementó la paga y los permisos anuales pasaron de quince a veinticinco días, y los más veteranos podían tener más tiempo para trabajar sus campos. Se otorgaron seguros gratuitos de salud y por fallecimiento. Diaz aplicó también una estricta disciplina, aunque se prohibió la práctica de diezmar las unidades.



El Káiser visita el frente de batalla.

Al mismo tiempo, llegaron 10 divisiones francobritánicas que ayudaron a restablecer el orden. Se formaron grupos especiales de comandos —*los Arditi*— para llevar a cabo operaciones especiales. Con el tiempo se convertirían en los héroes militares del país y lograrían un destacado papel en la Italia de la posguerra.

Para los Aliados, la derrota de Caporetto tuvo efectos positivos, pues dio paso a cierta cooperación formal. En noviembre, Lloyd George convocó una reunión en la ciudad italiana de Rapallo para discutir la formación de un organismo conjunto. El Consejo Supremo de la Guerra fue compuesto por representantes militares y políticos que se reunían de forma regular para tratar cuestiones de interés común y formular estrategia. Estaba integrado por diversos comités encargados de los recursos económicos, los alimentos, el transporte, las municiones y la guerra naval. Los líderes aliados, que hasta entonces habían mostrado tanta desconfianza hacia los otros como hacia el enemigo, se vieron al menos obligados a reunirse. El Consejo sirvió como alternativa a los Estados Mayores británico y francés, en los que ni Clemenceau ni Lloyd George confiaban lo más mínimo.

El 28 de octubre de 1918, un reforzado ejército italiano atravesó el río Piave y avanzó hacia Vittorio Veneto, dividiendo en dos el desmoralizado ejército austriaco. La retirada austriaca pronto degeneró en una huida generalizada.

LOS BOLCHEVIQUES AL PODER

Los motines franceses no se propagaron a la retaguardia. Algo diferente sucedió en Rusia. La amenaza de revolución no era nueva para Rusia y desde finales del siglo XIX y principios del XX habían aparecido numerosos grupos radicales entre los cuales destacaban los populistas, los octubristas, los social revolucionarios y los socialdemócratas, partido dedicado a las tesis comunistas de Karl Marx. En 1903, diferencias en el seno del partido habían provocado la escisión entre bolcheviques y mencheviques. Los bolcheviques estaban dirigidos por Vladimir Ulyanov, *Lenin*. En 1905, tras la victoria rusa sobre Japón, Rusia se encontró al borde la revolución que fue evitada por las concesiones del zar Nicolás para constituir una Duma, un órgano democrático. Sin embargo, el zar siguió gobernando como un autócrata. Cuando Rusia entró en guerra en 1914, el país entero fue tomado por una oleada de fervor patriótico y parecía que el zar había logrado el apoyo de su pueblo. Sin embargo, hacia 1917 el entusiasmo popular se había desvanecido.

Durante el tercer invierno de guerra, la situación empeoró y la inflación y la escasez de alimentos y combustible llevaron a un descontento generalizado. Se produjeron disturbios masivos y las huelgas paralizaron el transporte. Con el colapso de la ley y el orden, el gobierno efectivo se hizo imposible. Las grandes pérdidas en el frente habían drenado el ejército ruso de los soldados regulares y estos habían sido reemplazados por campesinos cuya lealtad era cuestionable. Para añadir mayor sufrimiento, el invierno de 1916-1917 fue particularmente frío. Los hombres comenzaron a abandonar sus armas, a desobedecer a sus oficiales y a desertar dirigiéndose hacia sus

hogares. El país se encontraba al borde de la revolución.

Rodzianko, presidente de la Duma, suplicó al zar que regresara a Petrogrado, pero este no quiso escucharle. Poco después, todo el país se encontraba paralizado por una huelga general, los edificios públicos eran pasto de las llamas, los prisioneros salían de las prisiones y los soldados comenzaron a unirse a los huelguistas. En un intento desesperado por retomar el control, el zar abandonó el frente y regresó a Rusia. En su camino a Petrogrado, su tren fue detenido y se le comunicó que la situación estaba fuera de control y que debía abdicar. El zar ofreció hacerlo en su hermano Miguel, pero este declinó la oferta y Rusia pasó a ser una república. La memoria del zar sería siempre odiosa para los revolucionarios. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial, y por órdenes de Stalin, se rescató la memoria de algunos zares para fortalecer el patriotismo ruso, restaurándose los uniformes y las condecoraciones zaristas.

Tras la revolución de marzo se estableció un Gobierno provisional bajo el liderazgo del príncipe Lvov que prometió elecciones generales y establecer un sistema democrático de gobierno. Durante estos cruciales acontecimientos, los alemanes no llevaron a cabo ninguna ofensiva en el este, pues estaban seguros de que el nuevo Gobierno pediría la paz. Sin embargo, el Gobierno provisional, presionado por Gran Bretaña y Francia, decidió que Rusia debía seguir en la guerra. El Gobierno provisional nombró a Brusilov comandante en jefe. En un principio, Brusilov apoyó la decisión tomada por Alexander Kerensky, el nuevo ministro de la Guerra, de lanzar una nueva ofensiva de verano. Pero cuando «Mr. General», como era conocido Brusilov, visitó a las fuerzas en el frente, se encontró a las tropas hostiles a cualquier nuevo ataque. «Si tomamos una montaña, siempre existe otra más frente a nosotros, y nunca logramos nada», le comunicaron los desmoralizados soldados.



A pesar de las dudas de Brusilov, la ofensiva se inició el 1 de julio y se vino abajo en dos

semanas. Un observador inglés recordaría que «muchos hombres se escondían en los bosques y tan sólo regresaban cuando estaban seguros de que la lucha había cesado». Pocos batallones eran tan leales como el llamado «batallón de la muerte», formado por mujeres y liderado por Maria Botchkareva. Las tropas rusas en retirada aplicaron la política de tierra quemada, arrasando todo aquello que podía ser útil a los alemanes y austrohúngaros. Rusia había dejado de ser un rival. El escritor bolchevique Maxim Gorky atribuyó la crueldad de sus compañeros revolucionarios a los efectos embrutecedores de «esa pesadilla sangrienta».

En realidad, el Gobierno provisional no controlaba del todo los acontecimientos, pues compartía el poder con el influyente consejo de los trabajadores, el Soviet de Petrogrado. Bajo su propia iniciativa, el Soviet dictó una orden por la que los soldados tenían que acatar sus órdenes, algo que llevó a la desintegración del ejército ruso. Las noticias de estos acontecimientos llegaron a Lenin, que se encontraba refugiado en Suiza, y el Alto Mando alemán hizo lo posible para que el líder bolchevique regresara a Rusia. Trasladado a través de Alemania en el famoso «vagón sellado» (aunque se trataba de una ficción, ya que Lenin hizo el recorrido en un tren normal), llegó a Petrogrado entre multitudes[12]. Bajo el eslogan «Paz, pan y tierra», el líder bolchevique exigió el fin de la guerra y todo el poder para los soviets. El «vagón sellado» de Lenin demostraría ser un contenedor poco seguro para el «bacilo de la revolución». Uno de los momentos más sorprendentes del siglo XX fue la entrada del Ejército Rojo en Berlín en 1945. Aquella fuerza transportada en el «vagón sellado» regresaría victoriosa a Alemania.

Durante las semanas siguientes, Rusia se sumió en el caos y las noticias de nuevos desastres militares agravaron la situación. El Gobierno provisional culpó a Lenin y lo acusó de ser un espía alemán, por lo que tuvo que refugiarse en Finlandia. Mientras tanto, el liderazgo del Gobierno provisional pasó a Kerensky, un socialista moderado. El nuevo líder se tuvo que enfrentar de inmediato a un desafío por parte del general Lavr Kornilov. Kerensky tuvo que recurrir a los bolcheviques. Lenin regresó a Petrogrado y se planeó la toma del poder.

La revolución de octubre encontró poca resistencia. Durante el mes siguiente Lenin ordenó a los ejércitos rusos que detuvieran la lucha y declaró su voluntad de negociar con los alemanes. Cuando los delegados de ambas naciones se reunieron en Brest-Litovsk, el líder de la delegación bolchevique, Leon Trotsky, intentó retrasar el acuerdo negándose a aceptar los términos. Los alemanes se mostraron furiosos y continuaron su avance hacia el interior de Rusia hasta que Lenin instigó a su representante a que aceptara los términos, por muy duros que fueran. Los alemanes se encargarían de que fueran lo más duros posible.

Huelgas en Rusia

Año	**Huelgas**	**Huelguistas**
1905	13.995	2.863.000

1913	2.404	887.000
1914 (total)	3.535	1.337.000
1914 (agosto-diciembre)	68	35.000
1915	928	540.000
1916	1.234	952.000
1917 (enero-febrero)	1.330	676.000

7

El frente interno

Vosotras, engreídas multitudes de amable mirada
que animáis a los jóvenes soldados que marchan,
entrad en casa y rezad para que no conozcáis
nunca ese infierno donde la juventud y la risa se pierden.

Siegfried Sassoon

En 1917 un pastelero de Edimburgo fue arrestado por vender mermelada en un día designado como «jornada sin dulces». A los británicos se les prohibió lanzar arroz en las bodas o celebrar con fuegos artificiales. En Austria-Hungría, la escasez de cobre llevó al Gobierno a fundir las campanas de las iglesias, las lámparas, los utensilios de cocina y los picaportes. Voluntarios rebuscaban guano de murciélagos para reemplazar los fertilizantes convencionales. En todos los países, las mujeres cosían para las tropas. La guerra alteró la vida de muchas personas que no estaban conectadas con la lucha, pero se produjo una brecha entre los que se encontraban en el frente de batalla y los que estaban en sus hogares. Cuando un soldado visitó a sus padres en Gran Bretaña, los encontró obsesionados por la escasez de chocolate. Detalles como ese hacían que los combatientes sintieran que tenían más en común con sus enemigos que con sus familias.



Campanas austriacas preparadas para ser fundidas. Las necesidades de la guerra total.

Los civiles trabajaban para la guerra, padecían hambre y sufrían emocionalmente debido al conflicto. Las libertades fundamentales fueron sacrificadas por la victoria. Para un ciudadano de las naciones combatientes era virtualmente imposible evitar la pérdida de un amigo o un familiar. Más allá de la experiencia directa de pérdida, la guerra modificó de forma profunda los modelos de trabajo, la dieta, la gestión sanitaria y la disponibilidad de bienes y servicios. La victoria fue de aquellas naciones que fueron mejores en la movilización del pueblo y que lograron que siguieran creyendo en la victoria.

FACTORES ECONÓMICOS

Con el fracaso de la guerra de movimientos, se puso de manifiesto que la victoria dependería de la habilidad de los países en movilizar sus recursos económicos y humanos. La terrible carnicería de 1915 y las tensiones que causó tan sólo confirmaron esa premisa.

En Alemania, Walther Rathenau, presidente del gran consorcio eléctrico AEB, ya había previsto en 1908 una larga guerra de desgaste: «Las guerras modernas ya no serán decididas por luchas cuerpo a cuerpo y héroes homéricos, la actual Diosa de la Guerra es el poder económico». El 3 de agosto persuadió al ministro de la Guerra para establecer el Departamento de Materias Primas Bélicas (KRA, *Kriegsrohstoffabteilung*). El KRA otorgó prioridad absoluta a la producción bélica y a todas las materias primas esenciales (incluyendo la mano de obra). Se estableció una serie de bienes de emergencia sobre los que las fuerzas armadas tenían prioridad. Dada la escasez de materiales podían ser obtenidos en países extranjeros u ocupados, y se proporcionó apoyo a los científicos alemanes que desarrollaban productos ersatz (‘sustitutivos’). El Ejército alemán también recurrió al Instituto Káiser Guillermo de física y electroquímica de Berlín cuyo director, Fritz Haber, logró desde el desarrollo de líquido anticongelante para los vehículos en el frente oriental, hasta el desarrollo del programa de guerra química.

Se establecieron una serie de Compañías de Materias Primas de Guerra para administrar y distribuir los productos. La red de contratos industriales de Rathenau aseguró la participación de toda la industria alemana. Estos comités, aunque protegidos y supervisados por el Estado, se constituyeron sobre las organizaciones existentes en la industria alemana que ya se encontraba dominada por grandes cárteles monopolísticos. No había necesidad, por ejemplo, de establecer una Compañía de Guerra del Carbón, pues ya existía un fuerte cártel en el sector. En septiembre de 1914, las mayores compañías industriales alemanas formaron el Comité Alemán para la Industria Alemana que representaba sus intereses y asesoraba al Gobierno en cuestiones industriales.



Efectos del bloqueo aliado. Ciudadanos de Berlín intentan arrancar carne de un caballo muerto.

Enfrentada a un efectivo bloqueo naval, Alemania seguía precisando importar carbón y otras materias primas. El Ministerio de la Guerra creó en 1916 una compañía central de adquisiciones (ZEG, *Zentraleinkauftgellschaft*) que compraba en países neutrales como Holanda y Suecia lo que Alemania no podía producir. Sin embargo, el Gobierno fracasó en garantizar el suministro de alimentos. Al caer las cosechas y ante la imposibilidad de importar, las autoridades locales y el Gobierno federal intentaron fijar un precio máximo para los alimentos y la ropa. En enero de 1915 la Oficina de Grano Imperial introdujo el racionamiento de pan, seguido de un racionamiento de todos los comestibles.

La rápida reorganización de la economía alemana sirvió de modelo para sus enemigos. El ministro de la Guerra francés, Alexandre Millerand, respondió a la aguda escasez de proyectiles de septiembre de 1914 reorganizando la industria nacional en 12 regiones y distribuyendo peticiones enormes de proyectiles y cañones. Aunque Millerand permitió que los negocios privados continuaran produciendo armamento, la iniciativa logró resultados inmediatos, aumentando de forma significativa la producción de municiones durante los primeros meses de la guerra. Sin embargo, la escasez de munición en la primavera de 1915 exigió un nuevo incremento de la producción. En mayo, Albert Thomas fue nombrado subsecretario de Estado de Artillería y Municiones (posteriormente Ministerio

de la Guerra). Thomas estableció subcomités coordinando las áreas específicas de producción, incluyendo proyectiles y explosivos, y trabajó estrechamente con la industria francesa que se había organizado ya para la guerra.

En Gran Bretaña lo más grave del comienzo del conflicto fue la escasez de proyectiles. En los primeros meses se hizo frente a las exigencias económicas de la guerra con una economía de mercado. El Gobierno actuaba en calidad de cliente otorgando lucrativos contratos a la industria privada. Sin embargo, la mayoría de expertos militares habían vaticinado una guerra de movimientos y, por lo tanto, no habían otorgado prioridad a la artillería pesada. Cuando la guerra se convirtió en un interminable horizonte de trincheras, la necesidad de proyectiles de gran calibre y alto poder explosivo se hizo acuciante. El ejército tenía pocos cañones y, por tanto, pocos proyectiles, y las fábricas existentes, con sus trabajadores poco preparados y mal organizados, no estaban capacitadas para esa producción tan peligrosa y especializada.



Cartel de reclutamiento británico «Tu país te necesita».

En la primavera de 1915 Gran Bretaña estaba produciendo tan sólo 700 proyectiles al día, mientras que los alemanes producían 250.000. La «crisis de proyectiles» generó una gran presión para que el Gobierno ejerciera un mayor control centralizado sobre la mano de obra y la industria. En mayo de 1915 Lloyd George fue nombrado ministro de Municiones con la responsabilidad de

proporcionar suministros militares adecuados para el frente. Fue el hombre adecuado para el puesto ya que supo aportar energía y determinación, estableciendo una serie de organizaciones dentro de un sistema centralizado de producción bélica.

Por su parte, Rusia ingresó en el conflicto con una confianza errónea. Un diario señalaba: «Gracias al aumento industrial y a las buenas cosechas de estos últimos años, estamos completamente preparados para una larga guerra». Sin embargo, los intentos del Gobierno de lidiar con el conflicto dadas las estructuras burocráticas y económicas existentes, resultó ser desastroso.

Rusia poseía 4,5 millones de rifles en 1914, pero en 1915 había reclutado a 10 millones de hombres. Como consecuencia de este incremento exponencial del ejército, a algunos soldados se les tuvo que proporcionar porras y, en algunas unidades, tan sólo uno de cada cinco soldados tenía una bayoneta. Hacia finales de 1914, las tropas de primera línea no tenían botas, cocinas de campaña, ni suministros médicos. La escasez de artillería pesada y de proyectiles era desesperada. Los proveedores del Gobierno recibieron enormes pedidos de materiales de guerra, pero eso fue insuficiente para la creciente demanda. La transición a la producción de guerra se estaba deteniendo y la movilización privó a la industria de un 40 % de trabajadores especializados, algo que golpeó con dureza a la producción durante el primer año de guerra. Para agravar más las cosas, el transporte de ferrocarril fue requisado por el ejército que dejó materias primas en el camino.

La «gran retirada» rusa de 1915 llevó a la caída de Varsovia en manos alemanas y a la pérdida del mayor productor ruso de locomotoras y vagones: Levenstein. Un 50 % del sistema ferroviario ruso cayó en manos alemanas y se perdieron cuatro mil fábricas (20 % de toda la base industrial rusa). Se estableció un Comité Centralizado de Industrias Bélicas para coordinar la industria pesada y se crearon comités especiales para la Defensa, Alimentos, Combustible y Transporte que dirigían la producción en cada una de estas vitales materias primas.

A finales de 1915, la movilización industrial masiva para la «guerra total» era ya una realidad en todos los países. Los frutos de ese esfuerzo se dejarían sentir en las campañas de 1916, cuando las potencias arrojaron su gigantesca fuerza industrial y militar en el barro de Verdún, el Somme y el frente oriental.

FACTORES FÍSICOS

La ocupación alemana de Bélgica produjo una gran conmoción en Gran Bretaña. Las investigaciones recientes confirman que se trató de un período de gran dureza y que fue incluso más brutal que la ocupación nazi treinta años después. La mortalidad aumentó hasta un 160 % durante la guerra como consecuencia de la malnutrición y las enfermedades. Para evitar esa situación, muchos belgas huyeron del país. Un cuarto de millón se dirigió a Inglaterra, donde fueron recibidos con entusiasmo (incluso inspiraron la creación del célebre detective de Agatha Christie, Hercule Poirot). Sin embargo, y como sucede con bastante frecuencia, la simpatía hacia los refugiados pronto se tornó en desconfianza: los sindicatos temían que los recién llegados quitaran el trabajo a los ingleses; los dueños de tierras no deseaban alojarlos, y los protestantes recelaban de aquella masa de fervientes

católicos.

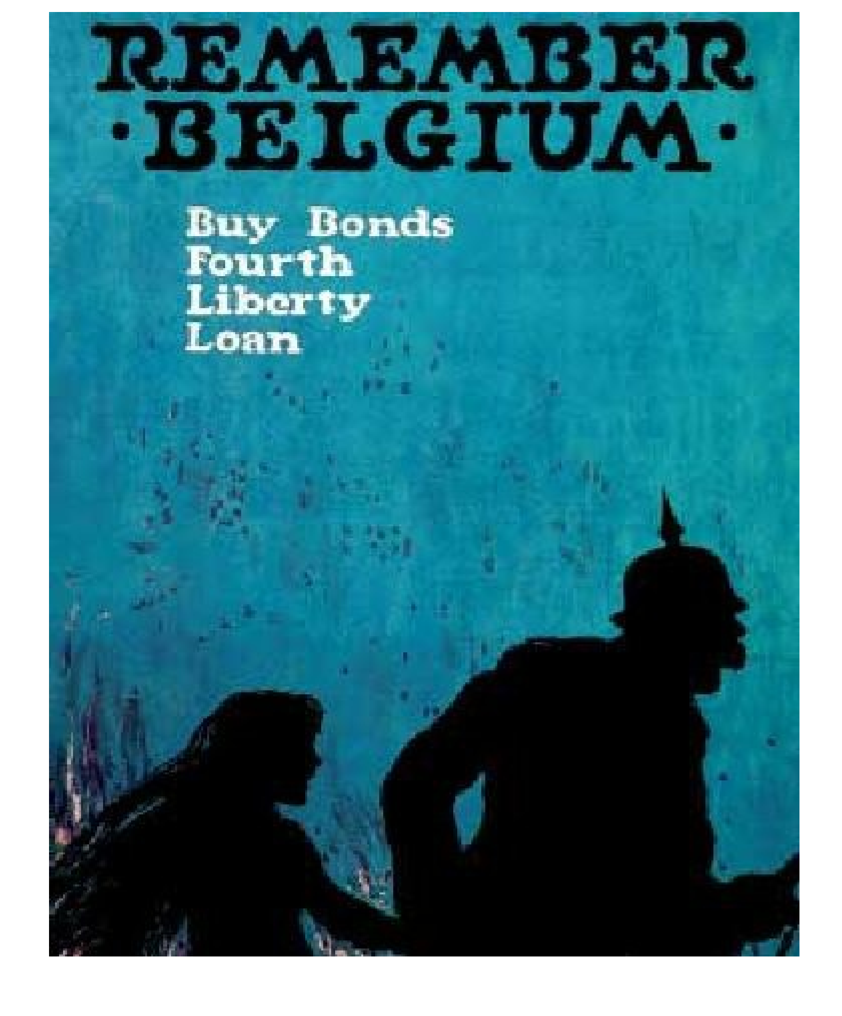
En otras zonas, los civiles también fueron forzados a abandonar sus hogares: rusos que huían de los alemanes, austriacos de los rusos, italianos de los austriacos, serbios de los búlgaros… La lista creció con la guerra. En un territorio ocupado, la guerra es siempre una guerra total. El diario del tendero David Hirsch en la localidad de Roubaix ilustra bien la miseria de la población subyugada: falta de noticias del frente y de comunicación con el resto de Francia, escasez de alimentos, albergue de soldados alemanes, requisición de alimentos, productos industriales y la mano de obra forzada. Todo aquel que estuviera ayudando a los Aliados era susceptible de ser fusilado. El único consuelo para Hirsch era «la escasez que debe existir también en Alemania». Aunque Hirsch lo desconocía, la ocupación de esos departamentos franceses hizo mucho por endurecer la determinación francesa de derrotar al odiado enemigo.

Para las poblaciones alejadas de las zonas de combate, la destrucción podía llegar en forma de bombas de zepelines o, más tarde, de bombarderos. La imagen de los enormes dirigibles, y posteriormente la de los primeros bombarderos, sembraba el terror. Sin embargo, estos ataques aéreos no fueron un factor crucial como lo serían en conflictos posteriores. Era mucho más probable que las ciudades fueran destruidas por bombardeos artilleros, como en el caso de la localidad de Ypres que quedó totalmente arrasada.

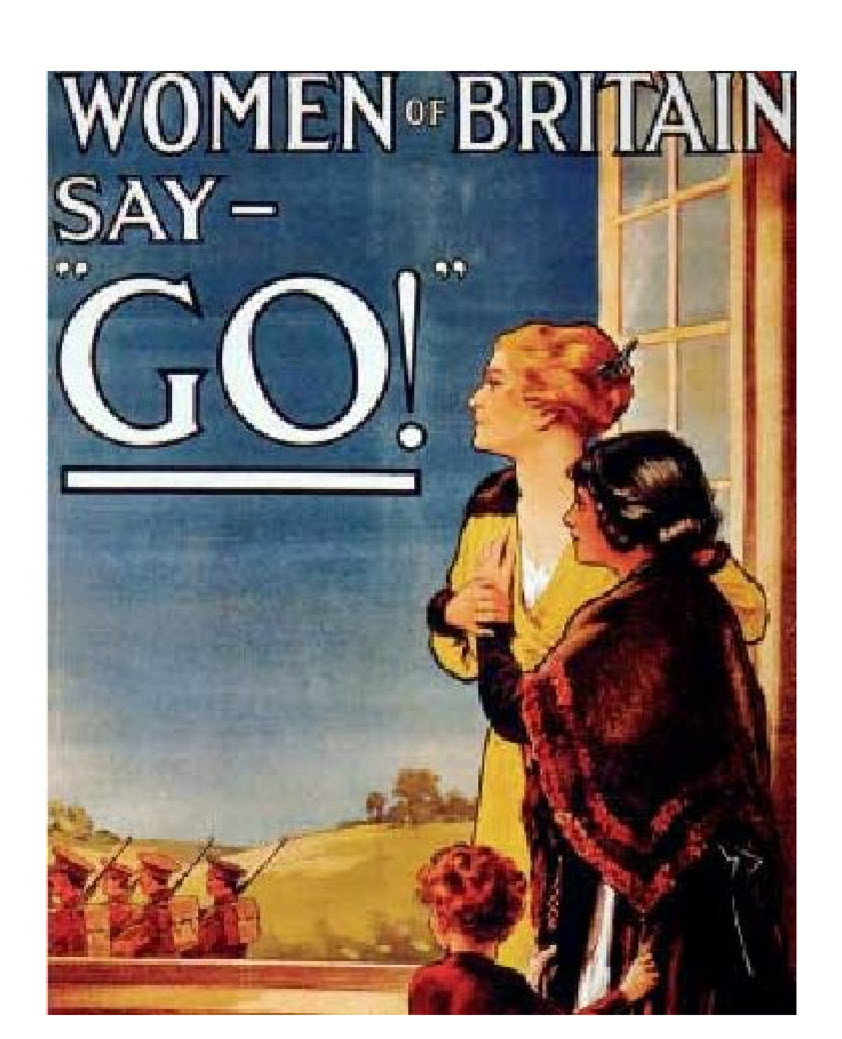
FACTORES POLÍTICOS

La habilidad de los civiles de soportar la carga de la guerra dependía en gran medida del apoyo de los Gobiernos. Una comparación de la política en Gran Bretaña, Francia y Alemania sirve para ilustrar el efecto de esos factores.

En cada uno de esos países la mayoría de los políticos dejó de lado sus diferencias al inicio del conflicto. Viviani, el primer ministro francés, creó la «Union Sacrée» ('Unión Sagrada'), «una coalición de defensa nacional». Los líderes de los partidos británi cos dieron una tregua política para apoyar al primer ministro liberal Asquith. En el Reichstag alemán, los diputados del Partido Socialdemócrata respondieron a la exigencia del káiser de que la guerra «no reconoce partidos, sólo alemanes», declarando una *Burgfriden* o 'paz civil', otorgando su apoyo al canciller Bethmann Hollweg. Sin embargo, cuando la guerra se prolongó, comenzaron a aparecer grietas en las frágiles estructuras políticas.



«La violación de Bélgica» sería una importante arma de propaganda aliada.



«Las mujeres de Gran Bretaña dicen: ¡Acude!».

El indeciso Viviani dimitió en octubre de 1914. Su sucesor, Aristide Briand, logró mayor autoridad sobre los comandantes franceses, pero fue obligado a dimitir tras los sucesos de 1917. Le siguieron otros dos primeros ministros entre escándalos de venta de secretos a Alemania. Los socialistas exigían una paz negociada y abandonaron la «*Union Sacrée*». Tan sólo cuando el presidente Poincaré designó en noviembre de 1917 a su enemigo político, Georges Clemenceau, *el Tigre*, de setenta y seis años, encontró Francia el primer ministro que necesitaba en un momento tan decisivo. Clemenceau había criticado duramente a los anteriores Gobiernos y demostró su voluntad de vengar la derrota de 1871. Con sus frecuentes visitas al campo de batalla, sus inspirados discursos y su dominio sobre el Alto Mando, consiguió unir a la nación. Es posible que Churchill se inspirara en su dirección para su propio Gobierno durante la batalla de Inglaterra en 1940, pues estaba presente cuando Clemenceau expresó su voluntad de defender la capital francesa: «Lucharé frente a París, lucharé en París, lucharé detrás de París».

En Gran Bretaña, en 1916, Asquith se encontraba desmoralizado por las dificultades: las luchas políticas sobre el reclutamiento, el levantamiento irlandés en Dublín, y la pérdida de Lord Kitchener que había sido enviado a Rusia para reorganizar su ejército y había fallecido en junio de 1916 cuando el crucero *Hampshire* que le llevaba a Rusia chocó con una mina en las Orcadas. Finalmente, Asquith tuvo que dimitir siendo sustituido por Lloyd George al frente de una coalición que logró revigorizar la conducción de la guerra y que, como Clemenceau, supo ganarse la confianza del pueblo.

El levantamiento de Irlanda fue uno de los momentos más delicados del frente interno en Gran Bretaña. Justo antes de la guerra, la controversia sobre el denominado «Home Rule» irlandés había pasado al primer plano de la política británica. El «Home Rule» significaba en esencia el traspaso del Gobierno nacional de Irlanda al Parlamento irlandés y, una vez que este se completara, el Parlamento con sede en Dublín lograría también el control sobre la zona del Ulster, de mayoría protestante. Las relaciones internacionales y la política militar seguirían dependiendo del Gobierno británico. El Gobierno de Londres esperaba evitar un estallido de violencia y muchos protestantes temían que se iniciara un proceso de represalias contra ellos. Apoyados por el ejército británico, muchos comenzaron a armarse.

Muchos oficiales británicos consideraban que el «Home Rule» era una rendición y se oponían frontalmente a dejar que siguiera adelante. En un cuartel de la localidad de Curragh, se recibieron órdenes de dirigirse a desarmar a las milicias protestantes. Su comandante anunció que antes de hacerlo, dimitiría, medida secundada por otros oficiales. El «amotinamiento de Curragh» fue un golpe inesperado para el Gobierno británico. Haig se añadió a la protesta anunciando que si se tomaban represalias contra los oficiales de Curragh, muchos altos mandos abandonarían sus puestos. El inicio de la guerra dejó aparcado el tema. Los irlandeses, tanto protestantes como católicos, acudieron en defensa de Gran Bretaña.

Sin embargo, un grupo de irlandeses liderados por Roger Casement (que había destacado por su crítica hacia los abusos coloniales en el Congo) pensaron que la guerra era una ocasión inmejorable

para lograr la ansiada independencia. Por su parte, el Gobierno alemán consideraba que era una oportunidad única de desestabilizar a Gran Bretaña y esperaba que el ejemplo cundiera también en la India. Debido al amotinamiento de Curragh, esperaba fomentar la desunión de los oficiales británicos. En abril de 1916, buques británicos apresaron un buque cargado con armas alemanas destinadas a Irlanda. Ese mismo año, el Gobierno británico decidió que se adoptaría el «Home Rule» pero no en la región del Ulster, lo que enfureció a los nacionalistas irlandeses. Además, se introdujo el servicio militar obligatorio. Los alemanes lograron introducir a Casement en Irlanda, pero este fue detenido y acusado de traición, aunque él alegaba que había acudido para prevenir a las autoridades de un levantamiento. Casement sería juzgado, condenado y ejecutado el 3 de agosto de 1916, a pesar de las peticiones de clemencia de numerosos británicos.

El 24 de abril, los nacionalistas irlandeses decidieron pasar a la acción tomando la Oficina Central de Correos en Dublín. Las tropas británicas intervinieron rápidamente barriendo las posiciones nacionalistas con artillería. Cuando los nacionalistas fueron detenidos, los ciudadanos irlandeses les arrojaron huevos y fruta podrida. No entendían que hubiesen adoptado esa medida traicionera mientras los jóvenes estaban luchando en el frente. Sin embargo, los británicos cometerían un error garrafal fusilando a los principales líderes de la insurrección. La simpatía por los rebeldes aumentó cuando se supo que uno de ellos, James Connolly, que se encontraba demasiado débil para mantenerse en pie, fue atado a una silla para ser fusilado. Aquellos fusilamientos lo cambiaron todo. Los abucheados se convirtieron en mártires y la llamada «Rebelión de Pascua» dio paso a una nueva generación de nacionalistas irlandeses. Aunque la rebelión distrajo al Gobierno británico, no supuso, como esperaban los alemanes, la rotación masiva de los soldados británicos del frente occidental.

Liderados por Eamon de Valera y Michael Collins, los nacionalistas libraron una eficaz guerra de guerrillas contra las tropas y los intereses británicos. Gran Bretaña respondió revocando el «Home Rule» y ampliando en 1918 el servicio militar obligatorio en Irlanda. Tras la guerra no llegó la paz a Irlanda, sino una guerra civil que en 1922 llevó a la división de Irlanda en el Estado Libre de Irlanda, con capital en Dublín, y a la República de Irlanda del Norte, con capital en Belfast, que siguió siendo parte de Gran Bretaña. Era el inicio de un largo y cruento conflicto.

Las luchas políticas internas no se produjeron en Alemania, donde Bethmann Hollweg tendía a ceder ante las exigencias de los militares. Hacia 1916 el canciller se mostraba partidario de una paz negociada, pero bajo la figura dominante de Hindenburg (jefe del Alto Mando) y de Ludendorff (comandante en jefe) esa vía se vio truncada. Estos dos hombres formaron una dictadura de facto. Sin embargo, en el Reichstag, la oposición crecía y amenazaba con aprobar una propuesta de paz. En el pulso siguiente, Bethmann Hollweg tuvo que renunciar y su sucesor, Georg Michaelis, fue cesado cuatro meses después cuando el Reichstag desafió al Gobierno con una propuesta de reforma electoral. Bajo el nuevo canciller, Von Hertling, continuaron las disputas que remitieron con los éxitos provisionales de 1918. Hindenburg y Ludendorff serían los que gobernarían Alemania hasta el final de la guerra, a menudo sin ni siquiera informar al káiser, que pasó a ser una figura decorativa.

Todos los Gobiernos aumentaron sus poderes para hacer frente a las exigencias de una guerra prolongada. Gran Bretaña no podía haber estado tan activa en el frente occidental si no hubiera

introducido el servicio militar obligatorio. Tampoco se podía haber realizado el gran esfuerzo armamentístico de no haber realizado un control sin precedentes de la mano de obra. Los Gobiernos se mostraron reticentes a regular el abastecimiento británico de alimentos, pero en 1918 se tuvo que poner en práctica para hacer frente a los ataques alemanes contra los mercantes.

Francia, que poseía una menor población y había perdido una gran proporción de sus recursos industriales, se tuvo que enfrentar a mayores exigencias y dependió cada vez más de su aliado británico. Para reclutar el suficiente número de hombres, tuvo que recurrir al 67 % de los hombres adultos. El Gobierno se vio obligado a introducir el impuesto directo, pero tuvo que recurrir a la impresión de papel moneda, lo que causó altos niveles de inflación.

La respuesta alemana a las exigencias bélicas fue el denominado «Programa Hindenburg» para la concentración total de recursos y producción. El programa tenía cierto aire estalinista, aunque sin expropiación directa de la propiedad. Se cerraron industrias no esenciales y todos los hombres entre diecisiete y sesenta años fueron llamados a filas. Con esa intervención burocrática masiva y con la explotación brutal de las zonas ocupadas, el ejército contó siempre con suministros suficientes. A pesar de todo, el mercado negro se descontroló y el Gobierno fue poco sensible a las necesidades civiles. Sus prioridades quedan ilustradas en el hecho de que dedicó el 83 % de su presupuesto a necesidades militares y tan sólo el 2 % a las necesidades de los civiles. En Gran Bretaña los porcentajes eran 62 % y 16 % respectivamente.

Los países vencedores de la guerra fueron los Estados democráticos de Francia, Gran Bretaña y EE.UU. Aunque aquejados de graves deficiencias estructurales, dependían mucho menos de la autoridad de regímenes monárquicos. Fueron capaces de modificar o cambiar el Gobierno cuando hizo falta, sin tener por ello que desembarazarse de sistemas enteros. Por lo tanto, no sufrieron revoluciones y pudieron formar Gobiernos capaces de trabajar por la victoria. Cuando falló un Gobierno, crearon otro hasta alcanzar la fórmula apropiada.

FACTORES SOCIALES

La guerra exigió un gran esfuerzo a las familias. Nueve millones de hombres, padres, maridos, hijos, hermanos, nunca regresaron y 18 millones lo hicieron impedidos. Además era preciso pagar y fabricar las armas utilizadas en el frente y soportar la escasez y los altos precios causados por la guerra económica. La guerra se infiltró por todos los rincones de la sociedad.

Se exigió a muchos civiles que produjeran de forma urgente materias primas, maquinaria y alimentos. La guerra no supuso sólo pérdidas. Para muchas familias esto supuso nuevas oportunidades de trabajo y un aumento significativo de los salarios. Todos los Gobiernos tuvieron que recurrir a la mano de obra femenina para reemplazar a los hombres y apoyar al ejército con enfermeras, ordenanzas, conductoras (aunque tan sólo Rusia envió a mujeres a luchar). Existen pruebas abundantes de que la mayoría se mostró satisfecha con esas nuevas posibilidades, aunque en general se les pagó menos que a los hombres y tuvieron que comprender que se trataba de trabajos temporales.

Los sindicatos se mostraron de acuerdo en una «tregua» en 1914. Sin embargo, esta no duraría mucho. En los dos últimos años se produjeron huelgas en minas, astilleros y fábricas de municiones británicas: en Francia, en las industrias textiles, en el sector de la construcción, el ferroviario y la minería, y en Alemania en casi todos los sectores industriales. Los huelguistas se quejaban del alto coste de la vida y de los especuladores. En Francia y Gran Bretaña se realizaron concesiones, mientras que en Alemania, donde la situación era más amenazante, se encarceló a los líderes y los huelguistas fueron enviados al frente.

Los disturbios más serios, aparte de en Rusia, tuvieron lugar en Austria, donde la reducción de la ración de harina generó una oleada de huelgas en 1918. La gran ventaja de los Gobiernos británicos y franceses era tener capacidad para garantizar el suministro de alimentos. Las estadísticas de población, aunque revelan un aumento catastrófico en los índices de mortalidad de jóvenes en todos los países contendientes, indican un aumento de la supervivencia de ancianos en Francia y Gran Bretaña, hasta la epidemia de influenza de 1918. Las diferentes condiciones materiales explican el mantenimiento de la moral civil y el agotamiento del esfuerzo de guerra en Alemania y Austria-Hungría.



La incorporación de la mujer al esfuerzo de guerra.

FACTORES PSICOLÓGICOS

El despertar de las fuerzas populares a principios del siglo XX había convertido a la publicidad en una industria muy influyente. La propaganda de guerra fue desde el inicio un factor destacado para mantener la moral. Esta adoptó la forma de suprimir informaciones no deseables y generar mensajes positivos para la causa nacional. La propaganda se introdujo en los hogares en forma de periódicos, octavillas, postales y objetos, desde figuras de Kitchener o Hindenburg, hasta juegos para niños. La

guerra fue de ametralladoras y cañones, pero también de palabras e imágenes. Así, el 5 de agosto de 1914, poco después de iniciarse el conflicto, Gran Bretaña utilizó su marina para cortar la línea telegráfica subterránea que conectaba Alemania con EE.UU. A partir de ese momento, Gran Bretaña controlaría las noticias de guerra que eran enviadas a EE.UU., e influirían en los países neutrales.



La mujer se incorpora al trabajo.

En los cines y los auditorios, artistas como Harry Ludger o Charlie Chaplin animaban al público a amar a su país y a odiar al enemigo. Grandes carteles adornaban las paredes de las naciones combatientes. En Gran Bretaña, la propaganda se dirigió hacia el reclutamiento debido a que el ejército británico dependía al principio de los voluntarios. Tres de los más famosos carteles de la guerra eran sobre reclutamiento, dos de los cuales apelaban al orgullo masculino: «Papá, ¿qué hiciste en la guerra?» y «Las mujeres de Gran Bretaña dicen: "¡Acude!"». El más famoso era el de lord Kitchener que apuntaba con su dedo, bajo el cual aparecía la inscripción: «Te necesito». Sería un cartel que funcionaría posteriormente también en EE.UU. A finales de 1914, 1.190.000 hombres se habían alistado voluntarios en Gran Bretaña, lo que descartó la necesidad de introducir el servicio militar obligatorio hasta enero de 1916.



Trabajadora del ferrocarril británica.

En Francia y Alemania, donde existía el reclutamiento universal, la propaganda se dirigió hacia los líderes civiles debido a que los bonos eran la principal fuente de financiación de la guerra. En Francia uno de los más famosos fue «*On les aura*!» ('Serán nuestros'), que se convirtió en un lema nacional. Es una frase que se atribuye al general Henri Pétain, aunque fue «acuñada» por el capitán Bernard Serrigny, que la había tomado de un periódico. Conforme se intensificaba el conflicto y el entusiasmo flaqueaba, la propaganda adoptó la forma de vilipendiar al enemigo. Curiosamente, el creador de la propaganda más dura fue un neutral, el holandés Louis Raermaekers, cuyas descripciones de los alemanes como asesinos de niños, violadores y asesinos de masas, fueron las más gráficas de todo el conflicto.

La técnica de propaganda más utilizada fue la de las atrocidades. En Gran Bretaña, donde era preciso animar a los jóvenes a alistarse, aparecieron numerosas historias de ese tipo. Una de las primeras fue la de Grace Hume, enfermera de veintitrés años cuya historia apareció en varios periódicos británicos. Se informó de que las tropas alemanas, que avanzaban por Vilvorde, en Bélgica, habían atacado un hospital, matado a los heridos y, posteriormente, cortado los pechos a Hume. Sin embargo, el diario *The Times* descubrió que la enfermera Hume se encontraba en Huddersfield y nunca había estado en Bélgica. La historia había sido inventada por la hermana menor de Hume. Sin embargo, ninguno de los periódicos que habían publicado la historia original ofreció a sus lectores una rectificación.

El brutal trato de los belgas hacia los alemanes, 5.000 de los cuales fueron ejecutados durante la guerra, llevó a la aparición de historias no contrastadas sobre niños mutilados, saqueo y violaciones durante los primeros meses de la guerra. Lord Northcliffe ofreció 200 libras por una fotografía genuina de esas mutilaciones, pero nunca apareció nadie a reclamar el premio. Por su parte, los

periódicos alemanes narraban historias de civiles belgas que mutilaban a soldados alemanes heridos, religiosos que disparaban como francotiradores y la utilización masiva por parte de los Aliados de balas «dum-dum» (balas con cortes en la punta que facilitan la deformación al romperse la cubierta y dejan esquirlas y heridas terribles). El Gobierno británico estableció la Oficina de Propaganda de Guerra Secreta en 1914 para rebatir esas acusaciones y lograr el apoyo neutral para la causa aliada.

Durante el resto de la guerra, las historias de atrocidades alemanas continuaron, alimentadas por sucesos como la ejecución de Edith Cavell, el hundimiento del buque de pasajeros *Lusitania*, los ataques navales y aéreos contra las ciudades británicas y la utilización de gas en el frente de batalla. Cuando faltaba material, la prensa demostraba una gran capacidad de inventiva. La falta de verificación de las historias sobre las atrocidades en los primeros meses del conflicto llevó a la creación de un comité para investigar las supuestas atrocidades alemanas, dirigido por Lord Bryce, que había sido embajador en Washington. Sin embargo, ningún testigo lo hizo bajo juramento y ninguno fue identificado en el informe final. Resulta irónico que los Aliados nunca utilizaran las atrocidades auténticas que habían cometido los turcos contra los armenios en 1915, tal como hicieron con las historias a menudo no probadas de masacres en Bélgica.

Tras la guerra, los nacionalistas alemanes utilizaron la propaganda británica como una excusa para justificar la derrota del supuestamente invencible Ejército alemán. Ludendorff afirmaría: «Estábamos hipnotizados por la propaganda aliada, como un conejo con una serpiente. Fue muy aguda y concebida a gran escala». Sería un argumento utilizado por Hitler para justificar el nivel sin precedentes de control de noticias durante el Tercer Reich. Lo que no captaron ninguno de los dos es que la propaganda resulta inútil si la mayoría de las personas no está dispuesta a escucharla y a creérsela. La propaganda británica y francesa, incluso con los excesos de las invenciones sobre atrocidades, proclamaban los méritos de un pueblo esencialmente unido que creía en la justicia de la causa por la que luchaban. La propaganda alemana difería poco en la forma de los esfuerzos británicos y franceses, pero era muy distinta en tono. La utilización de figuras elitistas o militares para transmitir el mensaje de la causa alemana fracasaba en responder a las inquietudes de los trabajadores.

La censura intervino para eliminar aquellas historias que eran perjudiciales para el esfuerzo de guerra. Se eliminaron también las listas de fallecidos, pues se concluyó que dañaban la moral. En Francia, la prensa limitó las historias más ridículas y aterrorizantes del barbarismo alemán, pues se comprobó que no ayudaban a mantener la moral. Los Gobiernos europeos se percataron pronto de que en realidad no era preciso utilizar la censura. La prensa se movilizó de manera efectiva, narrando historias patrióticas, a menudo inventadas, consecuencia de la falta de noticias oficiales.

Para mantener la moral en Francia surgió un fenómeno curioso, el de las «madrinas», mujeres que apoyaban personalmente a soldados individuales del Ejército francés manteniendo correspondencia con ellos. El objetivo era que estas mujeres, al preocuparse por sus soldados, mantuviesen la moral entre las tropas y les recordaran que sus esfuerzos y sufrimiento eran valorados por los civiles, en este caso las mujeres, que pasaban a jugar así un papel aceptable en el esfuerzo de guerra. Sin embargo, la iniciativa era mirada con recelo por ciertos sectores de la sociedad debido a las posibles connotaciones sexuales de la relación.

Uno de los pocos momentos alegres de la vida en las trincheras era la llegada de la correspondencia que llevaba noticias de los hogares. Para las mujeres que esperaban, la llegada de una carta significaba la certeza de que el marido, padre o hijo seguían con vida. Los mandos militares, que comprendían esa necesidad, no escatimaron a la hora de proporcionar a los soldados tarjetas sin franqueo. Debido a la poca familiaridad de muchos soldados con la escritura, se utilizaron tarjetas con frases ya impresas o palabras dirigidas a la propaganda de la guerra, donde lo único que hacía el soldado era firmar. Aunque, como es lógico, existía también una red de comités de censura para que no se filtraran noticias secretas como el lugar desde donde se escribía o sentimientos poco patrióticos.

En Gran Bretaña, el Ejército contaba con un sistema de cantinas de regimiento, la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) y fondos para el bienestar de los soldados: la BEF recibía 800.000 paquetes cada semana hacia abril de 1917. Los cines, los conciertos y las fiestas mencionadas de forma frecuente en las memorias británicas no aparecen en las francesas. En Gran Bretaña, el entretenimiento de las tropas era organizado, en general, por la YMCA. Los encuentros deportivos, los torneos de boxeo y los partidos de fútbol y de críquet permitían levantar la moral y, de forma indirecta, proporcionaban a las tropas la oportunidad de avergonzar a los oficiales sin incurrir en faltas de disciplina.

La fuerza más estable en lo relativo a la moral fue el Ejército británico. El sistema logístico era el mejor de los contendientes y eso explica que la desmoralización fuera menor que en otros ejércitos. En general, los soldados británicos estaban mejor alimentados y vestidos y disfrutaban de un mejor servicio médico que los otros combatientes. La disponibilidad de pequeños placeres explica en parte el colapso ruso, dado que este país se encontraba en el otro extremo de la eficiencia logística. «Lo estamos pasando muy mal», escribía un soldado ruso, «no hemos recibido pan en dos semanas». Problemas similares aquejaron al Ejército austrohúngaro: «Creo que moriremos de hambre antes de que nos alcance una bala», escribió a su madre un soldado austriaco. Los soldados turcos se batían con una tenacidad impresionante, pero desertaban en masa cuando no les reemplazaban las botas, la comida era pésima o no recibían su paga.

Aunque todos los ejércitos parecieron comprender las complejidades del problema de la moral, pocos podían afrontar las causas. Cuando los soldados alemanes se quedaron sin calcetines o sin comida decente, no era consecuencia de un Gobierno cruel o ineficiente, sino de que la maquinaria militar alemana se encontraba sobreextendida. El Imperio otomano contaba con suficientes alimentos para todos sus soldados, sin embargo carecía de la capacidad logística para hacérsela llegar.

Resulta complicado determinar a ciencia cierta el efecto de las medidas de propaganda, en muchos casos tan sólo funcionó cuando confirmaban sentimientos ya existentes. Los franceses aceptaban la guerra porque «eran parte de una nación». La mayoría de alemanes sentía un genuino orgullo en su *Kultur*. Pero la mayoría de los ciudadanos en todo el mundo sentían que debían soportar la guerra «hasta que los muchachos regresaran a casa», tal como decía una canción.

Por otro lado, algunos sectores hicieron campaña por la paz. En Gran Bretaña, los socialistas y los no conformistas se opusieron a la guerra señalando que la vida humana era sagrada y que los Gobiernos no tenían derecho a obligar a nadie a portar armas. Gran Bretaña y EE.UU. (en 1917)

fueron los únicos países donde se permitió la objeción de conciencia. De los 16.000 británicos objetores, 1.500 era objetores «absolutos», es decir, se negaban a prestar cualquier tipo de servicio relacionado con la guerra.

Muy pocos franceses cuestionaron la necesidad de defender la patria. Existió poco apoyo para los sentimientos antibélicos de escritores como Romain Rolland, que tuvo que trabajar en Suiza. El revolucionario sindicalista, Clovis Andrieu, organizó una serie de huelgas contra la guerra, pero el movimiento decayó tras su detención a principios de 1918. Si el pacifismo acarreaba riesgos en Gran Bretaña y Francia, resultaba imposible en Alemania, donde los censores no bajaban la guardia. Sin embargo, en clubes privados y casas particulares se llevaban a cabo lecturas «nihilistas» y poemas que expresaban el absurdo bélico. Con el progresivo deterioro de las condiciones de vida, aumentó el descontento. Miles de personas se congregaron el día del Trabajador de 1916 para escuchar al líder socialista, Karl Liebknecht, gritar «¡Abajo la guerra!» antes de ser arrestado y condenado a cuatro años de cárcel. Las huelgas alemanas de 1917-1918 fueron más pacifistas que las francesas y contaron con mayor apoyo.

EL ESPIONAJE

Un factor psicológico de consideración era el temor omnipresente a los espías. Ese miedo ya había sido descrito por autores en obras anteriores a la guerra como en la célebre novela de Erskine Childers, *The Riddle of the Sands (El enigma de las arenas)* de 1900, en la que dos hombres en un velero descubrían a la flota alemana presta a invadir Inglaterra. La trama era tan verosímil que dos oficiales de la marina acudieron a investigar la zona. Fueron arrestados, acusados de espionaje y encarcelados. En la novela de William Le Queux, *A Secret Service* (1911) *(Un servicio secreto)* se afirmaba que había 50.000 soldados alemanes en Gran Bretaña, camuflados como camareros y turistas. Alertaba de la existencia de una asociación, «La Mano Escondida», preparada para trabajar para los alemanes. Cuando finalmente estalló la guerra, Gran Bretaña era presa de rumores de espionaje alemán y los diarios anunciaban los nombres de posibles espías. En realidad, no había espías alemanes en Gran Bretaña, pero no tardarían en llegar.

Sir Mansfield Cummings dirigía el «Secret Service» británico, que contaba con pocos fondos y menos personal. Sir Vernon Kell se encargaba de la Inteligencia Militar y era responsable de la censura postal que buscaba espías entre las cartas. El descifrador de códigos era sir Reginald Hall, a cargo de la Inteligencia Naval, que jugaría un papel determinante en el llamado «Telegrama Zimmermann». Otro hombre destacado era Basil Thomson, a cargo del «Special Branch».

El hombre encargado del espionaje alemán en Gran Bretaña era el talentoso Gustav Steinhauer. Había pasado largas temporadas en Gran Bretaña y, haciéndose pasar por pescador, había sacado fotos de buques británicos en la base de Scapa Flow. En vez de reclutar alemanes, Steinhauer consideró más útil recurrir a norteamericanos descendientes de alemanes y a escandinavos que dominaban el inglés. Utilizando pasaportes falsos, los espías alemanes no tenían muchas dificultades para ingresar en Gran Bretaña desde EE.UU. o desde los países neutrales. Un punto débil era su

tendencia a visitar áreas sensibles como puertos, diques y zonas de entrenamiento. Debido a la imposibilidad de recurrir al telégrafo, recurrió a cartas codificadas y a la tinta invisible para transmitir sus informaciones.

El primer espía alemán capturado en Gran Bretaña fue Karl Hans Lody, un antiguo oficial naval que hablaba inglés a la perfección. Fue rechazado por Steinhauer y decidió entonces espiar por su cuenta. Se cree que fue el espía que indicó erróneamente que tropas rusas estaban llegando a Escocia. Sin embargo, Lody había escuchado mal, en vez de «Rusia», esas tropas venían de «Rosshire». Antes de ser ejecutado, escribió una carta de agradecimiento al Gobierno británico por su «amable trato». Otros espías alemanes que correrían la misma suerte fueron Anton Kupferle, Georg Breeckow y el brillante violinista brasileño Fernando Buschman. El suizo Ernst Melin eligió espiar para Alemania debido a problemas financieros y antes de ser fusilado insistió en estrechar la mano del pelotón de ejecución. Otro espía célebre fue el músico Courtney de Rysbach, austriaco de nacimiento, pero naturalizado británico, que envió mensajes a los alemanes escritos entre sus partituras.

De todos los espías de la guerra, tres han pasado a la posteridad. La más conocida fue Mata Hari (‘ojo del día’, en lengua malaya) cuya historia y leyenda se han mezclado y ha suscitado siempre un gran interés. Nacida en Holanda, su verdadero nombre era Gertrude Margaretha Zelle. Abandonada por su marido, se dedicó a la prostitución y a la danza erótica. Su «danza sagrada», a medio camino entre el orientalismo, la seducción, el *art noveau* y el espectáculo, fue acogida con éxito en Europa. Fascinante, misteriosa y frágil, Mata Hari escuchaba confidencias de muchos oficiales hastiados de la vida de cuartel.

Como ciudadana holandesa, tenía libertad para viajar por Europa y eso hizo que tuviese amantes entre los oficiales alemanes y ministros franceses, incluido Adolphe-Pierre Messimy, ministro de la Guerra. Se ha afirmado, aunque sin pruebas, que durante este período espió para Alemania y Francia. Fue arrestada en 1917 por el servicio secreto francés. La evidencia era muy débil, sin embargo, sus antiguos amantes se negaron a prestar declaración en su defensa. Fue ejecutada en la prisión de Saint Lazare. Los alemanes negaron tras la guerra que estuviese a su servicio y resulta plausible que los franceses la utilizaran para captar la atención de los medios en un momento en que se estaba intentando ocultar el fracaso de una ofensiva francesa y en los motines entre los soldados.

Uno de los espías que llevó una vida más aventurera fue Trebitsch Lincoln, nacido en Hungría y que, tras fracasar como periodista, emigró a Alemania y posteriormente trabajó en Gran Bretaña y Canadá. A su regresó a Londres conoció a Lloyd George, que le recomendó para que trabajara con el sociólogo Seebohm Rowntree. Lincoln pidió a Rowntree apoyo para presentarse como candidato liberal a las elecciones generales de 1909. Fue un pésimo parlamentario y cuando Rowntree le pidió la devolución del dinero que le había prestado para su campaña, este se fugó a EE.UU. y ofreció sus servicios como espía a Alemania. El Gobierno británico exigió su extradición, aunque eso sólo agravó su errático comportamiento. Tras la guerra, se involucró en la política alemana y se mudó a Checoslovaquia, pero tuvo que huir acusado de robar dinero. En 1921 se mudó a China, donde se convirtió al budismo y viajó por todo el mundo como «embajador de la paz». Al parecer, falleció en un hostal de Shanghái en 1943.

Otro famoso espía fue Sigmund Georgievich Rosenblum. Nacido en Rusia, hijo de un coronel del ejército, hablaba seis idiomas y comenzó a trabajar para el servicio secreto británico, aunque como colaborador no contratado. Fue empleado como soldador en las factorías Krupp y posteriormente como constructor naval, lo que le permitió sustraer importantes planes que pasó a los británicos. Es posible que trabajara al mismo tiempo para la inteligencia rusa y norteamericana. En 1917 se unió a la fuerza aérea y trabajó recopilando información tras las líneas alemanas. Sus actividades de espionaje no finalizaron con la guerra, pues fue enviado a Rusia para espiar al Gobierno de Lenin. Allí fue detenido y fusilado en 1925 ó 1927.

BALANCE

Los soldados austriacos padecieron tanta hambre que tuvieron que desenterrar carne con gusanos que había sido descartada por no ser apta para el consumo. Ansiosos por hacerse con el abastecimiento aliado de alimentos, tabaco y vino, rogaban por una ofensiva inmediata para no morir de hambre. Estas historias ilustran cómo interactuaban los diversos aspectos de la «guerra total». El bloqueo naval era el causante principal de la destrucción de la moral en las Potencias Centrales. El fracaso en el mar los privó de la posibilidad de conseguir materias primas y alimentos en las colonias alemanas. Por encima de todo, aportó un nuevo enemigo, EE.UU., que inclinó decisivamente la balanza a favor de los Aliados.

En una guerra total, la victoria se inclina del lado de la nación o naciones que se movilizan de forma más efectiva. No es suficiente con situar en el campo de batalla un gran ejército, bien entrenado y dirigido por generales brillantes. El ejército tiene que estar constantemente abastecido con refuerzos y municiones. Ambos deben llegar del frente interno y sin embargo uno contradice al otro. Cada nuevo soldado es un trabajador sacado de su fábrica o un campesino alejado de sus campos, mientras que satisfacer al mismo tiempo los deseos de la población civil desafía los poderes de organización de un Gobierno central y la tolerancia de sus ciudadanos. Todos los beligerantes esperaban una guerra breve, pero el éxito fue de aquellos que se ajustaron de forma más rápida y eficiente a una prolongada.

La inferioridad económica no era necesariamente causa de derrota para Alemania. Su férreo control de Bélgica y el norte de Francia, su victoria sobre Rusia, su firme liderazgo militar y el patriotismo de su pueblo eran factores que podían haber sido decisivos. En realidad, existía una contradicción en la movilización alemana de la población. Se esperaba demasiado de un pueblo que tenía que soportar una pérdida de libertad con el estómago vacío. Al concentrarse en las necesidades del ejército, Ludendorff prestó poca atención al sufrimiento de los civiles. La dieta de un alemán era de 3.400 calorías al día en 1914 y en 1918 era de mil calorías. El hambre era tan sólo tolerable a corto plazo y si la victoria parecía al alcance de la mano. Hindenburg y Ludendorff exigieron lo imposible del pueblo alemán, motivándolos con el temor de que la derrota sería mucho peor. Con el tiempo, llegó un punto en que la derrota parecía una salvación ante el duro camino hacia la victoria.

ESPAÑA Y LA GUERRA

España no sufriría las enormes pérdidas humanas, pero sí los efectos del conflicto. El aislamiento diplomático, así como la debilidad económica y la incapacidad militar del país justificaron la neutralidad. La disputa se consideraba ajena a los intereses españoles y la mayoría de la población era indiferente a los aspectos ideológicos y políticos del conflicto. Sin embargo, la discusión entre «aliadófilos» y «germanófilos» pronto generó un agrio debate que revelaba una división preexistente entre los españoles que la guerra se encargaría de exacerbar. La polémica llegó a considerarse «una guerra civil de palabras», presagio de la cruenta guerra civil de 1936. Las pasiones llegaron a tal extremo que, a menudo, familias y amigos quedaron divididos y muchas salas de cine renunciaron a dar noticias del conflicto para evitar peleas.

En líneas generales, España mantuvo la neutralidad sin mayores problemas. Se trató de una neutralidad en doble sentido: diplomática y política (no tenía ningún compromiso o tratado con los bloques), y de seguridad nacional y económica, (impotencia defensiva del territorio español y golpe a la débil economía española). La neutralidad permitía encubrir la debilidad económica y militar del país, aunque existía también cierto oportunismo en la cuestión. La esperanza del rey, y la de muchos políticos, fue que al jugar la carta de la neutralidad, España pudiese asumir un papel destacado como organizadora de una conferencia de paz y lograr en el terreno diplomático lo que no conseguiría en el campo de batalla.

Ello no impidió que aparecieran en la sociedad y la política españolas apasionadas corrientes a favor de uno u otro bando: los aliadófilos eran en general políticos liberales y republicanos e intelectuales que veían la causa francesa como la de la legalidad. Destacaban Alejandro Lerroux y el conde de Romanones y su artículo «Hay neutralidades que matan». Por otra parte, los germanófilos eran entusiastas del orden y de la jerarquía, virtudes que se relacionaban con Alemania; recordaban la existencia de Gibraltar y el recorte del Protectorado en Marruecos por la acción francesa; entre ellos destacaban militares, aristócratas y parte del Clero.

El bloqueo ejercido por Gran Bretaña en el mar y los hundimientos de buques españoles por submarinos alemanes suscitarían dificultades[13]. En 1915, destacados intelectuales como Unamuno, Marañón, Menéndez Pidal y Azorín firmaron un «Manifiesto Aliadófilo». Frente a ellos estaba el elogio del cientifismo alemán que realizó Pío Baroja convencido de que tan sólo Alemania era capaz de acabar con el clericalismo en Europa.

La guerra dividió a la intelectualidad española y a la Iglesia en bandos diferentes: los intelectuales en general admiraban a la Francia republicana y laica, así como a la democracia inglesa. En cierto sentido, al apoyar a Inglaterra y a Francia, históricas enemigas de España, adoptaban una preferencia por Europa por encima incluso de España. Optaban así en general por una España europeizada, secular y democrática. Estos intelectuales serían conocidos como «Generación de 1914». Uno de sus miembros destacados, Ramón Pérez de Ayala, publicó un artículo de solidaridad con los Aliados. Por su parte, la Iglesia fue la institución que ofreció el soporte ideológico más coherente a la causa alemana.

Alemania, a diferencia de los aliados, podía prometer a España territorios que no les pertenecían ni a ellos ni a sus aliados. Sabiendo que ciertos factores económicos y geográficos impedían a España alinearse con Alemania, podía ser generosa en promesas a cambio de una alianza casi imposible y podía dar a entender que la neutralidad de España se podría recompensar tras la victoria de Alemania. Por el contrario, las potencias occidentales tenían que enfrentarse al dilema de, o bien rechazar toda redistribución territorial y así confirmar la idea difundida por los germanófilos de que eran enemigos históricos, o bien sacrificar territorios importantes con el único objeto de asegurarse la gratitud española.

El rey Alfonso XIII se las ingenió para ocultar sus sentimientos. A pesar de su carácter impulsivo, en esta cuestión supo disimular sus preferencias personales. No sólo la familia (era hijo de una princesa austriaca y estaba casado con una princesa victoriana), sino también sus propios sentimientos estaban divididos: admiraba la disciplina y la competencia militar de los germanos, pero era consciente de que los centros de referencia naturales para España eran Francia y Gran Bretaña, a pesar del malestar que le producía a menudo Francia por su prepotencia en Marruecos.

La guerra alteró la historia de España en el momento en el que comenzaba a despegar hacia la modernidad. El resultado fue, además de la crisis de un sistema político, el final de una era. La neutralidad ahorró a los españoles la carnicería del conflicto, pero su impacto ideológico, social y económico aceleró la erosión de los fundamentos del régimen. La mayor parte de los políticos se mostraron partidarios de mantener a España apartada de la guerra, pero no pudieron impedir que la guerra llegara a España.

En el campo económico, España experimentó un auge debido a la necesidad de materias primas y manufacturas de los beligerantes. Fue una época de crecimiento económico, aunque para la mayoría supuso un período caracterizado por la escasez de alimentos y la caída de los salarios. La movilización de las fuerzas sociales que habían permanecido hasta entonces políticamente pasivas, contribuyó a socavar las formas existentes de política clientelista, haciendo que las élites gobernantes tuvieran que hacer frente a la política popular y a la amenaza del socialismo.

Alfonso XIII realizó una gran labor humanitaria durante la guerra a través de la denominada Oficina *Pro Captivis* del Palacio Real de Madrid, que consiguió localizar desaparecidos, repatriar heridos y lograr indultos. La guerra provocó una lista infinita de nombres perdidos: hijos, maridos, padres, y estos comenzaron a ser reclamados para que España los buscara. Con su ingente labor, el rey se ganaría la gratitud de los Gobiernos beligerantes. Sin embargo, al final de su neutralidad en la guerra, España obtuvo un reconocimiento moral, pero nada significativo en lo colonial o lo estratégico. Siguió aislada en Europa y volcada en la terrible guerra de Marruecos que resultaba difícil ganar o abandonar.

8

1918 El amargo final

No existe ejemplo alguno de una nación que se haya beneficiado de un largo conflicto.

Sun Tzu

El 9 de enero de 1918, Lloyd George apostó 100 puros con su ministro de la Guerra, Lord Derby, a que la guerra no finalizaría antes de que acabase el año. Haig, que presenció la apuesta, consideró que Derby ganaría, debido al «estado interno» de Alemania y a que no creía que la derrota rusa supusiese diferencia alguna, pues incluso con las tropas que tenían destinadas en Rusia, los alemanes tan sólo contarían con un pequeño margen de superioridad como para asegurarse una «victoria decisiva». Haig estimó acertadamente que los alemanes serían capaces de trasladar 32 divisiones del frente oriental a un ritmo de 10 por mes. Eso sugería que estarían preparados para atacar en marzo. No creía que fuesen a arriesgarlo todo en una ofensiva, pues si fracasaba, su posición sería crítica. Haig pagaría cara su confianza.

EL TRATADO DE BREST-LITOVSK

El tratado de paz entre Alemania y Rusia fue firmado el 3 de marzo de 1918 en Brest-Litovsk, sede del cuartel general alemán. Rusia aceptó una paz onerosa que la privó de Finlandia, los territorios polacos y bálticos, Ucrania y parte del Cáucaso, además de tener que pagar una enorme suma de dinero y de comprometerse a detener la propaganda bolchevique. Alemania impuso a su derrotado enemigo unos términos mucho más duros de los que tuvo que aceptar posteriormente en Versalles. Junto con el Tratado de Bucarest de mayo de 1918, que otorgó a Alemania el control del trigo y del petróleo rumano, Brest-Litovsk cumplió el sueño alemán de una hegemonía alemana en Europa central y oriental.

La retirada rusa del conflicto fue un golpe duro para los Aliados, que llegaron a ofrecer apoyo al nuevo Gobierno bolchevique a cambio de su continuidad en la guerra. Sin embargo, Alemania también saldría perdedora de aquel conflicto a largo plazo, ya que miles de prisioneros de guerra pudieron regresar a sus hogares llevando consigo las peligrosas y novedosas ideas revolucionarias. Su influencia se dejaría sentir en los últimos compases de la guerra en Alemania.

A corto plazo, el tratado permitió disponer de miles de tropas que habían estado destinadas en el frente oriental para enviarlas a Francia gracias al eficiente sistema ferroviario alemán. No existe un

consenso sobre cuántas tropas se enviaron al oeste. Muchos hombres desertaron durante su viaje a través de Alemania, y las estaciones de ferrocarril se convirtieron en el foco de la agitación política y la subversión. Por otro lado, la megalomanía de Ludendorff precisó de un millón de tropas para mantener la paz y explotar los recursos en Rusia. En todo caso, Alemania contaba ahora con las tropas necesarias para propinar un golpe mortal al enemigo antes de que llegaran las tropas norteamericanas. Al fin se podía poner en práctica el sueño de Schlieffen de una guerra con un solo frente, aunque los aliados de Alemania se encontraban contra las cuerdas.

Resulta engañoso concluir que Brest-Litovsk mostró al mundo de qué iba aquella guerra. La Alemania a la que declararon la guerra los Aliados en 1914 no era la misma Alemania que ahora controlaba Ludendorff. Sería más apropiado afirmar que Brest-Litovsk mostró al mundo lo que la guerra había creado. En el caso alemán, había surgido una dictadura militar empeñada en forjarse un imperio en el este, en una escala que serviría a Hitler de precedente.

ESTADOS UNIDOS EN GUERRA

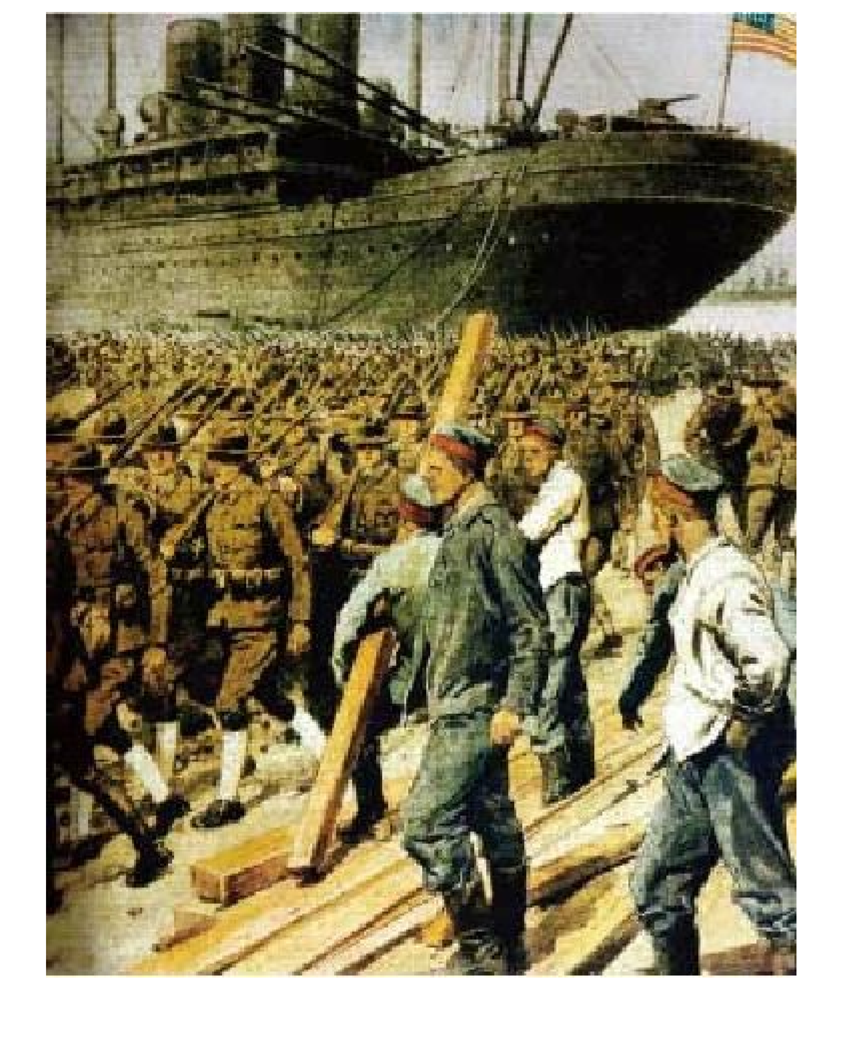
Pocos americanos cuestionaron la decisión del presidente Wilson de entrar en guerra, animados por las horribles historias de los «hunos brutales». El alemán dejó de ser asignatura en muchos colegios y los libros alemanes fueron retirados de las librerías. Aunque EE.UU. había enviado suministros a los Aliados, el país no se encontraba todavía preparado en el momento de su entrada en guerra. En abril de 1917, el poderío norteamericano era todavía un sueño. Su ejército regular era reducido (130.000 hombres), mal equipado y sin experiencia en la guerra moderna. La fuerza aérea consistía en un escuadrón de viejos aviones. Apenas contaba con tanques, disponía de poca artillería moderna y la fuerza aérea tenía pocos aviones operativos. Sin embargo, su marina era considerable y varios de sus acorazados se unieron a la flota británica.

La primera tarea era reclutar, entrenar y equipar un ejército para enviar a Europa y no era algo sencillo. Wilson adoptó inmediatamente el servicio militar obligatorio, argumentando que era la forma de alistamiento más democrática. Asimismo, era necesario reconvertir la capacidad industrial norteamericana a la producción bélica. El Congreso otorgó enormes poderes económicos al presidente. Wilson deseaba mantenerse alejado de las ambiciones imperialistas de Gran Bretaña y Francia, a las que denominaba «asociados» en vez de aliados.



Desembarco de tropas norteamericanas, julio 1918.

La aparición de las primeras tropas norteamericanas en Francia, aunque al principio fue testimonial, levantó la moral de las alicaídas tropas aliadas. El comandante en jefe norteamericano, John Pershing, se mostró decidido a no malgastar la vida de sus soldados en la inútil guerra de trincheras y defendió que sus tropas no entrarían en combate hasta que contase con un millón de soldados bajo su mando. Al final de la guerra, más de dos millones de soldados norteamericanos habían llegado a Francia que jugaron un papel decisivo en la derrota alemana. Sufrirían 50.000 bajas.



La esperada llegada de tropas norteamericanas a Francia.

En enero de 1918, el presidente Wilson presentó sus ambiciosas ideas para la paz. Sus propuestas, conocidas como los «14 Puntos», deseaban prohibir la diplomacia secreta, las barreras aduaneras y la producción masiva de armamentos que él consideraba, eran las causas de las guerras, garantizar la libertad de los mares y ofrecer a todos los pueblos el derecho a la autodeterminación. Deseaba establecer también una «asociación general de las naciones» para regular las relaciones internacionales y asegurar la paz. Clemenceau, que desconfiaba del idealismo de Wilson, al leer el texto, declaró: «El propio Dios se contentó con diez». Los alemanes, confiados en que la victoria estaba a la vuelta de la esquina, rechazaron las ideas de Wilson.

LA ÚLTIMA CARTA ALEMANA

Con Rusia fuera de la guerra, Italia noqueada y con los mediadores sin lograr éxito alguno, el frente occidental tenía que ser el lugar del enfrentamiento final. Cuando la lucha amainó durante el invierno tras el horror de Passchendaele y Cambrai, 168 divisiones aliadas (98 francesas y 57 británicas) se enfrentaban a 171 divisiones alemanas. Sin embargo, la balanza del material se inclinaba del lado de los Aliados:

	Alemania	Aliados
Ametralladoras/división	324	1.084
Artillería	14.000	18.500
Aviones	3.670	4.500
Camiones	23.000	100.000
Tanques	10	800



Avance tropas alemanas, mayo de 1918.

En el sector alemán, Ludendorff tenía ante sí cuatro opciones claras. Podía aceptar el empate en el frente occidental y comenzar a sondear las posibilidades de una paz de compromiso. La segunda opción, la rendición incondicional, estaba fuera de lugar. La tercera posibilidad era la más interesante. Tras liberar a sus tropas del este y enviarlas al oeste, Ludendorff podía haberlas desplegado en defensa y lanzado una propuesta de paz que tan sólo una de las potencias enemigas considerara atractiva. Para atraer a Gran Bretaña, podía realizar concesiones sobre Bélgica, o sobre Alsacia y Lorena para atraer a Francia. Enfrentados a una impenetrable defensa alemana y con una opinión pública interesada en las concesiones alemanas, la coalición enemiga se hubiese derrumbado o la lucha se hubiese convertido en una especie de guerra fría. Ludendorff finalmente la desechó, debido al factor norteamericano y al bloqueo británico.

A largo plazo, cualquier intento de una estrategia defensiva chocaría con el convencimiento aliado de que el tiempo estaba de su parte. La superioridad alemana en defensa no impresionaría al enemigo mientras este creyese que la misma sería eliminada por el ejército norteamericano y el bloqueo naval. La sola amenaza de un ataque en el oeste no sería suficiente para llevar al enemigo a la mesa de negociaciones. No se trataba de amagar con el ataque, era imperativo alcanzar el éxito a pesar de las dificultades. Así, Ludendorff se inclinó por la cuarta opción: utilizar las fuerzas liberadas por el colapso de Rusia para lograr la decisión en el oeste.

Lo que inclinó la decisión de Ludendorff fue la sensación de que por fin tenía los medios de la victoria al alcance de la mano. Como antiguo comandante en jefe del este, se fijó en las innovaciones que habían funcionado con un efecto tan brillante contra Rusia y Rumanía. Una vez que había decidido atacar, se llevó a los innovadores que habían logrado la victoria en el este. Se recurrió a un nuevo sistema ofensivo, el denominado «método Hutier», pues había sido utilizado por vez primera por el general Oskar von Hutier. Se seleccionaron las tropas más agresivas de cada regimiento. Esos grupos de batalla, o «tropas de asalto», fueron entrenados en campos especiales y equipados para moverse de forma independiente, sin preocuparse del apoyo de los flancos o de la cobertura artillera. Si encontraban resistencia, tenían que seguir adelante hacia la retaguardia enemiga; eliminar los focos de resistencia sería tarea de las tropas regulares.



Tropas alemanas en Kiev.

El otro as sería la artillería. Se había trabajado para utilizar de forma certera el gas fosgeno y el gas mostaza, bombardeos pesados y breves para paralizar y confundir al enemigo en el mismo momento del ataque. No era un sistema novedoso pues ya había sido utilizado por los británicos, pero sí lo era para los alemanes en el frente occidental y, por lo tanto, sería una experiencia nueva

para las víctimas. Con esas innovaciones resultaba posible concluir que un ataque con éxito no era imposible si se utilizaban de forma inteligente los medios existentes. Para ser coronado con éxito, un ataque necesitaba una estrecha coordinación entre la artillería y la infantería, y la aplicación selectiva de la fuerza en el lugar apropiado.



Tropas alemanas avanzan en San Quintín, marzo de 1918.

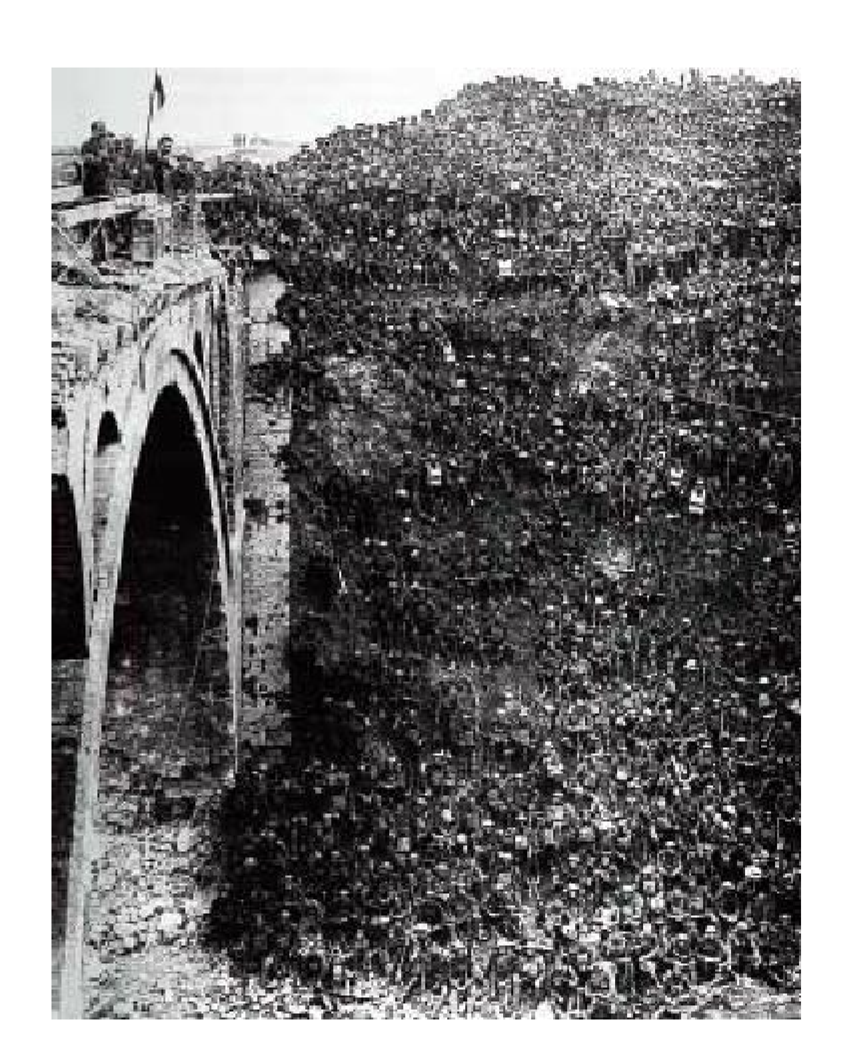
El lugar elegido por Ludendorff era la localidad de San Quintín, donde el agotado Quinto Ejército se encontraba en serias dificultades para mantener la línea defensiva. Su plan era introducir una cuña entre las fuerzas británicas y francesas y empujar a los británicos al canal de la Mancha. Debido a que Pétain y Haig tenían prioridades diferentes, la estrategia defensiva aliada no estaba coordinada. Pétain deseaba evitar a toda costa un avance alemán hacia París, mientras que Haig consideraba que lo esencial era evitar que los puertos del canal cayesen en poder de los alemanes.

La primera ofensiva alemana, «Operación Miguel» (en honor al patrón de Alemania), también conocida como Kaiserschlacht ('la batalla del káiser') se inició en marzo de 1918. Librada en los antiguos campos de batalla del Somme, el primer día de la batalla, las tropas de asalto alemanas avanzaron tras una terrible cortina artillera y de humo, utilizando ametralladoras ligeras y lanzallamas para abrir brechas en las líneas británicas. Al norte, los británicos lograron resistir en sus posiciones, pero en el sur tuvieron que replegarse hacia Amiens.

En diez días los alemanes habían avanzado 80 kilómetros y se encontraban a punto de romper el enlace entre las tropas británicas y francesas. Aunque se enviaron rápidamente refuerzos para taponar la brecha, los alemanes avanzaron a 100 kilómetros de París y su formidable *Pariskanonen* de 210 mm (frecuentemente confundido con los «Gran Bertha») pudo bombardear la capital 44 veces, matando a 256 ciudadanos y causando 620 heridos. Al principio, los parisinos creyeron que habían

sido bombardeados desde el aire ya que esa distancia se creía imposible para los cañones. El káiser decretó que se cerraran los colegios e impuso a Hindenburg la Cruz de Hierro con rayos de oro, que curiosamente había sido impuesta por última vez un siglo antes al mariscal de campo Blücher por ayudar a los británicos en su lucha contra Napoleón.

Conforme se agravaba la crisis, el Consejo Supremo Aliado se reunió de emergencia en Doullens y se decidió nombrar al mariscal Ferdinand Foch como nuevo comandante en jefe de las fuerzas aliadas, con Haig y Pétain como subordinados. Con el nuevo comandante, las tropas aliadas detuvieron y revertieron el ataque alemán. De todas maneras, el agotamiento y las extensas líneas de abastecimiento habían hecho perder fuelle a la ofensiva alemana (los alemanes avanzaban por las zonas que ellos mismos habían arrasado para retroceder meses antes). A los soldados alemanes se les había comunicado que la situación del abastecimiento aliado era tan mala como la alemana. Cuando tomaron las posiciones aliadas descubrieron que les habían mentido, algo que afectó de forma muy negativa a la moral alemana.



Tropas británicas posan para la posteridad tras tomar el canal de San Quintín, octubre 1918.

Cuando Ludendorff canceló finalmente la operación, los alemanes habían sufrido 250.000 bajas, y los Aliados, unas 10 mil menos. Mientras finalizaba una operación ofensiva, comenzaba otra en el norte. La segunda ofensiva alemana, «Operación Georgette», comenzó en abril al sur de Ypres (conocida como «batalla de Lys» por los británicos). El objetivo alemán era barrer a través de

Flandes y cortar los puertos del canal. Uno de los países más afectados por la nueva ofensiva alemana fue Portugal, que había declarado la guerra a Alemania en 1916. El Cuerpo Expedicionario portugués, destinado en Flandes, había llegado a Francia entre enero y septiembre de 1917.

La deficiente preparación, la escasa moral de una guerra incomprendida por los soldados y criticada por muchos oficiales y la falta de transportes marítimos para el relevo periódico de los miembros del Cuerpo portugués, llevaron a un reajuste de su dispositivo militar. La operación debía iniciarse el 9 de abril. Ese mismo día, el rodillo de fuego alemán descargó todo su enorme potencial sobre el sector portugués del frente. Desmoralizado, agotado y en plenos preparativos de traslado a retaguardia, la resistencia del Cuerpo portugués se vino abajo en uno de los mayores desastres militares que había conocido el país.

Los británicos se vieron obligados a ceder parte del terreno tan trabajosamente ganado durante la batalla de Passchendaele. La lucha fue particularmente dura en torno al monte Kemmel, de gran importancia estratégica, y la de Messines, que cambió de manos varias veces. Los alemanes se encontraban a tan sólo 35 kilómetros del Dunquerque, el principal puerto del canal de la Mancha. Era una amenaza muy seria para el suministro británico. Con los británicos bajo enorme presión, Haig emitió la orden del día: «No existe más opción que luchar para salir de esta situación. Cada posición debe ser defendida hasta el último hombre. No debe haber retiradas. Con el agua al cuello como estamos y con el convencimiento de la justicia de nuestra causa, debemos luchar hasta el fin». La línea pudo ser mantenida con el envío de 10 divisiones francesas al frente de Flandes y con un enorme esfuerzo por parte de los soldados británicos. El mando británico archivó los planes de demoler Calais e inundar la región situada al este de Dunquerque.

Más al sur, los alemanes realizaron un enorme esfuerzo por tomar Amiens, ciudad que se levantaba a orillas del río Somme y era un destacado centro ferroviario. Los alemanes concentraron todos sus medios acorazados (la mayoría capturados a los británicos) y tomaron la localidad de Viller-Bretonneux a tan sólo 16 kilómetros de Amiens. La orden de Hindenburg era defenderla a muerte, pues desde sus cerros se controlaba Amiens. Sin embargo, tropas australianas retomaron la ciudad al día siguiente merced a un sorpresivo ataque sin apoyo artillero. La pérdida de Viller-Bretonneux acabó con gran parte del ímpetu de la ofensiva alemana. Ludendorff se vio obligado a anular la ofensiva. De nuevo había fracasado en sus principales objetivos y los puertos del canal seguían bajo control británico. Las pérdidas fueron enormes en ambos bandos: 76.000 británicos, 35.000 franceses, 6.000 portugueses y 109.000 alemanes. Ludendorff no se resignó y planificó una nueva ofensiva a lo largo del río Aisne.

La «Operación Blucher», tercera y última ofensiva alemana, se dirigió contra los franceses y comenzó en mayo a lo largo de 40 kilómetros de frente desde Soissons hasta Reims. Los franceses eran superados en número y esto permitió a los alemanes romper el frente, cruzar el río Aisne y avanzar hacia el Marne. En los días siguientes, los alemanes avanzaron hasta 64 kilómetros, cortando las líneas ferroviarias francesas y llegando a menos de cien kilómetros de París. Sin embargo, esas fuerzas se encontraban ya a 144 kilómetros de sus cabezas de línea ferroviarias y, por lo tanto, operaban sin suministro regular de comida, agua y municiones. La capital francesa se situaba a todas luces fuera de la capacidad del Ejército alemán para atacarla o amenazarla seriamente. Todo lo que

habían logrado los enormes esfuerzos alemanes eran dos salientes muy expuestos y unas tropas agotadas.



Avance de tanques británicos.

El verdadero problema de la ofensiva alemana era la falta de una estrategia global y coherente. Ludendorff había anunciado que su única intención era «abrir un agujero en el frente aliado. En cuanto al resto, ya veremos». Era un viaje sangriento a ninguna parte. El objetivo se balanceaba entre tomar París o arrojar a los británicos al mar. El avance alemán fue finalmente detenido por los franceses y los norteamericanos en Château Thierry, y a mediados de julio, Foch ordenó de forma sorpresiva un contraataque masivo que marcó el inicio de la retirada alemana. La última jugada alemana había fracasado y medio millón de hombres estaban muertos o heridos. Con apenas reservas y con los suministros en niveles muy bajos, la moral alemana finalmente se vino abajo. En el bando aliado, con la llegada mensual de 300.000 norteamericanos, la moral aumentó y creció el sentimiento de que el fin de la guerra estaba próximo.

Hacia agosto de 1918, la iniciativa había pasado claramente al bando aliado. Con movimientos nocturnos de tropas y bajo estricto secreto, los alemanes fueron tomados totalmente por sorpresa por la ofensiva. Sin barrera artillera previa, las tropas aliadas avanzaron ocultas por la niebla y bajo la cobertura de tanques. Lograron romper el frente alemán y fueron capaces de capturar objetivos a 10 kilómetros de distancia. Ludendorff escribiría: «El 8 de agosto fue el día negro del ejército alemán. Todo lo que había temido y sobre lo que había alertado, se había hecho realidad». Los británicos alcanzaron de nuevo el campo de batalla del Somme donde el impulso ofensivo comenzó a debilitarse por la resistencia alemana. Foch decidió dirigir el ataque hacia el norte. Usando una serie de ofensivas conectadas, pudo evitar que se produjesen demasiadas bajas y obligó a los alemanes a retirarse. Los alemanes se encontraron de nuevo defendiendo la Línea Hindenburg, el punto de inicio

de su ofensiva.



Contraofensiva aliada, 1918.

El 12 de septiembre, los norteamericanos atacaron el saliente de Saint Mihiel al sur de Verdún y tomaron 15.000 prisioneros, pero perdieron 7.000 hombres. Foch dio entonces la orden de «todo el mundo a la batalla» y dio comienzo la ofensiva final. Al sur, los franceses y norteamericanos atacaron a lo largo del río Mosa y a través del bosque de Argonne, mientras al norte, los británicos y canadienses renovaron el ataque en el saliente de Ypres. La batalla por el sector Argonne se convirtió en una enorme campaña de desgaste que los norteamericanos se podían permitir, no así los alemanes. En la batalla llegaron a intervenir 22 divisiones norteamericanas, 324 tanques y 840 aviones.

Dado que un movimiento en pinza amenazaba con cercar a las tropas alemanas, estas se vieron obligadas a retirarse. La moral se desplomó y los Aliados tomaron la Línea Hindenburg. Ludendorff, desesperado, comenzó a culpar a los políticos y los líderes políticos se percataron de que era preciso un armisticio.

EL HUNDIMIENTO DE LOS ALIADOS DE ALEMANIA

La nueva ofensiva alemana en la primavera de 1918 significó que los refuerzos británicos enviados a Palestina tuvieran que regresar a Francia. Con su ejército debilitado, Allenby se vio obligado a esperar antes de pasar de nuevo a la ofensiva contra los turcos. En septiembre de 1918, renovó su ofensiva y, en la antigua ciudad fortaleza de Meggido, conocida como Armagedón en el Viejo Testamento, los Aliados lograron una espectacular victoria y los turcos huyeron en desbandada.

Meggido fue la última ocasión en la historia militar occidental en la que las tropas montadas jugarían un papel destacado. La batalla de Meggido precipitó el colapso turco e hizo posible un rápido avance hacia Damasco y, poco después, la toma de Aleppo por tropas de montaña aliadas y tribus árabes.

En 1917, los turcos aprovecharían el descalabro interno ruso para lanzar una nueva ofensiva en el Cáucaso. La desaparición de la marina rusa permitió fortalecer la región con transportes navales por el mar Negro. Tan sólo encontraron una pequeña resistencia por parte de un ejército de armenios rusos. Los turcos se movieron con rapidez y en marzo retomaron la estratégica localidad de Erzurum y en abril penetraron en Persia. Los alemanes, sin embargo, contemplaron el éxito de sus aliados con cierta preocupación, pues temían que ese avance pusiera en peligro el Tratado de Brest-Litovsk y que Rusia volviese a las armas. Para evitarlo, se prestaron como mediadores para crear un Estado independiente de Georgia bajo la tutela y protección alemanas. Los turcos protestaron, pero no desafiaron tal acuerdo y se dirigieron hacia el centro petrolífero de Bakú, en el mar Caspio. Curiosamente, Turquía, que estaba siendo derrotada por doquier, acabó con un dominio absoluto (y provisional) sobre el Cáucaso.

Estados Unidos rechazó un plan británico para que asumiera el control del mandato con el fin de crear un Estado armenio. Sin patrocinador internacional, ese Estado tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir. El nuevo estado turco, con Mustafá Kemal a la cabeza, firmó un acuerdo con la Unión Soviética en 1922 por el que reconocía la incorporación a esta última de la mayor parte de Transcaucasia y la división de Armenia entre ambas partes.

Al mismo tiempo, la resistencia búlgara se venía abajo en los Balcanes. Tras meses de inactividad, las tropas en Salónica se pusieron por fin en marcha. En la batalla de Karvar los serbios, con ansias de venganza, rompieron las líneas búlgaras y su Gobierno se vio obligado a solicitar la paz, lo que permitió que las tropas británicas asentadas en Salónica pudiesen dirigirse hacia Constantinopla. Los turcos habían luchado con arrojo, pero ya no podían igualar a las tropas aliadas que avanzaban imparables en todos los frentes. El Gobierno turco se vio obligado a solicitar la paz.





La guerra civil en la que se sumió Rusia tras la guerra.

El 30 de octubre de 1918, se firmaba el armisticio en el puerto de Mudros en la isla de Lemnos, en el Adriático, desde donde había zarpado la escuadra que desembarcó en Gallipoli. De acuerdo con los términos del armisticio, los turcos aceptaron rendir las plazas fuertes y permitir el control de las principales vías marítimas a los Aliados, los Dardanelos y el Bósforo. La guerra entre los Aliados y los turcos había llegado a su fin. Sin embargo, continuaron las escaramuzas locales, y la animosidad étnica, que había devastado la región durante siglos, continuaría haciéndolo durante años.

El Gobierno italiano precisaba de una victoria para hacer olvidar Caporetto si quería jugar algún papel en la mesa de negociaciones. En octubre de 1918, los ejércitos italianos, a las órdenes de Armando Diaz y con el apoyo de unidades británicas y francesas, emprendieron operaciones ofensivas. Aunque ya no contaban con el respaldo alemán, los austriacos resistieron con firmeza, pero finalmente tuvieron que retirarse del río Piave al río Tagliomento, donde todo el frente se vino abajo y fueron obligados a batirse en retirada hasta que hicieron frente a los austriacos en Vittorio Veneto. Allí los italianos lograron por fin una victoria decisiva, tomando 30.000 prisioneros austriacos y vengando Caporetto. El Gobierno austrohúngaro solicitó la paz que fue firmada el 4 de noviembre.

EL COLAPSO FINAL DE ALEMANIA

Mientras los ejércitos alemanes sufrían derrota tras derrota, el país se sumía en el caos económico y las turbulencias políticas. Para agravar los males, una epidemia de influenza se abatió sobre Europa. Esta pandemia pronto se cobraría más vidas que el campo de batalla, en un solo día, 1.700 berlineses fallecían por el virus. El 28 de septiembre de 1918 Ludendorff reconoció ante el Gobierno alemán que la guerra estaba perdida y que era necesario un armisticio (no sin antes culpar de traición a la marina y a sus subordinados). Los Aliados se negaron a negociar con los líderes militares alemanes, por lo que se tuvo que nombrar canciller al príncipe Max von Baden, un liberal de buena reputación que intentó negociar con EE.UU. en base a los 14 Puntos de Wilson. La respuesta del presidente norteamericano fue exigir la retirada alemana de los territorios ocupados e insistir en que no se negociaría con el káiser.

A pesar de que había declarado «No podemos luchar contra todo el mundo», Ludendorff se resistió a firmar, y propugnó la reanudación de las hostilidades para salvar el honor. Mintió afirmando que el Ministerio de la Guerra había encontrado más reclutas. Von Baden propuso al káiser que abdicara, pero este se negó, señalando: «No renunciaré al trono por unos centenares de judíos y unos miles de trabajadores».

En realidad Ludendorff había encontrado unos chivos expiatorios a los que culpar de su fracaso. La célebre leyenda de la «puñalada en la espalda», la mentira de que los socialistas, liberales y judíos habían tomado el poder y abierto las puertas al enemigo, no comenzó tras la guerra, sino que fue una parte vital de la forma en la que finalizó el conflicto. Si la leyenda arraigó entre los alemanes abriendo el camino para el ascenso al poder de los nazis, no fue por ser una auténtica invención, sino porque tenía parte de razón. El Ejército alemán fue apuñalado en la espalda en septiembre de 1918, no por el Gobierno civil, si no por su desequilibrado líder, Erich Ludendorff.

Tras registrarse fuertes disturbios en Múnich, un grupo de bolcheviques proclamó en Baviera una república socialista independiente. El frente alemán se vino abajo en unos días. A las diez y media del 28 de septiembre, Ludendorff llamaba al canciller para informarle de que la situación requería una petición de paz. Ese mismo día, Ludendorff se dirigió a la localidad de Spa donde se encontraba Hindenburg. Allí, Ludendorff confesaba que «el armisticio no puede retrasarse más».

El káiser Guillermo II se encontraba en su residencia de otoño cerca de la localidad de Kassel. Al día siguiente, y a petición de su Estado Mayor, se dirigió hacia Spa, con la ilusión de que sus ejércitos hubiesen triunfado. Su sorpresa sería mayúscula. El káiser se encontró con Ludendorff, Von Hindenburg, y con el almirante Von Hintze. Este último comenzó con una descripción de la situación diplomática, pero Ludendorff le interrumpió exigiendo un «armisticio inmediato». Según Ludendorff y Hindenburg, la guerra estaba ya perdida. Al día siguiente, se decidió informar a turcos y austriacos, que proponían al presidente Wilson un «cese inmediato de hostilidades» basado en los 14 Puntos de Wilson.

Hacía más de un siglo que los Estados alemanes no perdían una guerra, y sus dirigentes no sabían cómo actuar. A una nueva oferta alemana, Wilson y sus aliados respondieron con un llamamiento directo al derrocamiento del káiser. Mientras tanto, el Imperio austrohúngaro se hacía pedazos. En Praga, el día 29 de octubre, un movimiento popular proclamaba la república checoslovaca; al mismo tiempo, el conde Karoly anunciaba el nacimiento de un Estado húngaro y el Consejo Nacional esloveno, la formación de Yugoslavia.

A su vez, la Asamblea Nacional austriaca proclamaba la república. Si bien Carlos I renunciaba fácilmente a «toda participación en los asuntos del Estado», Guillermo II se negaba a reconocer que él era el único obstáculo para la conclusión del armisticio. Creía que si transformaba la naturaleza del régimen y emprendía algunas reformas, los alemanes y Wilson se mostrarían satisfechos.

Los alemanes querían concluir el acuerdo de paz antes de que el territorio nacional fuera invadido. Lejos de sospechar la amplitud de su victoria, los Aliados vacilaban en firmar. Aunque Foch y Clemenceau presentían las trampas de un armisticio apresurado, temían un posible cambio de la situación y, en vista del agotamiento de sus tropas, deseaban condiciones de armisticio aceptables. No deseaban sacrificar más vidas humanas de forma inútil. Pershing, por el contrario, deseoso de asociar de una manera más amplia las tropas norteamericanas a la victoria, era hostil a un armisticio prematuro, mientras que Poincaré tenía miedo de que las negociaciones debilitaran al ejército francés.

A finales de octubre, el Alto Mando alemán ordenó a la Flota de Alta Mar que se dirigiese al Mar del Norte para un enfrentamiento final con la Royal Navy. Los soldados, ya desmoralizados por su inactividad e influenciados por la propaganda bolchevique, se amotinaron. Un marinero escribió: «Años de injusticia acumulada se han transformado en una fuerza explosiva». El 3 de noviembre estallaron motines en Kiel; los marinos se negaron a salir del puerto y a entablar una batalla «por el honor». Los sediciosos organizaron manifestaciones en las que cantaban La Internacional y afirmaban su decisión de derribar el régimen. Se constituyó un soviet y en pocos días la revolución se extendió por toda Alemania.

A diferencia de los soviets rusos, los alemanes emanaban más de la voluntad de los soldados que de la de los trabajadores. Una parte de ellos, sin embargo, se sumó al movimiento guiada por los jefes espartaquistas e independientes. Los líderes de la socialdemocracia y de los sindicatos intentaban neutralizar el movimiento, pero sólo la abdicación inmediata del káiser podía restablecer su autoridad. La revolución estaba en el aire. Miembros de la nobleza alemana huían del país al temer el estallido de un bolchevismo de corte soviético que el ejército no estaba en posición de

sofocar.

Con revolucionarios que tomaban las calles de Berlín y proclamaban la república desde las escaleras del Reichstag, Hindenburg advirtió al káiser de que no podía garantizar su seguridad. Reticente, el káiser finalmente abdicó y buscó asilo en Holanda, y fue el Gobierno socialista el que cargó con las costas de la derrota. El káiser, demostrando su relación de amor y odio hacia los ingleses, al llegar a su casa solariega en Doorn, Holanda (que había adquirido con la venta de dos yates), solicitó «una buena taza de té inglés». Durante su exilio enviudó y volvió a contraer matrimonio viviendo una vida apacible hasta los ochenta y un años. Abandonó su pasión por los uniformes y se dedicó a talar árboles de forma compulsiva.

El ex káiser coquetearía con los nazis cuando estos irrumpieron con fuerza en Alemania, pero nunca existió mucho respeto entre ambas partes, en particular cuando Guillermo II se percató de que Hitler no tenía intención alguna de restaurar la monarquía. Goering consideraba que el káiser era un «loco incorregible» y Hitler que «era medio judío». Cuando en 1940 Hitler finalmente ocupó París, Guillermo II le envió un telegrama de felicitación, gesto que tras la guerra le costaría la confiscación de la casa de Doorn. Falleció el 4 de junio de 1941 en vísperas de otra invasión alemana de Rusia, orgulloso de que «sus» generales hubieran ocupado media Europa. Para privar a Hitler de un golpe propagandístico, ordenó que su cuerpo no fuera repatriado a Berlín. Fue enterrado sin esvásticas en Doorn.

El anuncio de la abdicación fue recibido con entusiasmo por los revolucionarios y con horror por nacionalistas y conservadores. El káiser encarnaba todo aquello en lo que creían, era el símbolo de todos sus sueños y de las ambiciones que habían mantenido desde la unificación de Alemania, proporcionando además a la sociedad alemana un sentido de seguridad.

El 7 de noviembre, los delegados alemanes fueron convocados a un vagón de ferrocarril cerca de Compiègne para concretar los detalles del armisticio. Los representantes aliados eran el mariscal Foch y el general Weygand, los británicos, los almirantes Hope y Wemyss. La delegación alemana estaba encabezada por Mathias Erzberger, que sería posteriormente asesinado. Ni el káiser ni Ludendorff estuvieron presentes para asumir la responsabilidad de poner fin a la guerra que con tanta ferocidad habían librado. Foch dejó claro que no había acudido a negociar, sino a entregarles las condiciones mediante las cuales podrían conseguir un armisticio. Se dieron setenta y dos horas a los alemanes para que aceptaran los términos con la amenaza de retomar la ofensiva si eran rechazados.

Tras frenéticas negociaciones, los alemanes aceptaron finalmente el armisticio a las cinco de la mañana del 11 de noviembre de 1918. Las cláusulas incluían la evacuación de los territorios ocupados (incluidos aquellos que los alemanes conservaban desde el Tratado de Brest-Litovsk), repatriación de prisioneros, entrega de 5.000 cañones, evacuación de la orilla izquierda del Rin por los ejércitos alemanes, prohibición de destruir en esos territorios ferrocarriles y carreteras, rehabilitación de las regiones devastadas, restitución de 5.000 locomotoras y 15.000 vagones, derecho de requisición en territorio ocupado, restitución de objetos robados durante la guerra, rendición de la flota de guerra, etcétera.

Los ingleses y los norteamericanos estimaban estas cláusulas demasiado severas; lo eran si se comparan con las primeras propuestas de Wilson. Sin embargo, era preciso tener en cuenta las

devastaciones causadas en el territorio francés y las pérdidas humanas. Los anglosajones no querían una paz de castigo que resucitara el espíritu de revancha. Los norteamericanos eran ya hostiles a la entrada de las tropas francesas en Alsacia y Lorena y se mostraban de acuerdo con los ingleses al juzgar «inútil y excesiva» la ocupación de los puentes del Rin. Estos signos, precursores de la desunión de los vencedores, anunciaban los sinsabores que el Gobierno francés iba a padecer después de la guerra.

Se comunicó al mundo que el armisticio entraría en vigor a las once del mismo día (a las 11 horas, del día 11, del mes 11). Habían transcurrido 1.597 días desde que el archiduque Francisco Fernando llegó a Sarajevo en visita oficial. El soldado George Price del 28.º Batallón de infantería canadiense fue el último soldado fallecido en acción al ser alcanzado por un francotirador dos minutos antes de la hora programada para el cese del fuego. Se encuentra enterrado en el cementerio militar de St Symphorien, cerca de Mons.

El piloto norteamericano Eddie Rickenbacker despegó el día del armisticio y describió lo que sucedió: «A ambos lados de la tierra de nadie, las trincheras entraron en erupción. Hombres de uniformes caqui salieron de las trincheras norteamericanas, y los de uniforme gris surgieron de las alemanas. Desde mi posición vi cómo lanzaban sus cascos al aire, arrojaban sus armas y movían sus brazos. Entonces, a lo largo de todo el frente, los dos grupos comenzaron a aproximarse en la tierra de nadie. De repente, los uniformes grises se mezclaron con los marrones. Pude ver cómo se abrazaban, bailando y saltando».

El 23 de junio de 1919, la Flota de Alta Mar alemana, internada en la base naval de Scapa Flow, fue hundida por sus tripulaciones como protesta por la severidad de los términos del acuerdo de paz. Era un momento trágico. Si el káiser no se hubiera embarcado en un intento estratégicamente innecesario de igualar la fortaleza marítima británica, se podía haber evitado la hostilidad entre ambas naciones y el ambiente de sospecha e inseguridad que llevó al desencadenamiento del conflicto. La tumba de esos barcos en la base naval británica permanece como recordatorio final de una ambición militar sin sentido.

Finalmente acallaron las armas. En las capitales de los vencedores se produjeron escenas de enorme alegría, mientras en Alemania se instaló una extraña tranquilidad debida a la amenaza de nuevos disturbios. En Inglaterra, Lloyd George afirmaba: «Espero que podamos decir que esta histórica mañana marcó el final de todas la guerras». Stefan Zweig narraba en sus memorias las esperanzas que se depositaban en el nuevo mundo que iba a surgir de las cenizas de la guerra:

Creíamos en el grandioso programa de Wilson, que suscribíamos por entero; en aquellos días en que la Revolución rusa todavía celebraba sus esponsales con la idea de la humanidad y el pensamiento idealista, veíamos nacer en Oriente un incierto resplandor. Éramos unos necios, lo sé. Pero no sólo nosotros. Quien vivió aquella época recuerda que las calles de todas las ciudades retronaban de júbilo al recibir a Wilson como salvador del mundo, y que los soldados enemigos se abrazaban y besaban; nunca en Europa había existido tanta fe como en aquellos primeros días de paz, pues por fin había lugar en la Tierra para el reino de la justicia y la fraternidad, prometido durante tanto tiempo; era ahora o nunca la hora de la Europa común que habíamos soñado. El infierno había quedado atrás, ¿qué nos podía asustar después de él? Empezaba otro mundo. Y, como éramos

jóvenes, nos decíamos: será el nuestro, el mundo que soñábamos, un mundo mejor y más humano.

Los pueblos victoriosos miraban al futuro con esperanza, de forma irracional pero comprensible, creyendo que las pérdidas y la destrucción de la mayor guerra de la historia debían sentar las bases para construir un mundo mejor. El día del armisticio, cantaron y bebieron por un mundo mejor. Sin embargo, en un hospital militar en Pasewalk, el cabo Adolf Hitler, que se recuperaba de un ataque británico con gas, maldecía la humillación de Alemania y soñaba con el papel que podía jugar en el resurgir de Alemania. La «suprema experiencia» de Hitler en las trincheras, atormentado por el destino de sus compañeros muertos y por el brutal sacrificio que sólo llevó a la derrota, le hizo jurar que vengaría sus muertes, humillaría a los enemigos de Alemania y convertiría a los alemanes en un pueblo orgulloso, superior y despiadado. Su deseo de venganza llegó al alma de muchos corazones alemanes.

Antes del conflicto, los inquietos modernistas maldecían la estabilidad y la complacencia europea. Aquellos que habían ansiado la inestabilidad disfrutaron brevemente. Sin embargo, con la carnicería no llegó la redención. Tras la guerra, los acuerdos de paz y la quiebra económica aseguraron que el caos se convirtiese en el orden natural. El mapa de Europa se había convertido en una representación más certera de las identidades nacionales que el de 1914, pero el precio por respetar las identidades nacionales fue una mayor inestabilidad. Antes de la guerra, un mundo estable era motivo de inquietud, después de 1918, el caos y la incertidumbre del mundo hicieron que la estabilidad y el orden pareciesen muy atractivos, algo que no desaprovecharían los movimientos radicales de extrema derecha.

Al final, la primera guerra resulta misteriosa. Sus orígenes son enigmáticos, y también su desarrollo. ¿Por qué un continente próspero en la cima de su desarrollo intelectual y cultural decidió arriesgarlo todo en la lotería de una lucha mortal? ¿Por qué cuando se desvanecieron las esperanzas de una rápida victoria, los combatientes decidieron continuar sacrificando su juventud en una guerra sin sentido? La obra *Sin novedad en el frente*, de Erich Maria Remarque, constituye una crítica acerba de los nacionalismos y el sinsentido de la guerra recurriendo a metáforas. En una escena, los soldados se encuentran discutiendo los orígenes del conflicto. Uno de los soldados se pregunta por qué comenzó todo:«“En gran parte porque un país insultó gravemente a otro”, respondió Albert con un ligero aire de superioridad. Entonces Tjaden pretendió ser obtuso: “¿Un país? No te entiendo. Una montaña en Alemania no puede ofender a una montaña en Francia. O a un río, o a un bosque, o a un campo de trigo”».

El día que se inició el conflicto, Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, afirmó: «Las lámparas se apagan por toda Europa… No volveremos a verlas encendidas antes de morir». Cuando Grey falleció en 1933, faltaba todavía mucho tiempo para que se volviesen a encender.

9

Conclusión
Generaciones perdidas

La victoria fue tan cara que se convirtió en indistinguible de la derrota.

Winston Churchill

Una leyenda cuenta que Gengis Kan, el temible guerrero mogol, introdujo la amapola blanca en su avance por Europa en el siglo XIII. Tras la guerra mundial, surgió la leyenda de que las flores se volvieron rojas con la forma de una cruz en el centro tras brotar después de una sangrienta batalla. En el frente occidental se descubrió que la amapola escarlata brotaba en los campos de batalla devastados, en particular en los del Somme. La amapola fue desde entonces adoptada como flor de recuerdo y en representación de los soldados británicos, y de la Commonwealth fallecidos desde 1914 en las exequias anuales de conmemoración en el Albert Hall de Londres.

La enorme cantidad de jóvenes muertos en la guerra animó el sentimiento popular de conmemoración. Era particularmente fuerte en Gran Bretaña, país que no había sufrido las guerras de independencia ni de unificación que habían afectado a otros países europeos durante el siglo XIX y que, por tanto, no estaba preparado para la tragedia humana del conflicto. En 1919, en el primer aniversario del armisticio, se erigió temporalmente un cenotafio según el nombre griego para designar una tumba vacía. El éxito de la iniciativa llevó a la construcción de uno permanente. Al mismo tiempo, un cuerpo sin identificar fue llevado desde Francia. Había nacido la figura del «soldado desconocido».

La idea del soldado desconocido resultó muy atractiva para todas las naciones combatientes. En Francia fue acompañada de una llama eterna bajo el Arco de Triunfo. Monumentos similares surgieron en Italia, Grecia y EE.UU. En Alemania, los intentos por construir un monumento similar en 1923 llevaron a fuertes disturbios entre pacifistas y nacionalistas. El dolor de la derrota había sido demasiado profundo como para que los supervivientes se pusieran de acuerdo sobre la conmemoración. El monumento más destacado fue el de Hindenburg en Tannenberg. En Turquía, en la zona de Gallipoli, Mustafa Kemal, *Ataturk*, que se convertiría en líder de Turquía, convirtió la península en un parque memorial. Es frecuentemente visitada por australianos y neozelandeses que recuerdan esa campaña con una mezcla de orgullo y amargor, el lugar donde se forjó la identidad nacional.

Los cementerios y memoriales de guerra franceses adoptaron a veces formas extrañas, como la famosa «Trinchera de las Bayonetas» en Verdún, donde una compañía francesa de infantería había

sido supuestamente enterrada viva por el bombardeo alemán, dejando tan sólo visibles las bayonetas. En 1920 se creó un memorial financiado por un banquero norteamericano a cierta distancia del supuesto lugar original. En realidad, aquello nunca sucedió, pero su efecto fue impactante. Se crearon también osarios para los restos de las víctimas no identificadas en cuatro lugares representativos que se habían convertido en campos de batalla sagrados: Douamont para Verdún, Lorette en Artois, Dormans en el Marne y Hartamwillerkopf en Alsacia. Douamont contiene los restos de 130.000 hombres. Se erigieron también más de 36.000 memoriales locales entre 1916 y 1926, situados a menudo en cementerios.

Esos monumentos son la prueba silenciosa y visible de que la Primera Guerra Mundial fue un hito crucial en la historia del continente europeo. El conflicto produjo desajustes económicos, malestar social y un auge de la militancia ideológica que erosionó los fundamentos del liberalismo europeo. Ya antes de 1914, la supremacía de las élites gobernantes se encontraba amenazada: la modernización económica, la industrialización y la secularización estaban derrumbando la política existente, que era elitista y clientelista.

La guerra que iba a ser la que pusiese fin a todas las guerras dio inicio al siglo más violento de la historia. Sin embargo, fue más que una guerra entre naciones. Fue una guerra entre lo que era, y lo que sería. El «viejo mundo» agonizaba, y el nuevo todavía no había nacido. Personas de todas las clases y naciones vieron el conflicto como un fuego purificador que aceleraría ese enfrentamiento y llevaría a un mundo mejor. Sin embargo, cuando finalizó la guerra, no sólo habían fallecido hombres en el campo de batalla. Los ingenuos sueños del progreso, así como la inocencia del mundo anterior al conflicto, la esperanza en el futuro, habían desaparecido en los embarrados campos de batalla.

El final de la guerra sorprendió a los aliados sin un plan organizado para la paz, pues un año antes todavía se pensaba en términos de una tregua o paz de compromiso, y la potencia alemana parecía intacta. Esta falta de previsión tendría importantes consecuencias respecto al resultado de la paz. Las divergencias manifestadas por los Aliados durante la guerra: Francia luchaba por recuperar Alsacia y Lorena, Gran Bretaña, por sus colonias y contra la potencia alemana, Rusia, por los estrechos y los Balcanes, Italia, por sus «irredentismos», se enconarían al acabar las hostilidades. Destacaría la terquedad francesa respecto a las represalias e indemnizaciones con las que castigar a Alemania. Ese tema suscitaría largas negociaciones y no sería resuelto hasta mucho tiempo después de la firma de los tratados de París en 1919.



Los australianos festejan el fin del conflicto.

El caso italiano era especial, pues se trataba de una nación victoriosa que consideraba que había sido tratada como perdedora. La estrategia italiana en Versalles dejó mortalmente herido al sistema liberal del país. Al exigir cuestiones inalcanzables, lograron que los italianos despreciaran la victoria a no ser que esta supusiera la anexión de Fiume, un pequeño puerto en el otro lado del Adriático, sin conexión histórica con la patria. Fiume se convertiría en el primer punto neurálgico creado por los tratados de paz. Como el territorio de los Sudetes para la Alemania de Hitler y el de Transilvania para Hungría, se convirtió en un símbolo de injusticia. En realidad, la «victoria mutilada» italiana, como la denominaron los extremistas, fue obra de los políticos. El sentimiento de frustración, traición y pérdida fue un ingrediente esencial en la subida de Mussolini al poder.

Sin embargo, lo más destacable de la guerra fue la enorme destrucción que produjo en los distintos teatros de hostilidades, especialmente en Europa. Las pérdidas en vidas humanas excedieron los 8,5 millones de hombres, la mayoría de Rusia, Alemania y Francia. Se produjo un acusado descenso de la natalidad, con millones de heridos y mutilados. Todas las pirámides demográficas de los países que intervinieron en la contienda registraron acentuados estrangulamientos en el intervalo de edad de los veinte a los cuarenta años.

A finales de 1914, cuatro meses después del inicio de la guerra, 300.000 franceses habían muerto y 600.000 habían sido heridos de una población masculina de 20 millones. Hacia el final de la guerra, cerca de dos millones de franceses habían perdido la vida. En 1918 había 630.000 viudas de guerra en Francia. Entre los cinco millones de heridos de guerra, varios cientos de miles eran clasificados como *grands mutilés*, soldados que habían perdido ambas piernas o los ojos. Los más afectados fueron las víctimas desfiguradas, para las cuales se establecieron alojamientos rurales

especiales.

El sufrimiento en Alemania fue comparable. Los grupos de hombres nacidos entre 1892-1895, los que tenían entre diecinueve y veintidós años cuando se inició la guerra, se redujeron un 35-37 %. En general, de 16 millones nacidos entre 1870 y 1899, el 13 % falleció a un ritmo de 465.600 cada año de la guerra. Las mayores bajas se produjeron entre los oficiales, de los cuales falleció el 23 % (14 % de reclutas). En total, 2.057.000 alemanes fallecieron en el conflicto o lo harían posteriormente debido a las heridas.



La derrota. Las tropas alemanas regresan del frente (arriba). Hundimiento de la flota alemana en Scapa Flow (abajo).



Cementerio alemán en Langemarck, Bélgica.

La economía europea quedó también maltrecha por los años de guerra. Desde un punto de vista económico, la inmediata posguerra estuvo marcada por la «crisis de subproducción», el agotamiento de las reservas de materias primas, la falta de abonos químicos, el desgaste o destrucción del equipo mecánico, la desorganización de los transportes y la escasez de mano de obra. El coste de la guerra se estimó en torno a los 180.00-230.000 millones de dólares (en valor de 1914). En los treces meses que siguieron al armisticio, se rellenaron 180 millones de metros cúbicos de trincheras y se limpiaron 222.480.000 metros cúbicos de alambradas. El trabajo continuaba una década después. Incluso tras limpiar el área, la regeneración de la agricultura fue muy compleja, pues los sistemas de canalización habían sido destrozados y se había destruido la capa arable. El suelo estaba repleto de hierro y acero, metales de los que se derivaron grandes concentraciones de nitratos y metales pesados que contaminarían el agua y la tierra durante décadas.



Ruinas de Ypres.

El conflicto produjo una profunda transformación del mapa político del continente europeo. Los tres grandes Imperios, Rusia, Austria-Hungría y Alemania, que habían dominado la política mundial tan sólo cuatro años antes y que habían arrastrado a Europa a la mayor guerra fraticida de su historia, habían sido arrojados al olvido. Alemania cedió Alsacia y Lorena a Francia, las provincias prusianas de población polaca, a Polonia, la región de Schlesweig norte, a Dinamarca y los pequeños territorios de Eupen y Malmedy, a Bélgica. Rusia abandonó definitivamente sus territorios polacos y también los países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania).



Topógrafos británicos dibujando las nuevas fronteras de Europa en 1919.

De las particiones de estos Imperios nacieron nueve nuevas naciones: las repúblicas bálticas, Polonia, Finlandia, Checoslovaquia, la República de Austria, Hungría y Yugoslavia. Este «desmenuzamiento» de los Imperios, cuyo rasgo principal fue la «balcanización» de la Europa danubiana, se basó en el «principio de las nacionalidades» y el «derecho de autodeterminación de los pueblos» enunciados por el presidente Wilson en sus 14 Puntos. De los 60 millones de demandantes de independencia de la Europa de 1914, quedaban algo menos de 30 millones en 1919. Sin embargo, el agresivo nacionalismo de las nuevas naciones daría paso a nuevas zonas de confrontación, como los litorales norte y este del Adriático, Macedonia, la «Línea Curzon» en Polonia y las fronteras rumanas. Simultáneamente, surgía la semilla del revanchismo en los imperios mutilados y los pueblos vencidos; sentimientos canalizados por dos movimientos políticos opuestos: los fascismos y los regímenes socialistas que siguieron la estela victoriosa de la Revolución rusa de 1917.



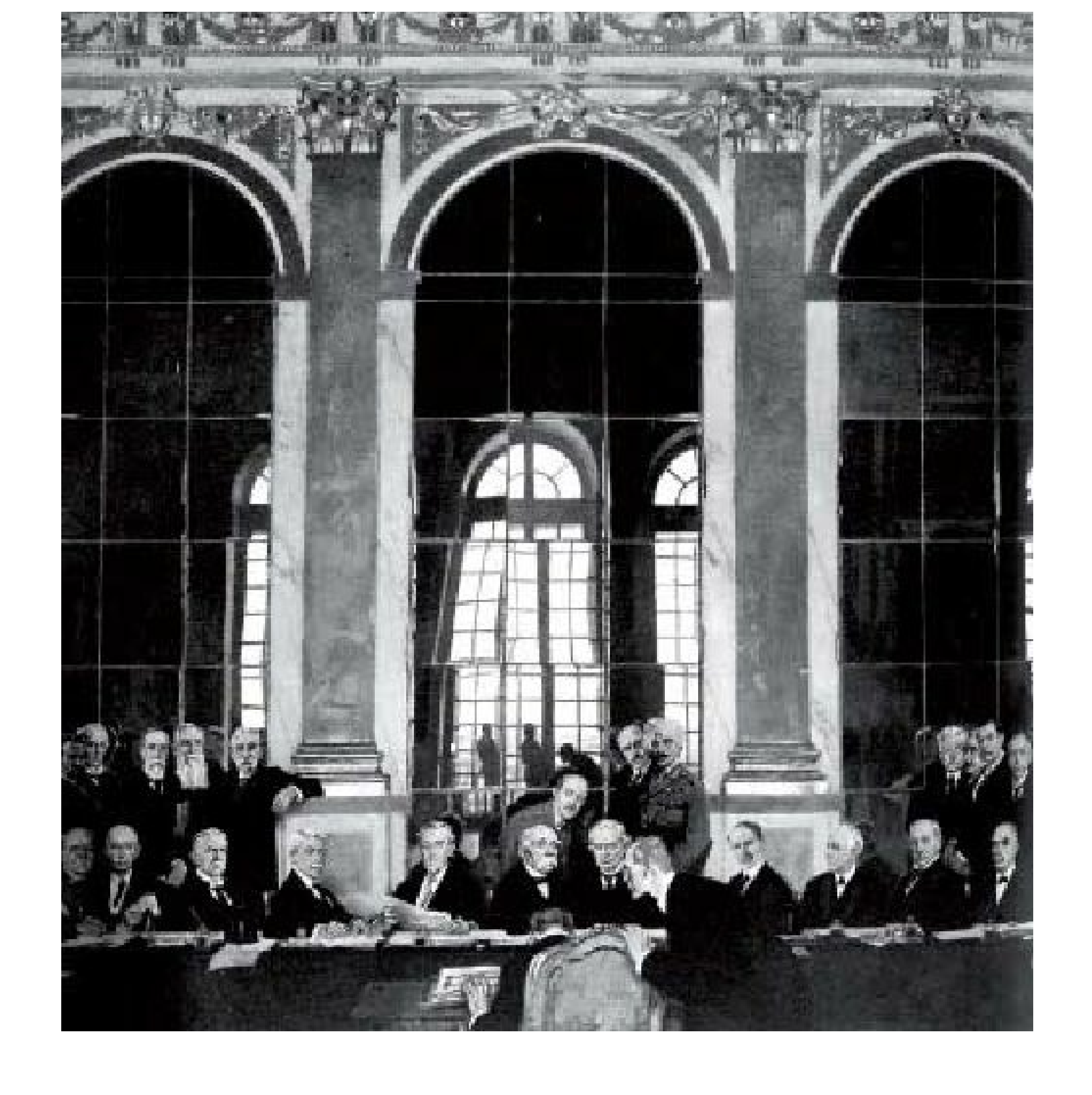
A escala planetaria, la Primera Guerra Mundial confirmó el declive progresivo del occidente europeo y la ascensión definitiva de dos nuevas potencias: EE.UU. y Japón; es decir, el desplazamiento del centro de gravedad fuera de Europa. Los Estados de Europa occidental ocupaban desde finales del XIX un lugar aventajado en el desarrollo económico mundial; habían impulsado la explotación de los recursos de nuevos territorios con sus técnicas e inversiones, estableciendo paulatinamente un sistema colonial en Asia y África.

Los exportadores europeos perdieron mercados porque su industria, absorbida por las necesidades militares, no podía suministrar los productos y se habían terminado las inversiones de

capital. Así, en 1919, tanto la subproducción como la crisis financiera no permitieron, a corto plazo, la expansión económica. Y la influencia política se encontraba aún más amenazada; la guerra generó la expectación de independencia en los dominios europeos, alentada por la fragilidad militar y los principios wilsonianos (en la India, Sudáfrica, en las colonias holandesas de Asia y China). Asimismo, se sembraron las semillas del conflicto en el Medio Oriente.

Estados Unidos, proveedor de los contendientes durante dos años y medio, acrecentó el ritmo de su producción industrial y cuadruplicó el tonelaje de su flota mercante, obteniendo en el período de la guerra un excedente de Balanza Comercial igual al de todo el período entre 1787 y 1914. Poseía la mitad de las reservas mundiales de oro y había prestado a Europa 10.000 millones de dólares americanos. Entre 1914 y 1918, Japón adquirió privilegios en China, la ocupación parcial de la Siberia Occidental y de las colonias alemanas en el Pacífico a la par que surgía una poderosa mentalidad colectiva nacionalista.

A pesar de las conmociones nacionales e internacionales ocasionadas por la guerra, en Alemania la gran mayoría, incluyendo a los trabajadores, optó por la continuidad. Las viejas élites se sintieron vulnerables y se volvieron hacia los socialdemócratas adoptando un perfil bajo. Los socialdemócratas, por su parte, suplicaron a las viejas élites que colaboraran. A lo mejor los alemanes hubiesen optado por cambios profundos de haber sabido cómo Ludendorff había llevado a la ruina a la nación, ayudado en su imperialismo por unos políticos ineptos. Sin embargo, Ludendorff supo encubrir el hecho y los socialdemócratas y los liberales encubrieron el encubrimiento. De esa forma, la guerra no desacreditó ni destruyó el viejo orden en Alemania.



Firma de la Paz de Versalles, 1919.

Hacia 1930, las viejas élites regresaron. Todo lo que necesitaban era apoyo popular, un «flautista de Hamelin» que liderase a las masas. Adolf Hitler parecía ser ese hombre, al menos en 1932, cuando su movimiento dio la impresión de debilitarse en las urnas y las viejas élites consideraron que podía servirles de títere para sus intereses. El deseo de Hitler de hacer que el reloj de la historia regresara al momento del éxito alemán de 1918, revirtiendo lo que sucedió aquel año, le convirtió irónicamente en el hombre que logró lo que no había conseguido la Primera Guerra Mundial: la destrucción del viejo régimen imperial. Hitler era, de muchas formas, un producto del frente de la primera guerra, una bomba de efecto retardado de la historia alemana. A través de él, la Primera Guerra Mundial tuvo finalmente el efecto destructivo que había tenido en Rusia. Como ideologías, el fascismo y el nazismo retuvieron el sentido tribal de aislamiento de los soldados de la sociedad civil, la aceptación de la regimentación y, por encima de todo, la brutalización debido a la aceptación de la violencia y la muerte.

En Europa, la guerra logró destruir para siempre las bases del equilibrio europeo. En su afán por tomar la cólera de los alemanes como prueba de victoria, los Aliados no advirtieron que perdían la paz en el mismo momento en que ganaban la guerra. Salvo dos o tres provincias perdidas, Alemania permanecía intacta; no había sufrido daños materiales durante la guerra (como sucedería en la

Segunda Guerra Mundial), su potencial económico seguía siendo formidable y las reparaciones previstas por el Tratado de Versalles no limitaban ni su desarrollo ni su libertad de maniobra. Mientras que Francia, destruida en parte y agotada, gastaba una porción de las energías nacionales para rehacer su economía, Alemania sólo tenía que transformarla.

En realidad, la guerra finalizó de la peor forma posible. Los alemanes negaron haber sido derrotados. Los americanos insistieron en que había sido su victoria y, sin embargo, los aislacionistas republicanos se negaron a ratificar el tratado retirando la presencia norteamericana de Europa. Los franceses insistían en que había sido una victoria exclusivamente suya, mientras los británicos concluyeron que todo el conflicto había sido inútil y criminal.



El horror de la batalla reflejado por el pintor Otto Dix.

Al final, los Aliados persiguieron objetivos contradictorios; castigar a un enemigo agresivo mientras intentaban aplacarle, sin conseguir ninguno de los dos. El armisticio de 1918 acabó con el conflicto armado, pero en el mundo se planteaba un nuevo tipo de lucha ideológica. Tras su triunfo en Rusia, el comunismo comenzó a expandirse por aquellas poblaciones desesperanzadas por la guerra, iniciándose así el período más intenso en actividad revolucionaria que se había vivido en Europa desde 1848. Los años de miseria habían fomentado la militancia revolucionaria, la cual llevó al hundimiento de las formas de política elitista que habían estado vigentes hasta entonces.

La Segunda Guerra Mundial demostró que, después de todo, la Primera Guerra Mundial no fue «la guerra que pondría fin a todas las guerras». En todo caso, resulta paradójico que el Tratado de Versalles, pese a sus cláusulas punitivas, aumentara la vulnerabilidad de Francia y la ventaja estratégica de Alemania. Antes de la guerra, Alemania se había enfrentado a vecinos poderosos, tanto en el este como en el oeste. Con Francia debilitada, el Imperio austrohúngaro disuelto, y con Rusia concentrada en sus problemas internos, no había manera de reconstruir el antiguo equilibrio del poder, sobre todo porque las potencias anglosajonas se negaron a garantizar el Tratado de Versalles.



«Guerra»por Otto Dix.

Uno de los motivos por los que Hitler ejerció tanto atractivo para el pueblo alemán en 1933 fue porque gran parte del pueblo creyó de forma genuina que había sido engañada en 1919. Sin embargo, ese hecho por si solo no explica la segunda guerra. Hitler fue capaz de jugar astutamente con varios de los temas que habían llevado a la movilización en la primera guerra: la idea de la Madre Patria por encima de la lealtad de partido; la política de *OberOst*, la misión histórica de Alemania en el este, algo anclado en el imaginario alemán desde la época de los caballeros teutones. Por encima de todo, el fracaso del káiser como guerrero generó la peligrosa esperanza de que un verdadero líder hubiese conducido a Alemania a la victoria. Sin embargo, hacia 1918 los alemanes también habían aprendido lo que implicaba una guerra moderna. La gente no se lanzó a la calle cuando se declaró la guerra en 1939.

La Segunda Guerra Mundial es inexplicable sin conocer la primera, sin embargo no existió una inevitabilidad entre ambas. Hitler no declaró la guerra por causa de Versalles, aunque lo utilizó como arma de propaganda. Incluso si Alemania hubiese permanecido con sus fronteras, con sus fuerzas militares, habría exigido la destrucción de Polonia, el control de Checoslovaquia y, por encima de todo, la conquista de la Unión Soviética. Hubiese exigido espacio vital para el pueblo alemán y la destrucción de judíos y bolcheviques, puntos que no aparecían en el Tratado de Versalles.

Finalmente, se puede hablar también de un balance «intelectual y moral» de la Primera Guerra Mundial. En la mentalidad colectiva, la guerra dejó una profunda huella simbolizada por la generación de combatientes. La guerra se convirtió en un tema obsesivo de los intelectuales, especialmente de los literatos: Remarque, Celine, Hemingway, Orwell, etc. También tuvo un gran impacto entre los poetas. Más de dos mil poetas publicaron sus obras en Inglaterra durante la guerra,

con más de 3.000 volúmenes publicados. Escritores de novelas, de teatro, artistas, compositores, escultores y arquitectos contribuyeron con sus vidas al legado cultural del conflicto. Más de ochocientos fallecieron en la guerra.

Dos actitudes prolongarán este sentimiento a lo largo de la siguiente década: el denominado «espíritu del antiguo combatiente» y una fuerte corriente pacifista expresada por las actividades de Wilson o Briand. En Inglaterra, el mito que surgió de la guerra hizo que esta fuese representada como una «generación perdida», masacrada inútilmente «por los adultos que engañaron a los jóvenes». De esa forma, los supervivientes se desilusionaron y se apartaron, no sólo de su pasado, sino también de su herencia cultural. Al mismo tiempo, en Alemania, un mito diferente suplantaría la realidad de la derrota y de la guerra, un culto a los soldados caídos que reforzaría la estética del nacionalismo agresivo que cultivaría el partido nazi.

Se trataba también de una fuerte crisis de los valores universalmente admitidos hasta ese momento; frente a los valores tradicionales que antes de la guerra se fundaban en el «deber», tras los sufrimientos de la guerra se reclamó la rehabilitación del «placer» (los «locos años veinte»). Se evolucionaría hacia el individualismo escéptico: Proust, Joyce, Huxley, Pirandello. La influencia norteamericana comenzó a extenderse por Europa a través de los soldados desembarcados. Los valores intelectuales también acabaron tambaleándose; se reaccionó frente al racionalismo, desde la filosofía de Bergson y Unamuno al surrealismo de Breton y Elouard.

El desencanto por la guerra se inició pronto, la realidad de la guerra era cualquier cosa menos romántica. Bastaba pasar una semana en las trincheras para despojar a la guerra de su romanticismo. A medida que la guerra se prolongaba y aumentaba la matanza, inevitablemente se escucharon voces de protesta. Al final, la mayoría se mostró avergonzada de haberse dejado influir por esa visión romántica de la guerra. Se ha identificado una «conciencia generacional» entre los veteranos de la guerra. Muchos se sintieron traicionados creyendo que vivían en «un abismo entre dos mundos», de ahí la fuerte atracción que sintieron por el extremismo político en el mundo de la posguerra.

En cuanto al hombre que realizó los dos primeros disparos de la guerra y se convirtió en su desencadenante, Gavrilo Princip fue declarado culpable. Como no tenía aún veinte años, se salvó de la pena de muerte y fue condenado a veinte años de prisión. Al final de la guerra, Princip le dijo al director de la prisión: «Mi vida ya se acaba. Sugiero que me claven en una cruz y me quemen vivo. Mi cuerpo en llamas será una antorcha que guíe a mi pueblo por el camino de la libertad».

Su final sería menos glorioso, con el cuerpo descompuesto por la tuberculosis, falleció el 28 de abril de 1918 en la prisión de Theresiensdatd (que los nazis convertirían posteriormente en un «gueto modelo»). Su cuerpo fue enterrado en secreto en el cementerio de la prisión. Sin embargo, uno de los soldados encargados de su entierro hizo un pequeño plano del lugar, lo que sirvió posteriormente para identificar la tumba. El puente Lateiner, cerca de donde se situó Princip el día del atentado, pasó a denominarse Puente Princip y en el lugar del asesinato de Francisco Fernando se colocó una inscripción: «En este histórico lugar, Gavrilo Princip inició el camino hacia la libertad, el día de San Vitus, 28 de junio de 1914».

El 24 de septiembre de 1984 Verdún se convirtió en el lugar de la reconciliación pública entre Francia y Alemania. «En un gesto de reconciliación», informaba *The Times*, en el pie de foto:

El presidente Mitterrand y el canciller Helmut Kohl se toman las manos mientras suenan los acordes de los himnos nacionales de Francia y de Alemania Federal en Verdún, escenario de una de las más violentas batallas de la Primera Guerra Mundial. Antes de visitar las tumbas de los soldados franceses, Mitterrand y Kohl rindieron tributo a los muertos alemanes en Consenvoye, uno de los numerosos cementerios alemanes en la zona.

El padre del canciller Kohl luchó en Verdún en 1916 y el padre de Mitterrand había sido hecho prisionero por los alemanes cerca de allí en 1940.

Un mes después de cumplir los catorce años, Claude Stanley Choules se enroló en la Navy británica. Un año después estaba abordo del HMS *Revenge*, e iniciaba una carrera militar que se prolongaría cuarenta y un años. Largo servicio y larga vida para un hombre que falleció el 5 de mayo de 2011 en Perth (Australia). Tenía ciento diez años. Era el último combatiente de la Primera Guerra Mundial, el hombre más viejo de Australia. Sus hijos le animaron a contar su vida y le apuntaron en un curso de escritura cuando tenía ochenta años. Grabó sus memorias y con este material publicó su historia; la tituló *El último de los últimos*.

> *Iban cantando alegres una melodía del music-hall, mientras se dirigían hacia el resplandor de todos aquellos proyectiles allá en la lontananza, en donde habitaba la muerte. Los observé pasar… a todos aquellos muchachotes de un regimiento del norte de Inglaterra, y algo de su espíritu pareció desprenderse de la oscura masa de sus cuerpos en movimiento y estremecer el aire. Se acercaban a aquellos lugares sin titubear, sin mirar atrás y cantando. Qué hombres tan buenos y maravillosos.*

Philip Gibbs, *The Historic First of July*


EUROPA (1919-1922)
OCÉANO ATLÁNTICO
IMPERIO ALEMÁN
IMPERIO RUSO
LITUANIA
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
Ciudad libre
ITALIA
BULGARIA
Sofía
MAR NEGRO
GRECIA
MAR MEDITERRÁNEO

Bibliografía recomendada

La bibliografía sobre la Primera Guerra Mundial es ya muy abundante. Durante años resultaba difícil encontrar una buena obra general sobre el conflicto debido al dolor y el rencor que generó. Los perdedores preferían olvidar y entre los vencedores tampoco había un gran deseo de recordar aquellos trágicos años. A finales del siglo XX fueron apareciendo obras amplias sobre la guerra. Gran parte de la producción bibliográfica es publicada en Gran Bretaña y Francia. En España, la producción bibliográfica es mucho menor y muchas obras destacadas permanecen sin traducir. Las obras citadas a continuación resultan de gran utilidad para profundizar en el estudio del conflicto y la mayoría cuenta a su vez con amplias bibliografías para aquellos que desean profundizar sobre un aspecto concreto.

Para una visión general de los motivos de los beligerantes, resulta muy útil la obra *Decisions for War* , 1914 (Nueva York, St. Martins Press, 1985) editada por Keith Wilson, que abarca las decisiones, temores y objetivos de las principales naciones en vísperas de la conflagración. Como obras globales, resultan imprescindibles las obras de, John Keegan, *The First World War*, (Nueva York, Alfred A. Knopf, 1999) y las de Hew Strachan, este último autor del primero de los tres volúmenes de los que constará su trilogía sobre la guerra titulado *To arms* (Oxford, Oxford University Press, 2001). Es también autor de una obra más general, *La Primera Guerra Mundial* (Barcelona, Crítica, 2004). Gracias a historiadores como Strachan, la Primera Guerra Mundial ha dejado de ser un tema europeo para pasar a ser estudiado en su aspecto global y multifacético.

Otros estudios amplios destacados son los de David Stevenson, *Cataclysm: the First World War as political tragedy* (Nueva York, Basic Books, 2004) y M. S. Neiberg, *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)* (Barcelona, Paidós, 2006). La obra de N. Ferguson, *The Pity of War* (Londres, Allen Lane, 1998) pone en entredicho muchos aspectos de la historia del conflicto. Un estudio general y ameno de un autor español en J. Hernández, *Todo lo que debe saber sobre la Primera Guerra Mundial (1914-1918)* (Madrid, Nowtilus, 2007). La obra de P. Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias* (Barcelona, Plaza & Janes, 1994) enmarca la guerra en el contexto general de las ambiciones y los temores a largo plazo de las grandes potencias. Tres obras magníficamente ilustradas son las de J. Keegan, *The First World War. An illustrated History* (Londres, Hutchinson, 2001); H. P. Wilmott, *La Primera Guerra Mundial* (Barcelona, Inédita, 2004) y J. H. J. Andriessen, *La I Guerra Mundial en imágenes* (Madrid, Edimat, 2002).

Los planes militares de las potencias se analizan en el libro de Paul Kennedy (ed.), *The war plans of the great powers, 1880-1914* (Londres, Allen & Unwin, 1979). El inicio del conflicto es descrito con maestría narrativa en la obra clásica de B. Tuchman, *Los cañones de agosto* (Barcelona, Península, 2004) de la que se dice que era el libro de cabecera del presidente de EE.UU., J. F. Kennedy, durante la crisis de los misiles de Cuba para no repetir el error de precipitar el mundo a una guerra. Por lo que se refiere a obras analíticas más que cronológicas o militares, sobresalen: I. F. W. Beckett, *The Great War. 1914-1918* (Essex, Longman, 2001) y la más antigua de M. Ferro, *La Gran Guerra. 1914-1918* (Madrid, Alianza Editorial, 1998). La visión alemana y austrohúngara en

H. Herwig, *The First World War: Germany and Austria-Hungary, 1914-1918* (Nueva York, Arnold, 1997).

Sobre aspectos concretos del conflicto, un estudio actualizado de la batalla del Marne en H. H. Herwig, *The Marne, 1914* (Nueva York, Random House, 2009). La batalla de Verdún es descrita de forma magistral en A. Horne, *The price of glory* (Londres, Penguin Books, 1993). Para la batalla del Somme, L. MacDonald, *Somme* (Londres, Penguin, 1993) y M. Middlebrook, *The first day on the Somme* (Londres, Penguin, 2006). La batalla de Passchendaele está bien descrita en L. Wolff, *In Flanders Field* (Londres, Pan, 1961) y en la más reciente de L. MacDonald, *The called it Passchendaele* (Londres, Penguin, 2003). Para una visión amplia de la guerra naval y sus antecedentes, destacan los dos tomos de Robert K. Massie, *Dreadnought: Britain, Germany, and the coming of the Great War* (Nueva York, Ballantine Books, 1992) y *Castles of steel. Britain, Germany and the winning of the Great War at sea* (Nueva York, Random House, 2003).

La obra de N. Stone, *The Eastern Front, 1914-1917* (Londres, Hoddder & Stoughton, 1975) sigue siendo la obra de referencia sobre el tema. Sobre la campaña de Gallipoli, N. Steel y P. Hart, *Defeat at Gallipoli* (Londres, Macmillan, 1994). Dos conflictos que no han recibido demasiada atención son tratados en, A. J. Baker, *The neglected war: Mesopotamia, 1914-18* (Londres, Faber, 1967) sobre la guerra en Mesopotamia; N. Thomson, *The White War* (Londres, Faber and Faber, 2008) es un magnífico estudio sobre el olvidado frente italiano y B. Farwell, *The Great War in Africa* (Nueva York, Norton & Company, 1986) sobre las campañas en África. Un estupendo atlas para seguir el conflicto, en M. Gilbert, *Atlas de la primera guerra mundial* (Madrid, Akal, 2003). Una preciosa obra sobre la memoria de la guerra en P. Fussel, *La Gran Guerra y la memoria moderna* (Madrid, Turner, 2006). Para recorrer los principales campos de batalla de la guerra, la guía indispensable es R. E. B. Coombs, *Before endeavours fade* (Londres, After the Battle, 2006). La relación entre la guerra, el modernismo y la cultura, en M. Ekstein, *Rites of Spring* (Nueva York, Mariner Books, 2000). Sobre la ocupación alemana de Bélgica y la labor humanitaria de España en la guerra, A. Lozano, *El marqués de Villalobar, labor diplomática (1910-1918)* (Madrid, Ediciones El Viso, 2009) y J. Pando Despierto, *Un Rey para la esperanza* (Madrid, Temas de Hoy, 2002).

La novela

La novela se divide entre aquella que exalta el conflicto y la que lo rechaza. Entre las primeras hay que destacar, en Gran Bretaña, *Tell England*, escrita por Ernest Raymond, o Ian Hay, *The First Hundred thousand*. En el segundo grupo se encuentran obras como la de C. E. Montague, *Disenchantment*, la famosa obra de teatro *El fin del viaje* de R. C Sheriff; la novela de Richard Aldington, *La muerte de un héroe*, y *Adiós a todo eso*, de Robert Graves. En EE.UU. hay que destacar la obra de autores que no habían sufrido el conflicto, como Scott Fitgerald y William Faulkner, pero que veían la guerra como un trágico sinsentido. Destacan también la obra de John Dos Passos, *Tres soldados*, y la ya mencionada, *Adiós a las armas* de Hemingway, sobre la derrota italiana en Caporetto.

Las obras literarias inspiradas en la guerra permitieron a muchos autores tratar un tema muy

querido de la poesía y la narrativa del siglo XX: la soledad del hombre inmerso en la violencia de la historia como en la poesía de Thomas S. Eliot, *Tierra Baldía*. La literatura del desencanto surgió en gran parte por el sensacional éxito de la obra de Erich Maria Remarque, *Sin novedad en el frente*. El libro, como señalaba el autor, deseaba «hablar de una generación de hombres, que aunque escaparon a las bombas, fueron destruidos por la guerra». En Alemania, la obra fue condenada por la izquierda por no acusar a las élites alemanas de haber causado la guerra, y por la derecha, al ignorar el ideal heroico de la causa nacional. Otras obras antimilitaristas fueron *El caso del sargento Grischa*, de Arnold Zweig, y *Krieg*, de Ludwig Renn o *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, en cuyas primeras páginas se describen los sucesos revolucionarios y el abandono de las tropas rusas del frente de batalla. Entre las favorables al conflicto hay que citar a Ernest Jünger y su *Tormentas de Acero*.

En Francia las obras más destacadas fueron la de Henri Barbusse, *El Fuego*; la obra perteneciente a la «literatura del absurdo» de Ferdinand Céline, *Viaje al fin de la noche*; René Benjamín y su *Gaspard*, así como la obra de Roland Dorgèles, *Las cruces de madera*, de 1919. En Italia los futuristas recibieron con entusiasmo el conflicto mundial. Entre ellos Gabriele D'Annunzio y su *Notturno* y Marinetti con *La Alcoba de acero*.

Por último, en Austria-Hungría, las dos obras más destacadas fueron también las más antialemanas y antibélicas: la obra de Stefan Zweig, *Jeremias*, y la de Karl Krauss, *Los últimos días de la humanidad*, esta última de carácter antisemita. En el resto del Imperio austrohúngaro hay que destacar la obra de Jaroslav Hasek, *El buen soldado Svejk*, de 1921, que reflejaba de forma irónica la ambigüedad de la participación checa en el conflicto.

El cine

El cine fue mucho más influyente que la literatura a la hora de configurar la memoria popular de la guerra. Hollywood adoptó una visión entre lo realista y lo épico. Ello contribuyó a generar una visión mitológica del conflicto recreando temas que se repetirían con el tiempo: amor, lealtad, muerte y resurrección. Ese es el caso de películas como la versión de Rex Ingram de la novela de Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* de 1921, y la de Abel Gance, *Yo Acuso*, en la que los muertos resucitan para obligar a los vivos a demostrar si han sido merecedores del esfuerzo de los muertos.

El tema de los abusos alemanes y las atrocidades cometidas durante el conflicto fue también reflejado por el cine norteamericano. Entre las más conocidas se encuentran *El pequeño americano* de Cecil B. De Mille de 1917. Debido a su éxito en taquilla, la película influyó en la opinión pública norteamericana. Narra la historia de una joven estadounidense que se dirige a Francia en agosto de 1914. El punto principal de esta película era que mezclaba el hundimiento del *Lusitania* con las atrocidades cometidas por los alemanes en 1914. Con menos éxito pero igualmente polémica, *Mis cuatro años en Alemania*, basada en las memorias de James W. Gerard, embajador de EE.UU. en Alemania de 1914 a 1917, era supuestamente una película realista sobre las atrocidades alemanas.

Sobre los cambios sociales que impondrá la Primera Guerra Mundial, la película del maestro Jean Renoir, *La gran ilusión* de 1937, basada en parte en el escape de De Gaulle del castillo de

Rosenberg tras su captura en marzo de 1916. La película mostraba las similitudes entre los pueblos europeos por encima del conflicto. Al mismo tiempo, era una alegoría sobre la desintegración de una clase social –la aristocracia– a la que pertenecían los dos capitanes protagonistas. La película también quería destacar que las diferencias sociales eran más fuertes que el odio al enemigo. Entre las películas antibelicistas destaca *Sin novedad en el frente*, de 1930, basada en la novela homónima de Remarque.

Sobre la brutalidad de la guerra, resulta imprescindible la película de 1957, de Stanley Kubrick, *Senderos de Gloria*. Este célebre film antibelicista está basado en un hecho histórico, acaecido en Sovain, el 17 de marzo de 1915; el general francés Delétoile hace fusilar a seis hombres, elegidos al azar, del 63 Regimiento, por cobardía ante el enemigo. Asimismo, el general Reveilhac ordena a la artillería disparar contra sus propias trincheras, para que los soldados no retrocedan ante el ataque enemigo, y después manda fusilar a cuatro de ellos al azar.

Kubrick, como Renoir, muestra a soldados que comienzan la guerra con entusiasmo y posteriormente cambian de actitud al descubrir la lógica perversa del conflicto. *Hombres contra la guerra* (1971) analiza la historia desde el punto de vista italiano. El planteamiento opuesto fue adoptado por Howard Hawks en *El Sargento York* (1941) que narra la historia de Alvin York, cuáquero pacifista que se convierte en héroe de guerra. York es persuadido de cambiar su idealismo pacifista para participar en la guerra. Howard Hawks esperaba que el ejemplo de York sirviera para convencer a los aislacionistas norteamericanos de participar en la Segunda Guerra Mundial, mientras que Renoir utilizó *La Gran Ilusión* para que sus compatriotas evitaran otra guerra.

Otras dos películas que reflejaron la tragedia y el horror de las trincheras fueron *El precio de la gloria*, de 1926, dirigida por Raoul Walsh, y *El gran desfile*, de 1925, dirigida por King Vidor. La incompetencia militar queda asimismo reflejada en la adaptación cinematográfica de la obra de Joan Littlewood, *¡Oh! Qué guerra tan bonita*, realizada por Richard Attenborough en 1969.

Dos películas imprescindibles son *Lawrence de Arabia* (1957), que refleja la ambigüedad del protagonista, y *Gallipoli* (1981), una conmovedora película que refleja bien el conflicto entre deber e idealismo por un lado y el sinsentido de la guerra por otro. En su escena final, dos amigos australianos se encuentran atrapados en un ataque sin sentido contra las posiciones turcas. La película refleja bien la batalla y a sus participantes australianos.

Para concluir, dos comedias: *Armas al hombro* (1918), de Charlie Chaplin, una amarga sonrisa sobre la tragedia, y la película de los hermanos Marx, *Sopa de Ganso* (1933), que refleja con humor vitriólico la diplomacia europea de principios del siglo XX en la que Groucho interpreta el papel de Rufus T. Firefly, el primer ministro de «Libertonia» que inicia y participa en una absurda guerra contra el vecino país de «Silvanya».

Anexos

Balance del conflicto

Pérdidas Ganancias Nueve millones de soldados fallecidos, dolor en las familias Reconocimiento y consuelo en los memoriales de guerra. Mejoras en la cirugía, mayor número de supervivientes 10 millones de impedidos físicos Ayuda económica para los veteranos. Mayor participación del Estado en el bienestar social Hambre en los países que sufrieron el bloqueo La inflación socavó los beneficios Enormes deudas de guerra Devastación en las zonas de guerra Comienzo de la recuperación en la mayoría de países hacia 1920 Las mujeres pierden sus empleos de la guerra Las mujeres obtienen el derecho de voto en algunos países Aumento de los niveles de divorcio y de hijos ilegítimos Mayor libertad para las madres solteras Armas más mortíferas para futuros conflictos Avances tecnológicos (aviones, tanques, gas, etc.) Desaparición de la inocencia de antes de la guerra Actitud más realista hacia la guerra.

El legado internacional del conflicto

Esperanzas Peligros Eliminar el militarismo alemán Surgimiento del resentimiento alemán Principio autodeterminación pueblos Preservar los viejos imperios coloniales Nuevas naciones en Europa Conflictos fronterizos y minorías inestables Promesa comunista de igualdad social Conflictos entre derechas e izquierdas Compromiso sobre las exigencias territoriales de los vencedores Resentimiento de los derrotados por la pérdida de territorios Intento de premiar a Italia por sus esfuerzos bélicos Resentimiento italiano por promesas no cumplidas Negociación del Tratado de Lausana Frustración árabe por la falta de independencia Creación de la Sociedad de Naciones para evitar futuros conflictos Ausencia de los derrotados y de Rusia y EE.UU. Rechazo generalizado hacia la guerra Popularidad del nacionalismo agresivo en Alemania, Italia y Japón Número de soldados fallecidos (según las mínimas estimaciones)

Las Potencias Centrales perdieron 3.500.000 hombres. Los Aliados, 5.100.000. 5.600 soldados perdieron la vida cada día del conflicto. Las cifras son aproximadas ya que no incluyen a todas las víctimas de la guerra. En el caso de Serbia, fallecieron más civiles (82.000) que soldados alistados. En EE.UU., fallecieron más soldados de influenza (62.000) que los que murieron en combate. El número de armenios masacrados por los turcos entre 1914 y 1919 superó el millón. El número de civiles alemanes que fallecieron como consecuencia del bloqueo aliado se ha estimado en un cuarto de millón de personas.

Alemania 1.800.000 Rusia 1.700.000 Francia 1.384.000 Austria-Hungría 1.290.000 Gran Bretaña 743.000 Italia 615.000 Rumanía 335.000 Turquía 325.000 Bulgaria 90.000 Canadá 60.000 Australia 59.000 India 49.000 EE.UU. 48.000 Serbia 45.000 Bélgica 44.000 Nueva Zelanda 16.000 Sudáfrica 8.000 Portugal 7.000 Grecia 5.000 Montenegro 3.000 Algunas cifras del conflicto

- 51 kg= Peso mínimo para alistarse en el ejército británico.
- 163= Trenes que utilizaron los franceses para mover tropas del este al oeste en la batalla del Marne.
- 1.500= Cartas que Hindenburg escribió a su mujer durante la guerra.
- 8= Alemanes que trabajaban en producir gas que habían ganado, o ganarían el Premio Nóbel.
- 12.000= Balas disparadas por una sola ametralladora alemana en Loos.
- 120.000= Austrohúngaros que se rindieron en la fortaleza de Przemysl.
- 1.600= Cañones que perdieron los rusos cuando los alemanes tomaron la fortaleza de Novogeorgievsk.
- 25.450 kg= Peso de un obús austrohúngaro Skoda M1911.
- 500.000= Soldados franceses que fueron reasignados a la industria hacia finales de 1915.
- 3,2 km por hora= Velocidad que debían alcanzar los soldados británicos en los asaltos iniciales en el Somme.
- 13= Trincheras alemanas que aparecían en cualquier sector del frente en los mapas aliados del Somme.
- 581= Cañones austrohúngaros capturados durante la ofensiva Brusilov.
- 107= Días entre la declaración rumana de guerra y la entrada de las Potencias Centrales en Bucarest.
- 53 km cuadrados= Área de los pozos petrolíferos rumanos que fue puesta fuera de acción por el sabotaje británico antes de la llegada de los alemanes.
- 700.000= Hombres belgas deportados a trabajar en Alemania.
- 17.000= Compañías francesas dedicadas a armamento.
- 4.000.000= Toneladas de mineral de hierro importadas por Alemania de Suecia en 1915.
- 10.312= Campanas de iglesias prusianas fundidas para fabricar armas.
- 4= Termómetros en un hospital para recibir a las 3.500 bajas de la ofensiva Nivelle.
- 187= Cañones tomados por la ofensiva Nivelle.
- 58= Divisiones francesas en las que se produjeron desórdenes en 1917.
- 23.385= Soldados franceses llevados ante tribunales militares entre mayo y octubre de 1917.
- 180.000= Cartas de soldados leídas por la inteligencia francesa cada semana para valorar la moral.
- 300%= Aumento de la ración diaria de vino de los soldados franceses ordenada por Pétain.
- 423.000= Cantidad de explosivos de alta potencia en las minas que se hicieron estallar bajo las líneas alemanas (1/32 de la potencia de la bomba atómica de Hiroshima).

- 9,1 km= Distancia que avanzaron los británicos en 1917para tomar Passchendaele.
- 324= Tanques británicos que atacaron Cambrai conducidos por 690 oficiales y 3.500 soldados.
- 8,4 km= Máximo avance británico en el frente de Cambrai.
- 110 km= Avance austrohúngaro en Italia tras la derrota de Caporetto.
- 4/1= Proporción de británicos que atacaron Bagdad en relación con los defensores turcos.
- 1.070= Aviones utilizados por los alemanes en la ofensiva «Miguel».
- 20%= Proporción de tropas alemanas que desertaron mientras eran transferidas del frente oriental a Francia en 1918.
- 300= Fábricas de armamentos en Berlín que se declararon en huelga el 16 de abril de 1918.
- 750.000= Tropas alemanas que se estimaban en «huelga» en noviembre de 1918.
- 400.000= Toneladas hundidas por el capitán de submarinos alemán Lothar de la Perier.
- 5.559= Soldados norteamericanos que fallecieron de influenza la tercera semana de octubre de 1918.
- 96 segundos= Lapso promedio entre el fallecimiento de soldados franceses durante la guerra.
- 72 segundos= Lapso promedio entre el fallecimiento de soldados alemanes durante la guerra.
- 27= Potencias victoriosas que firmaron el Tratado de Versalles.
- 621.000= Soldados británicos que recibieron baja por incapacidad.
- 38,5 km/día= Distancia promedio de las tropas alemanas en su avance a través de Francia en mayo de 1940.
- 0,074 km/día= Distancia promedio cubierta por el ejército británico en Passchendaele de junio a diciembre de 1917.

Cronología

Año	Nuevos participantes	Frente occidental	Frente del este	Mar y aire	África y Asia
1914	Japón (Aliados) Turquía (Potencias Centrales)	Invasión alemana de Bélgica Caída de Bruselas Batalla de Mons Batalla del Marne Batalla de Ypres (1) «Tregua de Navidad»	Invasión austriaca de Serbia Invasión rusa de Alemania Batallas de Tannenberg y los Lagos Masurianos Invasión austriaca de Rusia Batalla de Lemberg	Bloqueo británico Batallas de Heligoland, las Malvinas y Coronel	Conquista de las posesiones alemanas en Togo y el Pacífico
1915	Italia (Aliados) Bulgaria (Potencias Centrales)	Guerra de Trincheras Batalla de Neuve Chapelle Batalla de Ypres (2) Batalla de Loos Batallas del Isonzo (Italia)	Derrota de Serbia Campaña de Gallipoli Derrota de Rusia en Galicia	Guerra submarina Hundimiento del Lusitania Incursión de zepelines sobre Gran Bretaña	Conquista del África sur occidental alemana
1916	Portugal Rumanía (Aliados)	Batalla de Verdún Batalla del Somme Batallas en el Isonzo y los Dolomitas.	Fin campaña de Gallipoli Ofensiva Brusilov sobre Austria	Batalla de Jutlandia	Revueltas árabes en Turquía Rendición del Camerún alemán
1917	EE.UU. Grecia (Aliados)	Ofensiva Nivelle Motines franceses Batallas de Vimy Batalla de Ypres (3) Batalla de Cambrai Batalla de Caporetto (Italia)	Caída del zar en Rusia Revolución comunista en Rusia Armisticio con Rusia	Guerra submarina indiscriminada Sistema británico de convoyes	Captura británica de Kut y Bagdad Campaña del desierto de Allenby Captura de Jerusalén
1918		Ofensiva Ludendorff Llegada tropas norteamericanas Contraofensiva aliada Batalla de Vittorio-Veneto (Italia) Abdicación del káiser Rendición de Alemania	Tratado de Brest-Litovsk Rendición de Bulgaria, Turquía y Austria	Ataque británico en Zeebrugge Motín naval en Alemania	Captura de Damasco

Nuestro agradecimiento a la revista
La aventura de la Historia
por la cesión de los mapas que aparecen en
las páginas: 48, 52, 84, 101, 117, 138, 155, 234,
237, 267, 274, 329, 350 y 362.



ÁLVARO LOZANO CUTANDA, nació en Roma en 1967. Es licenciado en Derecho y doctor en Historia. Ingresó en la carrera diplomática en el año 2001, y ha trabajado en las embajadas de España en Bolivia y Turquía. Es colaborador habitual en diversas revistas de historia.

Notas



[1] El emperador Francisco José había declarado su matrimonio morganático, lo que excluía a sus hijos de la sucesión. <<

[2] La sucesión debía pasar al hermano menor de Francisco José, Carlos Luis de Austria. Sin embargo, en un viaje de peregrinación a Tierra Santa, este quiso beber agua del río Jordán y falleció de disentería. Su hijo mayor, Francisco Fernando, se convirtió en heredero de la Corona. <<



[3] Desde una perspectiva actual resulta llamativo que las partes del ultimátum que rechazó Serbia eran bastante similares al ultimátum que EE.UU. envió a Afganistán tras los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001. <<

[4] En el curso de la contienda, las dos coaliciones crecieron al involucrarse nuevos Estados en el conflicto; por el lado de las Potencias Centrales entraron el Imperio otomano (1914), y Bulgaria (1916); por parte de los Aliados: Japón (1914), Italia (1915), Rumanía (1916), EE.UU. (1917), Grecia y Brasil (1917) y Portugal (1918). <<

[5] Tuvo especial relevancia la no renovación del llamado «Tratado de reaseguro» entre Alemania y Rusia de 1887 que proponía la neutralidad en un posible enfrentamiento entre Rusia y Austria, a cambio de que Rusia fuera neutral en un enfrentamiento entre Francia y Alemania. <<

[6] Cuando Alemania invadió la URSS en junio de 1941, muchos judíos optaron por no huir del avance alemán, como consecuencia del recuerdo de la Primera Guerra Mundial. Los resultados serían catastróficos. <<

[7] Su nombre ha pasado a menudo a la historia con un «von» aristocrático que no poseía. <<

[8] Aunque ha habido casos de violaciones flagrantes como sucedió durante la guerra de Saddam Hussein contra los kurdos. <<

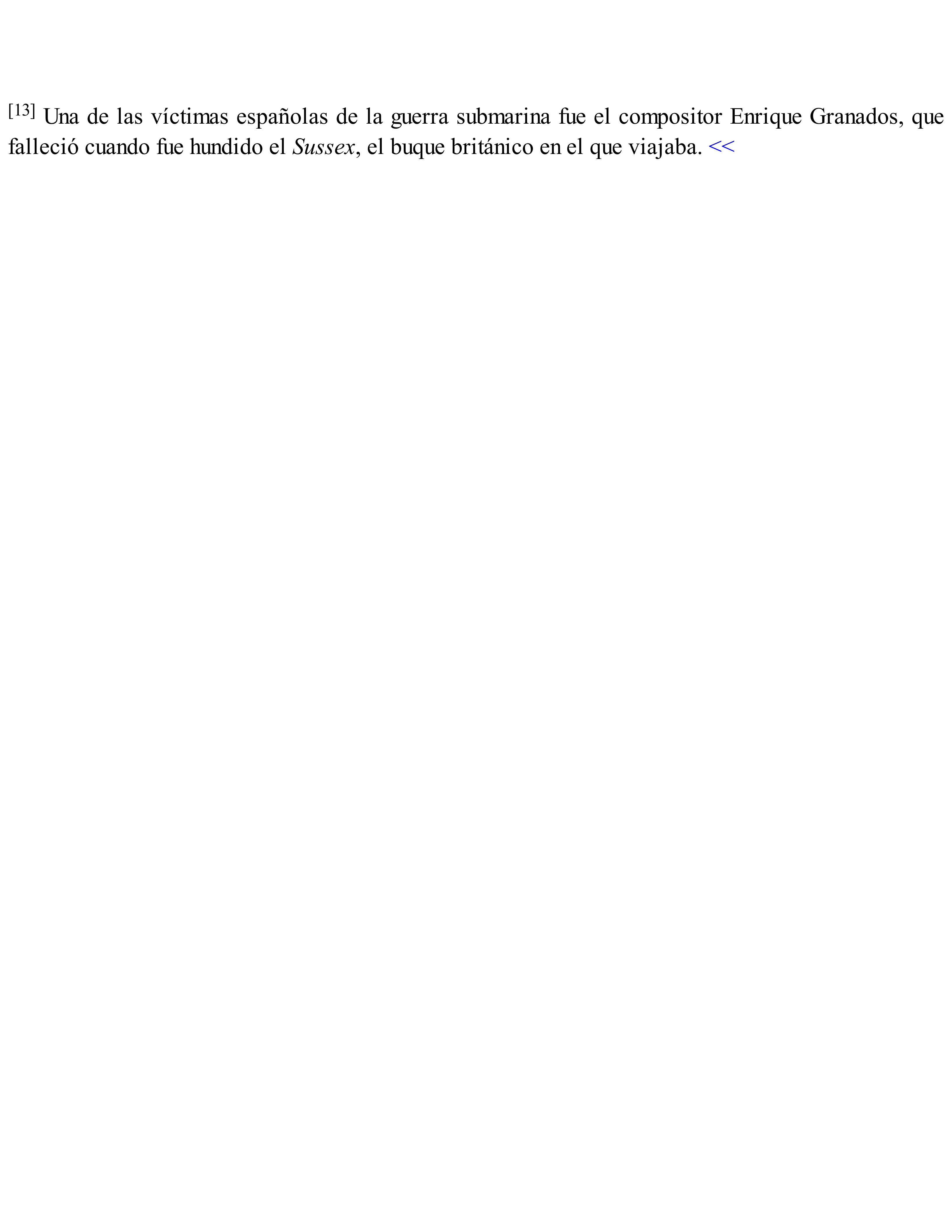
[9] En Alemania es conocida como la batalla de Skagerrak. <<



[10] Hemingway llegó a la zona en 1918. La obra fue escrita en EE.UU. en 1928 con la ayuda de numerosos mapas y libros de historia. <<

[11] Caporetto es el nombre que se le dio a la localidad tras la guerra. En 1917 era territorio austriaco y se llamaba Karfreit. Hoy en día pertenece a Eslovenia y se llama Kobarid. <<

[12] La ciudad de San Petersburgo fue llamada Petrogrado (1914-1924) y Leningrado (1924-1991).
<<



[13] Una de las víctimas españolas de la guerra submarina fue el compositor Enrique Granados, que falleció cuando fue hundido el *Sussex*, el buque británico en el que viajaba. <<